JESÚS BASTANTE



EL APRENDIZ DE GAUDÍ

NOVELA HISTÓRICA

JESÚS BASTANTE

El aprendiz de Gaudí

la esfera de los libros

Primera edición: mayo de 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Jesús Bastante Liébana, 2025
© La Esfera de los Libros, S. L., 2025
Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 443 50 00
www.esferalibros.com

ISBN: 978-84-1094-064-2
Depósito legal: M.7440-2025
Composición: Versal CD, S. L.
Impresión y encuadernación: Anzos
Impreso en España-*Printed in Spain*

Para los que construyen. Para los que destruyen.
Para los que no tienen más remedio que levantarse.
Para los que hacen de este ejercicio una forma de vida.
Para Diego, que en estos días cumple seis años.
Para su abuelo, que hubiera cumplido noventa.

«En este mundo, el feliz siempre es el otro».

ANTONI GAUDÍ

Primera parte

1.
Un tranvía llamado muerte
7 de junio de 1926

El día en que murió Gaudí, se cumplían exactamente treinta y tres años desde que el entonces joven arquitecto dio por concluida la cripta del templo expiatorio y pudo, al fin, arrancar las obras de *su* Sagrada Familia. Pero en ningún momento pensó en aquella incalificable coincidencia: toda su obra quiso ser un ejemplo de lo que haría Cristo. Su muerte también lo sería.

El maestro se despertó sobresaltado. Algo no iba bien, pero cómo iba a hacerlo desde aquel día. La ciudad bullía, efervescente, y, pese a las penurias de los últimos años, en los que el mismo arquitecto tuvo que salir a la calle para mendigar limosna dado que el grifo de los donativos para la construcción del templo parecía haberse cerrado definitivamente, la iglesia quiso seguir alzándose hasta el cielo.

En noviembre pasado, al fin, se había culminado la primera de las dieciocho torres de la Sagrada Familia, la de San Bernabé, y toda la ciudad acudió maravillada a contemplar la belleza del pináculo, en uno de los extremos de la fachada del Nacimiento. Pero Gaudí sentía, como tal vez nunca hasta ese momento, que jamás vería terminada su obra.

Desde hacía meses vivía encerrado en su taller-obrador, perfilando una grandiosa maqueta de lo que debía ser aquel templo expiatorio cuando él ya no estuviera. Los planos, cada vez más minuciosos, querían dejar constancia, hasta el más mínimo detalle, de lo que habría de construirse y de lo que no; dónde dejaría espacio, y libertad, a los futuros arquitectos y dónde, jamás, nunca, nadie podría tocar una sola piedra, remover uno solo de los

trencadís diseñados, torcer medio milímetro una de las columnas imposibles que había dejado dibujadas y modeladas en yeso por sus ayudantes Sugranyes y Quintana.

Después, esos esbozos polifuniculares se «dibujaban», ya dados la vuelta, en grandes prototipos de yeso con todos los detalles, que se sumaban a los planos, inmensos y sumamente precisos, que servirían a los sucesores de Gaudí para completar tan magna construcción. ¿Podrían hacerlo con los mismos materiales, utilizando piedra arenisca procedente de la cantera de Montjuic? ¿Qué ocurriría si la roca se agotaba? Ansioso, el arquitecto había pasado los últimos años consultando a maestros canteros de toda Europa, buscando modelos de piedra de similar textura, color, ductilidad. En los jardines aledaños a la construcción se apilaban trozos de roca procedentes de Escocia, Galicia, Inglaterra, Cantabria… incluso Brasil. ¿Soportarían el paso de los años, los impactos del ruido, el cada vez más sofocante auge del humo, las vibraciones de los autos, los tranvías eléctricos? ¿Serían capaces de aguantar el insoportable futuro que se avecinaba?

¡Bobadas!, se esforzó en pensar, mientras se extendía, lentamente, por el suelo de madera avejentada de su taller, tumbado sobre una alfombra, para su oración de cada mañana. Lo hacía del mismo modo que un sacerdote aguardaba su consagración: clavado en el suelo, con los ojos cerrados y dejando que el rosario que rezaba como un mantra acompasara su respiración, y despertara una nueva idea, un nuevo diseño, una reforma que acometer o una columna que volver a levantar.

Aquella mañana, en cambio, solo le respondió el sonido de su estómago. Hacía demasiadas horas que no probaba bocado, pero eso había dejado de ser un problema hacía años, enfrascado como estaba en una frenética carrera contra el tiempo entre planos, andamios y una creciente incomprensión por parte de la sociedad catalana, que ya había abandonado la primera emoción por el modernismo y avanzaba, impertérrita, a unas construcciones más sobrias, «eficientes» las llamaban, en las que primaban las cuadraturas, mucho más perfectas, concretas y aburridas, frente a los perfiles sinuosos y coloristas del artista loco de Dios.

Gaudí se levantó pesadamente, con las rodillas crujiendo sin compasión, *Maldita artrosis*, y, tirándose de la levita para disimular sus arrugas, se ajustó el cilicio, se calzó los zapatos, el sombrero y el bastón, y salió de su minúsculo obrador, el único hogar que había conocido desde que ella muriera. Allí, rodeado de planos y de proyectos imposibles, entre ideas que jamás verían la luz, se sentía seguro, protegido, inaccesible.

Un pequeño catre adosado a la pared, un reclinatorio en el que apoyarse y orar, a veces durante horas, para confesar sus pecados al Buen Dios, y una mínima despensa, siempre ridículamente vacía, porque el maestro jamás probaba bocado si no le forzaban a ello. Hasta en dos ocasiones estuvo a punto de morir de hambre: la primera, debido a una dieta estricta que casi se lo lleva a la tumba, justo después de aquello; y la última, hacía pocos meses, simplemente por olvido. Y, por fin, el escritorio inclinado levemente a la manera de los arquitectos, sobre el que, en noches como la anterior, solía quedarse en vela imaginando columnas arborescentes, calculando proporciones, intentando encontrar la manera de ir más allá, siempre más allá, casi hasta el cielo, sin acabar convirtiendo su obra en una inmensa Torre de Babel sin sentido.

Un mar de torres, erizándose hacia el cielo, traspasando las nubes de una ciudad siempre despierta. En los últimos años, y atraídos por la belleza y la novedad del proyecto, artesanos de todo el mundo habían peregrinado hasta las puertas del despacho de Gaudí mendigando un puesto de trabajo en las obras de aquella maravilla, sin importar el sueldo o la tarea encomendada. A diferencia de las furibundas críticas de la prensa catalana, Europa y Estados Unidos asistían, conmovidos, a la construcción de un templo «en manos de los fieles». La «catedral de los pobres», la llamaban, rendidos a los pies del genio de Reus.

Después de la Gran Guerra, muchos habían vuelto la mirada al cielo, aunque la mayoría, también en Barcelona, se habían entregado a los excesos, en una desenfrenada carrera hacia delante para disfrazar de alegría y charlestones la profunda crisis que azotaba al Viejo Continente, y que ya había hecho despertar sueños radicales de antiguos imperios y purezas de raza. El mundo, al borde

del abismo, mientras España, que todavía se dolía del desastre de Annual, se resistía a entender, como ya habían dejado escrito los poetas del 98, que en el imperio hacía tiempo que sí se ponía el sol.

En la Ciudad Condal, en cambio, el Eixample crecía hacia los cuatro puntos cardinales, a medida que las torres de la Sagrada Familia iban elevándose hasta tocar el cielo, un par de centímetros menos de lo que lo hacía la montaña de Montjuic, porque el arquitecto de Dios no quería superar la obra divina. El templo estaba situado en una zona providencial: sería el centro de la ciudad, tendría la misma distancia al mar y a la montaña, a Sants y a Sant Andreu, a los ríos Besòs y Llobregat. De alguna manera, su proyecto quería integrarse con la naturaleza, de ahí su idea de un gran bosque en el interior, o la inclusión de plantas, frutos, alimentos o animales de la zona tanto en las fachadas como en cada una de las torres. Había trabajo de sobra, mucho más allá de la muerte de Gaudí, y él lo sabía, mucho más aún aquella mañana.

Orfebres alemanes, aparejadores suecos, obreros norteamericanos, japoneses, turcos… Todos querían formar parte de aquel milagro. No siempre había sido tan fácil. Cuando en 1878 logró, no sin problemas, el título de arquitecto, el director de la escuela y presidente del tribunal de reválida que aprobó su proyecto final proclamó: «Hoy hemos hecho un arquitecto que será un loco o un genio». Y a fe que el maestro tenía razón. En ambas cosas. Sin duda, Antoni Gaudí era un genio. Sin duda también tenía un punto de locura, que se había ido agudizando con los años, con la vida. Así lo atestiguaban algunos de los proyectos presentados siendo todavía un estudiante, muchos de los cuales jamás se llevaron a cabo. Todo el mundo quería contar con el genio del joven Gaudí, pero firmaban con otros grandes maestros, como Martorell, Vilaseca o Domènech. Solo el empresario Eusebi Güell se enamoró con locura de las ideas del arquitecto, se convirtió en su mecenas y le encargó algunas de sus mejores obras, que compatibilizó con la construcción de la Sagrada Familia.

La obra le fue encargada en 1883 después del despido de Francisco de Paula del Villar, y de que Joan Martorell se negara a reemplazarle, recomendando a la Asociación de Devotos de San José

el nombre del joven Gaudí. El solar de Sardenya fue un oasis en mitad de una biografía sentimental que, desde poco antes, había empezado a desmoronarse. Su madre, su hermana, ella…, y Gaudí se refugió en sus creaciones y en las febriles lecturas del Apocalipsis, los padres de la Iglesia, la imaginería religiosa y su significado. Todo debía tener sentido, al menos en su cabeza. En caso contrario, la empresa resultaría del todo imposible. ¿Acabaría su obra maldita, convertida en una nueva Babel, con cientos de lenguas distintas, culturas encontradas, guerras a martillazos entre artistas de distintas procedencias? *Pretender construir un edificio que desafíe al mismo Dios no nos salvará*, pensaba el maestro, centrado en dejar un legado claro, un plan de ruta específico, trazado hasta el más mínimo detalle, para no dejar espacio a la improvisación, aunque fuese solo en lo esencial. Aunque todos admiraran su obra, lamentaba, nadie seguiría su estilo. No habría una «Escuela Gaudí», resultaba sencillamente imposible sin ser él, sin tener su secreto.

Nada nos salvará, se repitió mientras abandonaba el obrador camino a la oración diaria en el oratorio de San Felipe Neri. Ella no pudo hacerlo, por más que él lo intentara, o eso pensaba, hasta la extenuación. *Tal vez si hubiera estado más atento*…, se dijo, sacudiendo la cabeza. Nada la traería de vuelta, ahora estaría con el Buen Dios, que protegía a las almas puras como la de su pobre sobrina, al igual que él lo hizo con los menesterosos que acudían cada noche buscando refugio en sagrado frente al frío, la humedad y la violencia, mendigando un pedazo de pan, una sopa caliente y, con suerte, algo de vino aguado. Gaudí ya no sabía cómo explicar que ni siquiera contaba con fondos para mantener el andamiaje: confiaba en la Providencia. *Cuando yo no esté, no quedará más remedio*.

Después de que ella falleciera, el arquitecto se consagró en vida a la construcción del templo expiatorio, negándose a iniciar nuevas obras, culminando a toda prisa proyectos ya en marcha, dejando en manos de sus colaboradores las decisiones del día a día en Mallorca, Astorga o León. Todos los días recordaba su nombre, y su mala suerte, y no podía evitar sentirse culpable. A fin de cuentas, él había sido uno de los responsables de la muerte de Rosetta. Quizá fuera una de las razones que provocaron su apatía, su enfermedad, su

locura, su angustia, su muerte. Y de él… Mejor ni mentar su nombre. En ninguno de los idiomas conocidos y escuchados entre los muros de la Sagrada Familia. Y sin embargo…

… Sin embargo, cuando aquella mañana el maestro salió de su cubículo en la cripta de la Sagrada Familia, no podía dejar de pensar en él. Seguramente la única persona que podría ayudarle a solucionar aquel problema, como en tantas ocasiones había hecho en el pasado.

Tal vez debería buscarle, explicarle, pensó, sin saber adónde remitir una carta que jamás enviaría, mientras caminaba, a grandes zancadas, ajeno al bullicio de las calles que hacía tiempo rebosaban vida, ruido, gritos de las fruteras y los cambistas, el soniquete del chiflo del afilador o los carruajes de los señores, que todavía se resistían a subir al tranvía —ya fuera tirado por carros o, el ya mayoritario, eléctrico, que cruzaba de norte a sur y de este a oeste la ciudad—, pero comenzaban a dejarse ver en autos a motor; las sirenas de los guardias, el clamor de las hormigoneras, las órdenes de los maestros constructores, otro martillo caído, y entonces se dio la vuelta y contempló, bañada por el sol de la mañana, la magnífica fachada del Nacimiento.

Su gran legado, la única de las tres grandes portadas que dejaría concluida antes de morir. El Nacimiento: una impresionante fiesta de fauna, flora, escenas bíblicas y vida en abundancia, coronada por el conjunto de la Sagrada Familia de Nazaret más humana que nadie jamás habría hecho surgir de la piedra.

No podía contarle la tristeza, la desazón, el odio, la locura que invadieron su alma el día en que ella murió. Tampoco pudo sacar de sí o compartir con alguien la amargura, el resentimiento que provocó el anterior cataclismo, casi peor que la muerte, al admitir que Pepeta nunca sería suya. Quedaba tan lejos ese sentimiento, y sin embargo… Quizá solo fueron juegos del azar, o que el Buen Dios le tenía reservada una misión única, imposible de compartir con nadie: vivir exclusivamente para la belleza que en aquel momento se alzaba a sus espaldas.

Pensando en Rosetta, en Pepeta, en él, Gaudí se dio la vuelta y dejó atrás, por última vez, aquella fachada. Y se llevó la mano al

corazón, palpando el bolsillo de su raída levita, comprobando que aquellos dibujos, aquellos bocetos imposibles, seguían allí. Suspiró con fuerza y cruzó la calle. Sin mirar, como tantas veces, como solían hacer las personas de su edad. Apenas sintió el choque del tranvía de la línea 30, que iba del Arco de Triunfo a la plaza Catalunya, destrozándole la vida, y una voz, cada vez más lejana, preguntando si alguien conocía a aquel anciano mendigo, con la cabeza rota y sangrando por el oído.

Jesús, Déu meu!, acertó a gritar Gaudí antes de perder el aliento. Eran las nueve y media de la mañana. Solo dos personas trataron de atenderlo, apartándolo de la circulación. *Pau, Pau, on ets?*, se le oyó susurrar. Tardaron horas en llevarlo al dispensario de la ronda de Sant Pere, donde le diagnosticaron conmoción cerebral, fractura de tres costillas y traumatismo en su oreja derecha. No había mucho más que hacer, así que le administraron un antiespasmódico y ordenaron enviarlo, de urgencia, al hospital Clínic.

Tardaron mucho, muchísimo más, en advertir que se trataba del gran arquitecto, pues no le encontraron documentación alguna, más allá de unos garabatos doblados en el bolsillo de la levita y a los que nadie prestó atención. Siempre se dejaba la cartera olvidada en el obrador. Treinta y tres años después, el viaje llegaba, prácticamente, a su fin.

2.
Pau, el expòsit
Barcelona, 1879

Pau —el Pau, el *expòsit*— sabía cortar la madera con maestría, con el filo de una piedra. Lo hacía de manera natural, nadie le había enseñado nada. Nunca. Tomaba un trozo de puerta desvencijada de uno de esos muebles que ni los chatarreros veían posible restaurar y dejaban tirados en los basureros del Eixample y, con sumo cuidado, trazaba una línea recta con un canto de pizarra. Después, con la punta de una *teulada* rasgaba el madero hasta conseguir una tabla y cincelaba en ella formas imposibles que luego tallaba con una navaja oxidada que alguien dejó ocho años atrás, junto a una canasta de mimbre, varias flores y un bebé, en el torno de las hermanas de la caridad de la calle de les Ramelleres.

Los domingos, después de la misa —las hermanas podían olvidar el desayuno y en ocasiones el almuerzo, pero jamás la eucaristía—, Pau escapaba de la casa de las monjas, y recorría *su* Barcelona, desde los antiguos muros medievales hasta el mar, del Tibidabo a Montjuic, dependiendo del día. Aquellos eran sus dominios, el espacio en el que se encontraba a salvo para ser él mismo, significase eso lo que fuera.

Deambulaba por cada uno de los rincones de esa ciudad que, durante siglos, había estado encerrándose en sí misma, con la mirada puesta únicamente en el mar, y que ahora comenzaba a abrirse a las montañas, sin fin, entre anchas avenidas cortadas en dados en torno a un gran eje diagonal donde resultaba imposible encontrarse. *Todas las calles parecen iguales*, musitó una tarde mientras arrastraba sus pies cerca del Liceu y pudo ver, sobre un

gran cartel, los planos de la nueva urbe: un laberinto de manzanas rectangulares. *Un día nos perderemos todos dentro y no podremos salir*, lamentaba, advirtiendo que, en el futuro, no quedarían descampados donde encontrar maderas viejas que tallar y regalar a las floristas de la Rambla.

Porque, pasara lo que pasara, cada domingo Pau acababa dirigiendo sus pasos hacia el mercado de las flores de la Rambla, en busca de la mujer que vendía las más bellas margaritas naranjas de la ciudad, las más luminosas, las únicas que jamás existirían. Y es que Pau, el *expòsit*, había decidido que aquella vendedora, de edad indeterminada y belleza oculta entre toneladas de cansancio y noches sin dormir, tenía que ser su madre. ¿Quién sino ella habría podido entregarle en el torno junto a un puñado de esas hermosas flores? De hecho, siendo un niño, las monjas llamaban a Pau el Nen de les Taronges.

El caso era que todos los domingos, lloviera o tronara, ella se apostaba en su rincón de la Rambla, muy cerca de la Boquería, y vendía gladiolos, claveles, rosas rojas para los enamorados y margaritas de colores. Pau llegaba hasta allí, se acodaba a las puertas del antiguo convento de San José, entre el bullicio de comerciantes, transportistas y saladores —*El descanso dominical era cosa de ricos*, pensaba en más de una ocasión, mientras contemplaba cómo, al otro lado de la calle, docenas de personas salían de misa en Santa Anna—, golpeando distraído una piedra con los pies, sin atreverse a mirarla de frente. Se alejaba, regresaba y repetía el movimiento, acercándose cada vez un poquito más, hasta que —no siempre ocurría, pero cuando se daba, el cielo se abría de par en par para el pequeño huérfano— ella lo llamaba, *Eh, niño, nen, ven, sí, tú, ven aquí*, y le preguntaba qué tal por la escuela, si ya había aprendido a leer y a escribir o si las monjas lo trataban bien, le pedía que no se metiera en líos y, si la mañana estaba resultando propicia, le regalaba una pequeña margarita naranja.

Es la flor de la fuerza, de la energía, de la alegría y la ambición. Esta es la flor del triunfo, nen, le dijo en una ocasión.

Con la flor en la oreja derecha, o en el ojal de la camisa, Pau regresaba al hospicio, sintiéndose el príncipe de la Rambla, el

guardián de la nueva Barcelona, el señor de aquellas calles que todavía no habían sido más que apuntadas por los arquitectos.

Poco le importaban los insultos de Pere y su cuadrilla de chicos mayores, huérfanos como él, pero que ya tenían por madre la calle, los mercados, los pequeños hurtos; y un *padre*, en los arrabales, que todos los días les exigía un porcentaje de las ganancias de sus robos y, si no quedaba satisfecho, ejercía su autoridad en forma de castigo. No era extraño ver a alguno de aquellos chicos con el ojo morado, un par de dientes rotos y, si eras reincidente, sin la falange del dedo meñique. No gastaban tiempo en bromas aquellos custodios de los bajos fondos, antiguos marineros venidos a menos, heridos de guerras perdidas de antemano, que rumiaban su desgracia y pagaban su frustración con aquellos chicos sin familia. ¿Alguno de esos criminales sería el dueño de la navaja oxidada de Pau, el *expòsit*? El chico temblaba solo de pensarlo.

Jamás me convertiré en uno de ellos, se decía con firmeza Pau, mientras caía la noche y se acurrucaba en una de las esquinas del convento —a las hermanas, como casi siempre, se les había olvidado la hora de la cena—, y dormitaba fantaseando con que, algún día, acudiría a la Rambla vestido como uno de esos señores que salían del Casino y entraban al Liceu y que, de cuando en cuando, compraban un ramo de violetas, de rosas rojas y blancas o de azucenas para sus esposas e hijos. Y que lo haría del brazo de su madre, que tendría las manos suaves, finas, sin callos ni heridas, sin los dedos hundidos de espinas, y que le revelaría cuál era esa, o aquella, qué propiedades tenían cada una de las flores del *mercat*, dónde se cultivaban, quién iba a regarlas y cómo cortar el tallo para que perdurasen más tiempo en un jarrón antes de marchitarse. Y rezaba, mitad costumbre, mitad conjuro, para que los pétalos de aquella margarita naranja aguantasen hasta el siguiente domingo. Y confiar en que ella, de nuevo, estuviera allí, quién sabe si esperándole.

Aunque la mayoría de las veces, al despertar con el alba del lunes, su flor amaneciera machacada bajo las botas de uno de los *capitanes* de la banda de Pere, y sus pómulos amoratados por los golpes al tratar de evitar, infructuosamente, como casi cada noche,

que alguno de ellos le agarrara por detrás y le diera lo suyo a «la nena de las flores», mientras Pau, vencido pero no derrotado, apretaba los dientes para evitar el llanto, y el puño derecho para no caer en la tentación de abrir la navaja oxidada y rajarle la cara, o los huevos, a ese *garsá*. Algún día lo haría. *Más pronto que tarde*, se juraba entre lágrimas hundidas en el fondo de su corazón de niño sin infancia. Intentando no olvidar quién era Pau, el *expòsit*, el Nen de les Taronges.

3.
Rosetta
Barcelona, 1879

Rosetta jugaba, despreocupada y con cierta desgana, con su muñeca. Con todas sus muñecas. Uniformadas, en fila de a dos. Perfectamente tiradas por el suelo, descabezadas en estricto orden: los coleteros, a un lado de la inmensa sala de juegos; las pelucas, justo enfrente. Los bracitos, formando figuras geométricas imposibles pero absolutamente canónicas en el mármol de la residencia de los Egea en Consell de Cent, cerca del Liceu. El resto de las figuritas (cuerpo y piernas), sentadas en círculos concéntricos en el centro de la estancia.

El juego (¿genial, macabro, único?) se repetía, ceremoniosamente, cada tarde, después del té, cuando el aya —la única persona, junto a su *tiet*, que le dirigía la palabra en aquella mansión— se convertía en ama de llaves de la señora, y Rosetta podía desbridar sus rizos castaños a su antojo, soltarse los lazos y el minúsculo justillo que trataba de cincelar su cuerpecito de apenas tres años, y fantasear con que era completamente libre.

Lo hacía concienzudamente, marcando cada uno de los pasos del juego, no fuera a olvidársele, no fuera a confundir las piezas y acabara creando un monstruo deforme con todos aquellos diminutos fragmentos. A veces, antes de que él llegara y se apoderara de sus sueños, imaginaba que la puerta se abría y que el señor, su padre, el insigne músico Juan Egea Ferrer, descubría el pastel, ponía el grito en el cielo y la encerraba en el zaguán. *Y no, eso no*, se repetía… mentalmente. Porque, a sus tres años, Rosetta aún no había

aprendido a hablar. En realidad, sí que sabía hacerlo, pero eran las palabras las que no querían salir de su boca, temerosas de morir en el eco de aquel mundo extraño.

Las pocas ocasiones en que el señor se atrevía a acercarse a ella, lo hacía con una mezcla de aversión, tristeza y pena. Por no ser un niño, por ser especial.

A esta niña lo que le pasa es que es tonta, Rosa, espetaba el señor a la señora, cuando esta trataba de interceder por su hija. Un médico amigo de la familia —pese a la pompa demostrada en público y en privado, un músico como él no podría sufragar durante muchos años más su nivel de vida, de modo que Juan Egea echaba mano de sus contactos para cualquier gasto imprevisto— había puesto nombre al diagnóstico: oligofrenia.

Tiene poco conocimiento, ya lo sabes, justificaba, con nula convicción, Rosa, quien, pese a todo, creía querer a su hija.

De modo que era idiota, imbécil, anómala, «sabio-idiota», o eso decían, según el caso, los caballeros de sombrero de copa, pipa en mano y monóculo que peregrinaban a observarla en alguna ocasión, más por divertimento ante la novedad que otra cosa. *Ciertamente extravagante*, se mostraba, admirado, uno de ellos, mientras el señor cerraba la puerta y echaba el candado, no se les fuera a escapar la niña estúpida. Que no sabría hablar, pero corría que se las pelaba y, en más de una ocasión, se había fugado apenas encontraba un resquicio en su prisión.

Peculiar. Digamos que peculiar, había sugerido otro de aquellos señores de bigote espeso y cara aburrida, y a Rosetta terminó convenciéndole el término. Peculiar. Ella era peculiar. Con el paso de los días, las lágrimas sordas acabaron convirtiéndose en una oportunidad para la pequeña, que siempre encontraba tiempo para desenredar la maraña de piezas desparramadas por las losetas sin ser descubierta. Aunque la mayor parte de las horas las pasaba mirando por el estrecho ventanal, su única conexión con el mundo desde que los señores decidieron apartarla de todo contacto con niños y niñas de su edad después de las quejas, educadas pero firmes, de su grupo de conocidos. *Solo nos faltaba eso, ser unos*

apestados, ¡qué vergüenza!, bramaba él mientras se alejaba de la puerta.

Rosetta miraba, más allá de los humos de la chimenea del edificio de al lado, y se perdía lejos, muy lejos, hacia aquellos grandes solares de los que tanto oía hablar a su *tiet*, el famoso arquitecto, cuando venía a visitar a su hermana, la señora, en sus cada vez más frecuentes viajes a la almendra de la burguesía de la Ciudad Condal, asediado y admirado por los mismos que anhelaban su compañía y, a la vez, conminaban a los señores a ocultar del mundo a Rosetta. Al fondo, en los días claros, Rosetta creía ver el Tibidabo. No sabía que, apenas a unos cientos de metros a su espalda, aguardaba a ser descubierta una inmensa extensión de agua salada y, más allá, el horizonte.

Un día de estos, cuando me lo permitan tus padres, te llevaré a ver el mar, le había susurrado al oído el tío Antoni, el único que lograba sacar una mueca lo más parecido a una sonrisa a la pequeña, y que, a escondidas, traía a su sobrina Rosetta pequeños cuadernos y lápices de colores, que la niña devoraba con una profusión de imágenes imposibles, pináculos altísimos coronados por cruces doradas, paredes llenas de conchas o de mosaicos triangulares, agujeros, arrugas, guirnaldas, columnas estrujadas que se alzaban al cielo como un bosque en el Pirineo, y que su tío contemplaba entre confuso y maravillado, mesándose los cabellos de la barba y con los ojos muy muy abiertos.

Después, guardaba las cuartillas, bien dobladas, en el bolsillo interior de su gabán, y, guiñando un ojo a la pequeña, se llevaba el dedo índice a los labios, prometiéndole que pronto le traería más papeles y colorines.

Pero no puedes decir nada de esto a nadie, Rosetta, ¿lo entiendes?, y por supuesto, Rosetta Egea Gaudí lo entendía, pero, como era imbécil, tonta, retrasada, estúpida y no sabía hablar, asentía con cara de boba y mirada perdida. *Peculiar, una niña peculiar*.

Claro, qué vas a decir tú, bonita, se despedía el *tiet* acariciándole el pelo suelto. Solo él, además del aya, se atrevía a tocarla, y, por supuesto, era la única persona que lo hacía con cariño.

No se lo diremos a nadie, ¿verdad?, contestó la niña cuando escuchó el portazo, y el ruido del cerrojo corriéndose, volviendo a convertir su habitación en una celda. O en una casa de juegos. Cada una de las cabecitas de sus muñecos, en perfecto orden de desfile, asintió.

Si cumplía, su *tiet*, algún día, la llevaría a ver el mar.

4.
El cementerio del mar

En octubre de aquel año, la lluvia repiqueteaba sin descanso sobre los ventanales. Casi siempre estaba oscuro. También la casa. Rosetta lo sentía, pese a que, desde hacía varias semanas, las cortinas permanecían corridas en todo momento. Un silencio oscuro se había apoderado de la mansión. Ni siquiera se escuchaba el piano desde el que el señor trataba, cada noche, de concluir la que aseguraba iba a ser la sinfonía final, la cumbre de su arte, la genialidad que resolvería para siempre sus problemas financieros.

Juan Egea lo había apostado todo a aquella melodía, que iba tomando forma cada noche en vela, hasta altas horas de la madrugada, para deleite de Rosetta, que tampoco podía dormir. La música del señor —no recordaba haber pensado en él jamás como en su padre— transportaba a la pequeña a otros mundos, mucho más allá de la habitación en la que estaba encerrada, a salvo de las burlas de los extraños y del oprobio de quienes debían protegerla.

Pero la música había cesado, de repente, sin previo aviso, y Rosetta apenas pudo entender el porqué a través de la mirada de la aya, que cada mañana la contemplaba con los ojos llorosos y una tristeza infinita —fingida o no, nunca llegaría a saberlo—, *Pobre niña, qué va a ser ahora de ti*.

¿Qué va a ser ahora de mí?, se preguntaba Rosetta, mirando fijamente a la ventana sin luz de fieltro rojo, respirando el aroma a polvo y humedad que se había instalado en aquella casa. Nada, no sería nada de ella, la pobre niña loca a la que una mañana vistieron completamente de negro, como a esas muñecas descabezadas que el aya había encontrado una tarde de verano mientras Rosetta dormía, y que habían desaparecido para siempre, junto a los cuerpecitos, los brazos, las piernas. Y su madre.

La señora no había regresado a su habitación desde entonces, y la niña la imaginaba recorriendo el mundo a lomos de un caballo de mil colores, o encerrada por el señor en la más alta torre del Tibidabo, apuntalando la puerta, cerrada con mil candados y un inmenso piano desde donde él la martirizaba, día y noche, aporreando sin control las teclas blancas y negras. O, tal vez, *Sí, eso era*, tal vez, escondida en el armario de su habitación, jugando con sus viejas muñecas, esperando a papá.

Allí la encontró el aya la mañana en que vino a anunciarle, solemne y magníficamente lúgubre, que su madre, Rosa Gaudí Cornet, había muerto de gastrorragia, y que debía ser buena y ponerse esa ropa y no gritar ni patalear ni morder, sobre todo no gritar, porque el señor estaba muy afectado y no tendría paciencia para los ataques nerviosos de la niña estúpida, imbécil, tonta y retrasada con la que Dios le había castigado en aquella macabra tómbola llamada vida. La pobre niña tonta y huérfana. *Peculiar, soy peculiar*.

Rosetta no lloró, no gritó, no pataleó, no mordió, ni siquiera brotó una de aquellas inquietantes carcajadas de su boca, como en otras ocasiones en las que todo se quebraba y la luz de su mente se apagaba. Se limitó a obedecer, dejarse colocar el corpiño y el vestido negro, peinar con esos horribles lazos para disimular sus rizos castaños, taparse el rostro con un velo oscuro y acompañar a su aya hasta un coche de caballos negro guiado por un palafrenero oscuro que los zarandeó, ceremoniosamente, hasta el cementerio del Poble Nou.

Ella no lo sabía —cómo podía hacerlo, si era imbécil y nadie le contaba nada— pero la señora iba a ser enterrada en el panteón de la familia paterna junto a su abuela Antonia, fallecida de hemiplejía pocos días antes de que naciera Rosetta; su tío Francisco, el médico que la visitaba en la casa hasta la primavera, y que había muerto de hemoptisis masiva; o su tía Úrsula, la solterona de la familia, que había fallecido a causa de una afección pulmonar.

El señor no apareció durante toda la ceremonia, que discurrió sobria, adusta, celebrada en latín bajo una finísima lluvia por un mosén amigo de su tío el arquitecto. Vecinos, amigos de la familia,

el abuelo Francesc, a quien Rosetta no recordaba haber visto nunca tan de cerca, *Vaya añito llevamos*, susurró el viejo, y su *tiet*. Ella miraba fijamente aquel agujero en la tierra, la lápida descorrida, la lluvia mezclada con el sudor de los cuatro operarios que fueron bajando con un juego de cuerdas el ataúd de madera de roble con una inmensa cruz hasta el fondo del nicho familiar, aguardando la bendición, los responsos y, después, enterrando a paladas rítmicas, sistemáticas, para siempre, a la que un día fue su madre.

Entonces, solo entonces, miró hacia la derecha, donde comenzaban a esconderse los últimos rayos de sol de aquel 16 de octubre de 1879, y de donde provenía aquel intenso olor a salitre y humedad, y contempló por primera vez el mar. Rosetta no pudo evitar un grito sordo, no supo frenar una lágrima de emoción.

Las pocas personas que continuaban allí se escandalizaron entre murmullos de desaprobación, las menos sintieron piedad por aquella pobre niña que se había quedado, a la vez, sin madre y sin padre: nada se supo del señor después de aquello.

Al cabo de un rato, se le acercó su tío Antoni y, tomándola del hombro, le habló al oído:

¿Ves? Te prometí que un día te llevaría a ver el Mediterráneo. Vamos, dame la mano. Ahora vendrás conmigo.

Y Rosetta sonrió como nunca antes recordaba haberlo hecho. Por aquella mano tibia, por la promesa de más cuadernos, de más lápices de colores en los que pintar todas las fantasías arremolinadas en su cabecita oligofrénica. Por aquella inmensidad azul que se le colaba por los ojos y que no acababa nunca. Y, por fin, por una promesa cumplida.

Vamos, tiet, balbuceó. Y solo el señor Antoni Gaudí pudo escucharla.

5.
Yo seré tu padre

No fue difícil convencer a Juan Egea, una vez consiguieron encontrarlo entre las tabernas del barrio Gòtic de Barcelona. Tardaron tres días en hacerlo, después de enterrar a Rosa y alcanzar, tras muchos ruegos y algunas promesas, una demora por parte de los acreedores de su cuñado. La vida en Consell de Cent quiso ser un cuento de hadas, lujo, arte y diversión, que los excesos, las deudas y el falso sueño de grandeza de un loco habían convertido en un relato de terror sin final feliz. Y con una niña a la que proteger.

Haced lo que queráis, yo no quiero saber nada de eso, boqueó Juan Egea entre vaso y vaso de vino, con los ojos encendiéndose a medida que su cuñado le hablaba de la necesidad de que Rosetta tuviera una educación, unos cuidados especiales, *Porque tu hija es verdaderamente especial, y tú no puedes dársela*.

Entenderás que precisamente porque es mi hija, quiero lo mejor para ella. Es imbécil, sí, pero tal vez pueda casarla con el hijo menor de alguno de mis camaradas… Si te la llevas, tendrás que compensarme. Es una Egea, lleva mi apellido, ¡mi legado!, escupió a la cara de un sorprendido Antoni Gaudí.

Lo cierto es que no esperaba aquella reacción: sabía, aunque le resultaba asqueroso, que aquel músico bohemio, violento y alcoholizado con ínfulas de burgués querría desprenderse de la pequeña Rosetta, a la que despreciaba profundamente y, en cierto modo, culpaba de la mayoría de sus males.

La Rosetta nos ha traído mal de ojo, repetía con acento andaluz, la única herencia de sus antepasados que trajo consigo a Barcelona en la década de los sesenta, con una escuela de música por finalizar y ansias infinitas por comerse el mundo rápidamente. Pronto

comprendió que no sería tan fácil. Con todo, cuando conoció a Rosa, la hija del calderero, pensó que era un buen lugar para comenzar, pese a las reticencias del abuelo, que nunca se entendió con su yerno. Con la dote y el esfuerzo de sus suegros, Francesc y Antonia, lograron instalarse en Barcelona. Al comienzo, y gracias a su innato don de gentes, todo fueron puertas abiertas, y Juan Egea pudo disfrutar incluso de cierto reconocimiento entre la renacida burguesía, que soñaba con construir una nueva Barcelona en el Eixample.

Así, llegaron las fiestas, que se prolongaban hasta altas horas de la madrugada, siempre bien acompañado, siempre sin reparar en gastos. Y, con ellas, algunos éxitos, una pequeña gira con su piano por locales de toda Cataluña, y la sensación de que era posible codearse con los hijos de los grandes del país, ávidos de contar entre sus amistades con todo un artista como él.

No tardaron en aparecer los excesos, el nivel de vida que —bien lo sabía, aunque nunca quiso aceptar— no podía pagar, las cartas de pago devueltas, los préstamos de usureros al 20 por ciento, la exigencia por adelantado de las legítimas que pudieran corresponderle a su esposa, las borracheras en pleno concierto —en una ocasión, llegó tan bebido al teatro que los bedeles le impidieron el paso, debiendo echarle a patadas después de aguantar estoicamente gritos, pataleos y *Usted no sabe quién soy yo*—, los arrebatos de furia y euforia, las puertas cerradas en los espectáculos, las huidas hacia adelante… Y entonces nació ella. Y salió como salió.

Juan Egea tenía claro que no iba a regresar a aquella casa. No tendría con qué afrontar las deudas generadas durante aquellos años. Y la niña… Odiaba a esa niña con toda su alma, la consideraba culpable de todas sus desgracias. La habría estrangulado con sus propias manos si hubiera podido, le habría arrancado la cabeza como ella hacía con aquellas malditas muñecas. Y, sin embargo, y contra toda lógica, su tío la quería. Su tío Antoni, el arquitecto con mayor proyección de toda Cataluña, sentía un afecto verdadero por aquella pequeña imbécil.

Gaudí se levantó, agarró de los hombros a su cuñado y lo zarandeó con violencia, logrando que volviera a abrir los ojos y recordara qué hacía allí. *Escucha,* le dijo, *olvídate de la niña, olvídate para siempre de ella, ¿me oyes? Si lo haces, si te vas de Barcelona y no vuelves por aquí, me haré cargo de las deudas de tu casa y de tu familia, y a Rosetta no le faltará de nada, aunque sé que eso te da igual. Pero si vuelvo a verte cerca de ella, o de nosotros, te juro por Nuestro Señor que será lo último que hagas*.

¿Tú mentando a Dios, cuñado? No te hacía blasfemando, sonrió, envalentonado por el alcohol, Juan Egea. Gaudí suspiró y le soltó. El músico cayó, con estruendo, llevándose consigo al suelo la mesa y la silla en la que llevaba horas bebiendo. El arquitecto arqueó una ceja e hizo un gesto al tabernero, que ya se disponía a echar a patadas a aquel borracho de su tugurio.

Vete, y no vuelvas, Juan.

De acuerdo, de acuerdo, me iré. Pero no sabes dónde te metes, Antoni. En serio, te aprecio, pero no sabes cómo es esa niña. Está loca, trae mal fario, hazme caso, lo mejor que podríamos hacer con ella es…

¡Basta!, bramó el arquitecto, haciendo trastabillar de nuevo a su cuñado que, lenta y ceremoniosamente, buscó a tientas su sombrero, se ajustó la chaqueta, hizo una leve reverencia, entre dramática y jocosa, y salió a trompicones de la taberna, perdiéndose entre la noche barcelonesa. Jamás volvieron a verlo.

Gaudí lanzó una nueva mirada al tabernero, quien le mostró una nota con la cuenta de lo que su cuñado había bebido aquella jornada. *¿Todo esto?*, pensó, sin sorprenderse demasiado, y sacó cuatro monedas de su bolsillo*. Es la última vez que entro en semejante lugar*, se prometió al abandonar la bodega, antes de dirigirse a la casa de Consell de Cent, donde le esperaban Rosetta y su padre, Francesc.

¿Lo has encontrado?, le preguntó el abuelo.

Ya está todo solucionado, contestó el arquitecto. No fueron necesarias más palabras. *¿Dónde está?*

En su cuarto, con tus cuadernos. Ve a verla, sí.

Antoni Gaudí se encaminó por el largo pasillo de la casa, dejando a su padre con la mirada arrasada, fija en el suelo de loseta frío y sin apenas ornamento, nada que ver con aquellos *trencadís* que su hijo le había explicado una y mil veces con emoción y vehemencia. En apenas unos meses había perdido a su primogénito, a su mujer y a su hija Rosa, y estaba a punto de quedarse sin todo lo ahorrado durante toda una vida de trabajo para poder seguir con lo que nunca había dejado de hacer: cuidar de los suyos. El calderero sabía lo que tocaba ahora: vender las tierras de Reus, el obrador, la casa familiar, y formar una piña con su único hijo, el arquitecto, para sacar adelante a Rosetta.

La decisión estaba tomada: vivirían en Barcelona, juntos, y Antoni se dejaría el alma por aceptar cuantas obras le llegaran, preferiblemente cerca de ellos. Trabajo no le faltaría: eran pocos los arquitectos jóvenes salidos de la escuela, y muchos los solares y las propuestas para transformar Barcelona en torno a los planos del Plan Cerdá para el Eixample. Francesc contempló cómo la figura de su hijo se alejaba por el pasillo: sabía que era un genio, a veces incomprendido, pero capaz de maravillar a todos con sus ideas, fueran estas realizables o no. Y, en lo más profundo de sí, estaba convencido de que pronto podría dedicarse a construir aquellos edificios imposibles que salían de su ingenio.

Apenas un año antes, durante la Exposición Universal de París, Gaudí había diseñado una vitrina por encargo de un comerciante de guantes. La cristalera maravilló a muchos, e impresionó a Eusebi Güell, un joven empresario, a la sazón concejal de Barcelona, quien a su regreso de la Ciudad de la Luz quiso conocer aquel talento. Desde el principio, Güell y Gaudí trabaron una profunda amistad, y el primero se convirtió en mecenas del segundo. Fruto de ello fueron las farolas de gas que el arquitecto diseñó con pasión para el ayuntamiento, dando rienda suelta a sus conocimientos de mitología y arquitectura clásica, y fundiéndolos con la técnica del hierro y los globos de opalina blanca que estaban causando furor en Marsella. En aquellos años, Francia era el centro del mundo, y de las artes, y

Gaudí se obsesionó en impresionar también a la Ciudad Condal. Lo consiguió.

Logrará todo lo que se proponga, dijo para sí el abuelo Francesc. De modo que ahora tocaba hacer cuentas, para pagar sus propias deudas —las legítimas de sus hijos, los préstamos para pagar los estudios de medicina de Francisco, el hermano mayor, cuya muerte prematura impidió que su prometedora carrera zanjase por sí sola lo adelantado—, a las que habría que sumar las de Juan Egea. Y, además, apostar por el futuro del hijo que le quedaba. Conseguir cierta estabilidad para que pudiera centrarse en su obra. Pero ¿qué hacer con Rosetta?

Antoni Gaudí golpeó con los nudillos la puerta de la habitación de su sobrina. Estaba entreabierta, de modo que entró. Allí la encontró, con el vestido negro serpenteando por el suelo, los rizos de nuevo liberados, acurrucada en torno a unos cuadernos, pintando frenéticamente. El arquitecto se detuvo a sus pies, procurando no hacer ruido: sabía, por experiencia, que cualquier distracción podría dar con una posible idea genial en el cubo de la basura. La inspiración debía pillarte trabajando, pero la diosa del arte también sabía moverse a su antojo, y era presumida, arrogante y desconsiderada: se iría sin avisar, dando un portazo, para no volver, si así lo consideraba. No aceptaba regalos, ni se dejaba convencer con falsas promesas. Debía hacerse cuando ella decidiese. Y punto.

A sus pies, Rosetta garabateaba lo que Gaudí interpretó como un juego de columnas unidas entre sí por grandes bolsas de arena que se balanceaban entre las cuerdas, dejando que se elevaran grandes torres que iban estrechándose a medida que intentaban rasgar el sol, rompiéndolo en mil pedazos. *Está dibujando la luz*, observó en silencio, ciertamente admirado. Tal vez fuera únicamente su imaginación, pero aquella niña parecía conocer los secretos de proporciones, equilibrios y contrapesos que a él le habían costado años de estudios, ensayos y errores. ¿Cómo…?

Tienes que darle la vuelta, tiet, contestó Rosetta adelantándose a la pregunta escondida tras los labios de Gaudí. *No se ve así, está al*

revés. Mira, así, ¿ves?, dijo, girando el folio y colocándolo frente a su tío del modo en que ella entendía que debía ser visto.

Pero esto es… ¡es una catedral, niña mía!, advirtió, ajustándose el monóculo, Gaudí.

Son las montañas de Dios, tiet, ¿no ves que tocan las nubes?, volvió a responder una sorprendentemente locuaz Rosetta, a la que nadie había escuchado hablar con tanta claridad, y con un léxico más propio de un adulto. *¡Si apenas tenía tres años!*, pensó el arquitecto, profundamente admirado.

Te cuento, pero agáchate, que eres muy alto, y Gaudí se arrodilló junto a su sobrina y, por primera vez en mucho tiempo, guardó silencio y prestó atención. Iba a recibir la mayor lección de arquitectura de su vida. Y se la iba a dar una pequeña huérfana y oligofrénica, a la que luego tendría que explicar, después de todo, que su abuelo y él habían decidido internarla en el colegio que las monjas de Jesús y María tenían en Tarragona. Gaudí las conocía bien, pues llevaba tres años decorando el pavimento de la capilla de otro centro que las monjas regentaban en Sant Andreu de Palomar, y les ofreció el proyecto de una nueva capilla en la sede de Tarragona a cambio de cuidar de la pequeña.

Me regalarás este dibujo, cariño, ¿verdad?

Son tus papeles, son tus pinturas, tiet. Todo lo que dibuje será tuyo, contestó Rosetta, antes de salir corriendo hacia la ventana, alzándose de puntillas para ver la tenue luz del sol, y señalando con el dedo, ilusionada.

Por allí está el mar. Me tienes que llevar a ver el mar, tiet. ¿De acuerdo, de acuerdo, de acuerdo?

De acuerdo, sonrió Gaudí, doblando con cuidado aquel dibujo, como ya había hecho otras veces, cada vez que iba a visitar a su sobrina*. Pero antes tengo que contarte una cosa, Rosetta. Ven conmigo*…

6.
El ejército de pequeños miserables
Barcelona, 1883

Sí, algún día lo haría. Y lo hizo. Pau solo recordaba que llovía incesantemente, y que las gotas repiqueteaban en el tejado del hospicio con ritmo desigual. Era de noche, y estaba soñando con ella, bailando con ella. Lentamente, con la mano izquierda en su cintura, y la derecha entrelazada a la suya, con la mirada puesta en el suelo, concentrado en aquellos cuatro pies, no fuera a pisarla y se desvaneciera. Después, algo más rápido, al ritmo de la tormenta, dando vueltas en un inmenso salón iluminado, ella totalmente vestida de naranja, él con chaqué y sombrero de copa, los dos con los zapatos limpios y brillantes, sin ningún agujero ni rozadura, totalmente nuevos, moviéndose mágicamente a un lado y otro de la sala, rodeados de rostros borrosos que reían y aplaudían. Y entonces ocurrió.

Se llamaba Albert, y era uno de los perrillos falderos de Pere, ya convertido en todo un hombre, aunque todavía continuaba durmiendo y reinando en el hospicio. Las monjas seguían olvidándose de la cena, pero recordaban muy bien el momento en que recibieron la visita de aquellos hombres de mirada ruda y decidida, hedor a puerto y dinero en los bolsillos, que les ofrecieron protección frente a los salteadores y *Los demonios anarquistas que amenazan con quemar iglesias y violar a nuestras hermanas, cuando lo que nosotros únicamente buscamos es el bien de las almas de estos pobres chiquillos*, y trabajo para algunos de los internos cuyo sueldo, por supuesto, gestionarían las religiosas porque *De alguna*

manera tienen que pagar por sus desvelos, sus cuidados, un techo en el que vivir. Por supuesto. Desde entonces, todos los chicos se convirtieron en pequeños esclavos de los *padres* del puerto, como ya lo eran Pere y los *capitanes*.

Desde primera hora de la mañana, un ejército de pequeños miserables en harapos se lanzaba a las calles de la ciudad. Se dedicaban al pequeño hurto: un reloj por aquí, unas piezas de fruta por allá, más de una cartera entre los señores de bien que salían con sus señoras del café Zúrich o durante sus paseos por el recién inaugurado paseo de Gracia, bolsas perdidas de los bañistas que se aventuraban a zambullirse en la Barceloneta y, especialmente, monedas caídas de los bolsillos de obreros que rumiaban sus desgracias en las tabernas del Gòtic y el puerto antes de regresar, tambaleándose, a sus oscuros agujeros, donde les esperaban demasiadas bocas por alimentar y una mujer que solo dejaba de quejarse al segundo puñetazo en el labio o después de una patada en el estómago. Dormir, aunque apenas fueran unas horas, antes de descubrir que el dinero ahorrado con dolor para pagar el hospedaje había desaparecido de nuevo, y nadie recordaba cómo.

Se movían sigilosamente, a veces en solitario, las más en grupo, correteando y alborotando los mercados, las fábricas, las plazas, los cafés. Muchas veces se llevaban un pescozón, o no lograban escapar de los agarrones de quienes se daban cuenta del robo y, algunos, según el día, acababan pasando la noche en el calabozo. Poco más se podía hacer: aquellos eran chicos de la calle, y a ella pertenecían, no servía de nada tomarles los datos —la mayoría ni siquiera recordaba su nombre real— o buscar a sus padres —¿a quién?— para que se hicieran cargo de ellos.

Solo cuando la cosa iba a más, y en medio de la trifulca salían a pasear las navajas, y alguien caía malherido, los chicos terminaban en comisaría, y se llevaban una buena paliza por parte de la policía, que aceptaban estoicamente, sabiendo todos que no era la primera vez que recibían una tunda, y que aquella no iba a ser la más dolorosa.

Cuando había sangre de por medio, no quedaba más remedio que sacar la porra a pasear. Los guardias tenían claro que no debían

sobrepasarse: en el fondo, todos, policías y ladrones, sabían que aquellos chicos eran hijos de los arrabales, y tocar, manchar o quebrar a uno de los suyos supondría una declaración de guerra. De modo que la cosa, casi siempre, quedaba en nada.

Todos seguían bailando. Todos menos Pau, el *expòsit*, al que aquella noche despertó a patadas Albert, como podía haberlo hecho con cualquier otro.

Te llaman, sígueme, le dijo sin mirarle.

No, respondió Pau, firme, poniéndose en pie y apretando con fuerza los puños. *Esta vez no*.

El *capitán* quiso esbozar una sonrisa, pero hacía tiempo que aquellos chicos se habían olvidado de sonreír, así que le salió una mueca grotesca que simulaba disgusto y hastío. Pere quería ver a *«la nena de las flores»*. Hacía tiempo que no le visitaba, aunque ambos se observaban en la distancia. En aquellos años, el chico se había convertido prácticamente en un hombre, modelando sus músculos y su mirada dura, desafiante. El espectáculo le encantaba: los que creían que podían resistirse. Y Pau, sin duda, era el mayor de ellos. Todos acababan sucumbiendo: dolía menos y, con suerte, al cabo de un tiempo eran desplazados por otros expósitos. Carne fresca, virginal, lista para corromper. Todo lo nuevo acaba volviéndose viejo, inservible. Prescindible.

El propio Pau había tenido que aceptar algunos encargos en el pasado, aunque siempre se negó a robar para ellos, sabiendo que eso supondría soportar el castigo decidido por Pere. A lo sumo, aceptaba acompañar a algunos de los benjamines, y les mostraba las puertas ocultas, las mejores salidas si se armaba jaleo, qué lugares estaban vetados incluso para ellos, en los que no se podía cometer ninguna rapiña, porque conocía mejor que nadie los secretos de aquella ciudad, *su* ciudad.

A veces contaba las ganancias —era uno de los pocos que sabía hacerlo— y, en una ocasión, tuvo que acompañar al *capitán* a ver al *padre*. Jamás olvidaría sus enormes dedos grasientos, sus uñas largas, negras, afiladas, la fuerza de sus manos y su olor. Un olor a cadáver, de quien sabía que ya estaba muerto, pero que continuaba vagando por el mundo de los vivos esperando una oportunidad.

No lo pongas más difícil, vamos, lo retó Albert, trayéndole de nuevo a la realidad de aquella noche de lluvia.

¡No!, gritó Pau, y durante un instante muchos de los cuerpos que yacían, acurrucados, entre el frío y la humedad de aquel claustro, parecieron moverse, agitados. Solo fue una ensoñación: en aquel baile, nadie iba a ponerse de su lado. La lluvia arreciaba, con fuerza para arrasarlo todo.

En fin, tú te lo has buscado, respondió Albert, dándose la vuelta y alzando levemente la cabeza para confirmar que, entre las sombras, iban surgiendo cuatro figuras, fornidas, conocidas. Eran muchos años juntos como para no reconocer cada movimiento de aquellos *capitanes. Haznos un favor a todos y no hagas ruido, no vayamos a despertar a las hermanas. Te he dicho que Pere te espera*.

Pau, el *expòsit*, dio un paso atrás, y miró hacia sus oponentes, que lentamente iban despegándose de la oscuridad. No había posible escapatoria, admitió, palpándose el bolsillo de la pernera derecha de su raído pantalón y comprobando, tenso y levemente aliviado, que su navaja continuaba allí. Había estado a punto de extraviarla el domingo anterior, cuando al lograr escapar de las garras de los lobos del hospicio se perdió entre la Rambla buscando a la florista, sin encontrarla.

No sirvió de nada preguntar a otras floristas, ni a la mujer que ocupaba su puesto y que vendía aquellas margaritas naranjas que eran suyas, que Pau soñaba que siempre habían sido suyas. Nadie sabía nada, nadie decía nada, aunque pudo advertir, o eso quiso creer, un brote de lástima en cada negativa, en cada espalda vuelta, en cada *Niño, déjame ya, que tengo trabajo*. Cuando rompió a llover, el chico corrió como alma que lleva el diablo, cruzando zanjas, tropezando con transeúntes, calados hasta los huesos como él, buscando refugio entre las balconadas y los andamios del Eixample, donde acababa la ciudad antigua y comenzaban los pueblos del interior, hasta llegar al lugar en el que imaginaba que ella, su madre, recogía las flores que después preparaba con esmero, limpiaba, cortaba y colocaba cuidadosamente en los cestos para vender por pocas monedas a los enamorados que paseaban, ajenos a la vida real, por las calles de una Barcelona que ya no existía. Pero allí

tampoco estaba: no había flores, no quedaba rastro de ella. Solo un inmenso solar sobre el que comenzaba a elevarse una iglesia. Pero dónde estaría Dios ahora, dónde estaría sin ella…

Entonces Pau, el *expòsit*, esa noche tal vez más que nunca, gritó al cielo y a los muros de esa iglesia por ella, por la mujer que fue —que no podía dejar de ser— su madre, y que había desaparecido, y preguntó a ese dios al que nunca había rezado —las hermanas solo exigían acudir a misa y mover los labios simulando recitar el rosario, el avemaría o el padrenuestro, no tener realmente fe— dónde estaba. *¡Tráemela de vuelta!*, gimió, blandiendo la navaja oxidada al furor del temporal, que devolvió la respuesta en forma de tabla que se desplomó de uno de los andamios de la obra, y golpeó al chico hasta hacerle caer al barro, soltando el pincho, que salió volando varios metros más allá.

Pero qué haces, niño, ¿estás loco?, y unos brazos fornidos lo recogieron del suelo antes de que los restos del armazón se desplomaran y cayeran al lugar del que, por segundos, logró sacar al chico, evitando ser sepultado entre maderos. Pau no pudo contestar, solo romper a llorar todas las lágrimas de su edad, como el chiquillo que nunca pudo ser, como el niño al que le cuentan que su madre se ha ido y que nunca volverá, sin poder parar de sollozar, incontrolable, inconsolable.

Unos brazos desconocidos que lo agarraron con fuerza y no le soltaron hasta que el dolor y el cansancio vencieron por agotamiento a su voluntad, y Pau se quedó dormido, con la cara empapada por la lluvia interna y externa, bajo la techumbre de las obras de la cripta del templo expiatorio, que hacía pocos años trataba de elevarse en el Eixample barcelonés, y que justo por aquellas fechas había cambiado de arquitecto tras los desacuerdos entre Francisco de Paula del Villar y José María Bocabella, presidente de la Asociación de Devotos de San José, promotora de la construcción.

Cuando despertó, bien entrada la madrugada, Pau se encontró acurrucado junto a uno de los muros de carga del templo, arropado por una gruesa manta. Apretó su mano derecha y esbozó un suspiro de alivio: alguien había recuperado su navaja y se la había devuelto. Se levantó, buscando aquellos brazos que lo habían salvado, pero allí

no había nadie. La tempestad había cesado, pero el hospicio no abriría sus puertas hasta dentro de unas horas. Pau se acurrucó, en posición fetal, sintiendo cómo el calor regresaba a su cuerpo, y durmió entre velas, con un ojo siempre abierto, pensando en ella y en sus margaritas naranjas, *la flor del triunfo*, que ya no volvería a regalarle. Y a sus doce años, volvió a sentirse terriblemente solo.

Ahora no lo estaba. Cinco de los *capitanes*, con Albert al frente, le acosaban, acorralándole contra una de las esquinas del zaguán en el que medio centenar de pequeños ladrones simulaban dormir, para no mirar, para no saber, para no contar. A un gesto de Albert, dos de ellos trataron de agarrar de los brazos a Pau, que se zafó de un salto hacia adelante. Albert no lo vio venir, Pau ni siquiera lo pensó: el brinco fue demasiado fuerte y al estamparse contra el *capitán*, instintivamente, el *expòsit* sacó la navaja del bolsillo y la clavó, con rapidez, en el costado de su oponente, que abrió los ojos y exhaló un grito ahogado.

¿Qué has hecho, Pau? ¿Qué has hecho?, gritó uno de los *capitanes*, aterrado, al ver caer a Albert, agarrándose el costado, en mitad de un charco de sangre. De pie, con el cuchillo empañado de rojo oscuro hasta la empuñadura y los nudillos de su mano, Pau no supo que contestar. Se limitó a mirar a Albert, de rodillas, que alzaba la mano pidiendo ayuda. Pero los cuatro *capitanes* ya habían huido, no sin antes amenazar al chico, *Estás muerto, lo sabes, ¿no? Cuando Pere y los padres se enteren, no tendrás dónde esconderte*, y el resto de la sala seguía simulando dormir. Algunos, los que casi a diario sufrían los mismos abusos que Pau, ocultaban su sonrisa al abrigo de las raídas mantas. Que cada palo aguantara su vela. Supervivientes.

Ayúdame, Pau, ayúdame, rogó, con un hilo de voz, Albert, sacando al chico de su ensimismamiento. El *expòsit* miró su mano ensangrentada y, después, con ojos de hielo, a su compañero agonizante, y repitió sus propias palabras:

En fin, tú te lo has buscado. Haznos un favor a todos y no hagas ruido, no vayamos a despertar a las hermanas.

Después, corrió. Sin mirar atrás, sin escuchar los primeros gritos de las monjas al llamar a la misa de maitines y descubrir el cuerpo

rígido y sin vida de Albert, y la sospechosa ausencia de varios de los chicos. El resto *Dormíamos, no sabemos qué ha pasado, hermana* como única respuesta. Pau corrió sin descanso hasta encontrar una fuente en la que lavar su navaja y su puño ensangrentado. Y corrió, sabiendo exactamente adónde debía ir.

El sol asomaba por el cielo de Barcelona cuando llegó al solar. Los primeros obreros comenzaban a encender fogatas, comprobaban la firmeza del andamiaje y ajustaban los cabos a las maromas para poder trasladar los gigantescos bloques de piedra que habrían de modelar e ir colocando para dar forma a la cripta que, ahora en manos del joven Antoni Gaudí, debía terminarse antes de afrontar la construcción de un templo que llegaría hasta el cielo, y que cambiaría para siempre el rostro de la Ciudad Condal.

Pau sintió hambre, pero no quiso moverse de allí: los esbirros de Pere y el séquito de los *padres* le estarían buscando sin descanso, ávidos de venganza, sedientos de sangre. En aquel lugar, por extraño que pudiera parecer, se sentía seguro, así que se escondió en uno de los almacenes de piedra, arena y madera, tomando uno de los tablones y dibujando espirales imposibles con el filo de un canto, antes de sacar la navaja y dedicarse, con paciencia, concienzudamente, a dar forma a la talla.

Es bonita, nen. Muy bonita. Parece una flor, ¿no?, sonó una voz a su espalda. Pau no tuvo necesidad de darse la vuelta para saber que tras aquellas palabras se encontraban aquellos brazos que, días antes, le habían salvado la vida. Y que volverían a hacerlo en el futuro.

Es una margarita. Naranja, la flor del triunfo. O eso me contaba mi madre, respondió el *expòsit*, entregándole la talla.

7.
La agonía
Barcelona, 7 de junio de 1926

A*¿hora? Estamos a punto de terminar el turno. Y además, ¿no le ves? El pobre está más muerto que vivo*.

Órdenes del médico, Joan, yo no sé más, se justificó el bedel de Sant Pere. El camillero suspiró, irritado, y se hizo cargo de aquel anciano moribundo.

Este viejo no llega al hospital, nos vamos a cargar de papeleo. Torracollons, dijo para sí Joan, colocando como pudo en el interior del carromato al viejo que no reconoció como Antoni Gaudí. Tiró con fuerza de la manivela hasta que el motor de aquella carraca comenzó a gruñir, y se subió al volante.

Con este traqueteo se me va a morir en la ambulancia, se lamentó el camillero, que escuchaba los gemidos ahogados de aquel anciano, que sin lugar a duda no llegaría con vida al Clínic. Y tomó una decisión: no le pagaban lo suficiente como para hacerle perder toda la noche dando explicaciones a la Guardia Urbana o al juez de guardia, por supuesto, sin cobrar. Además, el movimiento entre el empedrado suponía un martirio para el pobre hombre, que agonizaba sin remedio.

Aquella noche, Gaudí no llegó al hospital Clínic. No muy lejos del dispensario se encontraba el hospital de la Santa Creu, el antiguo centro hospitalario de Barcelona, una joya del gótico del siglo XV en pleno barrio del Raval que vivía sus últimos momentos, antes del traslado definitivo al nuevo edificio que ya se culminaba en el Eixample, muy cerca de la Sagrada Familia. El de la Santa Creu era el sanatorio de los pobres, en cuyas amplias galerías medievales

coronadas por altísimos e impresionantes arcos apuntados, que en otro tiempo acogieran las últimas novedades en la ciencia médica, yacían, hacinados, decenas de enfermos en lamentables condiciones de salubridad. La mayor parte del material había sido trasladado al nuevo centro, de modo que los enfermos se apilaban en hileras, apenas divididos por biombos o separadores de madera, que no aislaban de los gritos, el olor a suciedad y el hedor a muerte.

Los enfermeros trasladaron a Gaudí hasta la cama número 19, y allí lo dejaron, medio desnudo y olvidado. Era tarde, y el médico de guardia no pasó a hacerle el reconocimiento pertinente. Alguna urgencia, o simplemente desidia, lo impidieron. Nada particular. Nada que no sucediera todos los días. Casi a medianoche, el sacerdote que aquella noche hacía guardia en el complejo acudió a visitar a los nuevos ingresados para interesarse por ellos, ofrecerles confesión y, llegado el caso, administrarles la extremaunción.

Fue el cura quien reconoció, casi de inmediato, al famoso arquitecto, dando la voz de alarma. *¿Pero no sabéis quién está aquí? ¿Cómo no os habéis dado cuenta?*, gritó, alarmado. El enfermo, apenas con un hilo de vida, suplicó al párroco la unción de enfermos y la bendición apostólica. El clérigo tomó una silla y se quedó a su lado, mientras en el centro sanitario alguien alertaba a los responsables del hospital, y se preparaba, a toda prisa, algún rincón más digno para tan insigne y lúgubre invitado.

Entretanto, el vigilante de la Sagrada Familia se extrañó de que, bien entrada la noche, don Antoni no hubiera regresado al obrador. Tras comprobar que era así, y que el maestro no había entrado sin que él se hubiera percatado, el guardia acudió a la casa parroquial y preguntó al mosén Parés.

Perdone, padre, ¿está aquí don Antoni?

No, no lo he visto, respondió el religioso, retirando los ojos de la lectura de un voluminoso ejemplar de los salmos. *¿Por qué?*

Porque ya es de noche, y el maestro no ha regresado. Me parece extraño. Tengo miedo de que pueda haberle ocurrido algo, o que le hayan vuelto a detener.

No eran temores infundados. En los últimos tiempos, el arquitecto había tenido varios encontronazos con la policía. La

dictadura de Miguel Primo de Rivera, inicialmente apoyada por algunos sectores catalanistas, pronto se destapó como una gran defensora del castellano y, por oposición, como la gran enemiga del catalán, que consideraban una lengua que amenazaba la «unidad indivisible» del Estado. Una de las primeras decisiones del nuevo Gobierno fue promulgar un decreto contra el «separatismo», la prohibición de la *senyera* y «Els segadors», o el uso del catalán en actos oficiales o libros de registro. En octubre de 1923 se impuso la enseñanza exclusiva en castellano y, meses más tarde, se ordenó la clausura de los centros escolares que no cumplieran con esta norma. Muchos de ellos, por cierto, propiedad de la Iglesia. Algunos curas fueron detenidos e incluso alejados de Cataluña, acusados de separatismo.

La polémica estalló definitivamente el 11 de septiembre de 1924, cuando se conmemoraba la caída definitiva de los defensores de Barcelona en 1714. La Diada, prohibida por el régimen, incluía una misa en la basílica de los Santos Justo y Pastor por las almas de los caídos, y Gaudí quiso participar en la misma. Dos policías se lo impidieron con malas formas y, tras un breve forcejeo, el arquitecto fue detenido y llevado a la cárcel. A sus setenta y dos años, Gaudí no se dejó impresionar por las amenazas de la policía, y respondió a cada pregunta del interrogatorio en catalán, irritando a sus carceleros, que no le reconocieron. Sí lo hizo el gobernador civil, a quien llegaron las quejas de los empresarios de la ciudad, y ordenó la inmediata puesta en libertad del arquitecto.

Aquella noche, mosén Parés comprobó, casi de inmediato, que Gaudí no se hallaba detenido. Alguien podría haberle atacado para robarle, pero aquello era improbable, pensó el religioso, si el maestro nunca llevaba nada encima. *Cualquiera que no supiera quién es lo confundiría con un mendigo*, se dijo, alzando la ceja y llamando a gritos a Domingo, el vigilante. *Claro, eso es, ¡eso es!*

Coge a tu cuadrilla y recorred todos los dispensarios, hospitales, casas de socorro. Preguntad por cualquier anciano que haya ingresado. Me malicio que, si le ha pasado algo, le hayan tratado como a cualquier pordiosero. ¡Corre!

Dicho y hecho. A los pocos minutos, el vigilante llegó al dispensario de la ronda de Sant Pere, donde le informaron que, efectivamente, se había atendido a un anciano no identificado, que había sido atropellado por un tranvía. *Le han trasladado al Clínic,* señaló el celador enseñando el registro del día. *Aunque no creo que haya llegado con vida. Estaba muy mal, el pobre*. Domingo regresó a la Sagrada Familia para comunicar las noticias a mosén Parés. Ambos subieron al taxi y recogieron a Domènec Sugranyes, uno de los principales colaboradores de Gaudí y, desde hacía doce años, su mano derecha en la construcción del templo expiatorio.

No tardaron en llegar al Clínic, pero allí nadie había registrado la entrada del maestro.

Aquí no hay ningún herido por accidente. Solo hemos ingresado un cadáver, a media tarde, pero ningún herido.

Sugranyes y el cura se miraron, consternados. *Llévenos de inmediato a verlo*, rogaron. Tras hacer una llamada, el celador les acompañó hasta la morgue, donde un cadáver reposaba en la mesa de autopsias, cubierto por una sábana que un día fue blanca. El mosén levantó una esquina.

¡No es él!

Ya les dije, no nos ha llegado ningún anciano atropellado por un tranvía.

Pero en el dispensario nos dijeron…

El celador se encogió de hombros, y siguió con su trabajo. Sugranyes y mosén Parés volvieron a llamar el centro, pero no lograron aclarar nada, de modo que decidieron organizar una batida por todos los centros sanitarios de Barcelona. Gaudí no podía andar lejos: había que encontrarlo fuera como fuese. Recorrieron todos y cada uno de ellos, sin resultado. Cuando estaban a punto de llamar a la policía, recibieron un mensaje del cura que acompañaba al genio de Reus*. ¡Está en la Santa Creu! ¡Vamos!*

Sugranyes y Parés llegaron pasada la medianoche al desvencijado hospital. Gaudí se encontraba en la cama de una de las salas del centro, junto a enfermos de toda clase y condición. Pese a sus ruegos, el médico de guardia, que se había presentado después de que el sacerdote —que no se había separado de Gaudí desde que lo

encontrara, y rezaba en silencio el rosario asido a las manos del arquitecto— diera la voz de alarma, se negó a que fuera trasladado a otra clínica hasta que, a la mañana siguiente, llegasen los especialistas y examinasen a fondo al arquitecto, quien abrió los ojos, pero no reconoció a sus amigos.

No queda sino esperar, admitieron Parés y Sugranyes, que decidieron quedarse velando el cuerpo vencido del mayor arquitecto de Cataluña. A medianoche, Gaudí gritó, de nuevo, sus nombres. Los tres nombres: la mujer a la que amó, la niña a la que no supo proteger y el chico al que quiso como a un hijo y al que hubiera querido abrazar por última vez. Volvería a hacerlo, aunque él jamás lo sabría.

8.
El sobrino del capataz
Barcelona, 1883

Te quedarás conmigo. Siempre que no tengas mejores planes, ¿de acuerdo?

Pau asintió. Lo cierto era que no tenía otra idea mejor, y Roger había demostrado ser una persona de fiar. El capataz de las obras de la cripta de la Sagrada Familia era un hombre rudo y de pocas palabras, pero de actitud firme y decidida. Y casi nunca se equivocaba juzgando a las personas. Le venía de familia: sus antepasados habían hecho fortuna en las Indias como alguaciles de las colonias españolas en Chile, exportando el buen vino catalán del Penedés y recolectando una a una las uvas de las viñas del Nuevo Mundo. Los Oriol se encargaban de seleccionar a los mejores indígenas, mestizos y mulatos —también algún europeo venido a menos y necesitado de pagar sus deudas— para un trabajo que exigía de la máxima precisión. Durante décadas, gracias al trabajo concienzudo de muchos como los Oriol, se logró una excelencia que hacía de los caldos chilenos los mejores de América.

Celos, falsas acusaciones y una suma de errores hicieron caer en desgracia a la familia. Tras la independencia del país, y la nacionalización de las empresas coloniales, los Oriol, completamente arruinados, tuvieron que mendigar favores para lograr el dinero necesario y poder regresar a Catalunya. Casi un siglo después, Roger, nieto del último capataz del «Camino de la Cintura» —donde se ubicaban las principales viñas de Santiago— tomaba un barco que, después de meses de un trayecto inacabable y trufado de penurias, atracó en el puerto de Barcelona.

Muchos siguieron el camino de los Oriol, y comenzaron a llenar las colas del hambre y de las fábricas de la creciente industria de la Ciudad Condal. Pronto, el indiano que jamás había pisado suelo europeo acabó destacando por su capacidad de organización y, aunque no hizo fortuna, sí logró sacar adelante su vida, casarse y formar una familia en el Viejo Mundo. Sin destacar, recordando la maldad de las envidias humanas y el riesgo de querer ser más que los demás, el viejo Oriol acabó convirtiéndose en uno de tantos que, en su vejez, contaba interminables historias sobre las maravillas, y los riesgos, del ya no tan nuevo continente, y cómo había logrado, en una época de su vida, aunar esfuerzos de indios, mestizos, negros o castellanos. *Todo hombre es semejante a otro cuando trabaja, e igualmente válido su esfuerzo. Solo hay que saber encontrar el lugar de cada uno en el conjunto de la obra*, solía decir. Una lección que su nieto, Roger, jamás olvidaría.

Así que, mientras estaba de guardia aquella noche en que decidió proteger al pequeño que huía bajo la lluvia quién sabe de qué, Roger lo supo: ese chico huidizo, rabioso, perdido, tenía algo. Por eso lo siguió a cierta distancia, por eso pudo salvarle de una muerte segura cuando el andamio cedió a causa de la tormenta. Por eso recogió la navaja y la colocó con suavidad junto a su mano, mientras contemplaba cómo dormía entre pesadillas, igual que un chiquillo perdido que no encontraba a su madre.

Por eso, tal vez por eso, cuando volvió a verle entrando a hurtadillas en las obras de la Sagrada Familia, Roger Oriol no hizo ademán de detenerle, y se limitó a observar cómo cogía una tabla, sacaba esa misma navaja y hacía emerger de la madera una impresionante flor, *Netamente modernista, sí señor*, al entender del jefe de obras, que no puso pegas en aceptar la petición de su capataz.

En la garita dieron a Pau ropa nueva, le desparasitaron y le obligaron a darse un buen baño y pasar un reconocimiento médico. El maestro era sumamente estricto en lo tocante a la salud de sus obreros, aunque se tratase de meritorios como Pau y no fueran a cobrar por su trabajo. Literalmente, ganarían el pan con el sudor de su frente.

¿Cómo te llamas?, le preguntó el jefe de contratación.

Pau…, respondió, tras un codazo de Oriol, el chico.

Pau, muy bien, anotó el escribano*. ¿Pau qué más? ¿Tendrás un apellido, no, chaval? ¿O no sabes quién eres?*

Pau bajó ligeramente la cabeza. No, en realidad, no sabía quién era. Solo recordaba aquel hospicio, las sopas inmundas, los rezos de las monjas, la calle, el deambular a todas horas, las flores naranjas, la navaja que aún le acompañaba… Doce años de dura y larga vida, pero sin saber nada de sus orígenes. Apenas el sueño, truncado abruptamente, de ser hijo de una florista de la Rambla, y no, de ninguna manera, de aquellos hombres rudos a los que rendían pleitesía los *capitanes*, que seguramente en aquellos momentos le estarían buscando por toda la ciudad y sus alrededores. ¿Quién era él? ¿Qué hacía allí?

Oriol. Pau Oriol. Es mi sobrino, se adelantó Roger. *Sus padres me lo han enviado para intentar hacer de él un hombre de provecho. Y en esas estamos, Juan*, acotó el capataz, dando un capón al chico, y esbozando la mejor de sus sonrisas, que no dejaba de ser una mueca un tanto grotesca.

¡Haber empezado por ahí, collons!, contestó el escribiente. *Los parientes van por otro lado. Entiendo que te haces responsable de lo que haga, y lo que deje de hacer. Y que, hasta que no se decida lo contrario, su jornal será alojamiento, comida, vestimenta y cita con el médico*.

Entiendo, entiendo. Sí, por supuesto. El chico vivirá en mi barraca, yo me hago responsable de él.

Y si traes a alguien más, avisa antes, y nos hubiéramos evitado el papeleo. Anda, chico, ve hacia esa carpa, desnúdate y espera a que venga el enfermero.

Roger guiñó un ojo, o eso intentó (*Las muecas no son su fuerte*, pensó Pau, esbozando una sonrisa), y señaló con el mentón al chico una gran tienda de campaña, al uso militar, donde un pequeño grupo de jóvenes hacía cola. Sin hablarse, los chicos fueron guardando la fila hasta entrar a la choza, se desnudaron, recibieron un pinchazo (*Contra la viruela*, les dijeron) y pasaron a un pequeño dispensario en el que un joven vestido completamente de blanco les

examinaba todo el cuerpo. Pau jamás había vivido una experiencia así: a lo sumo, una vez al año, las monjas les sacaban al patio en calzones, les espolvoreaban con un producto blanco y picante y, después, les echaban por encima un cubo de agua congelada que les acarreaba un resfriado que arrastrarían durante todo el otoño.

En las fábricas, la preocupación por el cólera, el tifus o la viruela no era baladí: durante aquellos años se habían sucedido distintas epidemias, que diezmaban especialmente a los obreros y a las poblaciones de los arrabales, aunque tampoco escapaban de ellas los más ricos. Y es que algunas enfermedades todavía no distinguían entre clases altas y bajas. El «año del cólera» había causado estragos entre la población de todo el Estado, y especialmente en Barcelona, y los Devotos de San José no querían que la plaga se cebara en las obras del templo expiatorio. La nueva iglesia del Eixample debía ser un ejemplo de pulcritud y buen hacer frente a los pecados del mundo, que de algún modo habían motivado la compra de aquel solar, y sus propósitos. De modo que no repararon en gastos para asegurar la salud de sus obreros, y también de los aprendices, como era el caso de Pau.

El galeno sacudió los cabellos, las axilas y la pelvis del *expòsit* en busca de piojos, le examinó los dientes y la boca con una ostensible expresión de desagrado y le tomó la temperatura. *La vida no te ha tratado bien, chico*, recalcó al examinar sus brazos, piernas, pecho y espalda, repletos de moratones, heridas y cicatrices. Apenas quedaban trozos de su piel sin remendar. *Al menos estoy aquí, otros no han tenido tanta suerte*, respondió, entre confuso y desafiante, Pau al médico, quien se encogió de hombros y anotó un «Apto» en la ficha de aquel chico. *Pues no se te ocurra cambiar de suerte aquí, chaval. No sé si sabría volver a coserte*.

Desde fuera, Roger contempló el examen a Pau. A través de una rendija en la carpa, pudo ver los jirones en la piel de su apadrinado, sus gestos ahogados de dolor cada vez que el médico examinaba sus heridas. Algunas de ellas supuraban, otras directamente habían cicatrizado mal. El mapa del cuerpo de Pau era toda una declaración de intenciones*. Lo que habrá sufrido este chico*, suspiró el capataz, confirmando que, a pesar de no saber nada de su historia, no se

arrepentiría de su decisión de darle una oportunidad. Si, a pesar de todo, aquel chaval era capaz de esculpir con una navaja oxidada maravillas como la que tenía en su mano, podría aprender cualquier cosa. *Su potencial es infinito*, se esforzó en pensar Roger, mientras esperaba a que su ahijado saliera del dispensario. *Ven, te llevaré a comer algo, y después iremos al lugar que a partir de ahora será tu casa. Mañana temprano comenzarás a trabajar*.

Gracias, quiso responder Pau, pero no recordaba haber pronunciado jamás esa palabra, así que esta se quedó medio ahogada en su garganta.

No hay de qué. Ya tendrás oportunidad de compensarnos a todos, respondió Roger con una sonrisa. Que, esta vez, casi pareció de verdad.

9.
Un hogar en el Eixample

Vivimos un poco hacinados, pero no deja de ser un hogar. Después de convertirle, oficialmente, en miembro de la cuadrilla de Roger, el capataz de la cripta de la Sagrada Familia llevó a Pau al solar, anejo al templo, donde vivían los trabajadores. Se había decidido que los obreros residieran junto a la futura iglesia, para asegurarse, de un lado, de que no faltaban a su trabajo; y, del otro, de que no se producían altercados, más allá de lo habitual en estos casos.

La Guardia Urbana recomendaba vivamente que los obreros estuvieran debidamente identificados: en los últimos años, las fábricas y las grandes construcciones —y, no cabía duda, la Sagrada Familia lo sería— eran focos recurrentes de movimientos socialistas y anarquistas, que reivindicaban una mejora en las condiciones de vida y laborales, y que solían concluir con algaradas y, en el peor de los casos, con decenas de muertos, heridos y fuego en las calles.

No sería así en el templo expiatorio, o eso era lo que habían asegurado los responsables de la construcción, que ya desde el momento de comprar el solar tuvieron en cuenta la necesidad de encontrar un lugar cercano para los trabajadores, donde pudieran vivir en las mejores condiciones posibles teniendo en cuenta su clase social. La construcción de Eixample, no demasiado cerca del centro de la ciudad —de hecho, en 1881, cuando Bocabella adquirió los terrenos cerca del Camp de l'Arpa en El Poblet, estos no pertenecían a Barcelona, sino a San Martín de Provensals—, facilitaba que los trabajadores de la futura catedral pudieran crear una suerte de comunidad (con su colmado, su tasca, su capilla, su lavadero…) y así evitar que estallara la bomba del proletariado, como sucedía en otros rincones de la nueva ciudad que se levantaba más allá de las murallas medievales.

El terreno, situado entre las calles Provença, Mallorca, Marina y Sardenya, de reciente nomenclatura —apenas apuntadas en el Plan Cerdá—, además, era algo más grande que el resto de las manzanas, pues en principio allí estaba proyectada la edificación de un hipódromo, y costó a los Devotos de San José la friolera de 172.000 pesetas de la época. Huertas, viñas, pequeñas masías, viveros convivían entonces con el paso de los pastores camino del Tibidabo. Cabras, ovejas y carneros fueron testigos de la colocación de la primera piedra del templo, el 19 de marzo del año anterior, providencialmente Día de San José. Su primer arquitecto, Francisco de Paula, quería elevar un templo neogótico, con un gran campanario de aguja, en lugar del sueño de Bocabella, que pretendía una reproducción, más o menos fiel, del santuario de Loreto.

Los conflictos entre arquitecto y mecenas fueron creciendo hasta el punto de que, apenas dos meses después de iniciadas las obras, De Paula se retiraba del proyecto. Su sucesor, el joven Antoni Gaudí, se encontró con un trabajo bastante avanzado en lo tocante a la cripta, que se comprometió a no tocar, aunque presentó una nueva y revolucionaria idea de construcción, que maravilló a los Devotos de San José. Apenas acababa de llegar al solar, pero el genio de Reus también quiso compartir algunas de sus visiones con aquellos que tendrían la misión más difícil: edificar en la tierra lo que solo estaba en su cabeza y, mínimamente, en unos planos que nadie había visto en su totalidad, si es que realmente existían.

La propuesta gustó, y mucho, a los jefes de obra. Una mañana de otoño, pocos días antes de que Pau llegara a su vida, Roger y el resto de los capataces, aparejadores y responsables de personal fueron citados en la misma carpa en la que ahora se pasaba revista a los nuevos obreros. En una breve reunión, el arquitecto les explicó su intención de construir un templo que fuera recordado por todos, con innumerables perspectivas bíblicas, con tres fachadas dedicadas al Nacimiento, la Pasión y la Gloria, una percepción de bosque tanto en el interior como en el exterior, en una unidad entre la naturaleza y la obra del hombre que solo podía ser divina… y la luz. Gaudí buscaba que aquel templo fuera el templo de la luz, que iluminara la

ciudad y el alma de las gentes que, auguraba, llegarían de todos los rincones del planeta para contemplarla. Pero también, y especialmente, la de aquellos hombres, mujeres y niños que quedarían comprometidos con su construcción. Así, aunque el futuro del templo dependería —más allá del impulso de la junta gestora— de las aportaciones de los fieles y las grandes donaciones, el arquitecto quiso desde el primer instante asegurar en lo posible la estabilidad de sus trabajadores. Buscaba obreros que se comprometieran, junto a sus familias, en una labor que duraría décadas. Y que sus condiciones de salud, vivienda y trabajo fueran las más adecuadas.

Los obreros, desde el principio, hicieron suyo el sueño de Gaudí, y se implicaron en la construcción del templo, trasladándose en su mayoría con sus mujeres e hijos a la manzana situada junto a la de la iglesia, donde comenzaron a construirse barracas, separadas por pequeñas callejuelas, iluminadas entre sí, con agua y bonos para comprar leña; todo lo necesario para una vida digna. El barrio de los obreros de la Sagrada Familia supondría un gigantesco salto hacia adelante respecto a los *slums* donde se hacinaban los obreros en el Reino Unido, aunque cuando Pau llegó a la casa de Roger se encontró con una pequeña estancia, apenas amueblada, un infiernillo y una lámpara de aceite.

Te encontraré un jergón en un par de días, de momento nos apañaremos con el mío.

Dormiré ahí, negó Pau con suavidad, señalando una esquina junto al hogar. *He visto que afuera venden balas de paja, tal vez podamos…*

Podremos, respondió el capataz. *Déjamelo a mí*.

10.
Mirando al Mediterráneo
Tarragona, 1879-1885

La Casa Foixá estaba situada muy cerca de la catedral y apenas a un paseo de la cárcel del Miracle, donde a duras penas resistían los restos de la basílica de Santa María del Milagro bajo los cuales, según aseguraban los más viejos del lugar, se encontraba el anfiteatro romano de la antigua Tarraco, el enclave más antiguo de la presencia romana en la península y, según la leyenda, el lugar desde el que partió el apóstol Santiago hacia su martirio en Jerusalén. Pero, además, para Rosetta la Casa Foixá era una ventana desde la que se podía oler el mar.

Desde allí, cada mañana, como le había prometido su *tiet*, podía ver la inmensidad del Mediterráneo. Al terminar las clases, las hermanas de Jesús-María bajaban junto al resto de las internas hasta la playa. Rosetta se entretenía entonces trazando dibujos imposibles con un palo en la arena. Pasaba horas así, hasta que una de las religiosas la llamaba y, con un gesto decidido de cabeza, la impelía a regresar junto al resto. No era necesario nada más: durante los años que permaneció interna en el colegio, la niña había aprendido las rudimentarias claves de la convivencia. Si obedecía, habría premio; si no lo hacía, llegaban los castigos, en forma de pescozones, bofetadas, trabajos en la cocina, limpieza de los aseos o encierros en el cuarto oscuro. Esta última era, con diferencia, la peor de las torturas para la niña, que, desde que descorrieron las cortinas de su antiguo hogar, necesitaba su baño diario de sol.

Sin luz durante horas, Rosetta creía enloquecer. Por momentos, regresaban los gritos a su cabeza, la imagen del señor arrastrándola

por el suelo de la casa de Consell de Cent, los golpes, las patadas, los insultos, los *Qué tonta eres*; *Esta niña es hija del demonio* y demás lindezas. En aquel cuarto oscuro, la pequeña creía ver a los monstruos que se escondían tras sus ojos ciegos, dragones sedientos de sangre que hurgaban dentro de sus orejas, dejándole un pitido insistente y ensordecedor que permanecía dentro de ella durante días. Cuando su vista se adaptaba a la oscuridad, del fondo de la sala surgían terribles hombres grises que le susurraban al oído planes descabelladamente concienzudos para asesinar a la superiora a garrotazos, desnudarla y mearse encima, *Esta niña no es tonta, está loca*, gritaría la religiosa entre sollozos antes de morir. *Peculiar, soy peculiar*, respondería entre mandobles la Rosetta de las pesadillas.

Por fortuna, en el último momento, el recuerdo de su *tiet*, los cuadernos a los que podría regresar una vez finalizado el encierro y, sobre todo, la visión del inmenso mar azul lograban calmarla, y cada vez que salía del cuarto oscuro prometía enmendarse y no volver a cometer errores. Poco a poco, los terrores fueron amainando hasta desaparecer y, en su último curso en el internado, Rosetta consiguió no ser castigada ni una sola vez.

No hacían falta muchas más palabras. De hecho, Rosetta administraba las suyas con cuentagotas, solo si estaba obligada a contestar alguna pregunta de la hermana encargada o de la profesora de turno. Sacaba cada curso no sin dificultad, aunque jamás suspendió asignatura alguna. Tampoco hizo amigas. *No es tonta, pero es rara, muy rara*, comentaba alguna de sus compañeras de clase, con las que desde el principio estableció una muralla impenetrable. No tenía previsto confiar en nadie que no fuera su *tiet* durante el resto de sus días. O, al menos, esa era la idea.

Por expreso deseo de su tío el arquitecto, Rosetta tenía derecho a una habitación propia en el internado de Casa Foixá. Minúscula, casi una celda de clausura, con un catre estrecho, un armario y un pequeño lavabo: el baño, y en esto las hermanas fueron inflexibles, sería el comunitario. A cambio, la niña tendría una finísima ventana, casi una saetera, sin cortinas ni persianas, desde la que podría

contemplar el azul del mar, sentir la sal, la brisa, empaparse de una cada vez más grande sed de Mediterráneo.

A lo largo de aquellos seis años, Rosetta había crecido hasta convertirse en una señorita de casi diez, que comenzaba a entender cuál era su rol en la sociedad y las opciones que tenía. *No, la niña no es tonta, pero sí especial*, respondía la superiora cada vez que Antoni Gaudí preguntaba por su sobrina. La pequeña, a diferencia de sus compañeras, no había mostrado interés alguno en tomar los hábitos y aprendía a duras penas las oraciones. Participaba en los rezos siempre que no inventara una excusa mejor, o eso era lo que pensaban las hermanas cada vez que, en mitad del rezo de maitines o completas, ladeaba la cabeza y empezaba a dar vueltas, susurrando palabras incomprensibles para las religiosas, que se asustaron tanto que elevaron el grito al arzobispo de Tarragona, Benito Vilamitjana y Vila, quien envió a un conocido exorcista al internado después de atender, con paciencia y prudencia, el relato de la superiora.

¡La niña no está endemoniada, está enferma!, gritó Gaudí cuando se enteró del episodio. El clérigo llegó a la misma conclusión que el arquitecto, solo que lo hizo después de largas sesiones para analizar la posible posesión diabólica de la pequeña, a la que ataron manos y pies con maromas de esparto a la cama durante días. Los intentos de exorcismo duraban varias horas y dejaban tanto al cura como a la niña completamente exhaustos y sudorosos. El cura, al cabo de dos sesiones, comprendió que la pequeña tenía un retraso conductual grave y que, aunque *No era tonta, lo que le pasa es que está enferma*, sí que sabía guardar secretos. Y jamás contaría que el benemérito sacerdote hurgaba dentro de ella, visitando aquel cuerpecito que comenzaba a dejar de ser el de una niña y se iba convirtiendo en el de una adolescente de piel suave y piernas firmes. Los gritos de terror se escuchaban por toda la Casa Foixá, aunque todos dieron por supuesto que se trataba de la lucha de Dios Nuestro Señor contra el Príncipe de las Tinieblas. Qué otra cosa iba a ser. *Qué pena esta hija nuestra, Dios mío, qué lástima*, se debatía la madre superiora.

Y es que Rosetta sabía que jamás sería monja, y también que nunca se casaría, ni tendría hijos, ni dejaría que nadie la tocase como hizo aquel hombre de Dios. Porque Rosetta solo quería ver el mar y dibujar, una y otra vez, aquellas ideas que brotaban de su indescifrable cabecita, trazos que las hermanas a punto estuvieron de tirar al fuego, temerosas de que aquellas inmensas torres puntiagudas y rojizas, coronadas por alas de arcángeles grises (que bien podrían ser demonios caídos) y una estrella de decenas de puntas apuntando hacia el infinito no fueran sino otro signo de la devoción por lo oculto de la sobrina del señor Gaudí. De no ser por la intervención, *in extremis* y rotunda, del arquitecto, aquellos dibujos nunca hubieran llegado a sus manos.

La niña no es tonta, ni está loca, está enferma, pero ha sacado el genio de su tío. Ustedes, hermanas, no saben lo magnífico de algunos de estos dibujos, se encorajinaba el artista cuando la superiora le mostraba estas y otras preocupaciones. *Cómo pueden haber pensado siquiera en quemarlos*.

Siempre puede usted llevársela cuando quiera, nuestro acuerdo fue muy claro, respondía la religiosa con firmeza, aunque inmediatamente después su tono se volvía mucho más dulce: *Entiéndanos, nosotras estamos muy contentas con la niña, y con que usted nos visite, don Antoni*. Además, la capilla del colegio estaba a punto de concluirse, y en ella Gaudí había apuntado algunas de sus mejores ideas, que después experimentaría en las obras del gran templo que comenzaba a dirigir en Barcelona.

Sea como fuere, lo cierto es que, a partir de 1883, coincidiendo con la aceptación del cargo de arquitecto de la Sagrada Familia, las visitas de Gaudí a Rosetta se multiplicaron. La mayor parte de las veces acudía en solitario, y tío y sobrina daban largos paseos por la playa. La niña corría feliz, gritando al viento y recogiendo una y otra vez, sin mostrar hastío alguno, el sombrero que el mistral hacía volar, destapando y enmarañando los cabellos de un Gaudí que, divertido, se dejaba hacer*. Y que me sigan diciendo que esta chica es muda*, pensaba para sí cuando finalmente se paraban frente a la orilla y jugaban a construir pequeños edificios con arena, conchas, algas y los desechos que traía el mar. *La belleza de lo descartado*,

eso era. Como los troncos tirados por la playa, como los restos de algún naufragio, como los desperdicios que nadie pensaba fueran a regresar a la arena. Como aquella niña que parloteaba sin cesar sobre cómo había ido la semana, los lápices que se le habían roto, el ángel con alas que había dibujado y que podía coronar una de aquellas torres grandes para la iglesia de su *tiet*, o los animales y las flores que iban aferrándose a las arcadas de las puertas de una de las fachadas, que sería como un bosque, incluso, *De las cerraduras podrían surgir mariquitas, abejas, hormigas, tiet, ¿te imaginas? Lo he dibujado, mira*…

En alguna ocasión, a Gaudí lo acompañaba su padre. Rosetta quería a su abuelo, aunque en realidad no tenía idea de quién era. Solo sabía que vivía con su *tiet*, y que cuando, por fin, acabara aquellos cursos y pudiera volver a Barcelona con él, don Francesc les acompañaría. Cuando el abuelo estaba con ellos, Rosetta apenas hablaba, aunque continuaba corriendo y jugueteando con la arena de la playa. *¿Estás seguro de que no es tonta?*, le preguntaba a su hijo. Gaudí contestaba ladeando la cabeza, sujetándose el sombrero y riendo cuando el viento hacía con el abuelo las mismas jugarretas que empleaba con él al soplar con fuerza desafiando al Mediterráneo.

Durante los últimos meses de su estancia en Casa Foixá, justo después de que el cura se marchara, satisfecho, entregando a las monjas un solemne escrito con el sello estampado del obispo en el que se aseguraba que la pequeña no sufría posesión alguna, y Rosetta confirmara que lo suyo no sería ni el matrimonio ni la vida consagrada, Antoni Gaudí comenzó a frecuentar la residencia junto a una mujer, a la que presentó como Pepeta Moreu. *Una muy buena amiga, Rosetta, querida*, enfatizó el arquitecto. Rosetta la miró de arriba abajo y, como la buena señorita que esperaba ser, la saludó con una leve inclinación. Pero no pronunció una sola palabra. Aunque quisiera decir: *Esa mujer no huele a mar, huele a casa cerrada y cortinas oscuras. Huele a juguetes rotos, a corsés, a rizos forzados*. Aquella mujer olía al señor.

11.
De caza
Barcelona, 1885

Tardaron en encontrarle, pero lo hicieron. Pese al crecimiento exponencial tras el derribo de las murallas —Barcelona había pasado de 187.000 a más de 400.000 habitantes en apenas veinte años—, aquella seguía siendo *su* ciudad, y conocían cada uno de sus rincones. Aquellos pequeños bastardos tenían ojos en todas partes, y los *capitanes* los controlaban con mano firme. Los *padres* podían estar tranquilos: tarde o temprano, Pau caería en sus garras.

Con los años, los pequeños huérfanos fueron convirtiéndose en jóvenes intrépidos, sin miedo a nada, salvo a los hombres del puerto. Que cada vez se volvían más exigentes. Los pequeños hurtos fueron transformándose en robos a joyerías o almacenes, entradas nocturnas a los astilleros; incluso en una ocasión Pere y los más osados llegaron a agenciarse una barcaza, y las correrías llegaron a las pequeñas poblaciones a los alrededores, en la costa. *Seremos piratas*, soñaban los más jovencitos. El terror comenzó a hacer mella entre los empresarios barceloneses, quienes pidieron protección a la Guardia Urbana.

Barcelona comenzaba a vivir años convulsos: el crecimiento de la población obrera, sumado a la ausencia de derechos laborales, las condiciones de semiesclavitud y el hacinamiento en que vivían miles de familias llegadas del campo catalán o de otros rincones de España, llamados por la fiebre de la industrialización, trajo consigo sucesivas epidemias de cólera, tifus, tuberculosis, nuevas enfermedades y mucho trabajo para los servicios funerarios. Pero también hizo arraigar un nuevo movimiento de lucha por los

derechos del obrero frente a la desfachatez del empresario explotador.

El anarquismo empezó a implantarse en la Ciudad Condal, con sus algaradas violentas, que incluían manifestaciones ante las fábricas, las peleas a piedra y machete en las calles, la quema de oficinas, el asedio a los curas y las monjas —todavía no había llegado el tiempo de quemar iglesias, aunque todo se andaría— y toda una suerte de guerra de guerrillas, especialmente en el casco antiguo de la ciudad.

Las fuerzas de seguridad se emplearon con contundencia: había que extirpar la mala hierba antes de que creciera y se extendiera por toda la ciudad, por todo el país. Los meses que siguieron fueron duros, muy duros, con enfrentamientos, sangre y violencia prácticamente a diario. Entretanto, las grandes fortunas ya habían decidido dar una oportunidad al desarrollo del Plan Cerdá, y encargaron a los mejores arquitectos el diseño de grandes palacios y casas modernistas en el Eixample, abandonando a su suerte el centro histórico de la ciudad. El pequeño ejército de jóvenes huérfanos, tras haber conquistado el mar, decidió migrar a la *ciutat nova*. Sin dejar de acudir, prestos, al rescate de cualquier petición de los *padres*, sin dejar de robar, maldecir, apalear, arrasar con todo lo que se les pedía. Los *capitanes* lograron cierta autonomía por parte de los hombres del puerto, y la promesa de poder gestionar su propio *principat* en las calles que avanzaban, extensas e infinitas, hacia la montaña, a cambio de la mitad de los beneficios alcanzados. Y es que el capitalismo feroz penetraba, sin piedad, en todos y cada uno de los corazones: la ambición había ganado, como siempre, la batalla.

En 1885, el Eixample seguía siendo territorio dominado por pastos para los rebaños de cabras camino de la montaña, pero hacía años que había dejado de ser un erial de huertas, campo y desechos, y todas las avenidas de las cuarenta manzanas proyectadas en el Plan Cerdá estaban construidas o en proceso. En sus terrenos ya se alzaban algunos emblemáticos edificios, desde la Casa Guibert a la Montaner i Simón, pasando por la Casa Vicens, que Gaudí ultimaba mientras se dedicaba, casi en exclusiva, a la

Sagrada Familia y los proyectos con el empresario Güell, en Pedralbes y en la villa cántabra de Comillas, donde comenzó un curioso palacete, que pronto sería mundialmente conocido, para Máximo Díaz de Quijano, con quien su mecenas y el marqués tenían negocios. Poco a poco, la clase acaudalada barcelonesa había sucumbido a los sueños proyectados por Cerdá y veía en el Eixample una inversión de futuro, donde poder edificar grandes palacios, residencias magníficas y arquitectónicamente novedosas, sin las limitaciones espaciales que ofrecía la vieja Barcelona medieval.

Una nueva ciudad crecía a espaldas de la montaña, con la mirada puesta en el mar. Y, con ella, nuevas oportunidades, que los *capitanes* no dejaron escapar. Lo hicieron con tiento: la experiencia acumulada durante tantos años de pillaje y la violencia con la que los guardias y el ejército se estaban empleando en la vieja Barcelona les hizo comprender que la estrategia en el Eixample debía ser otra. Los hombres del puerto, por su parte, les dejaron hacer, con los ojos inyectados en la fiebre del oro y los palacios.

Lo primero de todo era hacerse con los *nous barris*. Conocer cada plaza, cada recodo, cada fuente y cada obra; controlar los horarios de cada guardés, las costumbres de los constructores, las rarezas de cada uno de los arquitectos, el número de empleados de cada obra, dónde vivían, qué dificultades tenían para sobrevivir, cuáles eran los puntos débiles de empresarios y promotores acaudalados, de sus ricas y ostentosas mujeres, y de las no menos ostentosas y convenientemente recompensadas amantes; conocer el colegio al que acudía cada uno de los hijos de los millonarios del nuevo enclave, las ayas que los cuidaban, los criados que tenían acceso a las llaves maestras, los arcones secretos donde se guardaban las joyas y los objetos valiosos que no se confiaban siquiera a los bancos…

Los *capitanes* y su ejército de mocosos muertos de hambre, que seguían durmiendo en el hospicio de las monjas —qué fácil había resultado para los *padres* comprar silencios y voluntades—, tenían todo el tiempo del mundo, absorbían como esponjas toda la información y, sobre todo, tenían un miedo atroz a las consecuencias de fracasar en las misiones encomendadas. Sus propios cabecillas

mostraban, con orgullo, los «trofeos de guerra», las heridas infligidas por los hombres del puerto si se demoraban con los pagos, perdían un botín, eran detenidos o delataban a alguno de sus líderes. Esto último solo ocurrió en una ocasión: quien lo hizo sumó a la paliza de la Guardia Urbana el castigo de sus señores. Jamás pudo volver a hablar. Cómo iba a hacerlo, pobre deslenguado…

Había un lugar al que los huérfanos no tenían permitido el acceso: el famoso templo que, en mitad del Eixample, se elevaba hacia el cielo, y a cuya construcción contribuían los mismísimos hombres del puerto con la vana esperanza de que el Buen Dios acabara perdonando sus pecados en la hora de la muerte y les permitiera eludir la barca de Caronte como ya se encargaban ellos de hacer en la vida terrena. *La Sagrada Familia no se toca*, era la orden, tajante, imposible de incumplir. Aunque nadie impidió a Pere fisgar por los alrededores junto a un escuadrón de sus muchachos.

Lo hacían al anochecer, antes de retirarse a su reino en les Ramelleres, con la excusa de asegurarse de que nadie, nunca, pudiera atentar contra el templo o sus responsables. Así, pudieron conocer todos y cada uno de los movimientos del señor Antoni Gaudí y los paseos dominicales junto a su padre y a una extraña jovencita, siempre con un papel y unas pinturas en la mano.

También sus salidas nocturnas, acompañando a una hermosa mujer. Gaudí y aquella mujer, una tal Pepeta Moreu, la protegida de su amigo Salvador Pagès, para el que trabajaba en la Cooperativa Mataronense, se encontraban al atardecer a las puertas del templo y descendían desde la calle de la Marina hasta refugiarse en uno de los nuevos locales que crecían en las avenidas que conectaban la Barcelona histórica con la *ciutat nova* y que el Plan Cerdá todavía denominaba «Letra N, número 11». La futura avenida de les Corts sería la mayor de las arterias de la ciudad, con sus trece kilómetros de portales, cortándola de suroeste a nordeste, como un inmenso tajo de navaja. Ambos, con la mirada cómplice y la infantil sensación del riesgo corriendo por sus venas, tocaban dos veces el timbre y desaparecían en el interior de un portal cercano a passeig de Gràcia y plaza Catalunya.

Solo unos pocos, los más avanzados en la instrucción, eran capaces de divisar, en el friso de aquel edificio con ínfulas modernistas, una escuadra y un cartabón.

En otras ocasiones, la pareja se dirigía a distintos encuentros, mucho más secretos, menos espirituales y más políticos, serpenteando las oscuras callejuelas de la Barcelona medieval, desde la catedral hasta Santa María del Mar, hasta refugiarse en un sórdido callejón en Baesa. La sede de la logia Avant, fundada pocos años antes por el filántropo Rossend Arús, a quien la misteriosa acompañante de Gaudí conocía desde hacía años, no quedaba lejos de su hogar en les Ramelleres, pero si algo sabían bien los *capitanes* es que, por mucho que se consideraran dueños de la ciudad, había lugares donde jamás podrían entrar. Ni ver. Ni contar.

Una de esas noches húmedas, en las que se el frío se te mete hasta las costillas, mientras contemplaban la enésima salida del arquitecto del templo, uno de los veteranos masculló un *Capitán, ven aquí, por favor*. Pere rezongó, pues ya casi estaba de retirada hacia el hospicio, pero aun así giró la cabeza y preguntó, sin palabras, *¿Qué?* El gesto de aquel chico le dejó mudo.

¿No es ese…?

Sí, lo es. Sin duda, contestó sin dejar de mirar hacia donde le indicaba su chico. Lo vio mucho más fornido y con el rostro duro, muy alejado de aquel chaval canijo y miedoso con el que se divertían, hasta el límite, las madrugadas en que no había más que hacer. Pero una cara así no se olvida.

Aquella noche, Pere supo que Pau, el asesino de uno de sus *capitanes*, seguía vivo y en Barcelona. A los pies de la Sagrada Familia, como uno de sus obreros. Al fin lo habían encontrado. Ahora, solo quedaba decidir cómo hacerle pagar por sus pecados.

12.
El gran arquitecto

¿Estás segura de que es por aquí? No sé, estas cosas no me gustan nada…

La casa de Rossend Arús resultaba lúgubre y oscura a primera vista, pero refulgía brillante apenas penetrabas en su interior. Se llegaba a ella a través de un intrincado y laberíntico recorrido, cuyas instrucciones de acceso se entregaban a cada uno de los invitados poco antes de cada cita y se cambiaban cada noche, así como los participantes de aquel evento. Aunque desde «la Gloriosa» ya nadie les consideraba un peligro, y mucho menos un secreto, el maestro masón no se fiaba de nada ni de nadie, y mucho menos de posibles «infiltrados» como aquel arquitecto de misa diaria que estaba construyendo una gran catedral para el pueblo en el Eixample, por mucho que viniera recomendado, y acompañado, por la mayor de las hijas de Antoni Moreu.

Porque Pepeta se había ganado, con creces, la admiración de Arús, un filántropo barcelonés, entregado con agnóstica devoción al conocimiento de todas las materias posibles y empeñado hasta la obsesión en la firme voluntad de dignificar la lengua y cultura catalanas frente al acoso que, desde hacía siglo y medio —coincidiendo con el asalto de Barcelona en 1714, en plena guerra de sucesión—, sufría a manos del Gobierno de Madrid. De su cabeza había surgido la iniciativa, que todavía no había logrado superar las reticencias de los principales próceres de la nación catalana, de erigir un monumento en honor a Rafael Casanova, *conseller en cap* de Barcelona durante «la ocupación». Tenía clara su ubicación: en la ronda de Sant Pere, una larga avenida que llegaba hasta el Arco de Triunfo, al comienzo del Eixample, donde este se unía a la ciudad vieja, apenas a quince minutos del lugar en el que aquella noche

estrechaba, con recelo, la mano de Antoni Gaudí. *Benvingut*, le recibió con frialdad indisimulada, después de abrazar con familiaridad a Pepeta, la protegida de Salvador Pagès, que llevaba a cabo una impagable labor por la cultura y las oportunidades para las hijas de los obreros en la Cooperativa Mataronense.

Rossend Arús imaginaba una magna celebración de reconocimiento a los caídos durante aquel enfrentamiento fundacional para los defensores de la patria catalana. La futura organización de la exposición universal sería una ocasión única para llevar al mundo la belleza de Barcelona y, a la vez, reivindicar los valores de la cultura y la sociedad del país. Tal vez, para este propósito, bien le sirviera el genio de aquel arquitecto del que todos hablaban maravillas. Pero ¿cómo podía un católico devoto como aquel comprender su visión?

La respuesta solo podría ofrecerla Pepeta, una mujer que, a sus veintisiete años —Gaudí contaba entonces con treinta y tres—, ya había tenido tiempo de vivir mil vidas y reinventarse otras tantas, hasta convertirse en una dama que podía manejarse, codo con codo, con artistas, diplomáticos y librepensadores. Gaudí, sin saberlo, opinaba del mismo modo que el maestro masón. Admiraba profundamente la resolución de aquella mujer, aunque sentía que él no pintaba nada allí: él, que se consideraba un hombre de orden, piadoso y sin más inquietudes políticas que las que le permitieran mostrar al mundo su arte, asistía con recelo a aquellas reuniones en las que se arremetía contra el clericalismo y se apostaba por un nuevo modelo de sociedad en la que la poesía y la libertad primaran sobre los viejos órdenes establecidos, y una defensa de la cultura y la lengua catalanas que resultaba imposible de ver en otros de los muchos templos del saber que, junto a aquella mujer, visitaba desde hacía meses.

Le atraían, sin duda, las diatribas de sus compañeros de tertulia, sus ideas renovadoras, su afán por mejorar las condiciones de vida del pueblo. ¿Acaso no era eso lo que él mismo trataba de lograr a través de su arte? ¿Acaso no había conocido así a Pepeta en la Mataronense? El arquitecto se sintió atraído de inmediato por aquella mujer, y estaba convencido de que ella sentía lo mismo. En

aquellos años, el joven Gaudí todavía cuidaba con pulcritud su cabellera y su barba rubias, y sus penetrantes ojos azules turbaban a cualquiera que se atreviera a sostenerle, siquiera durante un instante, la mirada. Su recién estrenada dirección de la Sagrada Familia, sin hacer de él un hombre rico, sí lo convirtió en un caballero elegantemente vestido, con modales refinados, asiduo a los mejores restaurantes y las principales tertulias de la ciudad. En algunas de ellas había conocido a muchos de los que hoy se habían convertido en clientes, y mecenas. Con ellos también coincidía en las reuniones de la Renaixença y, a veces, en reuniones discretas como aquella.

Fue la mirada de Pepeta la que lo confundió: una mirada penetrante de ojos verdes, pelo rojizo y piel tersa, que se tensaba cuando, por accidente, alguien volcaba una copa, o una botella, que caía con estruendo en el suelo, rompiéndose en mil pedazos. No habían faltado los golpes y el alcohol en su vida. Gaudí lo sabía: Salvador Pagès no había ahorrado detalles a la hora de hablarle de aquella mujer que, acompañada de su hermana Agustina —su otra hermana, Magdalena, llevaba una vida de orden, una docena de hijos y un floreciente comercio de mercería, mientras el hermano pequeño estaba sumamente interesado en la arquitectura, quién sabe, tal vez podría ser uno de sus discípulos—, daba clases a las niñas de la escuela de la capital del Maresme, uno de los centros de la productividad de la Cataluña industrial y textil. También de la lucha obrera.

La vida de Pepeta no había sido fácil: fue casada a los dieciocho años por su padre —antes de que este desapareciera en su barco, dejando un reguero de amantes, deudas y negocios inconfesables por todos los puertos conocidos del África occidental y el Caribe— con Joan Palau, un capitán carlista que quiso heredar las prácticas de su suegro. Con el dinero de la dote, compró un paquebote y trató de hacer fortuna mercadeando con vino y esparto en el norte de África. Pepeta, ávida de aventuras, se empeñó en acompañar a su marido, soportando enfermedades, picaduras de mosquitos y calor extremo, pero también borracheras, palizas y largos momentos de

soledad debidos, oficialmente, a negocios a los que ella no podía acompañarle.

Al regreso del último de ellos, en Orán, Pepeta confesó a Joan que estaba embarazada y le pidió que sentara la cabeza. Por su hijo. Jamás pudo imaginar la respuesta de su marido, quien le admitió que ya estaba casado con otra mujer en Buenos Aires. Al escuchar la noticia de su paternidad, Joan Palau vendió el bote y huyó, como alma que lleva el diablo, hasta el Nuevo Mundo, dejando a su otra esposa sola, abandonada y encinta, en un lugar donde no era nadie.

Durante los meses siguientes, Pepeta se ganó la vida tocando el piano en varios tugurios de Orán, aprendiendo francés y cuidando como pudo del bebé que llevaba en su vientre. Ya en avanzado estado de gestación, unos marineros se apiadaron de ella y la subieron en un barco que la devolvió a Mataró, junto a los suyos —o lo que quedaba de ellos— . Su hijo nació sano, aunque moriría de difteria a los tres años, poco antes de que el industrial Pagès, desde entonces su ángel de la guardia, le presentara a un joven, ambicioso *y soltero*, arquitecto que colaboraba con él en el proyecto de la cooperativa mientras se lanzaba al reto de suceder al maestro De Paula en la erección del nuevo templo de los Devotos de San José en el Eixample barcelonés.

Pepeta había logrado la nulidad, por bigamia, de su primer matrimonio, y se entregó en cuerpo y alma a la educación de aquellas chiquillas, y a empaparse de las ideas del socialismo utópico que Pagès quería hacer realidad en sus industrias textiles de Mataró para tal vez acabar conquistando Barcelona. Uno de sus principales contactos era, ni más ni menos, Rossend Arús, el filántropo masón más reconocido de la ciudad.

Gaudí se fijó en el friso de aquella casa escondida en el Gòtic, un bajo relieve que dibujaba a dos niños jugueteando con las herramientas del arquitecto sobre una piedra triangular. A ambos lados de esta, dos columnas helicoidales que se enrollaban sobre sí mismas a medida que iban elevándose hasta el techo. El arquitecto no pudo evitar pensar en Rosetta, *Si estuviera aquí me diría: «Tiet, esos son mis dibujos»*. La estabilidad y la fortaleza, se dijo,

contemplando con parsimonia ambas columnas, que culminaban en sendas rosas rojas. El secreto bajo la rosa, una de las claves de aquellas reuniones masónicas. Gaudí jamás faltaría a su promesa de guardar confidencialidad respecto a lo visto y vivido en aquellas sesiones, aunque estaba claro que su presencia en aquel conciliábulo tenía más que ver con el corazón que con la búsqueda de la perfección intelectual.

En la fachada del edificio, por lo demás, se adivinaba un árbol de la vida dibujado con detalle y multitud de apuntes que contribuían a que cada invitado a aquella casa quedara imbuido al instante en el objetivo de aquellos encuentros. Siete escalones desde la calle hasta el primer rellano, otros siete hasta el segundo y catorce peldaños más hasta el tercero. *¿Casualidad?*, pensó con sorna el arquitecto, a quien, por otro lado, esta clase de juegos de cálculo no impresionaban en absoluto. Él conocía a la perfección la simbología de los números, su carga histórica y esotérica, los textos bíblicos que fundamentaban su relevancia para el pueblo elegido. Nada le era ajeno, y sin embargo lo único que le retenía en aquella reunión eran los inmensos ojos verdes de Pepeta, sus rizos cobrizos y su sonrisa tímida, escondida tras una copa de vino, escuchando con delicia las diatribas de Arús y del resto de los caballeros —pocas eran las señoras que frecuentaban las tenidas de Baesa— acerca de la fraternidad, el impulso de la educación laica y los males de una sociedad que se embarcaba en un mal llamado progreso sin cultivar el cuidado del espíritu.

Su amigo Pagès así se sentía, y así lo aplicaba a sus negocios, y a su vida familiar. Aunque no se le había pasado por la cabeza que pudiera pertenecer a la masonería, lo cierto es que el empresario había constituido en la Mataronense un banco de pruebas para esa nueva sociedad en la que coincidían los teóricos del socialismo, el anarquismo y los «albañiles» como Arús. En la cooperativa, donde Gaudí colaboraba y cuyo estandarte había diseñado, las hermanas Moreu enseñaban a las niñas los fundamentos de las matemáticas y la lengua, el conocimiento de las capitales de mundo y los usos y costumbres de las sociedades industriales. Y lo hacían con una sola

prohibición: en aquella escuela, profundamente laica, no se hablaba jamás de religión. Dios no tenía sitio en la Mataronense.

Junto a su colaboración en la cooperativa, Gaudí comenzó a frecuentar la casa familiar de los Moreu, un palacete al más puro estilo colonial, construido por el padre antes de desaparecer y cuyo recuerdo impregnaba las paredes, desde el suelo al techo. Inmensos mosaicos que simulaban la bahía de Río de Janeiro, tempestades en el océano o el Caribe, causaban una profunda admiración en el arquitecto, que tomaba notas pensando en cómo llevar esos ejemplos a la Casa Vicens o incluso al templo expiatorio. El arquitecto acudió a alguna de esas veladas acompañado de Rosetta, su sobrina. *Ya verás, la casa es fantástica, y el océano está dibujado en sus paredes*, le dijo para despertar su curiosidad…, pero la niña sabía que, en realidad, lo que su *tiet* quería era que se entendiese con aquella mujer de pelo rojo y que no olía a mar, sino a ventisca, y que además tocaba el piano como el señor, a la que ansiaba convertir en su compañera de vida. Y es que el arquitecto se había enamorado, con locura, de aquella mujer. *También se irá*, pensó para sí la niña mudita. No se equivocaba.

Muchos domingos, Rosetta y don Antoni tomaban el tren y pasaban el festivo en la casa de los Moreu en Mataró, escuchaban a Pepeta tocar el piano y paseaban por la playa con los pies descalzos. Mientras la niña se abandonaba a la arena y a los objetos dejados por el mar en la orilla, Gaudí y Pepeta conversaban sobre literatura, política y también sobre el futuro. Pese a los infantiles desaires de su sobrina, aquella mujer tenía un don innato para los niños. Y, muy especialmente, para las niñas.

Gaudí, por su parte, desvelaba a su pretendida sus nuevos proyectos, las dificultades con las que se encontraba para concluir una obra, la necesidad de dotar de luz, de altura, de curvaturas imposibles, a las nuevas construcciones. Ella asentía, complacida de saberse capaz de captar toda la atención de aquel hombre, admirado y perseguido por todos, y con la pasión por cambiar el rumbo de las cosas. Tal vez, en algún momento, quiso saber más, quiso sentir más… pero aquel hombre se convertiría en un genio universal y, por tanto, nunca podría ser suyo por completo.

Durante meses, Pepeta y Antoni recorrieron las propuestas nocturnas de la floreciente cultura barcelonesa, vigilados de cerca, sin saberlo, por los *capitanes* de la calle. Cada vez más confidentes, cada vez más unidos. Y al mismo tiempo, cada vez más conscientes de que habría un siguiente paso que dar. Gaudí lo intentó, justo aquella noche, tras abandonar la tenida secreta en el callejón de la casa de Arús. Envalentonado por alguna copa de más, enfebrecido por la sonrisa de Pepeta, la intensidad de sus labios que hablaban sin cesar de las conversaciones mantenidas aquella noche, de los secretos inconfesables, del *Nunca me hubiera imaginado que mosén… estuviera aquí*, del *Gracias por acompañarme a estas reuniones, Antoni, sin ti sería imposible*, Gaudí lo hizo.

Fue un torpe *Te quiero, cásate conmigo*, y una cristalera entera se quebró dentro de su corazón, desde los ojos de Pepeta, que se nublaron y quedaron agachados, escondidos tras las sombras, hasta el silencio tenso y un par de calles más allá un *Antoni, no puedo*, que había ensayado semanas atrás, cuando estuvo a punto de ser ella la que declarase su amor por el arquitecto. Pagès, su protector, fue la única persona a quien confesó sus sentimientos, y su respuesta fue tajante: *Jamás*.

¿Por qué?

El maestro se debe a su arte, no puede perder el tiempo con nada ni nadie más. ¿Imaginas si desplegase todo su amor hacia ti, y no hacia la magia que tiene dentro? Sería una maravilla para ti, querida, y seguramente para vuestras familias. Especialmente para aquella niña loca que tiene por sobrina. Pero también un desastre para nuestra cultura. Alguien como Gaudí no puede amar a una mujer y a su obra, Pepeta, lo siento. Tienes que entrar, y hacerle entrar, en razón.

Pepeta no quería hacerlo. Corrió a encerrarse en la escuela, y durante toda la tarde lloró su mala suerte, maldijo el amor que siempre que llamaba a su puerta acababa golpeándola con saña y se dijo que jamás volvería a obedecer a ningún hombre, por muy distinguido que fuera. Y Salvador Pagès lo era, vaya si lo era. La noche la sorprendió en su pupitre, junto al piano, y dejó que sus largos dedos se desplegasen en una sonata de Schubert con dulzura

y profunda tristeza, mientras iba convenciéndose de que, pese a todo, su generoso benefactor tal vez tuviera razón, y ella no era quién para dejar al mundo sin un genio de la talla de aquel hombre que la amaba.

Por eso, aquella noche, Pepeta tuvo la suficiente lucidez como para sacar de su bolso, sin que un aturdido Gaudí se diera cuenta, un falso anillo de pedida, y de pronunciar un nombre, Josep Caballol, un comerciante de maderas que la devoraba con la mirada y que fue el último en enterarse de la decisión de su futura esposa, y una fecha para un matrimonio concertado, seguro, tranquilo, antes de llamar a un carruaje y desaparecer en la oscuridad de una ciudad que, a los ojos del artista, había perdido para siempre su luz. No volvieron a hablar, aunque sí se vieron, frecuentemente, desde la lejanía, a lo largo de los años. Cada mirada, un navajazo. Hasta el último de sus días.

13.
Un tronco de madera de tilo

¡Ahí está! ¡A por él! La orden de Pere fue tajante, y Pau no pudo reaccionar. En pocos segundos, salieron de entre los escombros decenas de chicos, dispuestos a saciar la sed de venganza de sus *capitanes*. La mayor parte de ellos eran simples mocosos, a los que el *expòsit* hubiera podido despachar de un sopapo. Pero, juntos, formaban un ejército imparable. No hubo nada que hacer cuando todos ellos se abalanzaron sobre él, acabando por tirarle al suelo de grava y barro de uno de los descampados del Eixample.

Estaba a punto de ponerse el sol, y Pau había terminado su jornada de trabajo en la Sagrada Familia. Era viernes, y al día siguiente la labor se antojaba algo más relajada, por lo que el joven había decidido fisgonear por los alrededores, en busca de pequeños tesoros con los que poder continuar adecentando el espacio que Roger Oriol había dejado para su sobrino en la chabola que compartían.

Hasta entonces, el capataz había vivido solo, y se las apañaba con poco. Apenas dos jergones —uno ya algo ajado, el otro, más nuevo, que el hombre consiguió para Pau—, un pequeño infiernillo, una mesa y dos butacas. En poco más de dos meses, el chico había logrado recuperar tres alacenas, algunos cuencos y varios cubiertos olvidados por los empresarios de la chatarra en los descampados de la *ciutat nova*, y así Roger dejó de comer directamente de la olla. Alguna ilustración abandonada a las afueras del Liceu después del estreno de nuevas representaciones teatrales alegraba las oscuras paredes de latón de su casa, que comenzaba a parecerse a un hogar, y que aparecía adornado con las pequeñas figuritas que Pau tallaba en sus ratos libres con la misma navaja con la que, meses antes, había apuñalado a Albert, y que estaban causando auténtico

furor entre los obreros de la Sagrada Familia. *Tu chico es un artista*, *Roger*, le decían al capataz los más cercanos a la salida de la cantina, *Nos tienes que conseguir una de esas*, pedía otro. El hombre no podía sentirse más orgulloso de aquel chaval.

Pau tenía un instinto especial para encontrar auténticos tesoros en medio de los basureros. Nadie como él para hallar la madera con la textura perfecta, sin estar corroída por la humedad o las termitas, y con la ductilidad precisa para ser moldeada a su antojo. Desde que comenzara a trabajar en la Sagrada Familia, estaba obsesionado con un grabado que el maestro Gaudí había colgado a la entrada de la obra, y que sugería un entramado de columnas, torres y alturas empinadas, giradas sobre sí mismas, pobladas de detalles provenientes de la naturaleza, la cultura o la gastronomía catalanas y —según le dijo después Roger— también del Antiguo Testamento.

El *expòsit* no había tenido ocasión de leer la Biblia (apenas sabía juntar las letras con dificultad, aunque pronto aprendió a hacerlo), pero le fascinaron las historias de varios de los capataces, los más leídos, que explicaban a los profanos la simbología de algunos de los objetos proyectados para la primera de las fachadas: la del Nacimiento. Eran noches junto al fuego, con los pocos que aguantaban el frío y la fuerza del sueño para escuchar relatos mágicos, sacados de la imaginación de alguien que supo hacerse pasar por la mano de Dios a lo largo de milenios.

Después, casi al amanecer, Pau contemplaba con detalle el boceto, apenas apuntado, e intentaba imaginar cómo serían aquellos adornos, entre lo teológico y lo barroco —apenas sabía qué significaba cada cual—, una vez en piedra. Y cuando lo lograba, corría a buscar algún madero en el que plasmar su visión, su idea. Tratando de pensar si su creación se parecería siquiera mínimamente a lo que bullía en el genio del maestro arquitecto. A los oídos de Gaudí había llegado el rumor de un joven mozo de las obras que hacía auténticas maravillas con trozos de puertas muebles desvencijados y que estaba comenzando a probar con modelos moldeados toscamente en arcilla, y sintió curiosidad por conocerle. Pronto tendría oportunidad de hacerlo.

Aquel anochecer, Pau se había alejado varias manzanas del campamento buscando, y finalmente encontrando, unos troncos de madera de tilo que el ayuntamiento había arrastrado hasta el Eixample después de tomar la decisión, en pleno, de sustituirlos por plátanos venidos de las Indias. El tilo tenía una madera perfecta para el tallado, por su flexibilidad y resistencia al contacto con el cuchillo. Aquel descubrimiento le serviría para varios meses, pero era urgente transportar, como mínimo, un par de tocones hasta las obras, pues las lluvias, la humedad, las ratas y el resto de los escombros que, a buen seguro, caerían a toneladas en los próximos días en aquella parcela que no había sido adquirida ni destinada a urbanización alguna los harían inservibles. Y no podía dejar escapar aquel tesoro.

Un ejército de pequeños harapientos se abalanzó contra el *expòsit* mientras este transportaba, jadeante, una de las piezas del tronco que había podido arrancar del conjunto hacia una vieja carretilla que había rescatado de la basura. No los vio venir, ni siquiera pudo intentar sacar su navaja para, al menos, ganar algo de tiempo. *¡Ahí está!, ¡a por él!*, volvió a gritar una voz que Pau creía olvidada en los confines de su memoria, e intuyó que aquella sería la noche en que moriría.

Cuatro de ellos, a una orden de Pere, agarraron a Pau de los brazos, mientras uno de los *capitanes*, cuyo nombre no recordaba el *expòsit*, aunque sí su olor a sangre caliente, le golpeaba con fuerza en el estómago hasta hacerle caer de rodillas. No intentó resistirse, *Tal vez se cansen al cabo de un rato*, dijo para sí, sabiendo que no sería el caso. Los *capitanes* habían rumiado su venganza durante meses, y no hay droga que enganche más que la violencia. A sangre y nudillos rotos, con palos, decenas de chicos apalearon a Pau hasta que alguien dijo *Basta, está muerto*, y Pere se acercó hasta el cuerpo vencido de su antiguo compañero de correrías.

¿De verdad creías que podrías huir de nosotros?, le susurró al oído después de hacer que tres de sus soldados le dieran la vuelta y comprobaran que, aunque débilmente, Pau seguía respirando. *Nadie escapa a nuestro control, nadie. Ya deberías saberlo, Nen de les*

Taronges, y antes de aullar de dolor, tras escuchar el sonido de sus dedos quebrándose cada vez que Pere aplastaba con saña uno de ellos contra dos piedras, casi concienzudamente, antes de perder el conocimiento, Pau recordó a aquella mujer de las flores, que tendría las manos suaves, finas, sin callos ni heridas, sin los dedos hundidos de espinas, y que le revelaría quién era esa, o aquella, qué propiedades tenían cada una de las flores del *mercat*, dónde se cultivaban, quién iba a regarlas y cómo cortar el tallo para que durasen más días en un jarrón antes de marchitarse. *Es la flor de la fuerza, de la energía, de la alegría y la ambición. Esta es la flor del triunfo, nen*, le había dicho en una ocasión.

¡Vamos! ¡Vámonos, deprisa!, aulló Pere cuando escuchó los primeros gritos y algunas antorchas dirigiéndose hacia el solar donde yacía, medio muerto y apalizado, Pau. *No era normal que se retrasase tanto*, había pensado Roger después de que su «sobrino» no se hubiera presentado a la hora de la cena, ni hubiese dejado aviso de que no iba a regresar a dormir, justo aquella noche en que el mismísimo Antoni Gaudí había aparecido en su cabaña, acompañado de su sobrina, para conocer a aquel chaval que, según decían, tenía un arte especial para el tallado, y para entender las ideas que el maestro (y, esto solo lo supo Pau tiempo después, también Rosetta) había imaginado construir en la catedral de los pobres de Barcelona.

Echemos un vistazo, propuso el arquitecto cuando Roger sugirió que muchas noches Pau caminaba hasta un vertedero cercano en busca de maderas con las que tallar esas pequeñas maravillas que presidían la alacena del capataz y que suscitaron la curiosidad y el asombro tanto de Gaudí como de su sobrina Rosetta, quienes se miraron tratando de explicarse cómo aquel chico había podido comprender. Casi de inmediato, se formó una pequeña cuadrilla y, al cabo de poco rato, a unos cientos de metros, escucharon gritos, furia, alaridos de dolor, y corrieron como alma que lleva el diablo, intuyendo que algo horrible debía estar pasando. Sus gritos fueron contestados por otros, y descubrieron que, a lo lejos, un pequeño rebaño de *nens* harapientos y descalzos desaparecía en un instante de su vista.

Aun así, tardaron un tiempo en encontrarle, con un hálito de vida y las manos destrozadas. Prácticamente irreconocible. *¡Es él, es él! ¡Está vivo!*, gritó Roger Oriol, reconociendo su camisa empapada en sangre y agua. Junto a su cuerpo quebrado, como la primera vez, una navaja con el filo medio roto, que cogió con todo el cariño entre sus manos grandes y rugosas y guardó en el bolsillo de su chaqueta, muy cerca del corazón.

Es él, sí, lo sé, susurró Rosetta al oído de su tío. La niña se había empeñado en acompañar a los hombres en la búsqueda de Pau, y no hubo manera de frenarla. Tampoco había tiempo que perder. Gaudí no pudo menos que sorprenderse al advertir en los ojos de su sobrina un brillo desconocido en la mirada. *Dios mío, te lo suplico, haz que sobreviva*, rezaron en silencio tío y sobrina, mientras el capataz cogía a su chico entre los brazos y se lanzaba a una feroz carrera contra la muerte y el escepticismo de los farmacéuticos de guardia que atendían el dispensario de la Sagrada Familia y que no pudieron más que lavar las heridas, administrar un potente somnífero para paliar el dolor que aquel chico debía estar sintiendo y esperar. *No podemos hacer más por él*.

Ellos no. Pero tú sí que lo harás. Te he soñado, se dijo Rosetta, cerrando los ojos, simulando rezar, como tantas otras veces, acompañando a su *tiet* y a aquel hombre fornido que, acuclillado junto a Pau, lloraba desconsolado.

Segunda parte

1.
Una sombra en los tejados
Barcelona, 9 de junio de 1926

La noticia de la agonía de Antoni Gaudí corrió como la pólvora por toda Barcelona. Todos los periódicos de la ciudad llevaban en su portada la rocambolesca historia del atropello, pérdida y recuperación del cuerpo malherido del anciano arquitecto, y su traslado definitivo hasta el hospital de la Santa Creu, el lugar adonde iban a morir los más pobres, los recogidos en la calle. Así había sucedido también en el caso del genio, que apenas tenía esperanzas, contaban los rotativos, de sobrevivir a su última aventura.

El murmullo se hizo griterío en las inmediaciones de la cama 19, en la que agonizaba Gaudí, quien seguía custodiado por mosén Parés y Domènec Sugranyes. Una imagen de san José y un gran rosario de Lourdes presidían la cabecera de su cama de hierro. El enfermo había recobrado el conocimiento al mediodía anterior, aunque apenas pudo pronunciar palabra.

El clérigo se acercó a su oído, y le susurró si quería recibir la extremaunción. Gaudí asintió levemente con la cabeza, y así se hizo. Mientras tanto, el colaborador del arquitecto se las tenía tiesas con la dirección del hospital para exigir que desalojaran a los cientos de ciudadanos que querían presentar sus respetos al artista, conocer de primera mano su estado de salud, rezar por él, hacerle sentir su cercanía y su afecto. Tocarle, sentirle, poner sobre su manta un relicario, una pata de conejo, un rosario…

¡Esto es intolerable!, bramaba Sugranyes mientras, a pocos metros, mosén Parés administraba el sacramento al enfermo. El

director de la Santa Creu, notablemente superado por las circunstancias, apenas supo qué contestar, de modo que los responsables de la Sagrada Familia decidieron hacerse cargo de la situación.

Como medida de urgencia, se trasladó al herido a una habitación y se cerró el acceso a la planta desde el vestíbulo, colocando a la entrada del centro y en el patio, donde ya se agolpaba una pequeña multitud al grito de «*Gaudí, Gaudí*», sendos libros de firmas para que los ciudadanos pudieran presentar sus respetos, pedir por la salud del maestro o, simplemente, dar fe de su presencia. En pocos minutos, dos celadores tuvieron que cambiar el tomo: toda Barcelona parecía querer despedirse de Gaudí. A las pocas horas, hubo de habilitarse una sala en el hospital para depositar toda clase de objetos, mitad piadosos, mitad supersticiosos, que los fieles gaudinianos llevaron hasta la Santa Creu.

Relicarios, cuentas de rosario, imágenes de todas las Vírgenes y Cristos habidas y por haber, pero también brebajes absolutamente insalubres, figuras de cera, trozos de madera, amuletos, bolsas con granos de arroz, pequeñas piedras procedentes de la montaña de Montserrat, llaves antiguas —y oxidadas—, campanillas…, incluso algunas tortugas de pequeño tamaño. Por supuesto, quesos, vino, longanizas y pan, que fueron convenientemente repartidos entre los trabajadores del centro. El famoso arquitecto no volvería a probar bocado.

Amén, susurró Gaudí al oído de mosén Parés tras recibir la comunión, ajeno al ruido y los gritos de los que habían superado las primeras barreras de seguridad y a punto estuvieron de entrar en la habitación donde agonizaba el arquitecto. A un golpe de teléfono de Sugranyes, la Guardia Urbana se personó en el desvencijado hospital y disolvió a golpes la concentración, desalojando el centro y obligando a la muchedumbre a abandonar las puertas de la Santa Creu. El maestro tendría una despedida silenciosa, solitaria, sin los pobres para quienes había construido la más bella basílica del mundo. Ya habría tiempo para un funeral multitudinario, para los gritos y lamentos, los panegíricos, ¿el olvido? Pero hoy no sería ese día. Gaudí cerró los ojos, y entró en un estado de semiinconsciencia

que ya no le abandonaría. Su cuerpo iba despidiéndose, lentamente, y los médicos que lo reconocieron aquella noche no tuvieron dudas: su estado era irreversible. Gaudí iba a morir allí.

A última hora de la noche, Sugranyes y Parés abandonaban la habitación donde reposaba el maestro, quedando un guardia urbano apostado en la puerta para asegurarse de que nadie, salvo el personal médico o el clérigo de guardia, pudiera entrar.

Era de madrugada cuando la ventana de la estancia se abrió con un leve crujido, indetectable desde fuera. El guardia urbano que custodiaba el reposo de Gaudí había encontrado una silla de mimbre, la colocó en el centro de la entrada, se sentó… y ahora roncaba a pierna suelta. Los celadores se apiadaron de aquel hombre, al que la Comandancia había sacado de su garita sin contemplaciones, y que cumplía su segunda noche sin descanso, ni tiempo para comer, y le dejaron una bandeja con algunos de los presentes que el pueblo había traído para su insigne protegido. Al segundo vaso de vino, los ojos comenzaron a cerrársele, y poco después dormía como un bendito.

Con sigilo, en silencio, como la vida le había acostumbrado, Pau, el *expòsit*, entró en la habitación. Lentamente, se fue acercando hasta el lecho donde reposaba un agonizante Gaudí. Con sumo cuidado (sería muy complicado explicar qué hacía allí si era descubierto), el hombre que durante años estuvo al lado del arquitecto se agachó hasta el anciano, lo besó con dulzura en la frente y susurró unas palabras en su oído, *Lo siento, pero era lo que teníamos que hacer, no te olvidará*, antes de volver a abandonar la estancia como llegó, descolgándose por el canalón y desapareciendo entre los tejados de Barcelona. No sin dificultad, pues ya no era un niño.

Una vez se encontró a cierta distancia, y sentado en la azotea de aquel edificio a medio construir, frente a las cuatro primeras torres de la fachada del Nacimiento de la Sagrada Familia, Pau, el *expòsit*, desdobló con cuidado aquel legajo que había sacado de la levita de Gaudí, y no pudo evitar un suspiro y una lágrima. *Nunca dejó de quererla, nunca dejamos de hacerlo*, se dijo, contemplando aquel tosco dibujo, y comparándolo con la silueta que la noche ofrecía en

el centro del Eixample. *Rosetta, Tarragona, 1885*. Definitivamente, Rosetta, *su* Rosetta, siempre había tenido ese diseño en su imposible cabeza. ¿Quién podría continuar ahora este sueño? ¿Pujol, Sugranyes? En todo caso, ese ya no sería su problema. Evidentemente, tampoco el de Rosetta. Con ellos, había muerto el genio. Pero no la vida.

A los pocos minutos, Gaudí despertó, entre sudores, gritos, alucinaciones: *Déu meu! Déu meu!*, gritó. Y un nombre: *¡Rosetta! ¡Rosetta!* El guardia urbano, sobresaltado, cayó de la silla con estrépito, y entró a trompicones en la habitación. El maestro estaba sentado en la cama, temblando y mirando hacia la ventana. En sus manos, una figura de madera con la forma de un pequeño lagarto —¿o tal vez era el dragón de sant Jordi?— que agitaba sin parar, mientras continuaba pronunciado el nombre de su sobrina. ¿Cómo había llegado aquello hasta allí?

Tras recibir el aviso, el médico de guardia entró de inmediato en la sala y, ayudado por dos celadores, logró calmar al anciano, que quedó sumido en un profundo sueño del que solo despertaría para dar la bienvenida a la hermana muerte. No quisieron avisar a Sugranyes y mosén Parés: a fin de cuentas, no había ocurrido nada extraño. Salvo aquella inexplicable talla, de la que nadie supo y que, por tanto, no pasó a engrosar el listado de objetos arrojados al cuarto trastero del hospital de la Santa Creu. Joan, que así se llamaba el guardia urbano, la guardó en el bolsillo interior de su uniforme. A su pequeño Jonás le encantaría aquel juguete.

2.
El hijo del dragón
Barcelona, 1886

Cuéntamelo otra vez, ¿cómo dices que se hace?

Rosetta devoraba a preguntas a Pau. Una y otra vez, y él se dejaba hacer, se sentía importante. Cada jueves, desde hacía meses, desde aquel día. El joven, milagrosamente, había logrado recuperarse de la paliza que le habían propinado Pere y sus *capitanes*, aunque los restos de la batalla le marcarían durante algún tiempo. Todavía caminaba con dificultad, y jamás recuperaría por completo la visión del ojo derecho. *Al menos, no me han dejado tuerto*, sonrió con una mueca, pues le faltaban varios dientes, la primera vez en que se miró a un espejo tras recuperar la consciencia, varios días después del ataque. *Un día quisieron que fuera un pirata. Pues mira, casi lo soy*, respondía con sorna a los sordos gruñidos de Roger Oriol.

El capataz no podía evitar sentirse culpable por no haber sido capaz de proteger a su «sobrino» y durante semanas se dedicó a perseguir sombras: preguntó a los mendigos de la zona por aquel ejército de desharrapados, sobornó a los taberneros del puerto, suplicó a la policía que encontraran a los que habían destrozado a su ahijado, pero no hubo caso. Todo el mundo miraba hacia otro lado. Nadie sabía nada, nadie había visto nada. *Es mejor así*, llegó a decirle, mirándole a los ojos, uno de los *padres* cuando sintió que el capataz estaba llegando demasiado lejos. *Deja que nos ocupemos nosotros, cuida a tu chico y olvídate*, y Roger sintió un temblor en el espinazo, asintió, regresó a cuidar de Pau y no se olvidó nunca. A los pocos días, dos pescadores encontraban entre sus redes el cuerpo

sin vida de Pere. *La Sagrada Familia no se toca*, rezaba la orden, tajante, imposible de quebrantar. Y nadie desobedecía a los hombres del puerto, ni siquiera quien debía convertirse en uno de ellos.

Pau, medio ciego, medio cojo, con varios dedos que tardarían en recuperar plenamente su agilidad, había logrado sobrevivir. Y, paradójicamente, sus dificultades para ver o tomar el cuchillo medio oxidado que Roger había logrado recuperar, de nuevo, tras la paliza, le permitieron desarrollar una fabulosa capacidad para captar los trazos más íntimos de cada una de las maderas que cada noche, al concluir la jornada en las obras de la Sagrada Familia, le traía el capataz. Para la nueva mirada del *expòsit*, dentro de cada leño se escondía una imagen, una persona, un alma ansiosa de libertad, y su misión consistía en dejar que saliera a la superficie.

Como el genial Miguel Ángel, aplaudió, sorprendido, el maestro Gaudí al escuchar por primera vez la explicación del chico a su recién descubierto don. Pau se encogía de hombros y continuaba contemplando, embelesado, en trance, cada una de las trazas de la madera para descubrir a la criatura que pugnaba por salir de su interior y comenzar a perfilarla. No tenía ni idea de quién era aquel Buonarroti del que hablaba el señor arquitecto, pero si él lo decía, seguramente tendría razón.

Desde que salvaran al muchacho de las garras de la muerte, las visitas del arquitecto y de su sobrina a la caseta donde malvivían Pau y Roger se habían convertido en rutinarias. Una vez a la semana, concretamente los jueves, si no había otra urgencia, sobrina y tío pasaban una hora conversando con el joven, a quien Gaudí comenzaba a tener cierta estima. Por lástima y caridad cristiana, sin duda; por cierta sensación de responsabilidad también (todos los trabajadores del templo, hasta el menor de los meritorios, debían estar protegidos para poder cumplir con el difícil encargo, y era su responsabilidad asegurarse de ello). ¿Era un modo de olvidar su propia tristeza tras la pérdida de Pepeta? Pero, y no era poco tratándose del arquitecto, la razón más importante era mucho más prosaica: le comía la curiosidad.

El maestro, por indicación (persistente) de Rosetta, había examinado las figuras que aquel chico sacaba de las maderas que

encontraba en los basureros del Eixample, y se quedó maravillado. ¿Cómo era posible que un chaval de la calle, sin apenas formación, pudiera alcanzar esas cotas de imaginación, y de perfección, a su edad? Costaba encontrar tallistas, con años de experiencia, capaces de aquel prodigio de técnica y precisión en el corte, y que además lo hicieran con figuras sacadas de su imaginación, sin copia delante o encargo, como era el caso de los imagineros andaluces, o los mismos maestros a los que el arquitecto encargaba erigir sus creaciones. Pero aquello…

Durante las visitas, Gaudí charlaba con Pau acerca de la importancia de la luz en los objetos, de la proporción del conjunto, de cómo forzar el movimiento de una pieza, pero pronto se dio cuenta de que el chico se sentía abrumado por su presencia y que, en cambio, podía comprender mejor las raíces de su arte si le daba rienda suelta, hablando con su sobrina, intentando entender los dibujos de Rosetta y sus excentricidades. Porque el joven era extremadamente cariñoso y paciente con su sobrina: la escuchaba con atención, le explicaba…

De algún modo, los dos chicos se estaban convirtiendo en confidentes, lo que resultaba inaudito en el caso de su sobrina, de la que Gaudí no recordaba amigos, y mucho menos íntimos, en sus casi once años de vida. A sus catorce, Pau no podía ser considerado un niño. En realidad, jamás lo había sido, *Pobre vida la suya*, se lamentaba el maestro, pero las discusiones con la pequeña le devolvían el brillo en un rostro que había sufrido demasiado.

Muchas gracias por todo lo que está haciendo. Pronto volverá al trabajo, se lo prometo, agradecía, una y otra vez, Roger, siempre que don Antoni Gaudí y su joven sobrina abandonaban su garita. Cada vez le costaba más arrancar a Rosetta de su ensimismamiento con aquel joven.

Así será, mi querido capataz. Cuando esté plenamente recuperado; no tenga prisa, respondía el arquitecto de la Sagrada Familia. *Y descuide, que no lo hará para, con todos los respetos, seguir picando piedra,* añadió un día, ante el asombro de aquel hombre fornido y sin estudios. *Su sobrino tiene un don, y sería un mal maestro si no fuera capaz de ponerlo en funcionamiento*.

¿Pau? ¿En serio? Si apenas…

Hágame caso, Roger, sé de lo que hablo. Rosetta, vamos, dijo Gaudí, zanjando la conversación.

Oriol no dijo nada de aquello al joven Pau. Con el tiempo, había acabado por encariñarse de aquel niño roto, le había visto crecer, supurar sus heridas. A veces, le observaba mientras trataba de aprender a leer, con fruición, como todo en lo que se embarcaba, a la lumbre del fuego, por las noches, una vez acabado el trabajo. Se sentía profundamente orgulloso del chico. Como él, había logrado sobrevivir a las mareas de la vida e ilusionarse con nuevas experiencias. A diferencia del capataz, el *expòsit* sí parecía preparado para aprovechar cada oportunidad que se le presentase.

Sin pareja conocida —no solo un empleo, no solo una vida, habían quedado atrás en el Nuevo Mundo—, sin hijos, Pau se había convertido en la extensión de Roger, en la mejor herramienta para conocerle, y para conocerse. El chico había despertado en Oriol una suerte de sentimientos que creía enterrados en el fondo de su memoria, y desde que decidió acogerlo en su casa, lo trataba como si realmente fuera su hijo.

Duro, exigente, pero también comprensivo cuando tocaba, Roger explicó a Pau todos los secretos de su oficio, y comprobaba con placer cómo el joven se empapaba de cada uno de sus consejos, de cada una de sus experiencias. Las hacía suyas: no era necesario repetir una norma, ni corregir demasiado una maniobra de carga. El chico aprendía rápido, tal vez demasiado.

Algunas noches, cuando el cansancio o el dolor de brazos y piernas no le dejaban descansar, Roger se levantaba rezongando para buscar una manta con la que combatir el frío, o para estirar, tratando de engañar a sus músculos un día más. Entonces, se topaba con los ojos perdidos de Pau, mirando sin mirar hacia la pared de latón de la caseta en la que vivían. Nunca supo si estaba despierto o dormía: lo que sí tuvo claro es que, en aquellos momentos, su protegido se hallaba muy lejos de allí. El capataz hubiera querido sentarse al lado de Pau, abrazarlo y recostarse con él en el jergón hasta que ambos encontrasen el sueño.

Le habría contado historias sobre los viñedos de Chile, sus montañas, el silbido de sus gentes al hablar, la fiereza del mar que, a diferencia del Mediterráneo, quedaba a la izquierda del horizonte, lo que dejaba unos atardeceres espectaculares, más allá del fin del mundo. Le explicaría la dureza del desierto más árido de la tierra, los colores de los salares de Atacama, la belleza de la iglesia de adobe y madera que construyeron los conquistadores cuando entraron en el país procedentes de Perú, y que Oriol había ayudado a reconstruir, y cómo *Debajo de la primera piedra a la derecha, según entras por la puerta principal*, había marcado con una navaja, *Igual que la tuya, chaval*, las iniciales de un nombre. Pero jamás lo haría.

Porque nadie podía tocar a Pau.

La única vez que trató de hacerlo, Roger se encontró con el filo oxidado de su navaja en el cuello. El chico resoplaba como un demonio, con una fuerza desmedida, completamente enloquecido. Sucedió antes del ataque de los *capitanes*, al poco tiempo de comenzar a trabajar en las obras de la Sagrada Familia. Oriol se despertó, entumecido y cansado, y estiraba los músculos apretando su espalda contra la pared, que sonó con un crujido por el peso, cuando se encontró, por primera vez, con aquella mirada perdida, con aquella profunda tristeza. Y Roger sintió auténtica lástima por aquel chico perdido. Tanto, que quiso agarrarlo con sus brazos fuertes y torpes, susurrarle: *No estás solo, ya nunca estarás solo*, y sentir que también se lo decía a sí mismo. No hubo manera. De un solo movimiento, el chico se zafó con agilidad del abrazo de su capataz y, enfebrecido, lo inmovilizó en un instante.

El hombre no pudo más que rendirse sin luchar, *Tranquilo, soy yo, Roger, estás en casa, Pau*, y el chico aún tardó varios segundos en volver en sí, abrir los ojos con un temor infinito y soltar a su presa, antes de salir corriendo y desaparecer por las calles de la *ciutat nova*. Tardaría tres días en regresar. A primera hora, junto al resto de la cuadrilla. Roger lo miró, sonrió y no pronunció una palabra. *No estás solo, ya nunca estarás solo*, dijo para sí, y comenzó a dar órdenes al equipo. Esa noche, Pau regresó a la chabola que ambos compartían. No hubo necesidad de más.

De vuelta a casa, el arquitecto y su sobrina caminaban relajadamente por las calles apuntadas del Eixample. *Mira, tiet, lo que me ha regalado Pau*, dijo Rosetta, mostrando a Gaudí lo que parecía un pequeño dragón, o más bien una salamandra, tallada en madera. El arquitecto se frenó en seco: aquella talla era sumamente hermosa. *El drac*, musitó.

Al llegar a la casa familiar, el maestro se encerró en su despacho. No salió en toda la noche. A la mañana siguiente, bien temprano, después de los rezos, acudió a ver a su amigo y mecenas Eusebi Güell.

He tenido una idea. Te va a encantar.

3.
Un dragón de trencadís
Barcelona, 1886-88

Los días pasaron con calma, las semanas se fueron sucediendo lentamente, sin hacer apenas ruido. Pau iba recuperándose, no sin dificultades, y comenzó a incorporarse al trabajo en la catedral de los pobres, que poco a poco iba concluyendo las obras de la cripta. O, al menos, eso era lo proyectado. Al fin, el maestro podría dar rienda suelta a su imaginación y construir un templo cuyas torres rasgarían el cielo de Barcelona, sin llegar a superar los deseos del Gran Arquitecto del Universo: su torre más alta no superaría la altura de la colina de Montjuic.

De cuando en cuando, Gaudí palpaba el bolsillo interior de su chaqueta, donde guardaba, como si de una reliquia se tratase, el dibujo que, años atrás, le regalara su sobrina. El primero de tantos, custodiados por el de Reus en su estudio, que la niña había ido dibujando durante su encierro entre las monjas de la Casa Foixá. Muchos de ellos, demasiado oscuros y tenebrosos —*Aunque la niña era especial, no estaba loca, no estaba loca*— pero algunos luminosos, con siluetas elegantemente estiradas como una goma, del suelo al cielo, en los que Rosetta, siquiera toscamente —no dejaba de ser una niña que pintarrajeaba papeles—, lograba atrapar la luz en cada momento del día, captar la fragilidad de la piedra, su elegancia y su capacidad de alzarse, sin temor, hacia el horizonte. *Son las montañas de Dios, tiet*, repetía cada vez que Gaudí le interrogaba acerca de qué escondía su confusa cabecita.

Después, el arquitecto se encerraba en su obrador, durante horas, y se encargaba de interpretar a Rosetta, de hacer realidad su

magia, plano sobre plano, maqueta sobre maqueta, hasta lograr aquella construcción invertida con hilos de cuerda y saquitos de arena que ejercían de contrapesos y hacían volar la estructura, desde el cielo hasta el suelo, como quería Rosetta, como si fuera posible darle la vuelta al mundo. Y, sin embargo, funcionaba.

Las torres comenzaban a aparecer, levemente, en las paredes este y oeste de la explanada, mientras el grueso de las obras continuaba con el objetivo de finalizar la cripta del templo expiatorio. El arquitecto, enfebrecido, quería concluir cuanto antes el trabajo iniciado por su antecesor, dejar de pelearse con el barro y alzar, de una vez, la mirada hacia las nubes. De hecho, el año anterior se había bendecido, gracias a una donación anónima, el altar de San José. Pero, en ocasiones, la lentitud de los progresos le exasperaba. No se trataba de los trabajadores, no dudaba de su profesionalidad y mucho menos de su implicación en el proyecto, sino de las donaciones. Aunque Gaudí no era ingenuo, jamás llegó a pensar que la construcción de la basílica superaría, con mucho, su genio y sus energías.

Para evadirse, y seguir creando, aceptó de buen grado proyectos como el encargado por Máximo Díaz de Quijano, El Capricho, y, sobre todo, los sueños compartidos con su amigo Eusebi Güell. Aquellos años resultaron sumamente prolíficos para el arquitecto, que gozó de la absoluta libertad que le concedió el empresario para imaginar sus secretos, sin necesidad de compartirlos con nadie más que consigo mismo.

Pepeta había desaparecido de su vida, y él había decidido consagrarla a su trabajo, de modo que abandonó la Cooperativa Mataronense —a la que ella seguiría acudiendo, no quería volver a verla, no debía—. En una de las catacumbas que Güell le cedió como estudio de trabajo, Gaudí colgó del techo aquella maqueta basada en los pintarrajos de su sobrina y pasaba horas enteras contemplándola, a veces boca abajo para entender mejor el impacto de la gravedad, haciendo cálculos para comprobar que sí, que sería posible darle la vuelta y alzarla en piedra en el Eixample.

Como prometió a Roger, el chico no volvió a acarrear piedras, ni a destrozarse las manos cortando maderos, dirigiendo a los bueyes de

carga o construyendo el débil andamiaje que, lentamente, iba elevando la construcción más allá de la cripta, que en pocos meses tendría colocada la clave de bóveda, paso necesario para empezar a hablar del final de sus trabajos. Una mañana, año y medio después del ataque que a punto estuvo de acabar con la vida del muchacho, Gaudí llamó a Pau, y lo puso bajo el mando directo de Llorenç Matamala, el jefe de escultores de la Sagrada Familia. Junto a él, el *expòsit* aprendió los rudimentos de la arcilla, comenzó a trabajar los usos del yeso y el fundido. Lo hacía con pasión, atrapando cada explicación, cada palabra, frustrándose con cada golpe fallido de cincel, con cada talla rota, quemándose las manos con los productos químicos mientras aprendía el procedimiento para trasladar al hierro los bocetos apuntados en papel y silueteados en madera o yeso.

Es un chico rudo, testarudo, pero con una inmensa capacidad de trabajo, reportaba Matamala a Gaudí cada vez que este se interesaba por el aprendiz.

Y genio. Tiene el genio dentro, amigo mío. No olvide esto, respondía el arquitecto tras valorar los progresos, y los fracasos, del protegido de Roger Oriol. Pronto, el sueldo de Pau superó al del capataz: las inquietudes modernistas de las clases pudientes de Barcelona valoraban mucho más el detalle, lo novedoso, frente a lo permanente, la piedra, el andamio, las paredes firmes y gruesas. Y Pau se especializó en la confección de aquellas figuras formadas con trozos de loza o mosaicos de colores, con una nueva fórmula, el *trencadís*, que básicamente consistía en hacer pedazos la cerámica ya creada y recomponerla, en pedacitos, haciendo surgir nuevas figuras, novedosos diseños, mezclas cromáticas imposibles salvo para un genio como el de Gaudí.

Aquello fue una auténtica revolución. De repente, toda Barcelona ansiaba los *trencadís* de Gaudí, y las señoras de bien peregrinaban hasta el despacho del arquitecto a entregar sus carísimas vajillas barrocas a las que nadie daba uso para que el maestro, o sus ayudantes, las rompieran en mil pedazos que después unirían de nuevo con pegamento en un papel dibujado con diseños novedosos, nunca vistos antes. Pasamanos, escalones, balaustradas, gárgolas, lámparas…, el catálogo era infinito. Tal fue el furor que las damas de

la alta sociedad pugnaban entre sí, casi hasta organizar subastas para conseguir que el maestro rompiera, en sus narices, una de sus carísimas teteras de porcelana austríaca, algo a lo que Gaudí siempre se negó. Aunque sí permitió que sus ayudantes —entre ellos, el joven Pau— pudieran hacerlo en ocasiones. *Eso sí, sin caer en el espectáculo, que esto es arte, señores, no un parque de fieras*.

El *expòsit* disfrutaba destrozando la loza, tirándola al suelo con saña, como quería el maestro, buscando restos de macetas, platos, tazas o baldosas que reconvertir, como si de un puzle se tratara, en una nueva creación. Aunque, como su maestro, prefería no hacerlo con público delante, si no era estrictamente necesario. Con todo, el aprendiz hubo de unirse, de mala gana (las propinas eran espléndidas), al espectáculo que durante semanas llevó a algunos de los prohombres de Barcelona a contemplar la revolucionaria técnica ideada por Gaudí, y que en poco tiempo se convertiría en la explosión de color que definiría las nuevas construcciones de la Ciudad Condal.

Con las señoras de la alta sociedad, la ruptura de un plato resultaba un ceremonial aburrido, dramático, casi eucarístico: partía la loza con un sentido reverencial, como había visto hacer durante tantos años al cura del hospicio mientras quebraba la hostia del sacrificio. En cambio, en la soledad nocturna del taller de Matamala apenas quedaban él y la cerámica, y la lucha se daba entre iguales. Los platos caían, sí; se quebraban, también, pero dejaban su huella en el rostro del *expòsit*, en sus manos, en sus rodillas, en sus pies. Al destrozar los azulejos contra el suelo del taller, Pau dejaba escapar toda la rabia contenida, la furia de tantos años, los golpes, el hambre, las pérdidas, las flores… Gritaba como poseído, lloraba y saltaba, girando alrededor de piezas que continuaban resquebrajándose salto a salto, con todo el peso de aquel joven, con toda su revolución interior.

La pelea era intensa y a veces duraba toda la noche, y el amanecer alcanzaba a Pau exhausto y derrotado sobre un manto de copos de azulejo, ensangrentado y sudoroso, pero con la extrema sensación de haber llegado a convertirse en un *trencadís* de sí mismo: recompuesto, diferente, más auténticamente él. Un efecto

similar al logrado cuando agarraba el trozo de madera perfecto, aunque el lenguaje que ambos materiales utilizaban para comunicarse con Pau era exactamente el contrario: nada más romperse en pedazos, la loza le dejaba claro quién era, y en qué debía convertirse. Miguel Ángel saliendo del bloque de mármol, haciéndolo estallar, y resucitando de sus propios deshechos para convertirse en otra cosa. La historia de su vida.

En los talleres, fuera de la vista del gentío, Gaudí ordenó a Pau llevar al papel, y de ahí al yeso o la madera, utilizando la nueva técnica, su admirado dragón. Durante semanas, el *expòsit* se afanó en encontrar los pedazos de loza más preciosos y minúsculos para la columna vertebral y la cola del animal, al que quiso decorar con todos los colores posibles, fundiéndolo con la naturaleza, como si de un camaleón se tratase, dispuesto a ocultarse o a revelar su grandeza en cualquier instante. En ese tiempo no hizo otra cosa, noche y día, olvidándose de comer y de dormir. Incluso, faltando a su cita obligada con Rosetta y el maestro. Ese jueves, al no encontrarlo en la barraca de Oriol, Gaudí se dirigió al taller de Matamala y descubrió al chico perdido entre una montaña de azulejos rotos, con los dedos y las rodillas en sangre, enfebrecido. *Es exactamente como yo a su edad*, pensó el genio de Reus, no sin satisfacción, que se transformó en sincera admiración al contemplar, en una esquina del taller, junto a un jadeante pero orgulloso Pau, una figura de su misma altura, agarrándose con las patas a una rama, trepando sin miedo hacia el horizonte.

Gaudí se acercó al joven, quien tomó las manos del arquitecto y lo llevó a contemplar su obra. Junto al suelo, dos piezas oscuras, casi de color ónice, y prácticamente idénticas, que el genio de Reus, con un golpe de martillo colocó y pegó a ambos lados de la cabeza del dragón del *expòsit*.

Esto es, exactamente, esto es, susurró el maestro olvidándose, por un instante, de su pupilo, que lo escuchaba sin terminar de comprender. Tras varios minutos de silencio, Gaudí agarró de los hombros a Pau, lo abrazó y le explicó. El *expòsit* sonrió, y se sintió parte de un secreto histórico, del que nadie debía saber nada por el momento. Ni siquiera Rosetta, *Especialmente mi sobrina*.

Al día siguiente, muy temprano, unos operarios subieron una caja de madera que pesaba como el demonio a un camión, con destino a la finca que Eusebi Güell había adquirido en el barrio del Carmel.

4.
En el parque
Barcelona, 1888-1890

Ven, tengo que enseñarte una cosa.
Pero hoy no es jueves.

Bueno, si no quieres venir conmigo por eso, no pasa nada. Pau guiñó levemente el ojo malherido y alargó su brazo hacia una juguetona Rosetta, quien, tras hundir su cabeza bajo su incipiente escote, se revolvió, curiosa y azorada, hacia su amigo, tomando su mano y dejándose llevar. *¿Adónde vamos?*

Ya lo verás, confía en mí, respondió el *expòsit*, echando a trotar entre los andamios de la Sagrada Familia hasta salir de la obra. Aquel miércoles, a media tarde, Pau había visto llegar a su amiga acompañando al maestro y, cuando este se encerró en su obrador para tratar de dar los remates finales que permitieran estampar su firma en dos de los primeros edificios en el Eixample (la Casa Vicens y el Palau Güell), le propuso un plan distinto.

Para la joven, cualquier idea que proviniera de su amigo era un nuevo cielo abierto. Por el cosquilleo que le apretaba el pecho cada vez que él la llamaba, o la tocaba, o le sonreía, cierto, pero también por la infinita soledad en la que se encontraba la muchacha. Enardecido por su talento creativo, y por el éxito de sus empresas, Gaudí cada vez pasaba más tiempo trabajando. Y Rosetta se aburría soberanamente: no estudiaba, apenas se relacionaba con chicas de su edad —en eso no había cambiado— y solo los largos paseos por la playa lograban calmar su ansiedad, a la espera de la cita de cada jueves en la cada vez más hermosa explanada de la Sagrada Familia. Allí, fiel a lo acordado, la esperaba su adorado Pau. Cada semana, el

expòsit traía consigo alguna de sus creaciones, que enseñaba a la joven con ilusión expectante. Rosetta siempre hacía una observación curiosa, imaginativa, que dejaba a su amigo devanándose los sesos durante siete largos días, hasta el jueves siguiente. *¿Me echará de menos?* Estaba segura de que no tanto como ella a él.

Al cabo de un tiempo, tanto su tío Antoni como el señor Oriol, el capataz, dejaron de acompañarlos en sus citas semanales. No eran unos críos y, además, el maestro ya pasaba demasiado tiempo con Pau. Y el trabajo era incesante. De mala gana, Gaudí consintió que el *expòsit* mantuviera esos encuentros, que aunque le restaban energías para —como hacía él— entregarse de lleno a sus nuevos proyectos, resultaban innegablemente positivos para su sobrina. Y eso le llenaba de alegría. Aquella pequeña —*Aunque ya no es una niña*— había sido fuente de preocupaciones desde que nació. A fin de cuentas, junto a su padre, era la única familia que le quedaba. Su amarre a tierra.

Rosetta, en cambio, volaba cada vez que Pau le confesaba la emoción que sentía al romper en pedazos la loza y construir de la nada un efebo, un monstruo o toda una floresta. Traía la primavera a su corazón. Ella escuchaba con atención, efervescente, entregada. Y él, después de mostrarle los cortes en las manos, las heridas sin suturar al intentar fundirse con la cerámica o las astillas en los dedos por una madera mal pulida, tenía la suficiente sensibilidad para callarse, escuchar, prestar toda la atención del mundo a los relatos de esa chica extraña a la que, aún no sabía por qué, se sentía tan unido. Rosetta, entonces, sacaba de la faltriquera adosada a su cintura sus últimos dibujos, que poco a poco iban fundiéndose con las creaciones que Pau iba generando en el espacio que, en secreto, compartía con el maestro Gaudí en el palacio de Eusebi Güell.

Cómo puedes saber esto…, musitaba Pau, cada vez más admirado por lo mucho que se parecían sus nuevas esculturas a los carboncillos trazados por Rosetta. ¿La estaba espiando? Era imposible. ¿Tal vez Gaudí había confiado su secreto a su sobrina? Solo había una manera de acabar con la duda, aunque sabía que él, expresamente, le había prohibido llevar allí a Rosetta.

Ven, tengo que enseñarte una cosa, le propuso aquel miércoles, sabiendo que el maestro, después de visitar las obras del templo, tenía que acudir, a toda prisa, a inaugurar el pabellón que había creado para la Exposición Universal que recorría el parque de la Ciutadella hasta el mar, y que había logrado maravillar a medio mundo. Una nueva visión de la maravillosa Alhambra de Granada, *Algún día tengo, tenemos, que ir a verla*, pensó el *expòsit* mientras tomaba de la mano a Rosetta, y ambos caminaban en sentido contrario al mar, hacia el barrio del Carmel, dejando atrás la explanada del Eixample para pasar muy cerca del lugar donde, hacía ya media vida, los *capitanes* habían estado a punto de mandarle al cementerio de Montjuic.

Al otro lado de la ciudad, toda Barcelona admiraba el Pabellón de la Compañía Trasatlántica, cuyo diseño había utilizado Gaudí el año anterior para la Exposición Marítima de Cádiz. *Es como estar en Granada*, susurraban los miembros del jurado de aquella edición, que resultó todo un éxito. María Cristina, la reina regente, contempló conmovida la construcción, que mezclaba el tradicional arte islámico con toques mudéjares y el incipiente amor del maestro por las alturas y la búsqueda de la luz. En algunos rincones, visible solo para los más curiosos, pequeños toques de *trencadís* que Gaudí había encargado expresamente a Pau. Jardines de flores, fuentes con peces de colores que, a unas horas determinadas, el sol convertía en crisoles unidos entre sí a través de haces de luz invisibles el resto del tiempo.

La ciudad estaba cambiando a toda velocidad: docenas de obras se repartían por toda Barcelona, desde el puerto al Tibidabo. La vieja villa condal se había entregado, apasionada, a las corrientes modernistas, que se alzaban, frescas y exaltadas, radicalmente novedosas. Porque esa era la clave, la novedad. Berenguer, Domènech, Puig i Cadafall, Vilaseca o Rovira se convirtieron en nombres conocidos, adorados y odiados, en las conversaciones de café, las discusiones militares, y hasta la propia Casa Real. Aunque todos suspiraban por Gaudí, que ya había dado muestras de su arte, no siempre bien comprendido por todos, en la Casa Vicens o en el

palacio del señor Güell, adonde Pau llevaba en secreto a una emocionada Rosetta.

El ritmo de construcción fue tal que, por primera vez, el número de casas del Eixample superaba al del casco antiguo de Barcelona que, sin posibilidad de crecer hacia el mar, lo hacía hacinando a sus gentes, expulsándolas hacia el puerto, y de allí a las bolsas de población que se iban creando alrededor de la costa. La capital catalana multiplicó por cuatro sus habitantes, y los suburbios continuaron llenándose hasta el hastío de inmigrantes provenientes del campo catalán y, cada vez más, de aragoneses, valencianos y baleares. Con la superpoblación llegaron también las enfermedades, especialmente infecciosas, entre los pobres, que volvieron a llenar los sacos que se depositaban en los mortuorios como no se recordaba desde la Edad Media. El espectro de la peste volvía a aparecer en el barrio Gòtic.

Por el contrario, el Eixample se había convertido en el rincón preferido de la aristocracia y los grandes empresarios barceloneses. Todos querían construir su casa, su palacio, su jardín, alrededor de la *ciutat nova*, cuya capacidad de crecimiento, del mar hacia la montaña, parecía infinita. Apenas quedaban restos de los descampados donde el *expòsit* había llorado la desaparición de la mujer de las flores. Los cabreros habían tenido que huir, no sin pelear, más allá del Tibidabo, y habían desaparecido las huertas y plantaciones de patata o nabos que suponían la subsistencia de miles de desheredados, y de sus bestias, llegados a Barcelona desde todos los rincones de España, y que no habían tenido la posibilidad de quedarse en la ciudad vieja, el puerto o los suburbios costeros. Al otro lado de la montaña sagrada, la vida continuaba parada en el Medievo.

Ya estamos llegando, mira, señaló Pau, dándose la vuelta y apuntando con la mirada para que Rosetta contemplara la ciudad desde lo alto del Carmel, junto a los muros de la mansión del amigo y mecenas de su *tiet*. La muchacha apretó con fuerza la mano del *expòsit* mientras admiraba, extasiada, la vista desde aquel rincón del mundo. El mar, siempre el mar. La luz, el sol apuntando a las aguas,

dorándolas, serpenteando caminos de espuma y sal. Desde allí, el sabor a mar se mezclaba con el aroma de los pinos y la hierba sin cortar al pie de la montaña, creando una humedad nueva, fresca, fría y cálida a la vez. Resultaba de una belleza aterradora.

Mira, si te fijas, si sigues esta línea, verás la Sagrada Familia. ¿Notas cómo va creciendo? A su espalda, extremadamente cerca, Pau le explicó el camino que les había llevado hasta allí, y ambos pudieron contemplar cómo se estaba expandiendo la ciudad, sin más límites que los que la naturaleza, todavía, era capaz de imponer al ansia de los hombres. *Ahí he colocado una balaustrada, en ese palacio habrá una escultura que diseñé yo, en esa alameda habrá unos bancos que*…, pero Rosetta solo podía sentir otra humedad, el sudor de su mano estrechada a la de Pau, sin que ninguno tuviera la más mínima intención de soltarse, y su pecho acercándose cada vez más a su espalda, rozando levemente sus curvas con sus pantalones, estremeciéndose ambos al percibir la intensidad del cuerpo de Pau endureciéndose al contacto con la pobre niña loca.

Ella cerró los ojos y se sentó en la hierba para mirar sin ver el horizonte que le presentaba aquel chico roto y recompuesto, que se recostó tras de sí, atrayéndola con firmeza, pero sin esfuerzo, ejerciendo de respaldo para contemplar juntos el atardecer, en silencio, cada vez más juntos, aspirando él las gotas de lavanda que Rosetta se había colocado detrás del cuello, respirando ella el aroma rudo de escultor, sus manos duras, astilladas, fuertes: no se le ocurría lugar mejor donde recostarse.

El sol comenzaba a adormilarse al otro lado del mar, por encima de sus cabezas, cuando Rosetta se levantó, alisó su ropa, manoteó su falda para sacudirse la hojarasca puntiaguda de los pinos que se le había quedado pegada, y volvió a tumbarse al lado de Pau, besándole sin prisa, calladamente. No había necesidad de decir nada. Es más, aquello debía ser otro secreto, *su* secreto, el que nadie, nunca, podría saber. No como el que el maestro le había pedido no revelar a su sobrina y que, para tranquilidad de Pau, Rosetta no conocía.

Gracias, dijo ella tras el último beso.

No tienes por qué, respondió Pau, azorado. *Tenías derecho a saberlo.*

En el fondo, siempre lo he sabido. Pero no me importa. ¿A ti?

Pau suspiró, permaneció en silencio un instante, y respondió negando con la cabeza: *A fin de cuentas, nunca hemos dejado de ser parte de su obra, ¿no crees?*

Es exactamente así, finalizó Rosetta. *Sinceramente, me preocupa más lo que seremos más allá de él, sin él, no sé si me explico*.

Alto y claro, entendió Pau, estrechándola en sus brazos y admitiendo que, a su pesar, era el momento de regresar. Nadie les habría echado de menos al otro lado de la ciudad que contemplaban y que encendía sus primeras luces al abrigo del mar, esta vez más sereno que nunca. Al menos, por esta vez. No sería la última.

5.
Y en el paraíso estabas tú

Esa tarde, Pau había hecho subir a Rosetta hasta la propiedad de Eusebi Güell. Las obras, bastante avanzadas, no se inaugurarían hasta tiempo más tarde, y el trabajo se mantendría durante años, como sucede en todas las obras de arte vivas, inacabadas por definición, creciendo siempre más allá de lo posible, más allá de lo improbable del genio del maestro y de las manos de sus colaboradores.

No era la primera vez que penetraba por el pasadizo secreto que había ayudado a construir por indicación expresa del conde de Güell, y trazado magníficamente por Gaudí, inapreciable a simple vista, escondido entre la maleza y una balaustrada que, con el tiempo, quedaría sepultada por un jardín y unas escaleras coronadas con el inmenso *drac* que el *expòsit* había creado para él. Un golpe seco, y clic, la puerta escondida se abrió sin hacer ruido. *Pasa, es por aquí*. *Ten cuidado. Así, ahora bajamos*, pero Rosetta se detuvo antes de tomar las escaleras que les llevarían hasta el impresionante sótano abovedado que estaría destinado a las caballerizas pero que, en aquel momento, apenas servía de pasadizo para llegar hasta una gran puerta de hierro, con una cerradura que se abría aplicando un resorte que solo se activaba a través de los pernos de la llave maestra, la única que tenía las mismas depresiones que el candado interior… y de la que Pau conservaba una copia artesanal, entregada en mano por el propio Gaudí y que el joven llevaba colgada al cuello.

Espera un momento, rogó la joven, antes de penetrar en la oscuridad de los muros del palacio. Aunque ya habían pasado algunos años, todavía se le erizaba el pelo cada vez que debía introducirse en espacios cerrados, desconocidos. La sola idea de entrar en una iglesia al atardecer, el olor de las velas, la humedad, la

luz lúgubre entrando por las saeteras románicas, le aterraban. La sensación de verse atrapada, las manos duras, inconmovibles, el sometimiento al que se vio forzada siendo una niña…, no. Pau observó cómo el rostro de la joven se estremecía y endurecía, y la imaginó a punto de romperse en pedazos. No hizo falta ninguna palabra, solo alargar la mano y ofrecérsela. *Confía en mí*, se dijo, y ella debió escucharlo porque su mentón se relajó, y con él el resto de su cuerpo. Todavía temblando, sacó fuerzas para acompañar a su compañero de aventuras al fondo de las caballerizas.

Gaudí había resuelto el problema de la luz de una manera magistral, *Como si supiera que iba a entrar aquí, como si entendiera que no podía sentir miedo nunca más*, pensó Rosetta, que no estaba loca, pero que sí había desarrollado un temor reverencial a buhardillas, cobertizos, cualquier cuarto oscuro. Allí también vería un dragón, que jamás llegaría a quemarla, aunque sí a encender su fuego. Los techos, necesariamente bajos al tratarse de desvanes y caballerizas para los Güell, dejaban un amplio espacio a unos ventanales alicatados desde el suelo hasta casi el techo, aprovechando los taludes con los que se había ganado terreno a la montaña y, de paso, garantizando varias alturas para, desde cualquiera de ellas, poder tener una vista de la ciudad, y del mar. Como ella siempre habría deseado.

¿Estás lista? Lo estoy. Pues vamos, y Pau descorrió los cerrojos del magnífico portón de hierro forjado tras el que se custodiaban los secretos del maestro. La sala era amplia, mucho más extensa que el obrador que el arquitecto había ordenado construir junto a la cripta de la Sagrada Familia. Entrar allí era penetrar en el interior del cerebro de Gaudí: sus ideas, sus ensoñaciones, sus proyectos fracasados, las fórmulas utilizadas para lograr el efecto deseado.

En aquel rincón secreto, el *expòsit* y la sobrina del arquitecto contemplaron, asombrados —más ella que él, pues no era la primera vez que Pau entraba allí—, centenares de planos, diseños de construcciones imposibles, torreones que giraban sobre sí mismos, columnas helicoidales formando una espesa jungla que se elevaba hasta el cielo, entre lianas, animales mitológicos y sonidos de manglares, que se activaban al presionar varios elementos a la vez.

Al fondo, unos pesados portones de hierro decorados con hojarasca de metal de diversos colores y pequeños insectos —diseñados por Pau— que se colaban por las rendijas. Junto a ellas, modelada en yeso, una gigantesca tortuga y, a su lado, un camaleón, y ovejas, y gallinas, y perros; y más allá racimos de uvas, grandes panes circulares, odres de vino, vasijas, en un curioso camino escultórico hasta un impresionante nacimiento en el que el Niño Jesús permanecía recostado entre las rodillas de María —*¿Esos no son mis…?*, se reconoció, entre confundida y maravillada, Rosetta—, con José en pie, protegiendo con la mano el sueño de su familia, y el buey y la mula asomando a los lados.

Ángeles, arcángeles, querubines apenas apuntados, cuyos rostros resultaban prácticamente idénticos a muchos de los jóvenes trabajadores del templo, se sumaban a la escena. En el centro, el impresionante dragón de *trencadís* que Pau había elaborado tiempo atrás y que había maravillado al maestro. Pronto presidiría la inimaginable terraza desde la que los Güell proyectaban contemplar toda Barcelona. Rosetta supo que era obra suya en el momento en que sus ojos se cruzaron con los del *expòsit* y adivinaron un intenso brillo de orgullo en su interior.

Los dos jóvenes caminaban lentamente, el uno al lado del otro, sobrecogidos. Rosetta extasiada, más preocupado Pau, que trazó un giro a la izquierda para mostrar a su compañera la impresionante lámpara suspendida del techo de piedra, y en la que, pendientes de varios hilos, se agolpaban, como si de reliquias se tratasen, brazos, cruces, rostros cuajados de dolor, sufrimiento, angustia. Un auténtico bestiario de figuras, que los dos chicos fueron reconociendo: medio personal de la Sagrada Familia acabaría por posar para el maestro, que quería arrancar trozos del alma de todos ellos al servicio de un templo majestuoso. Bocetos, dibujos, detalles sumamente precisos de pies y manos se repartían por el suelo de piedra de aquellas modernas catacumbas.

Esto es el paraíso, una auténtica maravilla, suspiró Rosetta, aferrándose al brazo de Pau, profundamente agradecida ante el regalo que el chico estaba compartiendo con ella. *¿Habrá traído aquí a otras?*, pensó, arrepintiéndose de inmediato. Ni lo creía, ni era su

derecho, ni en ese momento le importaba. Es más: hubiera comprendido que lo hiciera, derretida como estaba en aquel instante contemplando tanta belleza. Miró a Pau, y vio cómo él rehuía sus ojos, los escondía en un velo de tristeza, o tal vez era preocupación, o quizá se sentía culpable de haber quebrantado el secreto sagrado de aquel lugar. *¿Qué sucede?*

Sin contestar, Pau la hizo girar sobre sus pasos y, lentamente, la condujo hasta el fondo de la estancia, más allá de las criaturas fantásticas que habían contemplado al comienzo de la visita. Tras atravesar el bosque de columnas, la luz de los ventanales se apagaba, dando paso a una tenue oscuridad, que hizo que Rosetta volviera a bloquearse. Advertido, Pau dio un paso adelante y, girando un interruptor, iluminó la estancia. Pese a que la electricidad había llegado a la Ciudad Condal antes de que nacieran, no era en absoluto común tal cantidad de luz artificial. Sin decir nada más, el joven giró la cabeza, avanzando un poco más, siguiendo el camino de la luz.

Allí estaban. Desplegados en torno a una mesa, atados con un cordel, dispersos por el suelo, todos los dibujos que la niña había hecho para su *tiet* a lo largo de los años. Los juegos de luz, las formas imposibles, las columnas que se alzaban hasta el infinito, los ventanales de mil colores… Todos. El maestro los había conservado como si se tratara de un tesoro, hasta el punto de que, a diferencia del caos anterior, en esa estancia parecía habitar un cierto orden, una exquisita limpieza. *Debe visitarlos muy a menudo*, se dijo Pau, sin dejar de contemplar el rostro asombrado de Rosetta, y su mirada, que parecía retroceder en el tiempo y volver a ser esa pobre niña asustada y *Loca, lo que le ocurre es que es una loca perdida; Y un poco tonta; Sí, oligofrénica, le dicen; Tú lo que eres es imbécil*, y después la oscuridad, y más tarde otra vez la luz, y las pinturas, y los cuadernos donde por fin podía volar y oler el mar, su mar, el que su *tiet* le había prometido, y el océano frío, y las violaciones, y el dolor, la soledad, los cuartos oscuros, y mirar hacia su izquierda y verle a él, con el alma quebrada igual que ella, cogido a su mano, contemplándola. Y de nuevo otra vez la luz en los ojos de Pau, que volvió a girar el rostro y allí…

Rosetta no pudo evitar un grito de asombro: *¡Allí! ¡Estaba allí!* Colgada del techo, con dimensiones infinitamente más grandes de las que ella había imaginado siendo una niña, pero no cabía duda. Aquella era su maqueta, el regalo que le había hecho a su *tiet*, y cuyo secreto sabía seguro entre los dos. Ahora, al menos, él también lo conocía. ¿Quién más?

Son las montañas de Dios, musitó la niña, pues así volvió a sentirse durante unos instantes, y no hubo necesidad de explicar nada a Pau, porque él ya sabía, ya conocía toda la historia. Esa tarde, además, con cuidado, descubrió algo más. Los pliegues de su piel, el temblor al acercarse demasiado, *Yo ya estoy rota, como tus azulejos*, acertó a decir; *Déjame intentar recomponernos*, respondió Pau, quien también había aprendido a guardar sus propios secretos, y que aquella tarde no pudo por menos que compartirlos con ella. Ambos, llorando, sintiéndose traidores y traicionados, cómplices a fin de cuentas, guardianes el uno de las confidencias del otro, unidos para siempre, sin forzar, sin que volvieran a aparecer los monstruos, los hombres grises, los gritos y los chillidos al oído… Cuando algo se rompe solo resta tirarlo o tratar de reconstruirlo. A pedazos, a trocitos, buscando que de la ceniza surgiera algo nuevo. Colorido y armonioso. Único.

Pau y Rosetta se abrazaron, sin hacer ruido, aunque nadie, salvo el maestro, podría saber que existía aquel lugar sobre la faz de la tierra.

Entretanto, Gaudí trataba en vano de evadirse de las engoladas alabanzas de los señores de la corte de Madrid, que se deshacían en elogios ante su Alhambra en la Exposición Universal. La reina María Cristina estaba encantada, pero él no era hombre de protocolos y servidumbres, le aburría soberanamente toda la parafernalia que acompañaba a los poderosos, aunque sabía que esta casta, y especialmente su dinero, eran imprescindibles para llevar a cabo su obra.

Visiblemente azorado ante las palmadas en la espalda, los *Tenemos que hablar, esto es una maravilla*, y los (menos, ciertamente, pero aún los había) *La verdad es que no entiendo bien qué significa esto, pero es bonito*, Gaudí encontró al otro extremo

del pabellón el rostro de su amigo Güell, a quien, con un nada sutil gesto con la mano, imploró viniera a socorrerle. Mientras el empresario se encargaba de acoger los parabienes, las tarjetas y los aplausos destinados a su protegido, el arquitecto logró salir a la calle y llenar, con fuerza, los pulmones del aire fresco de la tarde barcelonesa. Mirando hacia la montaña, acertó a atisbar, y reconocer, algunos de los andamios de sus proyectos ya comenzados. Al fondo, la Sagrada Familia y, más allá, casi al borde del Tibidabo, el palacio de su mecenas.

No podían saberlo, pero los tres (Gaudí, Pau, Rosetta) se estaban mirando sin verse, a ambos lados de la ciudad sin límites. Entre el mar y la montaña. No había llegado el momento de desvelar todos los secretos. No hacía falta. Al menos, no por el momento.

6.
Los escalones de San Bernabé
Barcelona, 10 de junio de 1926

Antoni Gaudí falleció a las cinco y ocho minutos de la tarde de ese día, víspera de San Bernabé, quien daba nombre a la única de las torres de la Sagrada Familia que logró ver finalizada en vida, y a la que, no sin esfuerzo, lograba subir de vez en cuando. Sin prisa, en solitario, el arquitecto ascendía los doscientos veinticinco escalones de la subida, dividida en dos tramos, y se asomaba al balcón desde el que podía contemplar el mar y no sentirse tan fuera de sitio.

Como Bernabé, el discípulo olvidado, a quien el arquitecto había entregado la eternidad que le habían negado los relatos evangélicos, como a tantos otros amigos del Maestro. Una eternidad en piedra, elevada, elegante. Una eternidad difusa, que reemplazaba toda una vida, caída en el olvido de la historia. ¿Quién sabría, realmente, quién fue Bernabé, más allá del primer pináculo culminado por el artista? ¿Quién sabría, realmente, quién fue Gaudí?

La madrugada en que murió, el arquitecto volvió a recorrer las escaleras serpenteantes de su primera torre, asomándose a través de las saeteras, y sintiendo cómo subía desde el suelo el ruido de los obreros, los llantos de los bebés de madres sin leche que ofrecer, el grito sordo de los pobres que cada noche se acurrucaban en torno a los andamios de la que debía ser su catedral, los sueños de quienes podían permitirse el lujo de soñar. Todos los sonidos se elevaban hacia el cielo, como una oración inconexa, uniendo todas las voces de los sin voz, y la torre de San Bernabé servía de amplificador de sus ruegos, sus hambres, sus pies arrastrados.

Barcelona no había cambiado tanto, después de todo, y pese a los kilómetros de andamios, las docenas de nuevos edificios construidos o puestos sobre plano, continuaba siendo esa ciudad medieval en la que los más poderosos vivían ajenos al sufrimiento del pueblo, que continuaba muriéndose de hambre, frío, epidemias, olvido.

La muralla había caído, y la ciudad se había ensanchado hacia la montaña, pero el cielo seguía estando solo al alcance de unos pocos. *Tal vez subiendo a esas torres*, pensó Gaudí, desde el catre en el que agonizaba en la Santa Creu, y abandonándose de nuevo al sueño recordó que, verdaderamente, el sonido de aquellas voces podría llegar a expandirse al mundo mediante ese complejo mecanismo de tubos y respiradores introducidos entre las piedras y que permitirían elevar la sinfonía hacia lo alto. Solo restaría que hubiera alguien, o Alguien, dispuesto a escuchar.

Desde la torre de San Bernabé, el anciano arquitecto volvió a contemplar el mar, y por primera vez pudo hacerlo a través de los ojos de *su* Rosetta. Ella jamás logró subir hasta allí. Aquella niña perdida a la que no tuvo más remedio que acoger y que, con el tiempo, se convirtió en parte de su vida. Él nunca había conseguido tener su mirada, entrar en la complejidad de su mirada, en la belleza fantasmagórica de su dolor y de sus sueños, pero sí logró reproducirla en aquellos pináculos puntiagudos, que trataban de alcanzar el cielo; en los equilibrios imposibles entre las columnas, las torres y la techumbre; en la búsqueda eterna de la luz, de cada luz, de cada color, de cada mezcla; en la fauna y la flora de un mundo demasiado humano como para reconocerlo si no se estaba completamente loco. *Y no, ella no estaba loca*.

A fin de cuentas, ella fue el auténtico origen de aquella obra de arte que, ahora estaba seguro, algún día quedaría finalizada. No sería él, que moriría en pocas horas; ni Jujol, ni Matamala; mucho menos Rosetta, que ya estaría esperándole a las puertas de la vida eterna; ninguno de los que soñaron en su día la Sagrada Familia lograrían contemplarla en su plenitud. Al menos, no desde el mundo de los vivos: Gaudí confiaba en la divina misericordia de su Buen

Dios, y esperaba admirar el fin de la catedral de los pobres desde el cielo. Sin duda, lo merecía*. ¿Lo merecía*?

Pepeta tampoco vería finalizada aquella gran obra de arte. Ella, que lo había rechazado sin dudas, con dureza y frialdad. Ella, que había roto su corazón. Ella, que, sin saberlo, o tal vez siendo plenamente consciente, había logrado que el famoso arquitecto se centrara única y exclusivamente en su arte, que volcara su amor, y su dolor, en las piedras inermes, dotándolas del espíritu que había perdido la noche en que confesó su amor, y este quedó arrastrado por los suelos. Ella, de la que tuvo que esconderse durante años porque su sola presencia provocaba un socavón en el ánimo del arquitecto, que le obligaba a refugiarse durante semanas en su obrador con tal de no volver a verla. Ella, a la que no dejó de echar de menos cada segundo de su existencia, hasta el momento final. Ella, cuyo vacío aprovechó el Buen Dios para entrar de lleno y cambiar el rostro del alma de Gaudí.

La madrugada en que falleció, y mientras su espíritu descendía, en un último sueño, los escalones de San Bernabé, Gaudí advirtió una grieta en uno de aquellos agujeros desde los que subía un impresionante silencio: las voces de los pobres habían cesado —¿tal vez habría un momento en que dejaran de existir?—, pero no la capacidad de aquel templo para ejercer de altavoz de su presencia. El arquitecto se agachó y, al apoyarse en la pared, percibió un pequeño objeto metálico.

No sin dificultad —en los sueños, los muertos también se duelen, sufren, se cansan, se rompen—, Antoni Gaudí logró atrapar una pequeña caja de latón, una de tantas de las muchas tiendas que comenzaron a surgir en el Eixample al albur del dinero fresco y de los nuevos hábitos de consumo, y que aseguraban conservar los alimentos durante un tiempo limitado. Con evidente esfuerzo, abrió su tapa con un leve crujido.

Allí estaba, la antigua navaja de Pau, con su hoja roma y oxidada, con su memoria del cuerpo atravesado del joven *capitán* que lo perseguía, con el recuerdo de las miles de figuras que surgieron de sus certeros movimientos de niño frágil, tan seguro entre sus

manos; si volviera atrás seguramente intentaría que él, por lo menos él, no hubiera desaparecido.

Y, debajo, un papel doblado en varios trozos, y algo quemado, que el arquitecto tuvo que desdoblar con cuidado para no hacer trizas, con un dibujo tosco pero absolutamente reconocible y una firma casi ininteligible: *Rosetta, Tarragona, 1885*, y el Gaudí del sueño no pudo evitar un grito que, cruzando la realidad, se amplificó a través de los huecos de la torre de San Bernabé y salió de la boca del espectro que agonizaba en el camastro del hospital de la Santa Creu.

Déu meu! Déu meu! Pau! On ets??

Lo último que sintió el arquitecto, desde la cama de su habitación, fue la entrada apresurada de unas figuras de bata blanca, que trataron sin éxito de entender qué sucedía. Nadie devolvió su grito, y Gaudí supo que jamás volvería a pronunciar palabra, así que se encomendó a Dios y esperó pacientemente el final de la agonía. Moriría a las cinco y ocho minutos de la tarde.

Solo. O con ellos, que al final nunca le habían abandonado. Pepeta, Pau, Rosetta. Gaudí.

7.
Matar, de nuevo, al padre
Barcelona, 1891

¡Cuidado! ¡Andamioooo!

Un estruendo resonó por todas las esquinas del templo y se expandió a lo largo del Eixample, junto a una extensa nube de polvo y una lluvia de piedras que salieron disparadas como metralla e hirieron a una decena de obreros. La perfecta acústica ideada por el maestro Gaudí redobló la confusión después de que uno de los tabiques de soporte del muro que comenzaba a construirse en torno a la fachada del Nacimiento se desmoronase, chocando con una de las poleas que sostenían las grúas de carga y llevándose por delante el andamiaje sobre el que, en aquel momento, trabajaban seis operarios.

Entre ellos, Roger Oriol, que comandaba la cuadrilla, y que no pudo evitar la catástrofe. Apenas logró avisar a los que, desde el suelo, comenzaban con sus quehaceres, ajenos al derrumbe, a primera hora de la mañana de aquel mes de marzo de 1891. Al menos, su grito sirvió para que los trabajadores en planta pudieran correr a resguardarse, evitando así una catástrofe mayor.

El capataz no tuvo tanta suerte. Atrapado entre dos grandes bloques de piedra, Roger sintió un desgarro en la pierna izquierda, y supo que se le había desprendido del resto del cuerpo. Un dolor agudo subió por el extremo desgajado hasta el abdomen. A ciegas, casi ahogado por la intensa polvareda, Roger palpó la zona y comprobó, horrorizado, cómo una de las tablas fijadas a la estructura con llaves y puntas se le había clavado junto al estómago. La punta, manchada por su sangre, asomaba levemente por su

espalda, y las astillas se clavaban como agujas a ambos lados de su cuerpo. Estaba, literalmente, empalado.

¡Aquí! ¡Andreu, recuento!, gritó el capataz, buscando con la mirada a su segundo, que le devolvió un *¡Aquí! ¡Todos bien!, un par de piernas rotas y magulladuras en la cuadrilla. ¿Roger?*, que no obtuvo respuesta.

Al tratar de incorporarse, Oriol clavó aún más la madera en su vientre, destrozando por completo la barriga e inundando de sangre las piedras que le atrapaban. *Me estoy desangrando como un cerdo*, pensó, recordando las matanzas con las que celebraban las buenas cosechas en el norte de Chile, y el vino con el que regaban la tierra para agradecer la salud de sus vides.

Sus compañeros no tardaron en encontrarle. Gracias a su grito de aviso, quienes se salvaron del derrumbe sabían perfectamente dónde se había producido el accidente, y en cuanto se levantó la nube de polvo, y comprobaron que el derrumbe era parcial, y que el sistema de poleas con cuerdas y cadenas (ideado por el propio Gaudí) de la grúa caída sobre el murete no estaba vinculado a ningún otro brazo y que, por consiguiente, no había riesgo de un nuevo desprendimiento, los obreros se lanzaron al amasijo de piedras y tablones para liberar a su patrón.

¡Con cuidado!, gritó Andreu, que como buen pupilo había aprendido de su capataz qué debía hacer exactamente en momentos como aquellos. A los pocos minutos, una docena de trabajadores había logrado llegar hasta Roger. Eran hombres rudos, acostumbrados al trabajo duro, sin necesidad de demostrar sus sentimientos. Pero leales como ninguno. Aun así, el más joven no pudo reprimir un grito al descubrir la pierna izquierda de Oriol, absolutamente destrozada.

No, no toques esa piedra, ordenó, casi en un susurro, quien ese mismo día se convertiría en nuevo capataz de la cuadrilla. *Niño* —le dijo al joven que temblaba, asustado, ante el hallazgo—, *ve hacia el obrador, y busca al chico. Busca al Pau, y date prisa, por tu vida*.

No hizo falta que el chico corriera demasiado. Nada más escuchar el estruendo, todo el trabajo en la Sagrada Familia se paralizó, y muchos corrieron hacia donde creían estaba el epicentro del

accidente. Entre ellos, el *expòsit*, que se hallaba en mitad de su lucha diaria contra la loza cuando vio levantarse la nube de polvo. Y, sin pensarlo un instante, corrió. Sin detenerse. Aquella mañana iba a ser la de otra despedida.

El *expòsit* no imaginaba que fuera la de aquel que le había salvado la vida en tantas ocasiones, al único que, a lo largo de su existencia, había llegado a considerar un padre. El padre del Nen de les Taronges. Corrió desafiando las miradas aturdidas de algunos, sin atender los gritos de otros, cruzándose como una bala con el chico que, todavía temblando, se dirigía en su búsqueda. *No corras, que ya no hace falta*, quiso decirle, pero ninguna palabra salió de su boca: Pau tampoco hubiera podido escucharle.

Al fin, Pau llegó, agitado, al lugar del accidente. Varios operarios, curiosos, preocupados, conmocionados, contemplaban la escena, agolpados en círculo en torno al capataz, cuando le vieron aparecer. Sin necesidad de palabras, el chico supo que algo grave le había ocurrido a Roger. Una mirada esquiva a su paso, un leve toque con dos dedos a la gorra en señal de respeto, una mano apretando su hombro, un murmullo creciente, codazos y empujones, *Dejad pasar al chico, ¡dejad paso!*

Una fila de hombres, a ambos lados, abrieron el camino de Pau hasta donde, ya sin vida, aguardaba el destrozado cuerpo de Roger Oriol.

No hemos podido hacer nada, chico. Un brazo se desprendió y las piedras cayeron en bloque sobre el andamio. Fue un milagro que nadie más resultara herido. Gracias a Dios, él pudo verlo antes y nos avisó a todos. Nos salvó. Siempre nos salvaba, pero eso tú ya lo sabes.

Pau pasó por delante de un atribulado Andreu, que jugaba nervioso con su boina, sin saber qué más decir, pero intentando hacerse cargo de una situación que, a todas luces, le venía grande. No era el primer accidente en la Sagrada Familia, pero sí era *su* primer siniestro, el primero del que tendría que hacerse responsable. En unas horas, tendría que llamar a sus operarios, elaborar un informe que otro escribiría —Andreu no había podido aprender— y que llegaría a manos del mismísimo Antoni Gaudí, dar explicaciones

a la Guardia Urbana, al ayuntamiento, reorganizar el trabajo de la cuadrilla, sustituir a… No, eso sería imposible. Pero, en aquel instante, todo obrero, joven o anciano, experimentado o novel, sabía lo que había que hacer. Cerrar la boca y acompañar, a una prudente distancia, al hijo del capataz. Que trepó con fiereza por los restos del derrumbe para colocarse al lado del rostro de Roger y, por fin, llorar abrazado hasta empapar su barba manchada de sangre y arena.

Cuando Antoni Gaudí llegó al lugar de la tragedia, Pau ya se había levantado y contemplaba, de pie y en silencio, el cuerpo vencido de su protector. Como todas las mañanas, el arquitecto había acudido a ofrecer sus rezos matutinos en San Felipe Neri y, al salir del templo, escuchó el rugido de la piedra derrumbándose con estrépito contra el suelo. Una espesa niebla se extendió por la zona. Cuando la polvareda empezó a evaporarse, el maestro se dirigió hacia la Sagrada Familia con paso firme, pero sin demasiada urgencia: lo que hubiera ocurrido ya estaba hecho, y de nada serviría apresurarse en demasía.

Mientras caminaba, su cabeza iba calculando los gastos añadidos que podría acarrear aquel accidente, que desde la distancia presumía de cierta gravedad, dada la amplitud de la nube de polvo y tierra desparramada. Como mínimo, elucubraba, una de las grúas habría caído, y tocaría recalibrar el resto, comprobar que las poleas no habían sufrido daños importantes y reconstruir los andamios destrozados. Por no añadir las complicaciones derivadas del caso, especialmente si había heridos, o algún muerto, *Pobre hombre, pobres hombres*, se lamentó Gaudí, sintiéndose algo culpable de descubrirse más afanado en buscar soluciones a las más que posibles trabas burocráticas que la tragedia traería a las obras del templo, por no hablar de los retrasos que, sin duda, afectarían a las obras. *No hay quien nos quite una semana de cierre de obras*, se lamentó el arquitecto, valorando si sería conveniente apelar, una vez más, a su amigo Güell, para acelerar la investigación y ordenar la reapertura inmediata de los trabajos. Tras concluir la cripta, las torres y la fachada del Nacimiento se habían convertido en una auténtica obsesión para el maestro, que había embarcado al joven Pau en una idea para las puertas laterales que…

…y entonces lo vio. Empapado por el sudor, y por el sol de la mañana barcelonesa, Pau se alzaba sobre una muchedumbre silenciosa que, al advertir la presencia del maestro, se tornó en murmullos de admiración y reverencia, y que se retiró para, de nuevo, abrir el paso a Gaudí. A los pies del chico, el cuerpo muerto de Roger, roto en pedazos, deslavazado. *Por Dios*, susurró el arquitecto sin poder evitar una mueca de aversión al descubrir la lanza de madera que se había clavado en el estómago de su fiel capataz.

Pero, qué está… rompió el silencio Andreu, cuando Pau cerró los ojos, agarró con fuerza el madero que atravesaba el cuerpo de Roger, apoyó su pierna en una de las rocas que todavía apresaban a su querido capataz y, de un golpe seco y preciso, arrancó el asta de su vientre. Un lamento se adueñó de la escena, alguien lloró, Andreu se retiró a vomitar junto a los escombros, y el cadáver de Roger Oriol se desinfló casi de inmediato. El *expòsit* se dio la vuelta, miró fijamente a un asustado Gaudí, y avanzó con decisión por la hilera de hombres que, asombrados, dejaron el paso expedito hasta que el chico desapareció más allá de los muros de la catedral de los pobres.

Señores, una oración por el eterno descanso de nuestro querido compañero, clamó Gaudí tras unos segundos, tomando el control de la situación. Después de un padrenuestro, el arquitecto ordenó a algunos de los operarios avisar a Matamala, quien se ocuparía de los preparativos, daría aviso a la Guardia Urbana e informaría al capellán. Todo debía estar previsto para el funeral de Roger Oriol, el primero en celebrarse en la Sagrada Familia.

El maestro, en contra de su costumbre, mandó llamar un coche de caballos. Debía anunciar la noticia a Rosetta. Aunque Gaudí lo desconociera, solo ella sabría dónde encontrar al chico. Solo ella podría ofrecer refugio a sus lágrimas.

8.
Sabré encontrarte

Rosetta no era tonta, no, aunque durante toda su vida no faltó quien se lo recordara a diario. Que si *No escribe bien*, que si *No se comporta como se espera de una señorita*, que si *Resulta evidente que necesita una presencia femenina*, que si *El señor arquitecto no tiene tiempo para educar a esa zascandila*, que si la niña, *Ya no soy tan niña*; *Calla*, que si *La niña se pasa las horas muertas vagabundeando por las obras de la Sagrada Familia y entrando y saliendo por las chabolas de los obreros*; *A ver si va a pillar el dengue o la difteria o la peste y nos la va a pegar a los demás*. La joven, que no, que no era una niña, sonreía en silencio, haciendo que no oía, se soltaba de la mano de su *tiet* Antoni y corría por el amplio solar sobre el que se edificaba la inmensa iglesia que había salido del arte de Gaudí y, *Un poquito, pero no se lo digas a nadie*, de su enfermiza imaginación.

Allí, entre sacos de gravilla, montañas de piedra de Montjuic, maderos agolpados en los crecientes muros de carga, entre sudor, gritos y humo, Rosetta pasaba las horas muertas persiguiendo serpientes, lagartos, salamanquesas o lagartijas, que abundaban por la zona. Después, se las llevaba a Pau, y el chico las atrapaba para siempre en moldes de yeso, tal y como le había enseñado el maestro Matamala. Lo hacía con la boca abierta, según aseguraba, porque así podrían servir de desagüe, como las gárgolas de Notre Dame, la magnífica catedral de París que *Alguna vez, cuando seamos libres*, visitarían los dos jóvenes.

Desde aquella tarde en el jardín del palacio de los Güell, Pau y Rosetta compartían mucho más que dibujos, mucho más que lagartos de *trencadís*, por más hermosos que estos fueran. Tenían

un plan: cuando las obras de la Sagrada Familia culminaran (en aquel momento, ninguno de los dos concebía que aquello también sería un sueño que jamás verían convertido en realidad), el *expòsit* pediría al maestro la mano de su sobrina, y una carta de recomendación para alguno de los muchos creadores modernistas que el genio de Reus conocía en la capital del mundo. Tal vez, solo tal vez, Gaudí podría encomendarle al cuidado del gran Gustave Eiffel, quien durante esos días elevaba a las orillas del Sena la torre más magnífica que el mundo hubiera conocido. Al menos, *Hasta que el tiet construya las nuestras*, susurraba a su oído Rosetta.

Desde la punta de los trescientos metros de altura de la enorme estructura de hierro se contemplaba todo París, decían quienes habían tenido la oportunidad de trabajar en la obra. Una vista increíble para un trabajo duro, enormemente duro. Y es que Eiffel, a diferencia de Gaudí, primaba siempre los resultados sobre la salud de quienes debían llevar a cabo sus obras. Contaban que el ingeniero francés obligaba a sus operarios a trabajar en jornadas de sol a sol, sin descanso dominical, y que era extremadamente exigente. No importaba que cada viga pesara toneladas, o que el posible desvío fuera de milímetros: Eiffel no toleraba que su gran obra no fuese perfecta. Y si había que desandar lo andado, se hacía. Sin discusión.

Gaudí regresó maravillado de un fugaz viaje a París, invitado por el maestro Eiffel, para admirar la torre más icónica del planeta. Sin duda, se trataba de una obra de arte, admitiría el arquitecto a sus íntimos, entre los que se encontraba Rosetta, entre los que se encontraba Pau, sin dejar de advertir cierta envidia: el francés había conseguido elevar su magnífica construcción al cielo en apenas dos años, mientras que él ya llevaba una década de trabajos y únicamente había culminado la cripta ya iniciada por su antecesor. En el caso de París, la financiación no había sido un problema. *Mis torres no serán tan altas, ni se construirán tan rápidamente, pero estoy convencido de que alcanzarán el cielo*, trataba de convencerse tras unos segundos, dirigiendo la mirada con su mano hacia el sol.

Tal vez, pensaba Pau, Gaudí podría enviarle al taller de Eiffel para conocer todos los detalles del fundido del hierro, de las grandes

construcciones metálicas, tan alejadas del estilo que el genial arquitecto ponderaba en sus proyectos. *Si con unos moldes hechos en yeso y fundidos en plomo, somos capaces de crear estas maravillas*, se decía, mientras mostraba a Rosetta los primeros resultados, ya modelados, de los lagartos, salamandras y tritones que había elaborado con sus manos y observando las gárgolas vivientes que atrapaba la joven para él, *qué no sería capaz de hacer si dominaba el acero*.

Por el momento, aquello no dejaba de ser un divertimento, un trabajo que a la vez le permitía captar todos los detalles de aquellos animales que el genio del *expòsit* transformaba en monstruos mitológicos, hidras, grifos, dragones como los que aparecían en los libros que Rosetta y Gaudí le habían enseñado a comprender y que habían elevado su capacidad de creación hasta límites insospechados, incluso para el propio arquitecto. Mucho más allá de las figuras de *trencadís*, mucho más allá de las reproducciones definitivas en tamaño gigante que el maestro encargaba a los canteros para la fachada del Nacimiento, que comenzaba a vislumbrar sus primeros detalles, pero que ya se hallaba, perfectamente definida, en los planos y la cabeza del arquitecto catalán.

Y de París, al mundo, soñaba la joven, a veces en voz alta; las más, para sí misma, en los intensos momentos de soledad en la casa familiar, mientras acompañaba en silencio las cada vez más largas siestas del abuelo Francesc y se descubría planeando una vida para dos.

Lo hacía jugueteando con algunos de los moldes de plomo que Gaudí no ordenaba colgar en el techo de su obrador ni resguardaba como un tesoro secreto en los sótanos de la casa que construía, al pie de la montaña, para su amigo Güell. Algunos de los más espectaculares quedaban en casa, ejerciendo de pisapapeles de los cientos de proyectos de trabajo que llegaban a manos del arquitecto, y que no podría aceptar, pero también otros encargos (Comillas, Astorga…) que no tendría más remedio que culminar antes de centrarse exclusivamente en la obra que le haría pasar a la posteridad.

Rosetta no ansiaba más eternidad que la que encontraba al pasar un tiempo a solas con Pau, imaginando recorrer todas las cicatrices de su cuerpo cuando apenas habían transcurrido unos minutos de la separación de su amado. El *expòsit*, más pragmático, pedía paciencia a la joven. *No podemos escapar ahora, estoy cansado de hacerlo. Aquí tengo una familia, personas que por fin se preocupan por mí, un trabajo en el que aprendo, un futuro para los dos. Tenemos que contar con su apoyo, lo entenderán*.

Ella bajaba la mirada, callaba, y entendía, pero no quería esperar. Apenas tenía quince años, le quedaba toda una década para ser considerada adulta a efectos legales, y él no llegaba a la veintena, pero ya había pasado el tiempo de los silencios. Y es que Rosetta estaba decidida a hablar con su tío sobre sus sentimientos hacia Pau. Él sabría comprender, siempre fue el único que lo hizo. Al menos, hasta que conoció al chico y el corazón le dio un vuelco. El *tiet* Gaudí, que había sufrido en sus carnes la desazón y el abandono, *Esa mujer no olía a mar, olía a casa cerrada y cortinas oscuras. Olía a juguetes rotos, a corsés, a rizos forzados, no era para ti, tiet, no lo era*, pero Pau sí que era para Rosetta, Gaudí tenía que comprenderlo. Tendría que hacerlo.

Por eso, aquel mediodía, cuando su tío regresó sin previo aviso a la casa, Rosetta sintió que debía abrirle su corazón.

Tiet, qué bien que hayas pasado por casa. Tengo que…

Tienes que venir a las obras, Rosetta, cortó, tajante, Gaudí. *Ha pasado algo y creo que tu presencia es necesaria. Por favor, vístete y vayámonos. Hay un coche esperando a la puerta.*

Pero, tiet, trató de decir la niña, *justo quería hablarte de…*

¡Vamos! Te explicaré por el camino. Date prisa, sobrina, zanjó el arquitecto, cerrando con un golpe seco la puerta del cuarto de la joven. Que no era tonta, no, y comprendió que no era el momento de lanzar la bomba que estaba dispuesta a soltar a su tío. De modo que se vistió lo más rápido que pudo y salió de su estancia, azorada y confusa: jamás había visto a su *tiet* tan preocupado.

Gaudí la esperaba, sentado en el carruaje, jugueteando nervioso con los nudillos, con la puerta abierta. De un salto, Rosetta entró en el cajón, y el cochero fustigó a los caballos, que salieron a la carrera.

Durante el trayecto, su *tiet* le relató, ahorrando cuanto pudo cualquier detalle escabroso, el accidente en las obras, la muerte de Roger, la desaparición de Pau, y su preocupación ante el futuro de la construcción, la paralización de las obras…, pero Rosetta no escuchó nada más después del nombre de su amado. *Pobre Pau, pobre niño roto mío*, masculló mordiéndose los labios hasta casi sangrar para no soltar más lágrimas de las permitidas a una señorita de buena familia que sabe de una tragedia ajena a su clase social, que para nada debería afectarla. Como para no hacerlo.

Creo que sé dónde encontrarle, tiet, acertó a decir, con voz templada, una vez enjugó el llanto, tal y como le habían enseñado en el internado de Tarragona.

¿Podrías?, respondió el maestro sin prestar demasiada atención, entregado como estaba a buscar soluciones a los problemas sobrevenidos al accidente. Días antes, coincidiendo con la fiesta de San José, y a petición del anciano señor Bocabella, Gaudí había explicado a la junta y a los benefactores, en el mismo terreno donde se levantaba la cripta y crecía la pared del ábside y los apuntes de las primeras torres, su visión de cómo sería el templo, tan alejado del proyecto inicial.

Sin planos, a viva voz, el arquitecto había embelesado a todos con la profundidad de su sueño, dando detalles de cada una de las fachadas proyectadas, de la altura de las torres, de los juegos de luces, la acústica y la dimensión creyente de cada pieza. Como una nueva Notre Dame, en la Sagrada Familia, todos los fieles, especialmente los más pobres, podrían acceder a la historia de la salvación con solo observar los muros, las esculturas, las vidrieras. La clase alta católica catalana se quedó maravillada, y aquel año lloverían las donaciones, como llovieron los aplausos en la misma explanada a la que en ese mismo instante se dirigía el carruaje, y en la que todavía permanecía, aplastado, el cadáver de Roger Oriol.

Ya hemos llegado. El anuncio del cochero despertó de su ensimismamiento al arquitecto, que se decidió a bajar del carruaje, alargando la mano para ayudar a su sobrina en el descenso.

No sé si es bueno para una señorita observar tamaño espectáculo.

Rezaré por Roger Oriol, tiet. Bien sabes cómo lo apreciaba, y lo agradecida que le estoy —mintió Rosetta con determinación. Gaudí suspiró aliviado, y concedió que era una buena idea evitar a la niña una visión tan desagradable como aquella—. *Si te parece bien, creo que ahora debería encontrar a Pau. Y creo que sé dónde hacerlo.*

Ten cuidado, se despidió Gaudí, no sin antes advertir al cochero de que protegiera con su vida la integridad de su sobrina. No haría falta, pues pocos minutos después, cuando el vehículo terminaba de subir la montaña del Carmel, Rosetta ordenó detener a los caballos, bajó del carruaje y conminó al chófer a abandonar el lugar sin esperarla.

Pero…, trató de justificarse el hombre. La mirada de Rosetta, dura, firme, adulta, fue más que suficiente, y el cochero emprendió camino de regreso a Barcelona, cuidándose mucho de aparecer por el Eixample, no fuera Gaudí a preguntar por su sobrina.

Cuando el coche hubo desaparecido, Rosetta ascendió los últimos tramos de la colina y, tras cerciorarse de que nadie la estaba observando, accionó la palanca secreta escondida entre la maleza y entró en el palacio de los Güell. No tardó mucho en encontrar a Pau, que de espaldas, envuelto en sudor, peleaba, poseído, contra un trozo de madera alargada.

La sangre del joven se fundía por momentos con otra, todavía caliente, mientras agitaba a un lado y al otro su navaja oxidada, sin darse cuenta de que, a pocos metros, ella le observaba. Ella, que no quiso interrumpirle, que jamás lo haría mientras trabajaba. Ella, que sabía que, en pocos minutos, Pau arrojaría la navaja con fiereza, y caería de rodillas abrazado a una figura alargada, con los brazos colgando de un invisible madero, la cabeza agachada, las manos y los pies agujereados, y una profunda lanzada en el costado.

Aquel era el Cristo más bello que Rosetta habría contemplado jamás.

Después, supo que la efigie había surgido de otra lanza, la que destripó al único hombre al que Pau podría llamar padre. Y, mucho más tarde, tal vez demasiado, acertó a comprender que, más allá del arte, su amado conocía a la perfección la naturaleza de los verdaderos crucificados. Que siempre eran los más pobres, los

olvidados, aquellos a los que nadie lloraría después de ser enterrados en el mismo cementerio desde el que, por primera vez, hacía ya varias vidas, Rosetta había podido contemplar el mar.

9.
Una noche en la taberna

Pau se dio la vuelta y la miró. Con los ojos enrojecidos, arrasados por las lágrimas y por la rabia.

¿Qué haces aquí? ¡Márchate!, acertó a decir. *No, no me voy a ningún lado*, respondió ella. *¡Que te marches te digo, no quiero que me veas así!*, gritó, pero la niña se acercó lentamente, sin dejar de mirar esos ojos tristes, y él se dejó agarrar de la mano, entrelazar los dedos y apoyar su cabeza en el hombro de Rosetta. Y entonces se rompió, y comenzó a llorar desconsolado. Sus piernas perdieron de inmediato la tensión, y Rosetta lo recogió entre sus brazos, cayendo junto a él al suelo de piedra del sótano donde Gaudí y Güell ocultaban buena parte de los secretos del genial arquitecto. Como también lo hacían con sus secretos los dos jóvenes, que no vieron problema en enterrar los suyos en el mismo lugar.

Pau, de nuevo *expòsit*, se recostó entre las piernas de la joven, que acariciaba su pelo enmarañado, sin prisa. Pronto tendría que pensar en regresar a casa si no quería que su *tiet* se preocupara y movilizase a media ciudad en su busca, pero Rosetta sabía que aquel era su sitio, el lugar en el que debía estar. Así permanecieron durante varias horas, sin pronunciar palabra, sin más contacto que el de las manos de la niña amasando los cabellos del chaval. No hacía falta mucho más, ambos habían sufrido demasiado, y sabían que la vida seguiría, con o sin ellos. Aunque Pau fuera un genio en ciernes, imprescindible para el genio de Gaudí. Aunque Rosetta fuera la delgada línea que unía a ambos. Del Cristo del madero a la piedad.

La luz que arrojaban los ventanales que Gaudí había ideado para las caballerizas y el sótano del palacio de los Güell comenzaba a languidecer cuando Pau emitió un leve gruñido y se incorporó, contempló profundamente los ojos de Rosetta —los suyos se habían

hecho pequeños, muy pequeños, oscuros, muy oscuros— y la besó largamente en los labios. Después, se levantó, alzó a la joven con sus brazos, y ambos se sacudieron el polvo y la hierba atrapada entre sus ropajes. Sin hablar, el chico abrió y cerró las estancias, y ambos abandonaron la casona por la puerta oculta junto a la muralla de hierba.

Espera —dijo Pau, deteniéndose de golpe—, *ahora vuelvo*. Al poco, regresó con un objeto envuelto con un trapo sucio.

Es una belleza, lo sabes, ¿no? —señaló Rosetta mientras contemplaba, esta vez con permiso, a aquel crucificado sin cruz—. *Aunque no se parece a nada de lo que hayas hecho hasta ahora*.

El *expòsit* sonrió a la joven, le entregó la talla y, con un gesto, le indicó el camino de regreso. Pasearon juntos, tocándose las puntas de los dedos mientras el atardecer se cernía sobre el monte del Carmel y ambos descendían contemplando el mar y los andamios que poblaban el Eixample. En el centro, el solar donde se levantaba, imponente, lentamente, la Sagrada Familia. *Nada va a tener que ver con lo que habías visto hasta ahora*, acertó a responder, de forma críptica, Pau. Rosetta, sin entender, se agarró a su brazo y ambos continuaron la bajada, hasta que las primeras luces de las farolas de la gran ciudad les recordaron que debían volver a casa. El chico dejó a Rosetta a la puerta de la suya, y se despidió con un guiño.

Todo irá bien, ¿verdad?, preguntó ella.

Todo irá como tenga que ir, respondió Pau, robándole un último beso antes de desaparecer, como cuando era un niño, por las calles de la Ciudad Condal.

Desde un ventanal de la casa, Antoni Gaudí contempló, con preocupación y ternura, la despedida de los dos jóvenes. Estaba seguro de que ella lo encontraría, de modo que no hicieron falta muchas palabras durante la cena. Lo entendía, claro que lo hacía, aunque no pudiera permitirlo.

¿Todo ha ido bien, nena?

Todo ha ido como tenía que ir, tiet.

Más tarde, el arquitecto encontraría, junto al abrigo de su sobrina, la talla del crucificado sin cruz. De inmediato, reconoció la lanza, y descubrió los restos de sangre de Roger en torno a la

corona de espinas del madero. Y sonrió con tristeza: verdaderamente, aquel chico era un genio.

Entretanto, Pau decidió que aquella noche no volvería a casa. Nadie le estaría esperando. No esta noche. Únicamente rostros tristes, contemplándole con lástima discreta, a lo lejos, restos de comida que las mujeres de los miembros de la cuadrilla de Roger habrían llevado al chico de esa manera en que los pobres hacen ver su solidaridad con quien sufre, esta vez, más que uno mismo, un espacio vacío, ajeno a él. *No sin el capataz*, pensó, aunque pronto desterró la idea de marcharse de aquella maldita obra.

Estaba cansado de huir, de esconderse. Pese a todo lo arrebatado, en la Sagrada Familia era alguien. Para el maestro, era alguien. Para Rosetta, era… Aquella no era la noche para tomar decisiones definitivas, sino para escapar de uno mismo, de modo que Pau recorrió los mismos callejones del barrio Gòtic donde robaba para los *capitanes* cuando apenas era un niño, repasó las tabernas en las que los *padres* del puerto gobernaban con total impunidad y creyó reconocer en las caras de algún anciano la mirada perdida en hielo y olvido de aquellos temibles hombres. Hoy, nadie se atrevería a toserle.

Uno de los asiduos de la taberna reconoció las cicatrices en el rostro de Pau, le llamó a su mesa y pidió una jarra de vino al mesonero. Una voz se dirigió a él desde el fondo de la tasca:

Así que al final sobreviviste… Me alegro, chico.

El *expòsit* miró a aquel anciano con curiosidad, apuró su vaso de un trago y escuchó una historia que nunca creyó que nadie le contaría. *Yo conocí a tu madre, Nen de les Taronges*, contó aquel hombre, quien le relató cómo aquella mujer, Mercè, por más señas, era una de las floristas más apreciadas de Barcelona, de las más hermosas del *mercat* de la Rambla, *No solo te vendía flores, te alegraba el día*, recordó el anciano; *¿Dónde está?*, preguntó Pau. El relato acababa como tantos otros, sin épica, sin gracia, *Se la llevó la peste, la enterraron en el cementerio del Poble Nou, en la fosa común, como harán con todos nosotros*.

Aquel hombre cerró la boca. No tenía más que añadir, salvo alzar su vaso y brindar *Per la Mercè!* Algunos de los parroquianos hicieron

lo propio, sin terminar de entender si se refería a la patrona de la ciudad. Pau brindó en silencio, por su madre, Mercè, que así se llamaba la mujer que un día le entregó una margarita naranja. *Es la flor de la fuerza, de la energía, de la alegría y la ambición. Esta es la flor del triunfo, nen*, y el joven rellenó de nuevo su vaso. Y brindó por ella hasta el alba.

Esta última corre de mi cuenta, chico. Por tu madre. Anda, quédate a dormir, que no son horas de andar por las calles, y menos en tu estado. Mañana será otro día. El tabernero se apiadó de Pau cuando, tambaleándose, buscó sin éxito la bolsa. Alguien se la había birlado mientras bebía. Santiago, que así se llamaba el dueño de la tasca, rodeó con su brazo el cuerpo vencido del *expòsit*, y lo arrastró hasta un pajar anejo al establecimiento. *Cuánta tristeza*, pensó mientras le dejaba dormir la mona. Aquella sería la primera de muchas noches juntos.

10.
La tumba del dragón

Rosetta acabó de vestirse. De luto riguroso. La ocasión lo merecía. Un vestido largo, oscuro, que no dejaba espacio a la imaginación. No hacía falta disimular la tristeza, y sin embargo… Un velo negro, que tapaba su rostro, y zapatos de tacón tosco, no fuera a tropezarse caminando sobre los tableros que los operarios de la Sagrada Familia habían colocado para que los miembros de la junta constructora no pisaran el barro que había dejado una noche intensa de lluvia.

La misa-funeral y el posterior entierro de Roger Oriol en la cripta del templo que con tanto afán había contribuido a construir serían un acontecimiento en Barcelona. No obstante, y por expreso deseo de Gaudí, las únicas autoridades invitadas serían los egregios miembros del Patronato de San José, así como los grandes benefactores a quienes no tenía más remedio que admitir a la ceremonia, con un doble propósito: aportar tranquilidad a los obreros respecto a su futuro y permitir a los dueños de la ciudad observar el avance de las obras. El resto de los asistentes serían los compañeros del capataz, los que habían trabajado mano a mano con él, los que habían tenido que sacarle de entre las piedras. Quienes le habían llorado y, aún hoy, velaban su cuerpo antes del sepelio.

Afortunadamente para los responsables del edificio, y gracias a las buenas artes de Eusebi Güell, el ayuntamiento cerró con diligencia el expediente abierto tras el accidente, apenas tres días después del mismo, y permitiría reiniciar las obras después del entierro de Oriol. Allí, pensaba Rosetta, volvería a ver a Pau, de quien no sabía nada después de aquel beso de despedida frente a la casa, bajo la oculta mirada de su *tiet*. Quien, por cierto, la aguardaba fuera, *No vayamos a llegar tarde al funeral*, se dijo la joven con una media sonrisa recordando aún el sabor de los labios

del *expòsit*, descendiendo con decisión las escaleras de la casa y recogiendo el abrigo del perchero de la entrada.

Rosetta no se extrañó cuando, tras colocarse el chaquetón, comprobó que el Cristo de Pau había desaparecido del bolsillo. De inmediato, confió en que su *tiet* lo hubiera recogido y depositado junto al resto de los tesoros que escondía, sin saber que ella conocía su secreto, en los sótanos del palacio de los Güell. No se le ocurría mejor lugar donde resguardarlo, pensó mientras el mayordomo abría la puerta de la casa, y la niña, *No, ya no soy una niña*, salía al encuentro de Gaudí.

Este ya esperaba a su sobrina sentado en el carruaje. Con su gastada levita oscura, y el sombrero que únicamente utilizaba para ocasiones especiales como aquella, aguardaba a Rosetta mesándose las barbas, sin dejar de pensar en sus propias oscuridades. Ella seguía siendo una niña, pero qué sabía él de amores de juventud, si apenas había sentido el desgarro del corazón en los brazos de Pepeta Moreu. Un dolor que ahora regresaba, de la forma más inesperada, envuelto entre los ropajes de otra pérdida, de otras dudas, de otros besos furtivos, que no los suyos. Y que no debía tolerar.

Entre sus manos, una nota manuscrita que ella le había hecho llegar a través de su común amigo Salvador Pagès tras conocer la muerte de Roger, y que el arquitecto se había negado a leer hasta aquel momento, por temor a romperse de nuevo si volvía a saber de ella.

Desde la fallida declaración de amor, Gaudí había hecho desaparecer a Pepeta de su vida. Dejó de frecuentar la Cooperativa Mataronense y hacía lo posible por no aparecer en las fiestas de la burguesía barcelonesa que tanto le incomodaban, más si cabe si ella estaba presente. En alguna ocasión, la vio aparecer en alguno de esos ágapes del brazo del empresario Josep Caballol, su nuevo marido, aquel a quien había elegido en su lugar. En ese caso, Gaudí evitaba el contacto visual, y mucho más el saludo, y se retiraba discretamente con cualquier excusa. Su amigo Güell, que, además de ser un floreciente empresario y político, tenía el don de la oportunidad, encontraba el modo de apartar a su socio de la mujer

que tanto daño le había hecho, y a la que tanto debía agradecer, por otro lado: de no haber sido por el «No» de Pepeta, Gaudí no se habría centrado única y exclusivamente en el arte. *Tal vez hayamos perdido una hermosa historia de amor, pero los benditos frutos de ese fracaso nos sobrevivirán a todos,* se decía el benefactor del genio de Reus siempre que le tocaba jugar al ratón y el gato para evitar el encuentro entre Gaudí y la Moreu. Casi siempre, con éxito, todo hay que decirlo.

Pese a ello, el empresario no pudo prever que ella supiese de la muerte del capataz, y de lo que mucho que su ahijado significaba para el arquitecto y que, desafiando las férreas normas del protocolo, se decidiera a hacerle llegar una nota de condolencias, que un palafrenero llevó en mano hasta el obrador de Gaudí.

> Querido amigo:
>
> He conocido la triste noticia del accidente en las obras del templo que con tanto acierto diriges, y la muerte de Roger Oriol. Sé la estima que le tenías, tanto a él como al chico. Transmítele, por favor, mis sinceras condolencias. Para ellos, y para ti. Que sabes que no te olvido.
>
> Con todo mi afecto,
>
> Pepeta (~~Caballol~~) Moreu

Gaudí rozó con sus dedos, sin comprender, la última frase escrita por Pepeta. Había tachado su apellido de casada. Ella, que aseguraba no haberle olvidado. Ella, que había vuelto a reinventarse después de toda una vida de aventuras, fracasos y locuras. Ella, que por mucho que lo intentase no sería capaz de emborronar lo que había sucedido. No había tinta para ocultar la decepción que produjo aquella negativa a compartir vida y obra, hacía ya casi seis años. Menos aún si, como parecía, eran ciertas las noticias de su incipiente embarazo. No: para Gaudí, Pepeta ya nunca volvería a ser Moreu, como jamás pudo llegar a ser suya.

Ellos, en cambio, tal vez podrían tener una oportunidad, pensó mientras rompía en pedazos la carta y la guardaba en el bolsillo de su levita con cierta precipitación, pues Rosetta ya había abierto la puerta del carruaje y el mozo parecía dispuesto a azuzar a los caballos. *Se hace tarde*, dijo a la niña cuando esta se sentó a su lado. La joven respondió a su tío con un beso en la mejilla, y una caricia, que sacó una leve sonrisa del arquitecto, *No sé si el protagonista tiene mucha prisa, tiet*.

Un movimiento del coche les desplazó levemente hacia atrás: el cochero había fustigado con el látigo las monturas, que golpearon con fuerza sus herraduras contra el suelo adoquinado del Eixample. ¿Destino? La despedida de Roger Oriol.

Pau alzó la mirada cuando oyó el relinchar de los caballos, rompiendo el silencio en torno a la nave, y se dirigió con presteza a abrir la puerta del carruaje. Totalmente vestido de negro, con zapatos prestados para la ocasión, pero sin dejar de lado, en homenaje a su padrino, la gorra y el pañuelo de obra, el *expòsit* tomó de la mano a Rosetta y, con seriedad, la ayudó a bajar los escalones hasta el suelo. *Cuidado con los charcos, hay mucho barro hoy*, advirtió, sin dejar de mirar al suelo y haciendo lo propio con el maestro Gaudí.

Gracias, muchacho, no tenías que haberte molestado, respondió el arquitecto.

Es lo menos que podíamos hacer, maestro. Gracias por el honor de enterrar a Roger en este suelo tan sagrado.

Nadie lo merecería tanto como él —zanjó Gaudí, estrechando con firmeza y afecto la mano del muchacho—. *Ahora es el turno de hacerte valedor de su memoria*, y creyó entrever un fulgor en su mirada. Pau, por primera vez en mucho tiempo, se veía preparado para dar todos los pasos necesarios. Por Roger, por él, por ella. Y por Mercè, la Reina de les Taronges, y con ella por todos los desheredados sin rostro ni nombre que vagaban por aquella ciudad, por aquel mundo, y que no tendrían la oportunidad de ser recordados, siquiera mínimamente, aunque fuera aquel día, como iba a serlo el buen señor Oriol.

El funeral corrió a cargo del capellán de las obras del templo, un joven mosén llamado Gil Parés. Tras una breve ceremonia, los miembros de la cuadrilla transportaron en sus hombros el féretro con los restos de Roger hasta el fondo de la cripta, donde se rezó un responso antes de depositar su cuerpo en una sencilla tumba. Al fondo, a la izquierda del altar, en un lugar que, con el tiempo, alguien taparía con un banco, un mueble, una silla de oficina. Lo suficientemente digna para un noble, lo suficientemente escondida para que nadie pudiera leer en el mármol la ausencia de títulos. Apenas su nombre, la fecha de su nacimiento y muerte, y un minúsculo broche, en una de las esquinas de la lápida, con la forma de un dragón.

Rosetta estaba subiendo de nuevo al coche para regresar a casa cuando un joven aprendiz de obra, el mismo que corrió en busca de Pau el día del accidente mortal de su maestro, se acercó a ella y le entregó una pequeña nota doblada en varios pliegues. *Esta vez he llegado a tiempo*, pensó, satisfecho, el chico, antes de echar a correr en dirección a las obras. La niña cerró la mano con la nota dentro y, como si no hubiera sucedido nada, accedió al carruaje.

De camino a casa, sabiéndose sola —el maestro Gaudí se había quedado en la Sagrada Familia, explicando a los benefactores de la obra, que escuchaban con la boca abierta, sinceramente admirados, los misterios de la luz y las columnas que se verían en la planta central de la basílica, una vez construida—, abrió el puño derecho y, con delicadeza, desplegó el papel en su regazo.

La nota era clara, rotunda, apresurada. La letra, inconfundiblemente suya.

Te espero esta noche. Debo contarte algo.

Y Rosetta supo que iría. Vaya si iría.

11.
La ciudad de las bombas
Barcelona, 1891-1893

Santiago Salvador Franch había llegado a Barcelona un par de años antes. Su pueblo, Castelserás, muy de cerca de Alcañiz, se le había quedado pequeño, y sus padres, campesinos de cierta categoría del Bajo Aragón, pudieron permitirse el lujo de enviar a su hijo a buscar fortuna en la gran ciudad. Ellos hubieran preferido Zaragoza, pero Santiago se empeñó en que su destino fuera la Ciudad Condal.

Quería ver el mar, empaparse de las ideas que leía en los pocos diarios clandestinos que llegaban hasta Teruel y que en el campo nadie comprendía, porque allí solo sabían de miseria y de sudor, de trabajos extenuantes, en definitiva, de supervivencia. Él anhelaba ir más allá, sentía que se lo debía a los suyos, que durante generaciones se habían deslomado soñando un futuro mejor para los que les sucedieran, porque para ellos jamás existiría. Y también porque no estaba dispuesto a destrozarse las manos o la columna, como habían hecho sus padres, mientras los señoritos de siempre, desde que el mundo era mundo, se llenaban las manos, el bolsillo y la panza sin mover un solo dedo.

En Barcelona, Salvador descubrió una vida completamente diferente, para lo bueno y para lo malo. Gracias a unos conocidos de sus padres, logró establecerse como tabernero en un pequeño local del barrio del Born, junto a Santa María del Mar. El negocio no daba para más que para subsistir, y la clientela no era precisamente generosa: muchos de ellos debían más vino del que serían capaces de pagar antes de morir de disentería, peste, cólera o cirrosis. Pese

a ello, creyó prosperar, y mucho más cuando conoció a Eulalia, la joven hija de un herrero, con la que se casó pocos meses después.

La Eulalia era una mujer libre, un torbellino que se ganaba al personal con su sonrisa y su desparpajo, y que se hacía respetar a bofetones y zapatazos si la clientela se sobrepasaba. *Esa manooo*, rugía cuando volaba un pellizco a destiempo mientras servía jarras de vino los jueves por la noche, momento en que el local se llenaba de obreros que llegaban para escuchar a jóvenes estudiantes procedentes de París, Berlín o Londres, que azuzaban con vehemencia a los parias de la ciudad para luchar por tierra y libertad. No en vano la taberna, que no tenía letrero a la puerta, era conocida como la Tasca de l'Eulalia.

Los cónclaves en los que pronto se animó a participar Pau, concluían en muchas ocasiones con cargas de la Guardia Urbana. Se decía que algunos de sus agentes estaban infiltrados en el movimiento anarcosindicalista de Barcelona, por lo que cada nueva incorporación a las charlas en la taberna era observada con lupa por los autoproclamados «camaradas de orden».

Yo le he invitado, viene conmigo, respondió Salvador a uno de ellos, que quiso negar el paso del *expòsit* a la reunión. *Le conozco, trabaja en la Sagrada Familia. ¿Tu tío no era el Roger?*, preguntó otro. Pau asintió con orgullo. Incluso entre los más radicales, el recuerdo de Oriol era una garantía de autenticidad, *Un home noble*. De modo que el joven fue admitido, al principio con reparos, posteriormente con franca camaradería, al conciliábulo anarquista de la Tasca de l'Eulalia. Su amistad con Salvador comenzó a hacerse fuerte, al tiempo que crecían sus ansias por conocer, y comprender, todo aquello que se decía entre las paredes de la taberna.

Los debates entre colectivistas, socialistas, bakunianos o anarcocomunistas eran vibrantes, encendidos, a sangre y fuego. Desde los que defendían las ideas fallidas de la Comuna de París, a los que buscaban una vía más posibilista, en el Born solían vencer las disputas los partidarios del terror, *Solo así aprenderán estos malditos*, señalando cómo, a base de violencia y movilizaciones, habían conseguido que buena parte de la burguesía catalana

abandonara el centro y huyera, buscando acomodo en el Eixample, dejando la *ciutat vella* en manos de migrantes muertos de hambre y frío, sedientos de trabajo, pero también de justicia, cuyas mentes eran perfectamente maleables para el movimiento de lucha contra el explotador.

Pau comenzó posicionándose junto al marxismo más ortodoxo, que apostaba por la distribución de la riqueza a partes iguales entre la colectividad, aunque le resultaban sumamente sugerentes los discursos de los anarquistas puros, defensores de una organización antiautoritaria, en la que cada cual decidiera qué hacer con lo que producía, sin más control que el de uno mismo. Una postura que se le antojaba inviable, pero que casaba más con sus cada vez más intensas ansias de libertad. Salvador, en cambio, apenas intervenía en los debates, *Yo estoy bien aquí, desde dentro de la barra se ve todo más claro*, pero cada vez iba sintiendo una atracción más intensa por las ideas más radicales, las que entendían el recurso a la fuerza como el único modo de que los poderes públicos aceptaran sus exigencias de libertad, justicia e igualdad.

No era el único: a Barcelona llegaban ríos de exaltados, descartados, empobrecidos, ratas callejeras que ya habían echado a perder su destino y que buscaban venganza para los que habrían de venir, un mundo nuevo que emergiera de los escombros de la tierra que siempre habían disfrutado los mismos, ya fueran reyes, señores feudales, aristócratas o empresarios explotadores. Era el tiempo de destruir, para después volver a edificar una sociedad igualitaria.

De todos ellos, Salvador y Pau se sintieron profundamente cercanos a Francesco Momo, un italiano criado en Argentina y que, a menudo, relataba las maravillas de los inmensos prados de la Pampa, el espectáculo del atardecer al borde de las montañas de los Andes, el frío de los glaciares del sur, en Tierra de Fuego, el rugir del agua en la triple frontera de Iguazú, la belleza inabarcable de las calles de Rosario o Buenos Aires… El *expòsit* escuchaba con delicia sus relatos, tan parecidos a los que Roger le contaba junto a la lumbre durante las noches de insomnio y cansancio acerca de sus años en Chile, entre viñedos.

Momo había huido de Buenos Aires después de que las autoridades le acusaran de haber fundado, junto al famosísimo Errico Malatesta —cuyo nombre aparecía con frecuencia, unido a los de Bakunin, Fourier, Proudhon, Marx o Engels, en muchas de las tertulias—, el Círculo Comunista Anárquico en Argentina, y de haber organizado las exitosas huelgas de los panaderos al otro lado del mundo. Parones masivos que terminaron en algaradas, barricadas en las calles, decenas de golpeados y detenidos y algún establecimiento incendiado. Una noche, Francesco Momo y sus correligionarios asaltaron el cuartel de la policía militarizada de la capital con antorchas, pistolas y pequeños artefactos esféricos que se activaban mediante una espoleta y que provocaron una auténtica masacre. Una veintena de guardias y varios manifestantes murieron o quedaron mutilados por la fuerza de las explosiones, que provocaron un pavoroso incendio que casi destroza el floreciente barrio de Palermo.

La reacción de las autoridades fue brutal: hubo detenciones, torturas, juicios sumarísimos… Aunque la historia no lo recordaría, aquella fue la mecha que, poco después, provocó la Revolución del Parque contra el Gobierno militar, pero ya se había puesto precio a la cabeza de Momo, y el líder anarquista se vio obligado a tomar un barco y abandonar el Nuevo Continente. Barcelona lo acogió con esperanza, y él respondió a las expectativas trayendo consigo el oscuro secreto que, décadas atrás, había inventado el revolucionario italiano Felice Orsini, y que llevaba su nombre.

Una de esas bombas que habían estallado en Buenos Aires y que ya en 1858 se habían probado en un frustrado atentado contra Napoleón III, con tres artefactos que no rozaron al emperador, pero provocaron la muerte de ocho personas y heridas a otras ciento cincuenta, fue la que Francesco Momo enseñó a Salvador y Pau en la trastienda de la tasca, junto a su inseparable Paulino Pallás, quien le había acompañado a su vuelta del Nuevo Mundo y de quien se decía había ocasionado una catástrofe histórica el primero de mayo, haciendo estallar una bomba en un teatro de Río de Janeiro.

Os explico cómo funciona, les reveló, después de comprobar que nadie les oía y de sacar el artefacto, con sumo cuidado, de su

zurrón. El *expòsit* y su compañero se miraron a los ojos, visiblemente emocionado el primero, sinceramente asustado el segundo. Aquella sí era un arma cargada de oportunidades, y de futuro. *No te preocupes, Salvador, que no te va a estallar el negocio*, tranquilizó Momo al dueño de la taberna, mostrándole el lugar exacto en que debían colocar la carga.

El procedimiento era sumamente sencillo: una esfera del tamaño de una naranja, o de un corazón, de hierro cromado, con varias pestañas o resaltes donde colocar los explosivos. *¿Ves? Cabe en tu mano*, y Pau se estremeció al comprobar que era cierto. ¿Y aquel pequeño aparato podría provocar el caos? *Sí, creeme*, respondió Francesco Momo. *Parece una piña*, pensó el *expòsit* imaginando centenares de bombas rematando las barandillas de todas las casas de los burgueses del Eixample. *No sería mala idea*, se dijo, aunque pronto desechó la ocurrencia. Por el momento, se limitaría a escuchar.

Los ingenieros anarquistas habían ido perfeccionando el mecanismo de activación, aunque la bomba estallaba al impacto, lo que obligaba a quien se encargara de llevar a cabo la acción a tener el pulso firme y la decisión irrevocable. Pau contaba con lo primero, pero Salvador era un maestro en lo segundo, de modo que, *Si llegara el caso*, sería él quien se encargara de los preparativos. *Porque en circunstancias normales sería yo el artista, ya me entendés,* zanjó Momo, volviendo a guardar el artefacto.

Solo faltaba fijar el objetivo, encontrar el momento y preparar concienzudamente un plan de acción. Y, lo que era más importante, recabar el apoyo del creciente movimiento anarquista de la ciudad que, pese a su pujanza, continuaba profundamente dividido respecto a las acciones a tomar. Más allá de las tertulias de bar, más allá del envalentonamiento causado por el vino y la efervescencia de las emociones. Más allá de la sangre y el dolor que ya se vertía por la opresión del empresario y del burgués explotador.

12.
Un callejero del universo

Ocurrió aquella noche, ocurrió muchas otras noches. No siempre en el refugio de los Güell, alguien podría descubrirles y, lo que resultaría fatal, encontrar el tesoro de Gaudí. Pero no dejó de suceder. Tras el funeral, y una vez que Rosetta llegó a su casa, las horas pasaron eternas, como si nada existiera hasta que la ciudad durmiese. Como si el mismo Atlas estuviera empujando a la contra las agujas del inmenso reloj de pared de salón para evitar que el tiempo, inexorable, acabase transcurriendo en su favor.

Horas de estudio, de recogida de ropa, de reordenar la vajilla, de lectura y pausa para el café. Horas de tedio cosiendo a mano los botones de una camisa, leyendo antiguas cartas al abuelo Francesc, abriendo y cerrando las cortinas de su habitación, mirando al cielo para comprobar si el sol terminaba por romper el velo de las nubes: aquellos días en Barcelona eran una lotería para quien tenía que elegir con qué vestirse. La mayoría apenas contaba con la ropa que le caía sobre los hombros. Finalmente, Rosetta acabó por recuperar sus viejos cuadernos y buscar, con irrefrenable ansiedad, un folio en blanco: hacía tiempo que no dibujaba.

El primer intento, un borrón, acabó en la papelera. El segundo, tres cuartos de lo mismo. Rosetta no podía pintar mientras pensaba, y aquella tarde su cabeza no paraba de dar vueltas, entre la esperanza, el deseo y las dudas, entre la desazón y el delirio, el *Qué pasará* y *Por qué las cosas no podrían ser más sencillas*. Tiró las pinturas, se tumbó en el suelo y pasó la mano por su cuerpo, estremeciéndose al sentir que no era ella, sino Pau, quien desbordaba cada uno de los poros de su piel, los poseía y tensaba todos sus músculos, él quien se perdía entre sus muslos, primero

con el dedo, después con toda la mano, finalmente penetrando por completo hasta explotar de placer. Él, siempre él. Solo él.

Revolcándose por las baldosas como cuando estaba loca, *La pobre niña oligofrénica e imbécil. Si ellos supieran*, jadeó, temblando y mordiéndose los labios para no gritar, hasta que todo concluyó, menos el delirio, y aún de rodillas, húmeda de ansiedad, logró agarrar un nuevo lienzo para, esta vez sí, esparcir formas, colores y vida en una explosión de flechas dirigidas hacia el cielo, luz y dragones, paraísos escondidos, zambullidas en el mar y, ahora sí, un grito de felicidad que nadie oyó, o acaso los sirvientes de la casa de Gaudí eran sumamente discretos como para subir a la planta noble y tocar la puerta tras percibir los gritos, los gemidos, el rodar de un lado a otro del suelo, *En estas casas viejas se escucha todo, pobre niña mía*, se lamentaba el ama de llaves, incapaz de hacer nada más al respecto.

Sentada en el suelo, al otro lado de la sala, con las piernas abiertas y la mirada perdida, Rosetta contemplaba su última obra. *Desprendimiento*, la llamaría. No se le ocurría mejor título, aunque jamás había llegado a nombrar a sus dibujos, acostumbrada como estaba a que pertenecieran a otro. Este lo guardaría a buen recaudo, pues la niña estaba convencida de que, a diferencia de otras ocasiones, su *tiet* no entendería nada.

El carillón del reloj de pared del salón golpeó, impertérrito, las ocho de la tarde. El sol había caído por detrás de las montañas, y el alumbrado público comenzaba a iluminar las calles del centro y el Eixample. Lentamente, avisándose unos a otros, los faroles acabaron con la amenazadora oscuridad y las calles se despoblaron de niños, madres y ciudadanos de bien. La noche dejaba paso a los monstruos, los chicos de la calle, herederos de los *capitanes* que hacía tiempo crecieron y se transformaron en obreros, mercaderes, ladrones, asesinos, muertos sin nombre en la fosa común del cementerio del Poble Nou. Rameras, borrachos, indigentes, apestados, Barcelona se transformaba por completo en otra ciudad, más oscura, escondida y acurrucada en sí misma. Una ciudad de susurros y confidencias, de pagos bajo mano, de traiciones y planes

para alcanzar la revolución, de amores fugaces en callejones y soportales.

Una ciudad de la que apearse para saltar por la escalera de servicio hasta el patio de luces y desde allí, por el hueco de la basura, alcanzar la calle, envuelta en una capa que tapaba su rostro y su figura para no ser vista, para no ser descubierta. El ama de llaves escuchó un ruido y se compadeció, *Volverán los malos tiempos*, auguró, bajando la mirada y abriendo la portezuela para detener el vaivén del reloj: al señor arquitecto no le gustaba que disturbaran las pocas horas en que dormitaba, cada noche, antes de despertar para reiniciar su liturgia creativa. Desayuno frugal, oración en San Felipe Neri, y camino a las obras de la catedral de los pobres. No llamó a la puerta de la niña, que no había bajado a cenar ni pedido que le subieran comida a su habitación. Mañana sería otro día también para ellos, los que limpiaban la plata de unos cubiertos que jamás se llevarían a la boca.

Pese a su juventud, y al hecho de haber pasado la mayor parte de su vida encerrada por sus padres, su tío o las monjas, Rosetta conocía la ciudad como la palma de su mano. Especialmente el Eixample, que había visto crecer a la par que ella, y cuyos trazados formaron parte del universo visual de la pequeña. En el despacho de la casa familiar, su *tiet* había colgado un magnífico mapa de la ciudad, según el trazado dispuesto por Ildefonso Cerdá, en el que señalaba con clavos cada uno de los lugares en los que se elevaba alguna de sus construcciones, donde se encontraba alguno de los trabajos que le habían encargado los prebostes de Barcelona, especialmente en los Nou Barris.

La niña —*Ya no soy una niña*— se divertía imaginando recorridos que, en el futuro, llevarían a hordas de visitantes a contemplar las maravillas del gran maestro Antoni Gaudí. Incluso llegó a pensar en una suerte de cartilla que los viajeros debían sellar en cada uno de los rincones del «Universo Gaudí». Aquel que lograra culminar el reto en menos tiempo sería premiado con una escultura del genio de Reus, o vería su nombre grabado en piedra en una de las torres de la Sagrada Familia, soñaba, y entre juegos y enredos, Rosetta acabó

por memorizar el callejero de Barcelona. O más bien: el callejero de la ciudad de Gaudí.

Apenas le costó dejar atrás las luces de Sardenya y Mallorca, y logró subir sin ser vista entre los arrabales de los obreros del templo, que vencían el cansancio recordando la grandeza de la despedida de Roger Oriol y brindando por el alma de su capataz. Nadie reparó en aquel ser ágil que se movía entre las sombras con sigilo y que alcanzó el camino del Carmel cuando la noche ya se había zambullido de lleno en el corazón de la ciudad, y los ogros que antaño aterrorizaban a la joven se afanaban en despertar sus horrores en otros cuerpos, afortunadamente tan lejanos al sentimiento que aquella noche recorría el suyo. Pensando en espuma, en abrazos, en Pau, en el futuro. Tal vez esa noche fuera la primera de muchas otras vidas a su lado. Tal vez el mundo pudiera empezar, después de todo, tras el pasadizo escondido de los Güell.

Rosetta encontró el portón encajado, y supo que Pau estaba dentro. La niña asomó la cabeza y, a oscuras —también había aprendido de memoria aquellos pasillos—, cruzó las bodegas del sótano, torció a la izquierda para contemplar sus dibujos… y allí lo encontró. Ensimismado, escudriñando con la mirada sus pinturas de niña oligofrénica y perdida, los alaridos refugiados tras los colores más oscuros de los lienzos, la infinitud que salía de los más luminosos, los juegos de alturas y proporciones no calculadas que habían brotado de su mente enferma.

En esta estancia siempre huele a mar. Es como si hubieras logrado empapar cada dibujo de salitre, pescados, sonidos de barca. Todo esto es magnífico, musitó el *expòsit* al advertir la presencia de Rosetta a sus espaldas. Su figura resplandecía tras la tenue luz de una vela: Pau también había querido conservar el misterio de aquel momento, y entró a hurtadillas, una hora antes de la llegada de la niña. Llevaba la ropa de siempre, una vez logró desprenderse del negro obligado, de luto por Oriol, y hubo devuelto a su amigo Salvador los zapatos que utilizó en el funeral.

Hueles a vino, y también a tabaco y sal, respondió Rosetta tras besarle en los labios—. *Me alegro de que estés aquí.*

Marchémonos. Vayámonos de aquí. Pau se dio la vuelta, y Rosetta reconoció en su rostro las huellas de aquel niño perdido al que los *capitanes* habían destrozado casi por completo. *Marchémonos, aquí no hacemos nada. Nadie nos entiende, nadie nos dará una oportunidad. Este mundo no es el mío*.

La niña calló, obediente al zarpazo que arañó su conciencia en aquel instante. Consciente de que cada palabra que pronunciara aquella noche corría el riesgo de ser definitiva. Pensando, sin poder evitarlo, que ahora le tocaba a ella echar mano del freno y recordar a Pau la conveniencia de esperar, de dejar pasar el tiempo, de permitir que la angustia por la pérdida se hiciera costra para que no doliera tanto.

De aguardar a que fuera posible, también para los suyos, porque aquel, lo quisiera o no, sí que era el mundo al que pertenecía Rosetta. Por mucho que en más de una ocasión la hubieran expulsado del mismo, su *tiet* siempre había acudido a rescatarla. Tarde, casi siempre tarde, pero lo había hecho.

Ocurrió esa noche, ocurrió muchas otras noches. Cuando no sabía qué decir, Rosetta no encontraba otra manera de acompañar a Pau que el abrazo. El mismo de la noche en que lo descubrió en aquel lugar, con lágrimas similares, en aquella ocasión por la muerte de su padrino. El mismo que ofreció todas y cada una de las noches a lo largo de aquellos meses. Un abrazo que Pau devolvía con el mismo olor a vino, sudor y tabaco —*¿Dónde has estado?*, pensaba sin atreverse a preguntar—, un abrazo que cada vez resultaba más duro, más frío, más distraído.

Una roca. Impenetrable. En eso se estaba convirtiendo, *Si tuviera su don, si pudiera golpear con un martillo y un cincel y sacar lo que lleva dentro*, pensaba ella, que apenas podía hacer otra cosa que contemplar cómo la ira se había apoderado del rostro de su amado. Una rabia contenida, que amenazaba con romperle los dientes si seguía apretando con tanta fuerza sus mandíbulas. Pau rechazó sus manos, sin dureza, sin dulzura.

Siento que si sigo aquí un minuto más acabaré igual que Roger, que los capitanes, que mi padre, que ella…, que todos. Esta vida no es la mía, repitió.

Pero… pero sí que es la mía, Pau, se atrevió a responder ella, con los ojos bien abiertos. Los de Pau, pequeños, arrugados, le devolvieron una mirada abatida. *¿Qué crees que hará mi tiet cuando descubra que hemos desaparecido? Es un buen hombre, lo sabes, y nos quiere, pero si huimos no se quedará de brazos cruzados, removerá cielo y tierra para encontrarnos. Y lo hará, no dudes de que lo hará. Quedarás marcado para siempre, no podrás volver a trabajar jamás*, trató de explicar, evitando pronunciar el *Y de mí, ¿qué dirán de mí, de la pobre niña loca oligofrénica y además casquivana? Me devolverán al convento, o peor, me encerrarán para siempre, no volveré a ver la luz, volverán los hombres grises, volverán a…*, y esperó vanamente que Pau, en algún momento, escuchara el sonido de las voces que volvían a salir de su cabeza.

Marchémonos de aquí. Vayamos a París, allí nadie nos conocerá. Trabajaré duro, ya lo sabes, ese nunca ha sido mi problema. Y nos irá bien, ambos sabemos lo que es sobrevivir, ya lo hemos hecho. Unos compañeros pueden darnos contactos para poder empezar, lejos de aquí. Francia nos vendrá bien, es la cuna de Europa, es moderna, y allí podremos continuar con la lucha, allí podré…

Se hizo el silencio. Un silencio espeso, de deseos ocultos, de verdades reveladas, de secretos sin compartir, de jarrones rotos. Un silencio de velo rasgado, de fin de inocencia, de luz que daña los ojos al contemplarla por primera vez.

Conque era eso, se dijo Rosetta, relajando ligeramente las pupilas; ahora lo entendía todo. Por fin, después de tanto tiempo, había logrado entenderlo. No solo era la muerte de Roger, ni la necesidad de ver crecer su arte sin ocultarse detrás de la firma del maestro, ni mucho menos por poder vivir su amor en libertad. Se trataba de aquellos que reventaban las calles, que incendiaban edificios, atacaban comisarías, que soñaban con un mundo nuevo para los más pobres como él, y que odiaban con fiereza a los dueños de esta tierra que no se resignaba a morir. ¿Como su *tiet*? ¿Como ella?

No los conoces, mi amor, quiero que vengas a alguna de las reuniones. Estoy seguro de que así lo comprenderás, que te unirás a nosotros. O, al menos, que te abrirán nuevas perspectivas, solo te

pido esto. Luego, ya veremos qué hacemos, pero juntos. Sin ti no me iré a ninguna parte, eres lo único que tengo, se adelantó Pau, adivinando los pensamientos de la pequeña, y la niña calló, volvió a abrazar a Pau y le susurró un *De acuerdo, pero hagámoslo bien, y nada de fugarnos como si fuéramos dos asesinos*. *De acuerdo*, contestó él, y ella cerró los ojos, y dejó pasar aquella noche.

Aquella y otras tantas noches, apagando su mente y su deseo, cada vez más ardiente, dejando volar la imaginación y su corazón, esperando que al final el amor les diera la respuesta.

Vaya si lo hizo.

13.
La venganza de Jerez
Enero de 1892

Durante semanas, Pau no durmió una sola noche en la cabaña que hasta hacía poco compartía con Roger Oriol. Cuando terminaba la jornada se despedía rápidamente de los compañeros de cuadrilla —con los que apenas trabajaba, pues Gaudí le había encomendado un nuevo cometido, del que solo podía hablar con Llorenç Matamala— y acudía a la taberna de Santiago para participar en los cónclaves anarquistas, que se prolongaban hasta altas horas de la madrugada. La mayor parte de los días, el *expòsit* casi no tenía tiempo de asearse en su chabola, y si no hubiera sido gracias a la generosidad de su amigo y de Eulalia, probablemente habría muerto de hambre: la emoción le hervía la sangre, y olvidaba casi todo. También, a veces, a Rosetta.

Es importante tener algo, o a alguien, que te ate a la tierra; si no, acabaremos por volvernos más locos de lo que ya estamos, le sugirió la esposa del tabernero. *Convence a tu muchacha para que nos acompañe, o terminarás por no saber dónde estás ni quién eres*, proponía las noches en que sorprendía a su marido y a Pau dormidos, exhaustos, envueltos en papeles, después de soñar despiertos con la revolución. Ella sabía bien de lo que hablaba: aunque acompañaba a Santiago Salvador en todas y cada una de sus aventuras, algo se le escapaba. De un tiempo a esta parte, el interés casi filosófico de su marido por la situación de los parias de la tierra se había convertido en algo más que una obsesión. A veces, tras lograr que la siguiera hasta el catre, el joven turolense confesaba estar convencido de que tenía *Una misión que cumplir,*

algo que solo puedo hacer yo, y que cambiará la historia. Eulalia, maestra en muchas cosas, se temía lo peor.

Sus peores presagios se vieron confirmados cuando Francesco Momo entró una tarde de martes de invierno en la taberna, se sentó en el banco del fondo y llamó con la cabeza a Salvador. Después de hablar entre susurros, ambos se refugiaron en la bodega. En cuanto pudo librarse de los primeros clientes —aquellos días, a aquellas horas, la tasca no estaba muy concurrida. Acababan de concluir las fiestas de Navidad, y los que no habían gastado el poco dinero que tenían en putas o en vino lo habían hecho en algún regalo para la parienta y sus muchos hijos—, la mujer se acercó con sigilo hasta el borde de la trastienda. Entonces lo escuchó:

Los van a matar, Santiago, los van a matar y no podemos hacer nada. Malditos cabrones. Pero les vengaremos. Tengo un plan, y necesito que me ayudes.

Los iban a matar, sí. Eulalia había leído algo —ella, a diferencia de la mayor parte de las mujeres de su generación, sí había podido aprender a leer— en la prensa que a diario circulaba por la taberna. Cuatro compañeros, jornaleros de Jerez de la Frontera, que participaban en las protestas contra las duras condiciones de trabajo en el campo y las industrias de la zona, iban a ser ejecutados después de confesar, *Mediante torturas*, aseguraban los panfletos anarquistas, haber participado en ataques contra varias empresas, así como en el frustrado intento de motín en la prisión. La tensión se podía cortar con un cuchillo a lo largo de toda la península, de norte a sur, de La Coruña a Granada, de Jerez a Barcelona. También en Madrid, aunque allí *Los señoritos solo piensan en sí mismos*, azuzaban los obreros más catalanistas, cansados de que la capital se viera a sí misma como el ombligo del mundo.

La presión de anarcosindicalistas, comunistas y socialistas se había redoblado con la muerte del rey y la regencia de María Cristina —Alfonso XIII tenía seis años en aquel momento— y con Sagasta y Cánovas repartiéndose el poder de la Restauración tras la fallida Primera República. Con algunos avances innegables, como la ley de asociaciones o el sufragio universal, *Solo para hombres, que parece que aquí solo os la jugáis vosotros*, espetaba Eulalia cada vez que

alguien ponía en valor las reformas. *Además, esas votaciones fueron un fraude, todo el mundo lo sabe*, gritaba Salvador, cada vez más enfervorecido, desde la barra, haciendo estallar la exaltación —y el vino— entre las mesas. La Unión Catalanista, por su parte, estaba ganando terreno a las asociaciones obreras gracias a su defensa del idioma, *Desde el sistema*, criticaban al fondo del local, y todos asentían.

En Jerez, las cosas se habían salido de madre, y cuatro obreros fueron condenados a muerte tras un consejo de guerra. Otros dieciséis pasarían el resto de su vida en prisión. En Barcelona, los más radicales ya habían comenzado a hacer pruebas con instrumental rudimentario, sin mucho éxito: habían logrado explotar algún «petardo», pero muchos otros fallaban antes de tiempo, o lo que era peor, el artefacto les estallaba en las manos. Un compañero anarquista había acabado despedazado mientras manipulaba una bomba casera, y en alguna otra ocasión los objetivos habían errado estrepitosamente, como cuando aquel adolescente murió al intentar averiguar qué era ese objeto que alguien había lanzado y que no había estallado en la fábrica… En solidaridad, los obreros abandonaron la huelga.

No nos podemos permitir más fallos, Santiago. Esta vez lo haremos bien. Y lo haremos nosotros, espetó Francesco Momo a su marido, cuando un leve crujido les reveló la presencia de Eulalia.

Solo quería saber si necesitabais algo, acertó a decir la mujer.

No hace falta, cariño, ya estamos terminando.

Pues venga, que se está comenzando a animar la clientela, y Eulalia regresó a la barra a toda prisa, respirando hondo y pellizcándose las mejillas para que nadie notase que se había quedado blanca como la harina. Su marido no, no podía ser, él no sería capaz de…

Aun así, Eulalia sabría estar al lado de Santiago. Era lo que tocaba, y era lo que ella quería. Aunque ello supusiera, en el mejor de los casos, una vida de huida y persecución. Aunque tuviera que acostumbrarse a convivir con un asesino.

Te quería decir, trató de comenzar, aquella fría noche de enero, su marido, *No hace falta, mi amor. Estamos juntos en lo bueno y en*

lo malo, ¿no es así?, respondió ella. *Claro, cariño, eres mi esposa*, replicó él; *Pues dicho. Solo te pido que tengas mucho cuidado; Lo tendré*, aseguró él. Y ella cerró los ojos sabiendo como sabía que aquella promesa no sería suficiente.

Durante las semanas siguientes, Francesco y Salvador pasaron mucho tiempo juntos. A menudo, se refugiaban en la trastienda, sin avisar a nadie. Pau se extrañó, y a los pocos días preguntó: *¿Qué os traéis entre manos*? Ellos sonrieron sin responder. Solo al final de aquella noche, Francesco Momo se acercó al *expòsit* y le reveló sus planes.

Nadie puede saberlo, nos jugamos mucho y es una maniobra arriesgada, explicó Momo.

Quiero acompañaros, rogó Pau, pero el argentino fue tajante. *No, vos sos muy importante para el futuro. No tardarás en entrar en acción, pero ahora sos más preciado haciendo lo que hacés*, contestó. *¿Y qué es exactamente lo que estoy haciendo?*, se quejó el joven, pero Momo cerró la conversación tomando a Pau de los hombros, y mirándole a los ojos, *Vos confiá en mí*. Con eso bastaba. Al menos por el momento.

Pronto tendrían noticias de ellos. En el alba del 9 de febrero de aquel año, la víspera de la ejecución de «los cuatro de Jerez», Francesco Momo y Santiago Salvador caminaron hasta la plaza Real e inspeccionaron la zona sin que nadie advirtiera su presencia. Tras darle muchas vueltas, decidieron colocar el artefacto en uno de los macizos de jardinería situados junto a los soportales. No era una bomba Orsini, *Esa la tenemos que reservar para una ocasión especial, ¿comprendés?*, sino un artilugio mucho más rudimentario, mucho menos potente.

Pese al silencio, la ciudad estaba en alerta: el día anterior, varias decenas de obreros habían ocupado una fábrica de zapatos en el barrio de Gracia para obligar a sus trabajadores a ponerse en huelga en protesta por las ejecuciones de Jerez.

«¡Ojo por ojo y diente por diente! ¡Venganza contra la burguesía! Los que van a subir al patíbulo son hermanos nuestros que, cansados de sufrir la infame explotación capitalista, se sublevaron. No son asesinos; si mataron a un burgués hicieron un acto de

justicia. Pero la burguesía quiere beber nuestra sangre, no se contenta con chupar nuestro sudor… Pues bien: nosotros debemos responder también con el terror, con el fuego y con la muerte. Debemos matar a los burgueses como si fueran perros rabiosos; ellos lo quieren; son hienas. En el corazón el odio, y en la mano un arma. […] ¡Viva el terror!», se leía en una de las octavillas que los militares sustrajeron, a golpe de mazo y bayoneta, a los manifestantes.

Decenas de ellos fueron detenidos, y otros muchos corrieron a refugiarse en los rincones más oscuros de la ciudad. La Tasca de l'Eulalia acogió a varios de ellos en el zaguán, después de que la Guardia Urbana les obligara a cerrar sus puertas hasta el restablecimiento del orden.

A Momo y Salvador los pillarían por sorpresa. En su propia casa, sin que pudieran sospechar que los habían vigilado durante meses. Frente a la jardinera, una taberna de altos vuelos, en nada parecida a la de Santiago y Eulalia en el Born. En plena *ciutat vella*, al lado de la Rambla, servía como lugar habitual de reunión de la policía secreta. *Se van a enterar esos malnacidos*, bramaba Salvador, tras comprobar que nadie les había visto, y colocar el artefacto en el rincón elegido.

Durante el resto de la jornada trataron de hacer vida normal. Santiago, en el interior de la taberna, limpiando, aireando y con el cartel de «Cerrado hasta nuevo aviso por orden de la autoridad competente» colgado de la puerta. Momo, cuyo nombre llevaba meses en la lista de los más buscados por la policía, sin modificar sus rutinas, *No hay mejor manera de esconderse que hacerlo a la vista de todos*, reía cada vez que alguien le preguntaba por qué no tomaba precauciones. Tan solo debía tener cuidado de no hablar demasiado, *No vaya a salirme el voseo argentino de los labios*, bromeaba.

Poco antes de las siete de la tarde, ambos se encontraron en la Rambla, y pasearon juntos por la plaza Real. A pesar del frío, la zona estaba bastante concurrida. Pocos minutos después, Momo advirtió la presencia de uno de los jefes de «la secreta» entrando en el local,

e hizo un guiño a su compañero, que aguardaba cerca de la jardinera. A su señal se detuvo al lado, simuló recoger algo del suelo y activó el artefacto. Tenían dos minutos para salir corriendo de allí.

A las siete y media en punto de la tarde, estalló la bomba. Dos personas murieron, una joven sirvienta y su novio, un cargador del muelle, que andaban paseando sus amores en la única noche libre de la chica, y cuyos restos quedaron esparcidos por la plaza. Pese a la fuerza del impacto, ningún policía resultó herido. El «petardo» de la plaza Real, lo llamaron. Nunca se encontró a los autores.

14.
El Nacimiento
Barcelona, 1892-93

Gaudí veía la luz. La sentía dentro. Soñaba con formas imposibles, con efectos radicalmente nuevos a su contacto con la roca de la cantera de Montjuic con la que se iba edificando la Sagrada Familia. Una roca dura, pero moldeable. Porosa, pero firme, que atrapaba como ninguna otra los colores del sol, los matices de las nubes, que reflejaba el relieve de las formas hasta casi darles vida. Y sobre todo, una roca profundamente catalana. Una roca del pueblo, que desde tiempos inmemoriales había contribuido a construir la ciudad, desde los íberos a la gran muralla medieval, cuya grandiosidad había surgido de sus canteras desde la época romana. El «monte de Júpiter» había nutrido de piedras los muros que habían atrapado y protegido durante siglos la *ciutat vella* de los ataques por tierra y por mar. Ahora, muchos de aquellos bloques servirían para elevar hasta el cielo la basílica de los pobres.

A diferencia de otros peñascos, la piedra de Montjuic no se llevaba mal con el fuego. En aquellos días, la roca atrapaba el reflejo del calor de las llamas surgidas de las barricadas que, cada vez con mayor ímpetu, levantaban los obreros desde el centro de la ciudad hasta el puerto. Llamas que subían hasta el cielo y ennegrecían el horizonte, el humo que se pegaba como una lapa a las paredes de las casas viejas y decoloraba el adobe, el granito o el ladrillo. Cualquier navío que se acercara al puerto de Barcelona durante aquellas semanas observaría cómo las llamaradas se elevaban como fogonazos, como lenguas, como dragones, y muchos llegaron a

pensar si alguna de aquellas figuras que, se decía, fabricaba el genio creador del de Reus —nada se sabía del papel fundamental del *expòsit*, cuya existencia desconocían los estibadores del Mediterráneo— no habría cobrado vida y huido hacia poniente arrasando a sangre y fuego la ciudad.

El fuego no entendía de clases sociales, pero el arquitecto sí que lo hacía de calidades de la piedra, y por ello no dudó, una vez concluida la cripta de su antecesor, en examinar muestras llegadas de todos los rincones del mundo. No tardó en convencerse de que el templo que definiría la ciudad para siempre tendría que ser construido con roca del pueblo. La misma con la que se había erigido el castillo de Montjuic, la Lonja, la iglesia del Pi, la catedral o Santa María del Mar. Con distintos tonos cromáticos, la de la montaña de Barcelona era única, y sus recursos todavía prácticamente ilimitados.

Por ello, tras cubrir el ábside y su muro posterior, Gaudí emprendió su verdadera misión: elevarse por encima de las nubes, al igual que lo hacían las llamas que prendían socialistas y anarquistas en el Born. Lo haría, de hecho, mirando hacia ellas, contemplando el mar mientras se disponía a construir una de las dos fachadas laterales del templo, la que se asomaba a la *ciutat vella*, la que vería, antes que nadie, nacer el sol.

Gaudí decidió que aquella sería la portada del Nacimiento, de la vida, de todo lo que se mueve o respira. Una fachada nunca vista, revestida de toda la grandiosidad que merecía la encarnación. Así, se empapó, hasta la enfermedad, del relato bíblico de la creación, rodeándose de pastores, agricultores y botánicos. Preguntó, viajó y recolectó toda clase de plantas de Cataluña, ordenó a los hijos de los obreros atrapar animales e insectos, y se encerró en su obrador para dibujar. Frenéticamente, diseñó formas, figuras imposibles, calculó proporciones, pesos y contrapesos, imaginó sonidos que saldrían de un magnífico órgano hecho con la roca de Montjuic.

Durante aquellos meses, Antoni Gaudí vivió única y exclusivamente para el diseño de aquella fachada. No dormía, apenas comía, se dejó crecer el pelo y una inmensa barba que a veces se confundía con su ajada levita, que a lo largo de ese tiempo

se fundió con su cuerpo, y que después resultó sumamente complicado arrancarle de la piel. El procedimiento siempre era el mismo: el artista, o algunos de sus colaboradores, se centraban en ramas, animales o insectos que los meritorios del templo habían encerrado en sobres, cajas o latas, y esbozaban dibujos, que después pasaban al equipo de Matamala. Los modelos eran sistemáticamente descartados por Gaudí, que no terminaba de encontrar la perfección que buscaba.

Paralelamente, panaderos, fruteros y ganaderos llevaban hasta el obrador sus mejores viandas, las más pintonas: grandes hogazas de pan, racimos de uvas grandes y redondas, huevos de las mejores gallinas de Barcelona. El maestro manoseaba, olía, escuchaba el sonido de la textura del alimento al apretar sus manos, seguía el recorrido del jugo al romperse entre sus dedos, y después elegía, dibujaba y esperaba los moldes que los escultores de la Sagrada Familia fabricaban casi en cadena, sin descanso ni quejas posibles. El maestro no atendía a razones: si él no descansaba, nadie lo haría.

Gaudí quería recrear en su grandioso portal de Belén todas las promesas que debieron estar presentes en el paraíso perdido. Para ello, hizo traer hasta su obrador crías de pavos reales, tortugas, gansos, gallinas o conejos, que se fusionaron en un inédito zoológico artístico con hormigas, mariquitas o mariposas disecadas, ranas atrapadas en escorzos imposibles, salamandras y lagartijas clavadas en la pared para que el artista pudiera advertir la máxima tensión de cada uno de sus músculos antes de dibujar sus modelos, mientras cavilaba acerca de proporciones y contrapesos, soñando y a la vez calculando si su obra soportaría todo aquel festival de la naturaleza.

Para las puertas de la fachada, Gaudí imaginó una inmensa fortaleza de enredaderas, de cuyos agujeros brotarían libélulas, mirlos o juncos, búhos, ardillas o ruiseñores. En el plano general, trazó tres portales para el noroeste, que simbolizarían las tres virtudes esenciales, la fe, la esperanza y la caridad, coronadas por cuatro torres, dedicadas a cuatro de los apóstoles de Jesús: san Bernabé, la primera que arrancaría, a la que más tiempo dedicó en vida el maestro; san Mateo; san Judas y san Simón. Las tres puertas

estarían separadas por dos columnas, cada una de ellas soportada por una inmensa tortuga, cuyo diseño Gaudí encargó a Pau.

El *expòsit*, que continuaba realizando su trabajo con una exquisitez fría, asumió el trabajo con pasión: *Por fin comenzarás un trabajo desde abajo, y quién sabe si hasta el final, hijo*, le había prometido el arquitecto, a quien pese a sus recientes, y fervientes, influencias, Pau continuaba admirando sobre todas las cosas. Y decidió creerle, y durante semanas se encerró en un cubículo cercano al obrador de su maestro para dar forma a un galápago de patas fuertes y caparazón robusto, capaz de soportar el peso de toda la fachada. Sería majestuosa, pero a la vez sometida al poder de la creación. Perfecta y vencida.

Para la portada, coronada por una grandiosa Sagrada Familia de Nazaret, Gaudí diseñó tres portales. El primero, a la izquierda, con el agua como protagonista, simbolizaba la esperanza, planteada desde el relato bíblico de la huida a Egipto para así evitar la matanza de los Santos Inocentes. Allí debía haber fuego, como el que crepitaba en los barrios obreros de la ciudad, y que Pau traía cada mañana impregnado en su ropa humeante, antes de ponerse a la faena. Pero también agua, vida, juncos, patos, garzas y ocas, coronadas por una flor de loto, la rosa del Nilo.

Al otro lado, el portal de la fe, con un estilo más árido, al modo de la vida en Nazaret, donde se desarrolló la infancia de Jesús. Gallinas, gallos, cerdos, algunos polluelos, abejas y camaleones. Violetas, cardos y, como contrapunto, un manzano florido, repleto de frutos, en memoria del paraíso perdido y del pecado, y también a Cristo, como recordatorio y superación del mismo, la salvación, pero también la libertad de perseverar en la desobediencia.

Si ellos supieran, debió pensar el maestro al bucear en la historia bíblica y comprobar cuán cerca se está de repetir los errores. A la distancia de contestar una carta o de romperla en pedazos, a mitad del camino entre emprender un viaje o encerrarse en vida, resguardar el amor en un cofre y dedicarse a la pasión creativa. En el instante en que hay que decidir si arrojarse a la hoguera o prender el fuego del alma.

Finalmente, en el centro, el portal de la caridad, allí donde Gaudí pretendía representar la escena del nacimiento de Jesús, el último momento de soledad de sus padres, la adoración de los pastores y los Magos de Oriente. Los mismos cuentos que, junto al caldero ardiente, le narraba su padre la mañana de Navidad, antes de volver al trabajo, porque los pobres no descansaban nunca, aunque bajara el mismo Dios a la tierra para verles y charlar un rato.

El arquitecto esbozó unos pavos con sus crías, tendidos bajo un friso de helechos; a los pastores con azucenas —Pau, el *expòsit*, le convenció para añadir algunas *taronges* en homenaje a su Mercè, *Es la flor de la fuerza, de la energía, de la alegría y la ambición. Esta es la flor del triunfo*, evocó para convencer a su maestro—; los coros de los ángeles custodiados por hojas de palmeras; y una columna central bajo la cual se retorcía una serpiente, desde la que subiría toda la estirpe de Abraham hasta llegar al hijo de José, para culminar en un bosque de cerezos, melocotoneros, naranjos, olivos, almendros o gladiolos, y aves y animales trepadores fundiéndose en la piedra de la que habrían de brotar.

Y en el centro de todo, sencillos, acurrucados, un padre, una madre y su hijo. Tan natural, tan imposible, al menos para Gaudí, que no pudo evitar acordarse, con un temblor, de aquello que nunca podría tener, *Ad maiorem Dei gloriam*, tal y como apelaba san Ignacio de Loyola cada vez que tenía que admitir su derrota.

Pasó la primavera, pasó el verano. A finales de otoño, la maqueta estaba prácticamente terminada. El paisaje de la fachada del Nacimiento conformaba un todo unificado, salvífico, real… y salvaje. Las obras de la Sagrada Familia se transformaron en un remedado mercado de abastos, con floristas procedentes de toda Cataluña, vaqueros con sus reses, pastores que aprovechando la trashumancia hacían pasar sus rebaños ante la mirada de Gaudí, ornitólogos expertos en las especies más extrañas, jardineros, entomólogos, colombófilos…

El arquitecto imaginaba a los fieles paseando del brazo con sus familias por las calles del Eixample el domingo al mediodía, y rodeando el templo, a la salida de misa, explicando, y entendiendo, las principales verdades de la fe, al estilo de lo que debieron sentir

los fieles del Medievo al caminar por la girola de Notre Dame o por las catedrales de Burgos o León. El arte, de nuevo, un camino para comprender, para llevar a ese mismo hombre que hacía arder hogueras contra el poder, también contra el de la Iglesia, de vuelta al edén evaporado.

La suya era una misión, sin duda, conectada con la salvación eterna, o así lo creía fervientemente, en las cada vez más largas jornadas de trabajo, sin apenas probar bocado, sin más relación con el mundo que la que le ofrecían los planos y las arcillas. Alguna visita esporádica de Rosetta, que aprovechaba para lanzar miradas repletas de un *¿Te veo luego?; Te espero donde siempre* o *Esta mañana al despertar también pensaba en ti* a Pau, que durante aquellas semanas dejó algo de lado sus frecuentes visitas a la Tasca de l'Eulalia para acometer con ardor el encargo que Gaudí le había encomendado.

Lo que no terminaba de conseguir, y le desesperaba, era un rostro humano para las imágenes. ¿De qué servía, se preguntaba, construir un magnífico templo si no había hombres y mujeres formando parte de él? ¿Quiénes serían los ángeles, arcángeles, querubines? ¿Qué rostro tendrían los pastores, los adoradores, los reyes, los soldados, los inocentes asesinados? ¿Habría una María para Gaudí, un José? ¿Dónde encontrar la mirada que soñaba para su recién nacido Niño Dios?

En el pueblo.

Durante meses, hombres, mujeres y niños desfilaron ante los ojos del arquitecto de Reus, empeñado en escudriñar cada gesto, cada músculo, cada emoción que trasladar a la piedra de Montjuic. Vivos y muertos, pues Gaudí pasó varias tardes en las aulas de anatomía del hospital de la Santa Creu observando los cadáveres que llegaban a la morgue. Ancianos entre los que advirtió algunos gestos que asemejaban a los abuelos de Jesús; recién nacidos que bien podrían simbolizar la matanza de los Santos Inocentes. Quería aprender de los muertos, ¿cómo si no hacerlos volver a la vida eterna, esta sí, de la roca magnífica?

Con los pertinentes permisos —su siempre eficiente amigo Eusebi Güell tampoco iba a fallarle en esta ocasión— pudo disponer de

algunos de aquellos cuerpos que nadie reclamaba —ni en la vida ni en la muerte los pobres eran importantes—, y escudriñar sus huesos, la textura de la piel al romperse, su frágil flexibilidad. Y de ellos sacó la idea para diseñar esqueletos con alambre, que fueron revestidos con una malla metálica muy fina que permitía el modelado: así debieran posar, si estuviesen entre los vivos, para fundirse en la fachada del Nacimiento. El mismo estudio, posteriormente, le serviría para diseñar la portada de la Pasión. O eso pensaba. Después, los vestía con túnicas, armaduras, pañales, o incluso los dejaba desnudos y comprobaba si el efecto era el deseado.

Pau era uno de los pocos, junto a Matamala, que asistía a Gaudí en sus trabajos secretos. Pronto dejaron de serlo. Poco después de comenzar, las «locas ideas» del maestro desataron los rumores y el escándalo en las obras, el barrio y, como un susurro que recorría la ciudad, en toda Barcelona. Las quejas llegaron al obispo, quien llamó a consultas al capellán de la Sagrada Familia. Gil Parés, pese a su juventud, estaba dispuesto a frenar cualquier despropósito, y exigió entrar al obrador para saber qué estaba pasando allí. El arquitecto, fiel devoto de la Iglesia, preparó un asiento junto a él, y continuó trabajando sin prestar atención al mosén. Este asistió, primero horrorizado y posteriormente abrumado por la belleza de las formas, tanto que solicitó al maestro permiso para poder acudir, *Siempre que usted lo estime conveniente*, *a contemplar cómo germina esta obra de arte*. Gaudí se lo concedió gustoso, no sin antes advertirle que sería conveniente que antes pidiera permiso al obispo. Y así lo hizo el mosén, quien se presentó ante monseñor Jaume Català i Albosa.

El prelado había ejercido su pontificado en Cádiz, Ceuta y Gibraltar, y conocía perfectamente las necesidades de los obreros, tanto que nada más llegar a la Ciudad Condal presidió una manifestación para pedir a las autoridades el indulto de un caporal condenado a muerte. León XIII había publicado hacía dos años *Rerum novarum*, una encíclica que reconocía los derechos de los trabajadores y que fue recibida con algarabía por los movimientos sociales y obreros que todavía no se habían desvinculado por

completo de la Iglesia, y el doctor Català se lanzó a fondo a hacer realidad las palabras del papa en la industrial Barcelona. Siempre mirando a las torres, que, lentamente, iban erigiéndose en los terrenos de Gaudí en el Eixample.

El obispo visitó todas y cada una de las cooperativas, escuchó las demandas de las organizaciones obreras, y medió en no pocas ocasiones para que las algaradas que se encendían por doquier en la ciudad fueran apagándose lentamente. Con poco éxito, por cierto: cada vez que se extinguía un fuego, surgían otros. La ciudad estaba literalmente en llamas, y el prelado hacía lo que podía, como ya sucediera durante la última gran peste que asoló las calles de Barcelona.

Català tenía una espina clavada con la Sagrada Familia: nunca había logrado comprender el proyecto de Gaudí, aunque tenía las mejores referencias tanto de la junta constructora como de las autoridades de la ciudad. El obispo consideraba un exceso que el arquitecto quisiera elevar aquellas torres hasta el cielo, especialmente cuando, en el suelo, muchos sufrían la carestía y la indigencia más absolutas. Y, en secreto, albergaba la esperanza de poder tomar el control de las obras y transformar el proyecto en algo muy distinto.

En las pocas ocasiones en que se encontraron —la última antes del funeral de Oriol, cuando el genio de Reus agradeció personalmente al obispo sus sentidas condolencias—, el prelado había mostrado a Gaudí sus reservas, mientras el arquitecto trataba de explicarle que, precisamente, aquella pretendía ser la catedral de los pobres, y que no entendía el compromiso artístico de su fe sin una mirada hacia los más desfavorecidos. Pero resultaba inútil: ambos personajes encontraban en el otro una dura pared de granito.

La gota que acabó de colmar el vaso de la paciencia del obispo de Barcelona llegó cuando el marqués de Comillas, cuñado de Eusebi Güell, el valedor de Gaudí, expulsó de sus dominios al sacerdote y gran poeta Jacinto Verdaguer, acusado de utilizar el dinero de los López Bru para financiar «costosas e inútiles» campañas de ayuda a las familias pobres de Barcelona y Vic. Una vez perdido el favor de Comillas, Verdaguer recaló en Vic, aunque los continuos desplantes

con el obispo, José Morgades, quien llegó a suspender sus licencias sacerdotales, le obligaron a volver a exiliarse. Català lo acogió en Barcelona y lo defendió cuanto pudo. El marqués de Comillas, auxiliado por Güell, cerró todas las puertas al mosén, lo cual indignó aún más al obispo, quien trató de pagar sus problemas con el marquesado en la obra de Gaudí.

Así, pese al informe favorable del capellán, Català se presentó frente al arquitecto y exigió conocer las condiciones de vida de los obreros. Gaudí se negó a recibirle, pero no puso pegas para que el prelado visitase la colonia aneja al solar donde se levantaba la Sagrada Familia y contemplase, de primera mano, el día a día de los trabajadores y sus familias. El obispo de Barcelona, muy a su pesar, tuvo que admitir que aquellas gentes vivían en condiciones mucho más dignas que las que sufrían los obreros del Born, los estibadores del puerto o el populacho que se agolpaba a las puertas de las iglesias del centro mendigando pan y justicia. Cuando estaba a punto de marcharse, algo llamó su atención: una enorme fila de hombres, mujeres y niños, que aguardaban a las puertas del obrador de Gaudí.

Después de comprobar los posibles efectos para las esculturas de la fachada del Nacimiento en los esqueletos de alambre, tras estudiar concienzudamente los cuerpos de la morgue y lograr algunos espectaculares moldes para sus planes, especialmente en el caso de los niños muertos por la angustiosa codicia de Herodes, Antoni Gaudí se convenció de que había llegado el momento de poner rostro, movimiento y realidad a cada una de las figuras que presidirían el inmenso belén de la calle Marina. Así, convocó a algunos de sus trabajadores, que llamaron a sus conocidos y estos a otros, para ser contemplados por el arquitecto, a cambio de unas pocas monedas y algo de comida. El rumor corrió como la pólvora por Barcelona, y fueron cientos los que se agolparon junto al obrador buscando ser modelos para Gaudí.

El arquitecto buscaba rostros que evocasen las miradas de soldados, arcángeles, pastores, adoradores o la misma Sagrada Familia de Nazaret. Después, entre los candidatos elegidos, trataba de reproducir los escorzos conseguidos con los moldes de alambre

procedentes de los muertos. Los voluntarios escogidos debieron vestirse con las túnicas pertinentes, o desnudarse si así lo requería la figura a la que habrían de aportar su alma. Pasaban horas enteras ensayando la postura que tendría cada escultura en la fachada final.

Gaudí contrató a los mejores fotógrafos de la ciudad para que tomaran decenas de imágenes de sus modelos de carne y hueso, aunque aquello no fue suficiente. En algunos casos, llegó a envolver en una carcasa de yeso a los protagonistas de su particular Evangelio, un proceso que duraba apenas unos minutos y que servía al arquitecto para entender el impacto de la porosidad de la piel en la futura roca, pero que aterrorizó a algunos de los participantes: *Gaudí quiere convertirnos en estatuas y emparedarnos*.

De nuevo, el falso rumor corrió velozmente por los mentideros de la ciudad, y el mismo Güell tuvo que hacer uso de toda su influencia para evitar que la sangre llegara al río y las autoridades prohibiesen al arquitecto seguir con sus planes. El obispo Català no dejó escapar la oportunidad y lanzó una dura diatriba durante la misa dominical en la catedral, sin citar a Gaudí, contra los que pretendían *Moldear al hombre a su imagen y semejanza, y no a la de Dios*, pero lo cierto era que, más allá de un par de mareos y desmayos entre los aspirantes a modelos de la Sagrada Familia, la polémica acabó diluyéndose tal y como había llegado, y el arquitecto tuvo las manos libres para proseguir con su experimento.

Con todo, y persuadido por Güell, Gaudí acabó inmortalizando en su fachada los rostros de algunos de los más cercanos. Peones de obra, fieles del templo, vecinos de El Poblet, incluso jóvenes que en un futuro serían estudiantes de las pequeñas escuelas que el arquitecto ya tramaba construir en los aledaños del templo para que los hijos de los trabajadores pudieran acceder a una formación de la que sus padres habían carecido. Tres trompeteros de un regimiento militar que solía hacer sus maniobras en los solares anexos acabaron convirtiéndose en los arcángeles que anunciaban el nacimiento de Jesús.

Los niños de los obreros serían los hijos de los pastores, mientras que algunos hombres fornidos ejercieron de soldados romanos. Uno de ellos, el mismo Santiago Salvador, a quien el *expòsit* animó a

participar en el peculiar desfile de modelos, convenciendo expresamente a Gaudí para incluirle entre los elegidos.

¿Y la Sagrada Familia? Para María, para José, Gaudí lo tuvo claro antes incluso del momento en que descubrió aquel beso furtivo que guardó en su memoria y del que jamás dijo nada, la noche de la muerte de Roger Oriol: ella debía ser símbolo de la pureza, y qué más puro que la locura, que la ignorancia de la realidad, que la emoción del amor recién encontrado. Él tendría que representar el cuidado, la firmeza, el trabajo constante, la cercanía, la fidelidad.

Ella, la fertilidad furiosa de la juventud; él, la fiereza de quien defiende la verdad de lo imposible. Ella no sería una de esas vírgenes mojigatas y encerradas en una hornacina; él jamás respondería al ideal de hombre elevado dos metros por encima del suelo, que no respetaba la libertad de su esposa y escapaba cuando llegaban los problemas. Él, de infancia desconocida; ella, acostumbrada a la incomprensión de todos, guardando un secreto inaccesible salvo para los elegidos.

¿Y Gaudí? ¿Quién sería Gaudí? ¿Estaría capacitado para ejercer de Dios castigador o, por el contrario, sería un Creador misericordioso y comprensivo? Por el momento, no tenía la respuesta, pero tampoco necesitaba modelar los rostros, ni el alma, de Pau o de Rosetta. De alguna manera, él los había creado. Ya habría tiempo de decidir si finalmente los trasladaba a su fachada del Nacimiento o, por el contrario, se convertían en su más trágica pasión. ¿Quién sería ese niño?

15.
Dos vidas compartidas

Así es como funciona. Únicamente colocá aquí la espoleta, apretá hacia dentro y esperá el momento oportuno. No tiene más misterio. Se activa con el contacto, pero no estalla hasta que impacta con el objetivo. No hay ningún riesgo, creeme.

Francesco Momo explicaba concienzudamente, con precisión de cirujano, los detalles de aquel artefacto, ante la mirada apasionada de Rosetta, mientras Salvador tomaba notas de cada paso y Pau trazaba y emborronaba planos de la ciudad y sus puntos neurálgicos. La chica no paraba de hacer preguntas: le impresionaba el poder de la técnica moderna, su capacidad para destruir, en segundos, todo lo que se encontrara a su paso. *Si hubiera tenido a mano una de esas*, pensaba, acordándose de los dragones y los hombres oscuros de un pasado ya lejano.

Tras muchas dudas, la joven accedió a acompañar a Pau a sus conciliábulos semanales en la Tasca de l'Eulalia. Y lo que vio la dejó fascinada: en aquella taberna bullían la vida, la libertad, la ausencia de normas de vestimenta o protocolo. Allí cabía todo el que tuviera el mismo sueño: un mundo nuevo para los desheredados. Rosetta se sentía así, aunque pocos comprenderían que lo hiciera tratándose de la sobrina del mismísimo Gaudí. Ella sabía bien lo que significaban la pérdida, el encierro, la lucha. Ella mejor que nadie, desde que era poco menos que un bebé, había sufrido el desdén, el odio, la incomprensión y el abandono de quienes debían protegerla. No le habían faltado qué comer, con qué vestirse ni dónde dormir —en más de una ocasión, a pesar suyo—, pero le habían robado la capacidad de decidir sobre sí misma.

Eres una mujer, acostúmbrate a vivir con ello, le espetó Eulalia cuando Rosetta quiso hacerla cómplice de sus sentimientos. *Incluso estos*, dijo, señalando con la cabeza a la caterva de obreros y filósofos, muchos de ellos ya borrachos, *que tanto hablan de libertad para todos, con gusto me encerrarían y me violarían, uno por uno o en manada, en el zaguán, si no fuera la mujer de Santiago. Y aun así… ¡Quita!*, añadió pegando un puntapié a un parroquiano que quiso sobrepasarse al escuchar su voz cerca de su oído y que quedó más sordo de lo que estaba por el efecto del vino. *Tú y yo podemos ser las mayores anarquistas de la ciudad, pero no olvides una cosa, mi niña: somos mujeres, y para estas bestias la libertad es cosa de hombres. Nosotras, como siempre, tendremos que ganárnosla a pulso*.

Rosetta sonrió, pero abrió bien los ojos: hasta ese momento no había caído en la cuenta de que la mayor parte de los presentes en la tasca eran hombres. Hombres rudos, trabajadores, fuertes, con un intenso olor a sudor, a hierro, a gravilla, a adoquín, que levantaban palmo a palmo el alumbrado público, empedraban las calles, abrían y cerraban zanjas donde canalizar el agua de los barrios ricos para que los marqueses no tuvieran que lavarse las manos con el mismo líquido que salía del pilón que los pobres. Hombres que, al final de una dura jornada, encontraban desahogo en tabernas como aquella y recuperaban algo de su aplomo gracias al vino y a miradas furtivas, o directamente lascivas, como las que, ahora sí, comenzó a advertir hacia sí misma.

Ella no se toca, es mía, dejó claro desde el principio Pau, lo que provocó una doble reacción en Rosetta. Orgullo y reconocimiento, por una parte, *Yo también soy tuya*, se dijo, pero también rabia y frustración. *Te lo dije*, debió decir con la mirada Eulalia, moviendo la cadera y dándose la vuelta hacia la barra. Lo cierto es que, salvo algún episodio esporádico, algún cachetazo, algún beso robado en la mejilla mientras la niña servía las rondas —porque, para poder asistir a los cónclaves anarquistas, Rosetta no tuvo más remedio que ceñirse el delantal y ponerse a trabajar— producido más bien por el exceso de alcohol que por el deseo, todos respetaron la orden del

expòsit, refrendada por el mismísimo Francesco Momo. Rosetta estaba protegida, aunque seguía sin ser libre.

Con todo, ser «la mujer» de Pau tenía indudables ventajas. Asistía, sin veto, a todas las reuniones en la taberna, escuchaba los discursos apasionados, iniciáticos, de los líderes llegados de todos los rincones de España y el sur de Europa, que veían Barcelona como un banco de pruebas para la revolución de los pobres, y contemplaba un mundo muy diferente al que había conocido en su adolescencia. Rosetta tenía muchas preguntas, y aquellos hombres, que habían estudiado en las mejores universidades antes de dar el salto a la revolución, ofrecían las respuestas. O, al menos, algunas de ellas.

Desde el principio, Francesco Momo acogió con agrado a Rosetta. Por ser sobrina de quien era, por supuesto. Por venir de la mano de Pau, claro estaba. Pero también por su inteligencia. *Esta mina es especial,* confesó al *expòsit* una madrugada que Rosetta no acudió al cónclave anarquista en la taberna. *Tiene algo fuera de lo común*. Y Pau asentía. *Si tú supieras…*, con orgullo. Desde el momento en que la invitó a acompañarle, el temor de que aquella lucha, el fragor de aquellos hombres y lo radical de sus ideales colocaran un muro de separación entre los dos jóvenes no le había abandonado. Pero no fue así, y ambos se sintieron unidos, todavía más, por un lazo más fuerte que el del amor: el compromiso.

Rosetta preguntaba una y otra vez, y Momo trataba de responderle. Aquella niña —*No soy una niña, ya nunca seré una niña* — entendía las razones para la revuelta, pero se empeñaba en cuestionar a sus líderes sobre qué ocurriría después. Si estaban dispuestos a afrontar las represalias de sus actos, si existían planes de huida en caso de fracaso y, lo que era mucho más importante, si había un proyecto para el día siguiente de la gloria de la revolución obrera. *Y si el plan triunfa, ¿qué? ¿Sabéis qué hacer cuando estéis al mando? Porque tendréis que dar de comer a los pobres, pero también habrá que construir una nueva ciudad, un nuevo gobierno, una nueva forma de…* rompía a discutir la joven antes de que abrieran las puertas de la tasca, después de que, ya entrada la

noche, Pau la estuviera esperando en el callejón y juntos, tras un beso largo, se encaminaran hacia el Born.

Gaudí, quien por aquellos días ya pasaba casi todas las horas en el obrador, permanecía ajeno a cualquier atisbo de incendio en su propia casa, y el personal, más que acostumbrado a convivir con las «rarezas» de la niña, no veía, no decía, no oía nada. En más de una ocasión, a los jóvenes amantes les sorprendía el amanecer regresando a casa, y Pau comenzó a notar el cansancio de las largas jornadas de trabajo en la Sagrada Familia. Pero era tan bueno en su trabajo que solo en una ocasión Matamala le llamó la atención tras encontrarle, martillo en mano, profundamente dormido junto a un bloque de escayola.

Con todo, y a pesar del agotamiento, las propuestas que el *expòsit* presentaba al maestro para su fachada eran cada vez más novedosas, más ricas, más osadas. *Todo está bien, todo está muy bien*, se decía el arquitecto para ahuyentar sus propios fantasmas cuando veía llegar a Pau con los ojos encendidos, exhalando un aroma diferente, que le resultaba demasiado familiar. Mejor no preguntar, mejor no saber. Pronto se arrepentiría de aquella decisión.

Antes, mucho antes que para el resto, Rosetta y el *expòsit* habían aprendido a vivir dos vidas. Durante el día, como ciudadanos de la Barcelona que Gaudí estaba construyendo en torno a la Sagrada Familia, con el apoyo de la burguesía, empresarios como Güell y el respaldo, no sin cuestionamientos puntuales, de la Iglesia. De noche, como forajidos, pergeñando planes para acabar con la sociedad capitalista y la explotación al obrero, y sin saber resolver las preguntas que cada noche, llegados a un punto, planteaba la joven. *¿Qué pasará después?*

Después, después… después del caos, el fuego y la huida de los poderosos, estableceremos el poder del pueblo. Todos tomarán las decisiones. Construiremos una sociedad fraterna, donde a nadie le falte qué comer ni dónde dormir, donde todos puedan decidir sobre su propio futuro. Donde no esté escrito, mi querida niña, que por nacer en una cuna de nogal o debajo del puente de la estación de

Francia, tengas que vivir entre algodones o morirte de hambre, contestaba Francesco Momo.

Rosetta, para nada convencida, callaba a la espera de volver a la carga, con la ayuda de Eulalia, quien por aquellos días ya se había convertido en maestra y confesora de la joven, *Y las mujeres, ¿pa cuándo? Ganas tengo de veros hacer la revolución con este delantal, vamos anda*, replicaba con chulería aquella mujer, un auténtico torbellino de sabiduría real. Y entonces era Momo quien se quedaba sin palabras, mirando a Santiago, que se encogía de hombros y cargaba un tonel de vino para cuando se agotaran las reservas de aquella noche. Otra vez.

A mí no me preguntes, yo hago lo que ella diga, se le oyó decir mientras se perdía en la bodega; *Y que siga así, por la cuenta que te trae,* gritó, divertida, su mujer. Rosetta y Pau, entonces, se miraban furtivamente, agachaban la cabeza y sonreían. El mundo nuevo estaba preparándose para que personas como ellos lo construyeran a su gusto. *Contigo todo es posible. Contigo*.

Casi entrada la primavera de aquel año, Francesco Momo llamó a varios de sus hombres de confianza a una cita en la bodega de la Tasca de l'Eulalia. Una reunión a primera hora de la tarde, a la que, pese a sus protestas, no pudieron acudir Rosetta ni Eulalia. *Y nada de ir luego contando monsergas a las mujeres, que todos sabemos cómo las gastan*, espetó, tajante, el italoargentino. La situación era extremadamente grave, y en aquellos momentos sus correligionarios sabrían obedecer como un ejército, a la orden de su capitán. Cualquier mínimo error daría al traste con el plan.

A la cita acudieron una decena de hombres. Entre ellos, Pau. Salvador abrió la puerta de la bodega a cada uno después de escuchar la contraseña que habían consensuado la noche anterior: *el drac*. Una vez todos estuvieron presentes, Momo se puso en pie: *Gracias por venir, compañeros. Como sabéis, nuestra lucha pasa por un momento delicado. La secreta ha jurado venganza después del atentado en la plaza Real*, señaló, guiñando un ojo a un orgulloso Santiago Salvador, quien desde aquella tarde parecía enfebrecido, deseoso de volver a actuar.

Aunque nadie supiese que había sido él, junto a Momo, quien hizo estallar el petardo en la sede de la misma policía que los acosaba sin parar, dando palos de ciego, profundamente irritados. *Pero es el momento de dar un paso más. De entrar en la historia*, añadió el italoargentino.

16.
Una explosión fallida

Paulino Pallás había conocido a Errico Malatesta en Argentina, acompañándolo en muchas de sus actividades por el continente. Allí entró en contacto con Francesco Momo y, desde ese momento, se convirtió en su lugarteniente. *Un anarquista no tiene jefes, ni su ejército rangos, pero somos compañeros en la desgracia*, solía decir el de Cambrils. Hijo de albañil, Paulino era un autodidacta profundamente insatisfecho: aprendió a leer y a escribir solo, y siendo apenas un adolescente se escapó de casa, recorriendo media España, trabajando allá donde le dejasen hacerlo, conociendo la miseria y la injusticia, que no sabían de fronteras. Aunque sí de barrios. Aunque sí de cuna.

Se enroló en un navío que lo llevó hasta Argentina, y allí colaboró con Momo y Malatesta en muchas de sus acciones anarcosindicalistas. Tras la Revolución del Parque, Pallás viajó a Brasil, donde se radicalizó hasta hacer estallar una de las bombas Orsini que Momo le había enseñado a fabricar en Buenos Aires en un teatro de Río de Janeiro y que provocó varias decenas de muertos. De vuelta a España, retomó el contacto con el italoargentino, ya convertido en una figura del anarquismo catalán y pasó a ser su mano derecha, aunque sin dejar de ir por libre. Conoció a una mujer, con la que tuvo un hijo, que nació muy poco antes del momento que le hizo mundialmente famoso.

Sin embargo, la tarde en que se celebró la reunión del *Drac* eran pocos los que conocían a Paulino en la Tasca de l'Eulalia. A diferencia de sus correligionarios, Pallás no frecuentaba las tabernas, ni se emborrachaba hasta altas horas de la madrugada, ni necesitaba que se le encendiera el alma con las diatribas de los líderes obreros. Las razones para su lucha eran fundamentalmente

intelectuales: había decidido consagrar su vida a la revolución desde el convencimiento más cerebral. Costase lo que costase. Pero sin dejarse llevar por los impulsos.

Yo no soy anarquista por tomarme unos vinos, cortaba en seco a quienes le afeaban que no acudiera a los cónclaves en el Born, salvo en ocasiones especiales. Como aquella*. No te ofendas, Salvador; No te preocupes, me sobran clientes, lo que me falta son pagadores*, reía el tabernero, que comprendía bien el pensamiento de Pallás.

No sé si conocés a Paulino, lo presentó Francesco Momo. Algunos asintieron con la cabeza. Otros, como Pau, no tenían ni idea de su existencia. Momo hizo un breve repaso de la trayectoria de su compañero, que ahora compaginaba su trabajo en una fábrica textil con la impresión de textos anarquistas, y comenzó a explicar su plan. En pocos meses, durante las fiestas de la Mercè, la patrona de la ciudad, el Gobierno organizaría un gran desfile, presidido por el capitán general de Cataluña y uno de los hombres más importantes de la política española: Arsenio Martínez Campos. Una demostración de fuerza en la ciudad, cada vez más exaltada, donde los movimientos colectivistas crecían como hongos. *Este será el momento de dar un golpe de mano*, apuntó Momo, mirando a los ojos a Salvador y Pallás. *Vamos a matar al general*, sentenció. Un murmullo recorrió la sala. Después, vinieron los gritos y los abrazos, *Sí, ¡muerte al explotador! ¡Se van a enterar! ¡Anarquía o muerte!*

Pau, uno más entre ellos, sintió que también había llegado su momento, y así lo planteó a Francesco Momo aquella noche. El líder del grupo llevó a un aparte al *expòsit*, y le explicó quiénes serían los responsables de la operación. *Te quiero cerca, chico, pero en la retaguardia. Por si algo se tuerce. Salvador y Paulino ya han hecho esto otras veces. Tú y yo seremos la batería de reserva: si ellos fallan, u ocurre algo, entonces entraremos en acción*.

Pau trató de objetar que eso mismo le había dicho meses atrás y al final quedó fuera de la operación, pero Momo no transigió: *Esta vez es distinto, creeme. Formaremos dos comandos, trabajaremos por separado y estaremos listos. Aprenderás conmigo, chico, te enseñaré todo lo que sé. Algo me dice que dentro de poco serás tú*

quien nos lidere a todos, auguró el fabricante de bombas. Y Pau, nuevamente, le creyó.

Durante semanas, y bajo el mando de Momo, los diez elegidos se dividieron en tres grupos. Por un lado, Santiago Salvador y Paulino Pallás, el cuerpo de élite, quienes junto a Pau y Francesco Momo se encargarían de fabricar los artefactos y planificar, hasta el último detalle —*Esta vez no puede haber fallos*—, la logística. Por el otro, las tareas de espionaje, investigación y seguimiento, para las que se había elegido a los compañeros mejor preparados, acostumbrados a trabajar en las cloacas, a escuchar sin ser vistos, a estar atentos a cualquier novedad.

Un par de noches a la semana, los cuatro protagonistas se encerraban en la casa donde vivía Francesco Momo, junto a la Rambla, y manipulaban con mucho cuidado los artefactos. En poco tiempo, Salvador y Pau aprendieron todo lo referente al montaje y desmontaje de la bomba, su capacidad de impacto, la carga necesaria en función del objetivo y del lugar en el que debieran estallar. Eran buenos alumnos, aplicados y efervescentes, mientras que Paulino y Momo aportaban la experiencia, y la tranquilidad, de quien ya se había manchado las manos de sangre en varias ocasiones por una causa más justa que ellos mismos. El *expòsit*, además, trazó los planos de la zona elegida —la Gran Vía barcelonesa, el escenario del desfile en honor de la princesa María de las Mercedes, encabezado por Martínez Campos— y distintos planes de entrada y huida, en función de las bombas que estallasen, la estampida que provocase entre el gentío y la reacción del ejército. Todo estaba listo. Sin embargo, algo trastocó sus planes.

El 13 de marzo de 1893, Francesco Momo, tras una larga noche en la Tasca de l'Eulalia, regresaba a su escondite en la Rambla. Caminaba deprisa, mirando a ambos lados de la calle, volviendo la cabeza a cada paso, sobresaltándose con cada ruido, con cada borracho tirado en los soportales, con cada gato que atravesaba con un bufido la madrugada. Nervioso, enfebrecido. Había oído el rumor de que «la secreta» andaba, de nuevo, tras sus pasos. Alguien creyó reconocerle en los alrededores de la plaza Real la tarde en que Santiago Salvador y él habían colocado el artefacto, y los guardias,

sedientos de venganza, habían iniciado una caza furiosa contra los responsables del atentado.

El tabernero podría estar tranquilo, al menos de momento; nadie le conocía más allá de la barra del bar, y su cara anodina resultaba una más entre la muchedumbre. Se había convertido en una criatura invisible. No así Momo, quien gustaba de llamar la atención, tanto por su porte —era un hombre alto y bien dispuesto, con un bigote llamativo y el pelo rizado, por no hablar de su profundo acento argentino, que no siempre era capaz de ocultar en el fragor de los debates— como por su actitud. Soltero, sin trabajo conocido —la organización cuidaba bien de él—, no dormía con la misma mujer, ni con el mismo hombre, dos noches seguidas, *Todos los seres humanos son iguales para mí, y para mi verga*, reía ante sus íntimos las raras ocasiones en las que salía trastabillando de la taberna. Y es que Francesco Momo bebía y fumaba opio, pero casi siempre en soledad, en la seguridad de su refugio. No podía permitirse muchos descuidos.

Cuando Francesco Momo giró el pomo de la entrada de su portal, sintió que alguien le observaba. Al fondo, junto a las escaleras oscuras. *¿Quién va?, ¡quién va!,* gritó, pero solo le acompañaron el silencio y el crujido de las escaleras de madera que subió de dos en dos, sudando, convencido de que le seguían. Cerró la puerta de su casa de un portazo, echó los cerrojos y bloqueó la posible entrada con una mesa maciza.

Respiraba con dificultad, hiperventilando, envuelto en sudor. Se sentó en el suelo de la casa para tratar de tranquilizarse, pero fue inútil: las manos le temblaban como cuando era chico y el frutero de su pueblo le atrapó con dos manzanas en la mano. La paliza que recibió aquella mañana casi lo mata, y desde entonces se prometió que jamás nadie lo atraparía. Ahora se veía encerrado en su propia madriguera, sin saber que, en realidad, nadie le estaba persiguiendo. Al menos, no en aquel amanecer.

Respiró hondo y, sin dejar de temblar, se dirigió al armario de la cocina y sacó unos polvos blancos, que aspiró con fuerza por la nariz. A lo largo de su vida, le habían enseñado que la heroína, un

derivado de morfina, era mucho más eficaz que el opio que se suministraba en los fumaderos que comenzaban a proliferar por el Raval, y mucho más directa inyectada o inhalada que a través de la pipa. Casi de inmediato, Momo sintió una sensación de euforia, que al cabo de pocos minutos se transformó en calor, y después en relax. Su ritmo cardiaco se atemperó y pudo respirar hondo, por primera vez en horas. *Todo va bien, todo está bien*, se convenció mientras notaba cómo el cuerpo se iba venciendo en una sugerente sensación de somnolencia.

En el balcón, los primeros rayos de sol anunciaban la llegada del día, y el anarquista, muy despacio, y con una leve sonrisa en el rostro, se dirigió hacia el dormitorio, con la intención de descansar un poco. Bajo la cama, sobresalían dos artefactos a medio terminar, y por un instante Momo creyó ver una figura agazapada detrás de él, esperando el momento adecuado. No le hizo caso, y tras agarrar una de las bombas Orsini, se tumbó en el catre, dispuesto a colocar, activar y después desarmar la espoleta. Lo hacía con los ojos cerrados, *Nunca se sabe en qué situación tendrás que entrar en acción*, le había explicado noches antes a Pau mientras ejercitaba junto al *expòsit* la misma maniobra sin pensar, mecánicamente. *Ahora así, coloco esta pieza, aprieto aquí y clic*, dijo en un susurro antes de quedarse profundamente dormido.

Dos minutos después, una explosión reventó la cama donde Francesco Momo se había tumbado a descansar. Un ligero movimiento al ponerse de lado a dormir, y la bomba Orsini cayó al suelo, *clic, clac, boom*. El estallido retumbó por toda la Rambla.

Casi de inmediato, Paulino Pallás llegó a la casa. Su sombra también había seguido a Momo aquella madrugada. También él había oído los rumores sobre «la secreta», y decidió escoltarle en secreto, a cierta distancia, con la intención de protegerle llegado el caso. Lo vio entrar solo, y a salvo, en el portal de su casa, pero aun así subió detrás de él las escaleras, y aguardó durante unos minutos junto a la puerta. Todo parecía en orden, mejor regresar a casa: él sí trabajaba en pocas horas.

La explosión le alcanzó mientras terminaba de bajar los peldaños de madera del portal, y la onda expansiva le lanzó al suelo con

violencia, aunque salió ileso. Nada más levantarse, y antes de que los vecinos comenzaran a gritar y saliesen al descansillo para comprobar de dónde venía la deflagración, Pallás subió de dos en dos los escalones y descubrió el cuerpo reventado de su compañero. La bomba le había estallado prácticamente encima. Nervioso, el anarquista miró alrededor y comprobó cómo otros cuatro artefactos, los mismos que desde hace semanas llevaban fabricando los miembros del comando, se hallaban al fondo de la estancia, muy cerca de una bolsa de opio blanco, abierta y desparramada por el suelo.

Sin dudarlo un instante, y tras comprobar que las espoletas no estaban conectadas, las envolvió en un saco y ascendió por la claraboya hasta los tejados, en el mismo momento en que las campanas de los bomberos anunciaban su llegada al lugar de la deflagración. El caos en la calle era tal que nadie reparó en la figura que, recortando el amanecer, desapareció por los balcones del centro de Barcelona, llevando consigo las bombas que habrían de cambiar la historia de la ciudad. Esta vez, sin que Francesco Momo lo supiera.

17.
El fin de la inocencia

La noticia de la muerte de Momo corrió como la espuma por las calles de Barcelona. La versión oficial habló de una operación coordinada entre la policía y el ejército para acabar con uno de los líderes de las revueltas anarcosindicalistas de la ciudad, que quedaban descabezadas tras el éxito de la estrategia gubernamental. Entre las tabernas, en cambio, se difundió la historia de cómo Francesco se había enfrentado con bravura a los guardias que lo esperaban en su casa, armados hasta los dientes, acabando por inmolarse y llevándose consigo la vida de cuatro agentes. Todo un héroe, a punto de subir a los altares laicos del movimiento obrero.

Fue un inconsciente, un bobo. A quién se le ocurre ponerse a jugar con una bomba medio drogado y en la cama, fue la respuesta de Paulino Pallás cuando, aquella misma mañana, aporreó la puerta de la Tasca de l'Eulalia hasta que un adormilado Salvador abrió la puerta y le dejó entrar. El anarquista le contó lo sucedido al tabernero, con el que había entablado cierta amistad, basada en la confianza, *Si uno de los dos falla, el otro puede acabar estallando con la bomba, mira lo que le pasó a Momo*, y ambos decidieron guardar silencio. No servía de nada que los compañeros supieran la verdad, coincidieron. Los rumores que durante las horas siguientes se propagaron por la ciudad no hicieron sino confirmar que habían estado acertados. Les era más útil un mártir que un insensato.

Desde la rendija de su dormitorio, Eulalia escuchó toda la conversación. También la decisión de seguir con el plan previsto. Quedaban seis meses para la operación, y se veían más que preparados. ¿Y Pau?, *Pau lo estará*, aseguró Salvador. *Podemos*

confiar en él; Esperemos que no haga falta, zanjó Paulino. *Tenemos que ver qué hacemos con esto*, añadió, mostrando al tabernero las cuatro bombas que había logrado rescatar de la casa de Francesco Momo. *Están en perfecto estado; Lo están, sí,* admitió Salvador, tras una primera ojeada a los artefactos. *Déjame pensar…*

Aquí. Pueden quedarse aquí, en la trastienda. Hay una tinaja enorme, vacía, al fondo. Si le das la vuelta verás que tiene un agujero por el que cabe una persona, terció Eulalia, saliendo de la habitación, ante la sorpresa de los dos hombres. *Dentro guardo algunos ahorros, por si alguna vez tenemos que huir de aquí. Sí, yo también tengo secretos. Y el vuestro estará a salvo conmigo*, afirmó la mujer. Ellos asintieron, *Así se hará*. Y así se hizo.

La desaparición de Momo caló hondo en el ánimo de Pau y de Rosetta. Durante aquellos meses, los dos jóvenes habían escuchado, fervientemente convencidos, las historias del argentino. Y él también se dejó querer por la pareja. Pallás fue a buscar aquella misma tarde al *expòsit* a las obras de la Sagrada Familia para informarle de lo sucedido y asegurarle que el plan seguía adelante y que, a partir de ese instante, la prudencia y el secreto serían fundamentales. *Nadie tiene que saberlo, y mucho menos ella*, advirtió el de Cambrils al joven, quien asintió, decidido. Guardaría el secreto, incluso para Rosetta.

No hubo funeral para Momo. Su cuerpo, o lo que quedaba de él, pasó a ser propiedad del Estado. Nadie protestó, ni reclamó sus restos, no tuviera que responder a demasiadas preguntas. El rastro del anarquista muerto manipulando un artefacto explosivo jamás salió en la prensa: la versión oficial habló de una detonación por una mala combustión de una estufa de aceite, sin más víctimas conocidas. Un breve en los periódicos que cada día informaban de decenas de muertes en una ciudad que ya llevaba varios años en llamas.

A los parroquianos de la Tasca de l'Eulalia se les confirmó la versión más heroica de la caída de Francesco Momo, y se les animó a seguir trabajando en la lucha que se había cobrado la vida de uno de los líderes. Alguien propuso escribir un panegírico sobre el caído, u organizar una manifestación en las calles para reivindicar su

legado, pero Pallás logró frenar los ánimos de los más exaltados: las autoridades habían impuesto una versión oficial, tal vez esperando a que alguien cometiera el error de explicar la verdad, y así lanzarse a la caza del anarquista, *Y no podemos permitirnos más bajas, especialmente ahora*, y todos coincidieron en lo inteligente del argumento. Además, pronto llegaría el 1 de mayo, y entonces sí que saldrían a las calles de Barcelona con toda la fuerza y la rabia acumuladas.

Así fue: aquel primero de mayo fue recordado, durante años, en Barcelona, por dos razones. En primer lugar, por el homenaje que los grupos anarcosindicalistas hicieron a su héroe Francesco Momo —dos meses después, la leyenda no había hecho sino aumentar, y el argentino no solo había acabado con la vida de una decena de policías, sino que algunos, incluso, aseguraban que no había muerto, y juraban haberlo oído en distintas partes de España y Europa aleccionando a las masas—; en segundo lugar, porque fue la última celebración en Barcelona en varios años.

Las concentraciones, no autorizadas, fueron reprimidas con violencia por la Guardia Urbana y el ejército, y los trabajadores contestaron formando barricadas en la *ciutat vella* y el Born, encendiendo hogueras y lanzando piedras y botellas a las autoridades. Barcelona ardió durante varias noches, y solo después de varios días la ciudad recobró cierta normalidad. Aunque la tensión se mantuvo viva durante semanas.

Llegó el verano, y Pau, Pallás y Salvador mantuvieron el contacto estrecho, apoyados por los informes del resto de compañeros al tanto de la operación. El *expòsit*, aunque confiaba en no entrar en acción, vivía aquellos momentos con la misma emoción infantil que había sentido al tomar por primera vez una vieja navaja para tallar una flor de *les taronges*, o al comprender la eclosión de los pequeños fragmentos de loza hechos arte, o al ver brotar de su mente, y de sus manos, dragones, tortugas o personajes bíblicos. Su pasión volvió a notarse en el taller de Gaudí, quien asistió, complacido, a las nuevas fuerzas con las que el *expòsit* encaraba el trabajo de cada día.

Ese verano, Pau y el arquitecto colaboraron de manera más estrecha, y no era extraño ver al joven pasar horas enteras junto al genio de Reus repasando las fotografías de los modelos escogidos para la fachada del Nacimiento. Definitivamente, aquel chico parecía decidido a tomar el relevo de Roger Oriol. Tal vez, llegó a pensar Gaudí, con el tiempo podría llegar a ser un más que digno sucesor suyo.

La efervescencia del trabajo de Pau junto a su *tiet* también agradó a Rosetta, quien, pese a compartir con el joven muchos de sus sueños y ambiciones políticas, no dejaba de sentir un temor íntimo a no poder competir con la pasión de su amado por el arte, y mucho menos con su compromiso con la revolución. Atrás parecían haber quedado los sueños de una huida juntos, un futuro en París, lejos de todo y de todos, solos los dos. *Si no hubiera sido tan miedosa, si le hubiera dicho que sí entonces*, pensaba la joven en las eternas jornadas de soledad en la casa que compartía con Gaudí y con el abuelo Francesc, cada vez más alejado de la realidad.

Una extraña enfermedad se había encargado de que el viejo calderero fuera olvidando, progresivamente, los recuerdos más nimios, pero también algunos de los más importantes. Era como una vasija que se vaciaba sin ningún criterio. Rosetta lo contemplaba con lástima, y con cariño. No podía evitar sentirse reflejada en ese olvido que atrapaba al abuelo. ¿Acaso Pau acabaría por olvidarla?, se preguntaba cuando pasaban dos noches sin poder abrazarle, sin poder tocar su piel, sin querer ni atreverse a algo más.

Pau siempre regresaba. Lo necesitaba: aquella niña, *Ya no soy una niña*; *Lo sé, mi amor, lo sé*; *Pues no vuelvas a decirlo*, aquella mujer se había convertido en su único contacto con la vida real. Rosetta no era piedra que moldear, ni azulejos que destrozar para conformar una nueva creación. Nadie podría pintarla nunca, era imposible tratar de atrapar la menor de sus esencias en obra alguna, más allá de las que ella había dejado de dibujar, *Tienes que volver a pintar, eres una artista*; *No, no, no es algo que ahora mismo necesite*, repetía ella cada vez que surgía la conversación.

La mayor parte de las veces, en su refugio del palacio de los Güell, dentro de la cripta donde el maestro Gaudí custodiaba las

láminas, *Los garabatos, más bien*, que Rosetta había dibujado en su infancia y adolescencia. A veces, *Solo para darte el gusto*, la joven aceptaba ponerse delante de un papel, pero Pau jamás consiguió contemplarla en acción. *Esto es algo entre tú y yo, pero debo hacerlo sola*, trataba de explicar; *Lo entiendo, lo entiendo,* respondía su enamorado sin añadir: *Yo también tengo mis secretos*.

Un secreto muy preciso, en forma de esfera granulada, una granada del tamaño de una sandía pequeña, que cada noche armaba y desarmaba con precisión de cirujano en la bodega de la Tasca de l'Eulalia. Tanto ensayó Pau, que al final de aquel verano era capaz de montar y desmontar el artefacto a ciegas, de igual modo que podía imaginar su recorrido por el rostro de Rosetta, recordar cada detalle de su piel, sin necesidad de abrir los ojos. Como si el resto del mundo no existiera. Como si no estuviesen a punto de arruinarse la vida para siempre.

Una calurosa noche en Barcelona, mientras ambos disfrutaban de su secreta libertad entre los muros del palacio a medio construir del Carmel, alguien entró en el edificio y los descubrió. Desnudos, enredados, empapados el uno en el sudor de la otra. Por primera vez, nerviosos, torpes, mordiéndose la piel, buscando la forma de cabalgar el uno sobre la otra, gimiendo y llorando, descargando toda la locura y el deseo, la ternura y la impaciencia, reconociéndose en aquello que nunca antes había significado más que horror y sufrimiento.

Eusebi Güell solía caminar hasta allí para contemplar una ciudad que consideraba, no sin razón, parte de sus propiedades. No era un hombre ingenuo: sabía que tarde o temprano su fortuna caería en desgracia o, al menos, que no siempre tendría la influencia de la que gozaba en aquellos momentos. Pero, en ese instante, sin ánimo de falsa modestia, podía decir que era uno de los hombres más importantes de Barcelona, de Cataluña, de España. Un grande. Y, como tal, gustaba de contemplar sus posesiones desde lo alto. *Mi castillo en Barcelona*, solía decirle a Gaudí cada vez que ambos se acercaban a comprobar el estado de las obras, menos activas de lo que quisiera Güell a causa de la creciente obsesión del genio con la Sagrada Familia. Y aquella fue una de esas ocasiones.

Porque, en contra de lo que últimamente solía hacer, Gaudí decidió abandonar la soledad de su obrador y acompañar aquella noche a su amigo y mecenas hasta lo alto. Necesitaba pensar, respirar, tomar decisiones, y el calor tórrido de la ciudad no siempre lo permitía, de modo que ambos tomaron un carruaje, bajándose del mismo a varios centenares de metros de la entrada secreta que el arquitecto había ordenado construir junto al muro de hierba y piedra, para caminar y tomar el aire fresco de la montaña.

No tardaron en descubrir que alguien había accionado la palanca y dejado el portón levemente entornado. Un pequeño empujón, y artista y millonario penetraron en el interior del palacio. *Tal vez deberíamos avisar a…*; *No*, zanjó Gaudí alzando la mano, exigiendo silencio. Fuera quien fuese quien había entrado en el edificio, conocía la ubicación del mecanismo oculto tras la maleza. No había tenido la necesidad, no ya de forzar la cerradura, sino de tocar una sola hoja. *Avancemos en silencio*, ordenó el arquitecto, y el empresario aceptó, con un nudo en la garganta, colocándose al frente de la marcha. Podría tener miedo, pero era un caballero, y aquella casa no dejaba de ser suya.

Sin saberlo, Eusebi Güell y Antoni Gaudí siguieron exactamente el mismo camino que recorrieron Rosetta y Pau la primera vez que descubrieron, juntos, aquel hermoso lugar. Pese al temor que le embargaba, el empresario no podía sino maravillarse de las benditas locuras que el arquitecto había creado en su propiedad, de las obras de arte, muchas de las cuales jamás serían contempladas por el pueblo, custodiadas en las caballerizas de palacio. Solo hubo una estancia a la que Gaudí nunca le permitió entrar, cerrada a cal y canto con una llave especial que únicamente él conservaba. O, al menos, eso pensaba cuando, profundamente sorprendido, descubrió una luz a través del ojo de la cerradura.

Necesito que esperes aquí, Eusebi, debo entrar solo, pidió el arquitecto. *No puedo permitirlo, Antoni, no olvides que esta es mi casa, y también soy responsable de ti. Me eres demasiado valioso*, ordenó el empresario en un susurro, acompañado de un leve y seco movimiento de la palma de su mano. Gaudí, esta vez, transigió, entregó la llave a Güell y dio dos pasos atrás. Con un golpe seco,

este abrió la puerta y penetró en la estancia. Allí los encontró: desnudos, entregados, acariciándose la piel… Aterrorizados al ser sorprendidos.

Gaudí no tuvo necesidad de entrar: habría reconocido el grito ahogado de Rosetta, y la voz de Pau, el hijo de Roger Oriol, en cualquier lugar del mundo. Como si todo el peso de la montaña de Montjuic hubiera caído sobre sus hombros, se dio la vuelta y comenzó a caminar, arrastrando los pies cansados, muy despacio, hasta la cancela de salida.

Desde allí, contempló la ciudad, desde el mismo lugar en que lo hicieron, en su primera noche en aquel refugio, los dos jóvenes enamorados, y el arquitecto se preguntó si tal vez no hubiera debido haber frenado aquella locura en el momento en que advirtió aquel beso furtivo. *La culpa es mía*, se dijo mientras la luna llena se elevaba por encima del mar, llenando de plata las torres que comenzaban a alzarse en su catedral de los pobres. Y no pudo evitar pensar en Pepeta Moreu y en sus amores perdidos. ¿Quién era él para…?

Eusebi Güell tocó con delicadeza el hombro de su levita, *Marchémonos, amigo, se ha hecho tarde*, respondió el arquitecto, emprendiendo el camino de regreso hasta el coche, que les esperaba unos cientos de metros más abajo. *Vais a tener unas vistas espectaculares de la ciudad, y del templo*, musitó. *Así es*, admitió Güell, extasiado en la contemplación de la noche barcelonesa, y sin encontrar un resquicio para explicar a Gaudí que había descubierto a su sobrina, y a su apadrinado, en cueros, encendidos por la pasión, en su propiedad. *Tal vez no fuera necesario*, pensó mientras tomaba del brazo a su amigo y ambos descendían, con parsimonia, el camino de regreso.

Y ahora, ¿qué hacemos? Estamos perdidos, ¡estoy perdida! Rosetta buscaba, hecha un manojo de nervios, sus ropas y se vestía torpemente, hasta tropezar, caer al suelo y hacerse una herida en la rodilla. Pau, acurrucado junto al fuego, callaba, apretando los dientes, consciente de que aquello lo cambiaba todo. Ahora no había posibilidad de huir, adiós a París, adiós a una salida honrosa para ambos. Jamás olvidaría la mirada de piedra de Eusebi Güell al

descubrirle, desnudo, junto a la sobrina de Antoni Gaudí. Una mirada repleta de desdén, *Pobre desgraciado, maldito desagradecido, con lo que el maestro ha hecho por ti y así le pagas*, una mirada que destrozaba a martillazos la lápida de Roger Oriol, que retumbaba a piquetazos en sus dragones de mármol, que auguraba explosiones para devolver las maravillas de sus *trencadís* a la loza tirada en el suelo antes de volver a ser desmenuzada y convertida en gravilla. Justo ahora que había llegado el momento de no cometer errores.

Debo irme, te dejo en casa, acertó a decir, al cabo de unos minutos, el *expòsit*.

¿Eso es todo?, preguntó, violenta, Rosetta. *¿No vas a decir nada más?*

Te dejo en casa, respondió Pau, sin poder mirarla a los ojos, mientras se colocaba la camisa y salía de la habitación. *Te espero fuera, no tardes*.

Fueron las últimas palabras que la niña, *Ahora sí que me siento boba como una niña pequeña, loca, que te estás volviendo loca, que me estás volviendo loca*, escuchó de su amante en mucho tiempo. Cuando Rosetta entró en la casa de los Gaudí, su *tiet* estaba sentado en el sofá del salón, fumando en pipa, con las cortinas abiertas de par en par, contemplando sin mirar el mar. La niña, tras dudarlo un instante, se acercó a él, y le besó en la frente, y le pareció advertir una lágrima en los ojos del arquitecto. Que tampoco le dirigió una sola palabra.

En silencio, de nuevo en silencio, ¿para siempre en silencio?, Rosetta subió las escaleras, cerró la puerta de su habitación y lloró con desesperación, tapándose el rostro con un almohadón para no hacer ruido, su desgracia.

18.
Una secreta venganza
Barcelona, septiembre-noviembre de 1893

Nadie dijo nada. Nadie supo nada. Ni Gaudí, ni Güell, ni Pau, ni por supuesto Rosetta. La vida siguió como si nada hubiera ocurrido. Al día siguiente, el arquitecto, como cada mañana, se levantó antes del alba y, tras sus rezos, se encerró en el obrador a trabajar. Pau fue llamado por Matamala y, para su sorpresa, volvió a acudir al despacho de Gaudí para recibir las indicaciones precisas. Durante días, maestro y discípulo continuaron trabajando en los rostros, la fauna y la flora de la fachada del Nacimiento, sin que ninguno de los dos tuviera las ganas, ni la valentía, para afrontar lo sucedido. Ambos disfrutaban de la pasión por la creación, y cuando el arte tomaba el mando, no existía nada más.

Al terminar la jornada de trabajo, el *expòsit* se dirigió a la Tasca de l'Eulalia sin saber si debía, o no, informar de lo ocurrido. La mujer de Salvador, que lo vio entrar, supo de inmediato que algo había sucedido y buscó con la mirada al chico, quien acabó por confesar, desolado, lo sucedido la noche anterior. *No digas nada, cualquier cosa arruinará la operación y pondrá nerviosos a Santiago y Pallás. Te sacarán sin dudarlo* —sugirió, en voz baja, Eulalia—. *Güell y Gaudí no dirán nada, sería una vergüenza pública que ninguno podría soportar; Los burgueses son así, unos especialistas en ocultar sus sentimientos por un supuesto bien mayor,* añadió, acariciando con suavidad el pelo del muchacho. *En cuanto a ella, me temo que no puedes, ni debes, hacer nada. Al menos por el momento. Solo espero que hayas cumplido tu promesa, y Rosetta no sepa nada de lo que te traes entre manos*.

No. No sabe nada. Y gracias al cielo que ha sido así, respondió Pau. *Pues ahora queda lo más difícil. Tienes que guardar en un cajón lo que pasó, centrarte en tu trabajo y en la operación. Nadie puede advertir debilidad en ti, o todo se acabó, ¿lo comprendes?*, y Pau, aunque en realidad no entendía nada de lo que estaba ocurriendo, asintió con la cabeza antes de advertir que Salvador los contemplaba, con extrañeza, desde la barra. *Vamos, es hora de continuar*, resolvió Eulalia girando la cabeza y lanzando un *Ya vaaaaa* a uno de los parroquianos, de nuevo con el vaso vacío.

A mediados de septiembre, todo estaba preparado. El comando anarquista sabía cuándo, cómo y quiénes llevarían a cabo la operación. Aunque caía en martes, las autoridades políticas y eclesiásticas habían declarado la fiesta de la Mercè día de precepto en Barcelona. La imagen de la patrona procesionaría por las calles de la Ciudad Condal hasta la catedral, donde el obispo Jaume Català i Albosa presidiría una magna celebración, tras la que se procedería al desfile militar en honor de María de las Mercedes, la Princesa de Asturias, hermana del rey-niño Alfonso XIII, la joven que nunca podría reinar. La comitiva estaría encabezada por el general Arsenio Martínez Campos: él era el objetivo del atentado.

Pau continuó trabajando en el obrador de Gaudí, sin que nadie volviera a recordar lo sucedido en el palacio de los Güell. En alguna ocasión, el *expòsit* se cruzó con el empresario, a quien se le daba peor disimular, pero que, por decoro, apenas se limitaba a retirar la mirada al tropezarse con el muchacho. Si el maestro no decía nada, él tampoco lo haría, pensó el mecenas, quien no obstante había ordenado cambiar el mecanismo de apertura de la cancela secreta, sin que Gaudí pusiera la más mínima resistencia. Solo habría dos llaves: una para el maestro; otra para Güell.

Rosetta, por su parte, se recluyó, casi por completo, en sus aposentos. Al principio, presa de la tristeza. Después, profundamente indignada con su *tiet*, por no decir nada. Y, sobre todo, por la absoluta desaparición de Pau. Desesperada, recorría de un lado a otro su habitación, mirando compulsivamente a través de la ventana por si él, o alguien enviado por él, aparecía con un mensaje, un «Te quiero», un «Lo siento», un «Todo irá bien», con

una figura de madera tallada con su vieja navaja o un trenzado para su pelo confeccionado con pedazos de loza. Pero nada iba bien, pues nada ocurrió. La incertidumbre la estaba consumiendo, y el calor de aquel verano terminaba por agotar su resistencia, y la niña gritaba, pataleaba, arañaba las paredes y garabateaba horrendas pinturas que posteriormente rompía en mil pedazos, cuyos trozos acababa por meterse a la boca, masticando sin parar. Apenas comía, y si lo hacía vomitaba prácticamente al instante.

Pobre niña mía, pobre niña loca mía, susurraba el ama de llaves cada vez que entraba en la habitación y recogía los restos de la última batalla*. No me mires así, que no estoy loca, ¡no estoy loca!*, rugía Rosetta cuando se cruzaba con la mirada, entre misericordiosa y aterrorizada, de la mujer, que nunca se había preocupado por ella más allá de lo estrictamente necesario y que ahora abandonaba la sala a toda prisa pensando si lo que en verdad le pasaba a aquella muchacha no era algo más que esquizofrenia.

El mismo día del atentado, mientras Pau aguardaba en la retaguardia, por si debía entrar en acción, y Salvador se despedía con un beso tembloroso de Eulalia, por si no volvía a verla, antes de encontrarse con Paulino Pallás en la Rambla, Rosetta comenzó a vomitar, presa de un intenso dolor en el vientre. Encogida, acurrucada junto a la ventana, vio cómo las paredes temblaban al recoger el estallido de la bomba, y solo entonces recordó que hacía varias semanas que debiera haber sangrado, como mujer que era, y que no lo había hecho.

El desfile discurría con normalidad, con media ciudad echada a las calles, vitoreando a los militares, y la otra mitad obligada a comparecer para no ser señalados como traidores. Pau asistía desde un rincón al paso de la comitiva, enfundado en su boina de trabajo y sin llamar demasiado la atención. Con la salida controlada por si, llegado el momento, debía alejarse del desfile y acudir a la bodega de la Tasca de l'Eulalia para recoger su artefacto, activarlo a la carrera y hacerlo estallar. No hizo falta.

Bien posicionados, Paulino y Salvador aguardaban su turno, situados cada uno a ambos lados de la Gran Vía. A una señal —lanzó un sombrero al aire— y al grito de *¡Viva la anarquía!*, Pallás se

plantó frente al corcel del general y lanzó entre las patas una de las bombas Orsini. Sin ser visto, Santiago Salvador hizo lo propio y, al momento, huyó de la escena. Los estallidos provocaron el caos entre la muchedumbre, que se dispersó, despavorida, entre el humo, el fuego y el relinchar de los caballos. Pallás, gritando como un poseso, giraba en torno a la polvareda, con los brazos abiertos, respirando el aroma de la pólvora e intentando comprobar si su lanzamiento había surtido efecto. No opuso resistencia a la decena de guardias civiles que se abalanzaron contra él, inmovilizándole por completo. Cuando se lo llevaban pudo advertir, con rabia, que Martínez Campos se levantaba, levemente herido pero orgulloso, alzando su sable y gritando: *¡España, España!*

El atentado se saldó con una veintena de heridos, un guardia civil reventado y un par de jóvenes asistentes al desfile con las piernas amputadas. Casi de inmediato, la maquinaria propagandística del Gobierno informó de la detención de un peligroso anarquista, buscado en Francia, Argentina y Brasil, y de la detonación fallida de dos bombas de fabricación casera, similares a las encontradas, hacía varios meses, en la casa del líder de la revuelta Francesco Momo.

Pallás fue sometido a un juicio sumarísimo, en el que declaró que había actuado solo y que no pertenecía a ninguna organización, declarándose anarcocomunista. Entre sus motivaciones para atacar a Martínez Campos, declaró su convencimiento de que el general suponía un peligro para el pueblo de Cataluña y para la revolución social, aunque otras fuentes publicaron que, en realidad, lo que pretendía Pallás era una venganza en represalia por la muerte de los compañeros de Jerez de la Frontera. Pallás admitió que las bombas se las había proporcionado Momo y en su turno de palabra final, tras haber sido condenado a muerte por un tribunal militar, solo lamentó haber fallado y que Martínez Campos continuara con vida. De nada sirvieron las peticiones de clemencia de algunos diputados republicanos, y del mismo arzobispo de Barcelona: Paulino Pallás fue fusilado en el castillo de Montjuic el 6 de octubre, apenas dos semanas después del frustrado atentado.

Dos días después de su muerte, en uno de los diarios donde

Pallás colaboraba como impresor se publicó una carta del terrorista:

> He mantenido a lo largo de mi vida una lucha titánica por la existencia. He sentido en mi propia piel los efectos de esta sociedad, mal constituida y peor gobernada. Constato que es un cuerpo gangrenado, que no se puede poner en él ningún dedo sin tocar una llaga purulenta. He creído que era necesario destruirla y he querido ofrecer a esa obra demoledora mi aportación en forma de otra bomba. Al general Martínez Campos, como soldado y como caballero, lo respeto. Pero he querido herirlo, he querido deshacer uno de los muchos pilares sobre el que descansa el actual estado de las cosas en España. […] Quiero que conste que, al realizar mi acto, no me impulsaba otro móvil que el de sacrificar mi vida en beneficio de mis hermanos de desgracia.

Martínez Campos, contaron las crónicas, acogió bajo su guardia y custodia a la mujer de Pallás y al bebé recién nacido, hijo de quien intentó asesinarle, en una muestra de magnanimidad y misericordia.

Durante semanas, la policía hurgó en todos y cada uno de los rincones en los que diversos testigos aseguraron haber visto al terrorista en los días previos al atentado. Como no podía ser de otro modo, la Tasca de l'Eulalia quedó clausurada. Santiago Salvador, blanco de terror, abrió la puerta a la Guardia Civil, que, pese a poner patas arriba el establecimiento e interrogarles tanto a él como a su esposa durante horas, no supo reconocerle como el otro autor material del atentado. A ningún agente, por cierto, le dio por voltear la gran vasija del fondo de la bodega. Las dos últimas bombas construidas por Francesco Momo no fueron descubiertas jamás. Al menos, hasta que estallaran, mes y medio después.

Santiago y Pau, el *expòsit*, se encontraron al cabo de varios días, lejos de la taberna. *Y ahora qué hacemos*, preguntó el joven. *Ahora tenemos que terminar el trabajo, por Momo, por Pallás, por el pueblo*, respondió, visiblemente alterado, Salvador. *Ya, pero cómo,*

nosotros no somos estrategas, lo eran Francesco y Paulino, adujo el *expòsit* mientras caminaba junto a su compañero por la Rambla.

En una de las farolas de la calle, estaba pegado el anuncio de las nuevas actuaciones en el remozado teatro de la capital. En cartel, el estreno de una ópera sobre Guillermo Tell, el famoso arquero cuya rebeldía ante el poder establecido le obligó a arriesgar su propia vida, y la de su hijo, en un macabro juego de puntería del que salió bien librado. Pau y Salvador se miraron y, de puro nervio, soltaron una carcajada. Aquello sí que parecía una señal.

Cuando Santiago le contó sus planes a Eulalia, esta se tomó un tiempo para contestar. Sabía que una vez entrara en el Liceu, su marido no tendría posibilidad de escapar. También, que a diferencia de lo que sucedía en las calles, las deflagraciones en el interior provocarían una masacre difícil de olvidar, con decenas de muertos y mutilados, por no hablar de la posterior represión. Si su marido hacía estallar una bomba —o dos—, ella misma acabaría en prisión o, lo que resultaba más probable, torturada y violada hasta la extenuación por unos soldados sedientos de sangre y de venganza. Por supuesto, sin dejar testigos.

De acuerdo, pero iré contigo, acabó por decir la mujer, ante la mirada atónita de Santiago Salvador, quien en vano quiso persuadirla de que aquello era una locura. La mujer se dirigió, decidida, hasta la bodega, y sacó de una de las esquinas de la vasija —con sumo cuidado, no fuera a hacer estallar alguno de aquellos malditos artefactos— la bolsa donde guardaba los ahorros, *Para cuando hiciera falta*. Después, subió al dormitorio y, al cabo de media hora, salió vestida con sus mejores galas, con destino al teatro mayor de Barcelona. *¿Entonces, dos entradas?*; *Tres, Pau esta vez no puede quedarse fuera*, respondió el tabernero, profundamente orgulloso de la valentía demostrada por su mujer. *Pobre Rosetta, pobre niña mía*, musitó para sus adentros Eulalia, antes de salir a la calle a comprar unos boletos para la ópera.

Durante días, Pau intentó, en vano, ponerse en contacto con Rosetta. Quería pedirle disculpas por su ausencia a lo largo de las semanas, aunque estaba convencido de que la joven era plenamente consciente de que él estaba detrás del atentado contra Martínez

Campos. Pero sobre todo quería despedirse de ella. La decisión de vengar la ejecución de Pallás y la muerte de Momo y dar un golpe de efecto que todos recordarían durante años suponía también el adiós definitivo a su amada, y a la vida que había llevado hasta aquel momento. No veía probable salir vivo de aquella operación, ya fuese porque muriera durante el estallido o porque, antes o después, fuese detenido por las autoridades.

Pero la niña no quiso saber nada de él. Fue imposible llegar hasta ella. De nada sirvieron las notas, los ruegos, e incluso, en un momento de desesperación, que Pau escalara a través de un canalón la pared de la casa de los Gaudí hasta llegar a la ventana de la habitación donde vivía, encerrada desde semanas atrás, Rosetta. La joven, que a mediados de octubre confirmó, sin poder compartirlo con nadie, que aquella ausencia de sangrado no se debía a los nervios, ni a un desarreglo de su período, sino al florecimiento de una nueva vida en su interior, se enroscó en sí misma, y apenas salía de la habitación si no era para cenar con su *tiet*, con quien continuaba manteniendo una relación silenciosa, sin miradas acusadoras, pero ausente de la complicidad que ambos se habían profesado durante toda la vida.

Gaudí, por su parte, andaba enfrascado en sus propios dilemas: la repentina muerte de su amigo Grau, el obispo de Astorga, supuso también el final de su colaboración con la junta diocesana, con la que estaba enfrentado. El palacio episcopal quedaba a medio construir: *Serán incapaces de acabarlo y quedará interrumpido*, auguró el genio, quien también había asistido, meses antes, a la muerte de Bocabella y a la enfermedad paralizante de su mujer, Francesca, que —bien sabía el arquitecto— provocaría que el obispo de Barcelona volviese a intentar hacerse con la propiedad de la Sagrada Familia.

Te quiero mucho, tiet, se despidió Rosetta antes de regresar a su habitación. *Sí, sí*, respondió, con desgana, el arquitecto, devolviéndole la caricia sin mirarla. La joven se marchó, confundida, a su estancia. ¿Podría Gaudí no saber nada de su encuentro con Güell? No, aquello resultaba del todo imposible. ¿Acaso no le importaba? No podía creerlo. ¿Aceptaba el arquitecto entonces su

relación secreta con Pau? ¿O simplemente había decidido hacerla desaparecer de sus preocupaciones, olvidarse de ella, como había hecho todo el mundo desde que era capaz de recordar? ¿Qué haría cuando se enterara de su embarazo? ¿La repudiaría? ¿La escondería, de nuevo, en un rincón oscuro, en un convento similar a la escuela de Tarragona? Solo de pensarlo, Rosetta sufrió un desgarro interior. Volvía a estar sola, sin poder confiar en nadie: ni en su *tiet*, ni en Pau, ni en sí misma. Volverían los hombres grises y le arrebatarían a su niñito: estaba convencida de que en su vientre latía el corazón de un pequeño genio.

Gaudí pudo encontrarse una última vez con Pau. Sucedió la noche anterior al atentado. El *expòsit* daba los retoques finales a una de las maquetas proyectadas para las seis grandes peanas de la fachada del Nacimiento, que el artista quería que reflejasen grandes festines de capones, gallinas, ocas y pavos, símbolos de los excesos que se servían en las mesas de la Navidad de los poderosos, mientras los desheredados se morían literalmente de hambre, cuando el arquitecto entró en el obrador. Se sorprendió al verlo a aquellas horas, *Hacía mucho que no te quedabas hasta tan tarde*, acertó a decir Gaudí. *Quería terminar el trabajo*, respondió el chico, arrepintiéndose al instante de haber podido desvelar su marcha. Gaudí no prestó atención a sus palabras, pero sí a sus bocetos.

Be, be, molt be, musitaba el arquitecto mientras escudriñaba cada una de las maquetas de las mesas de Navidad. *Estoy muy orgulloso de tu trabajo, Pau* —dijo al cabo de un rato, para añadir, sin apartar la mirada de las peanas—: *Eres como un hijo para mí*.

En aquel instante, Pau, el *expòsit*, el niño que jamás tuvo un padre, el chaval que perdió en un terrible accidente al único que trató de ocupar ese rincón vacío en su memoria, se rompió por dentro, y se echó a llorar sin freno. Sorprendido, Gaudí le preguntó: *¿Qué ocurre, he dicho algo malo?*, y el chico solo pudo abrazar al arquitecto con fuerza, durante unos segundos, para después salir corriendo del obrador, dejando al genio de Reus totalmente confundido: no estaba acostumbrado a muestras de cariño tan efusivas, y le perturbaba que vinieran precisamente de aquel chico, que no había derramado una lágrima en público ni siquiera en el

funeral de Roger Oriol. Inmediatamente, pensó en el beso que la noche anterior le había dado Rosetta, y el recuerdo le devolvió al palacio del Carmel. Por extraño que pudiera parecer, la sensación que aquello le produjo fue de compasión. Nada que ver con la realidad.

Al día siguiente, a la hora convenida, Santiago, Eulalia y Pau se encontraron en la taberna. Salvador había tenido que prestar al *expòsit* una camisa no demasiado vieja, y otros zapatos, para que el chico no pareciera un pordiosero. De todos modos, él estaría ubicado en el «paraíso», el lugar al que iban los pobres que apenas podían permitirse el lujo de asistir a un espectáculo semejante. En el caso del matrimonio, Eulalia había tirado la casa por la ventana, escogiendo dos entradas en el primer anfiteatro. En el interior de una saca, Pau portaba una de las bombas; la otra, en el bolso de la tabernera. Apenas medían veinte centímetros de diámetro, lo que permitía esconderlas con cierta facilidad, aunque cada una pesaba más de tres kilos. Si a algún agente le hubiera dado por hurgar en sus pertenencias, estarían perdidos. No fue así.

Pau se acomodó en lo alto del gallinero, en un lugar con poca visibilidad pero fácil escapatoria, si es que resultaba posible huir del teatro una vez estallasen los artefactos. A las nueve en punto se cerraron las puertas, y comenzó la representación. La historia del arquero, escrita por Schiller, en cuyo drama se basó Rossini para crear la ópera, caló hondo en el *expòsit*, que por un momento se olvidó de la razón que le había llevado hasta el teatro. Salvador y Eulalia, por contra, contemplaban la escena sin mirar, visiblemente nervioso él, tensa y avizora ella, quien tomó su mano con fuerza y no la soltó hasta que arrancó el segundo acto.

A la hora convenida, las once de la noche del 7 de noviembre de 1893, sin esperar a que el arquero clavase la flecha en el corazón de la manzana colocada en la cabeza de su hijo, Santiago Salvador miró a su esposa y esta le entregó el artefacto. El tabernero, con precisión milimétrica, activó la espoleta sin hacer ruido y, cuando el primer tenor entonó una de sus arias, se levantó y lanzó la primera de las bombas Orsini al patio de butacas. El estallido fue inmediato. Los resultados, terroríficos: gritos, aplastamientos, jadeos, humo y

fuego. Varias víctimas volaron por los aires, y sus restos llegaron más allá del segundo anfiteatro. La explosión inicial sorprendió a Pau, que dejó caer de sus manos el segundo artefacto sin llegar a activarlo. Desde el «paraíso», llegó al patio de butacas. La bomba no estalló: se hundió en las faldas de una de las fallecidas y bajó rodando hasta detenerse, en silencio, junto a la orquesta.

El *expòsit* miró hacia abajo y, entre la humareda, pudo ver fugazmente a Santiago Salvador, en pie, con la mirada perdida, entre triunfal y desgarrado, sujetando la mano de Eulalia, que yacía muerta a su lado. Veinte personas fallecieron en el atentado y otras treinta sufrieron distintas mutilaciones por el impacto de la explosión. Una bomba Orsini, después se supo, salida del taller de Francesco Momo y que la policía jamás pudo encontrar. Los músicos, envueltos en sangre, ayudaban a evacuar a los heridos, mientras las autoridades acordonaban la zona e impedían a los aterrorizados asistentes la salida del Liceu. Durante horas, todo fue caos, muerte y olor a carne quemada.

Rosetta no se enteró de nada de lo ocurrido hasta la mañana siguiente y, al saber que Eulalia estaba entre los fallecidos, lloró con amargura y agradecimiento. Por su amiga, y porque ya no cabía duda alguna: aquella, y no otra, había sido la razón por la que Pau se había apartado de su lado. Su sonrisa horrorizó al ama de llaves, *Definitivamente, esta niña está loca, cómo puede alegrarse de tamaña desgracia, Dios bendito*, pero nadie podía saber que la niña —*No soy una niña, soy una mujer, soy una mujer y seré madre en unos meses*— se sentía feliz porque todo aquello significaba que él estaba vivo —o, al menos, no aparecía en el listado de muertos en el Liceu— y que, pese a las dudas, la amaba. Tanto como para no implicarla.

Esa misma mañana, al salir de sus rezos matutinos, Gaudí tuvo noticia del grave atentado en el Gran Teatre del Liceu. Los periódicos daban todo tipo de detalles sobre el atentado, los nombres de los muertos, los heridos, la bomba que no explotó, las conexiones de los anarquistas con los últimos acontecimientos en la ciudad y las investigaciones de la policía y el ejército para esclarecer lo sucedido y atrapar a los autores de la masacre, que habían logrado escapar

entre el caos y la confusión del momento. *Señores, tenemos que construir un templo*, bramó al entrar a las obras de la Sagrada Familia y comprobar cómo obreros y capataces no hablaban de otra cosa que de lo sucedido en el Liceu.

Pau no apareció en todo el día, ni durante las jornadas siguientes. Gaudí, en la soledad de su obrador, releyendo la prensa y contemplando las últimas maquetas dejadas por el *expòsit*, comenzó a comprender. Y tomó un folio en blanco y un lápiz y, con rapidez, como hacía años no lo hacía, dibujó un boceto que, cuatro años después, se convertiría en una de las primeras estatuas de la fachada del Nacimiento: un joven, al que todos los obreros de la época pudieron reconocer con facilidad, recibía del mismísimo demonio, disfrazado de dragón, un artefacto que nadie dudó que era el mismo que estalló en el Liceu; al lado, otra escultura, en la que un segundo diablo ofrecía una bolsa de dinero a una niña —esta sin rostro, sin nombre, sin que nadie pudiera reparar que se trataba de ella— para prostituirse.

«La tentación del hombre», decidió llamar al conjunto, antes de ordenar a Matamala que creara las maquetas y las situara en el pórtico del Rosario, muy cerca de la Virgen, a la derecha del Nacimiento. Muchos años después de la muerte de Antoni Gaudí, algunos quisieron ver los parecidos entre esas dos figuras y las de José y María, pero quién es un hombre para adivinar las intenciones de un artista con el genio inimitable que aquella noche de noviembre hizo eternos a dos amantes furtivos.

Tercera parte

1.
No estarás sola
11 de junio de 1894

Rosetta dio a luz en la casa de los Gaudí. Entre terribles dolores, únicamente atendida por el personal de la finca y por un médico de la absoluta confianza del arquitecto. Lo hizo exactamente el mismo día en que los tribunales condenaban a garrote vil a Santiago Salvador por el terrible atentado acaecido, meses antes, en el teatro del Liceu. Ninguno de los dos logró ver la luz de la mañana siguiente.

El niño, *Mi niño, nuestro niño*, nació con el cordón umbilical anudado al cuello, y pocas horas después, y pese a los esfuerzos del galeno, acabó ahogándose con el hilo que le unía a su madre. De nada sirvieron los intentos de reanimación: el cordón fue una soga para el pequeño, y los empujones de Rosetta para expulsarlo de sí no hicieron sino apretarle hasta asfixiarle. O eso le dijeron a ella, que nunca llegó a ver el cuerpo muerto de su bebé, que lloró amargamente, que pataleó hasta desvanecerse por el esfuerzo, la sangre perdida y el inmenso dolor que jamás le abandonaría, *No puede ser, no puede ser, ¡no! ¡Pauuuuuu!*, gritó antes de desfallecer.

Y ahora, ¿qué hacemos?, preguntó el médico a Gaudí tras lavarse las manos y tocar levemente la puerta del despacho desde donde el arquitecto escuchaba, entre lágrimas, los alaridos de su sobrina, acompañado de su mecenas y amigo Eusebi Güell. Y es que, a excepción de los facultativos, estaba terminantemente prohibida la presencia de hombres en un parto. Aunque este se diese en su propia casa. Aunque acabara como acabó aquel.

Gaudí se levantó con lentitud y escuchó atentamente el informe del doctor. *¿Se le ha dicho lo que ha ocurrido?*, preguntó, tras un breve silencio. El galeno asintió con la cabeza*.*

Sea entonces. Sigamos adelante. Muchas gracias, doctor. Y, por favor, que no sufra, rogó, volviendo la mirada hacia el ventanal.

Eso, mi estimado señor, me temo que será imposible. Este tipo de dramas, y más en el caso de personalidades tan… peculiares como la de su sobrina, dejan huella, me temo que para siempre.

Sí, de eso nos ocuparemos… más adelante, respondió Gaudí, sin dejar de buscar a través de las cortinas el mar que, hacía no demasiados años, era lo único que hacía sonreír a *su* Rosetta. ¿Volvería a hacerlo alguna vez?

Después de comprobar, una vez más, que la vida de Rosetta no corría peligro, el doctor abandonó aquella casa para no regresar jamás. En la puerta le aguardaba el carruaje de Güell. En su interior, el empresario le concedió el acceso con un gesto de la mano. Nadie más que ellos y los habitantes de la casa conocían el embarazo de la sobrina de Gaudí. Nadie más debía saberlo. Nunca. Güell sabía cuál era su cometido: le atormentaba no haber podido hacer nada para evitar aquel drama, aunque tal vez sí podría tapar el más que previsible escándalo.

Hicieron el camino en silencio, sin mirarse a los ojos. Ambos sabían lo que realmente había pasado, y lo que iba a suceder en adelante. También que se trataba de la única decisión posible, dadas las circunstancias.

¿*Realmente está usted seguro de…?*, se atrevió a preguntar el empresario. *Sin lugar a dudas*, respondió el doctor. *Si alguien descubre la verdad, sería mi fin*, balbuceó Güell. *Descuide. Yo asumo toda la responsabilidad*, zanjó el médico. Ninguno de los dos volvió a abrir la boca durante el breve trayecto por las calles de la vieja Barcelona.

Un lloriqueo rompió el tenso silencio en el interior del habitáculo. El bebé, que el doctor había introducido en el carruaje oculto bajo su capa, tenía hambre. *Pronto todo habrá terminado*, *pequeñín*, susurró Güell, meciendo con suavidad el capazo dispuesto a su derecha y en el que el médico lo había colocado nada más entrar en la calesa. El

empresario, que sabía muy bien lo que suponía ser padre —diez vástagos daban buena fe de ello—, miró al bebé con dulzura y alargó su mano hacia él. De inmediato, el pequeño arrancó a curiosear con los dedos limpios, cuidados, suaves de manicura del millonario, que sonrió brevemente y, por un momento, dudó si dar marcha atrás, regresar a casa de su amigo Gaudí y confesarle la cruda verdad.

Sin embargo, pronto desechó la idea: el escándalo sacudiría de tal manera la sociedad catalana que el arquitecto sería apartado de manera fulminante de la dirección de las obras. Català i Albosa no desperdiciaría la ocasión para hacerse, al fin, con las riendas del templo. Por no hablar de que Gaudí jamás volvería a dirigirle la palabra. Lo veía capaz de ello: aunque supusiera su ruina, el genio de Reus no dudaría en romper toda relación con Güell si alguna vez llegara a comprender…

Mejor así, pensó, mejor que no supiera, que su amigo del alma viviera pensando que su sobrina había perdido al hijo que esperaba, fruto del pecado. En la despedida, Gaudí se agarró de su brazo y, entre lágrimas, prometió a su amigo que iniciaría un severo ayuno para expiar los pecados de Rosetta, que *Ya no es una niña, ya nunca más será una niña*, los de Pau, *Si lo encuentro pagará por todo esto, maldito desagradecido*, se mordió la lengua Güell, y los suyos propios*. Esto es culpa mía, Eusebi, he fallado en mi responsabilidad, y ahora he perdido a mi sobrina, a un nieto y a un artista.* Porque Pau, el *expòsit*, seguía sin dar señales de vida.

El *expòsit*. *Pobre desgraciado*, y la mente de Güell regresó al carruaje, donde el bebé se había quedado dormido agarrado a su pulgar. Tenía que encontrarlo, y lanzarle a la cara la verdad: esa sería su venganza contra el joven, que estuvo a punto de echar todo por tierra. *Y que ahora nos obliga a esto*… El empresario apartó suavemente su dedo de las manos del pequeño, que no se despertó, agotado como estaba de sus agitadas primeras horas de vida.

Descansa, ahora que puedes. La vida que te espera…

A los pocos minutos, el carruaje terminó de golpear en suelo de adoquín de la *ciutat vella* y se detuvo frente una enorme puerta de madera. Tras cerciorarse de que nadie le observaba, el médico bajó

los escalones del vehículo y caminó, en silencio, los pocos metros que le separaban de la Casa de la Misericordia de les Ramelleres. Unas gotas de lluvia rozaban su chaqueta mientras abría el portón, girando sus pasos a la derecha de la estancia, hasta contemplar el torno. El mismo lugar en el que, años antes, la Mercè dejó un capazo con el cuerpo del pequeño Pau. No podía saberlo, pero la historia se estaba repitiendo con precisión milimétrica mientras hacía girar la rueda y contemplaba cómo el pequeño sin nombre desaparecía entre los muros del hospicio.

Salió deprisa, aunque sabía que nadie en el convento abriría la puerta para descubrirle: y mucho menos después de la generosa donación que aquel pequeño llevaba en su regazo. *¿Todo bien?*, preguntó Güell una vez el médico penetró en el interior del carruaje. *Todo bien*, contestó. No hubo más palabras. Los cascos de los caballos se confundieron con el sonido del aguacero de finales de primavera que, justo después, comenzó a caer en Barcelona. Nadie vio nada. Nadie supo nada. Y mucho menos la monja que cogió el «paquete», lo guardó entre su hábito y, tras comprobar que el bebé se hallaba en buen estado, le hizo la señal de la cruz mientras hojeaba el santoral del día: *Te llamarás Bernabé*, le susurró al oído. A la hermana le pareció que el pequeño sonreía al escuchar, por primera vez, su nombre.

2.
Un funeral sin flores
11 de junio de 1926

Pero… ¡pero es un prócer de Cataluña! ¡Es un artista de talla mundial! ¡No podemos hacer esto!

El recién nombrado arzobispo de Barcelona —su antecesor, Ramón Guillamet, había fallecido el 14 de abril anterior—, Josep Miralles, escuchó atónito las razones de mosén Gil Parés, de Domènec Sugranyes y del albacea de Gaudí, Pedro Santaló. Así lo había establecido el propio Gaudí en su testamento: no quería un funeral oficial, ni grandes fastos*. Lo que quiera hacer, que lo haga el pueblo*, había dejado escrito, y el nuevo prelado, que había conocido al arquitecto en sus viajes a Mallorca, tomó la parte por el todo. *Somos el pueblo, somos los representantes del pueblo santo de Dios*, exclamó, dejando enmudecidos a los garantes de los deseos del finado.

Tras arduas negociaciones, se llegó a un compromiso de mínimos. El entierro sería público, sin presencia de autoridades oficiales, y lo organizaría la Asociación de Devotos de San José, custodios del templo que ya se elevaba hacia el cielo en el Eixample. Serían los obreros quienes portarían el féretro y quienes lo llevarían en procesión hasta la cripta, donde Gil Parés, como capellán de las obras, pronunciaría el responso. Se permitiría la entrada a todo trabajador de la Sagrada Familia, pasado o presente, y a sus familiares, con un lugar preferencial para los pobres. No en vano, los propietarios del templo en el que Gaudí sería enterrado eran ellos.

Antes, sin embargo, tendría lugar una despedida oficial, con un funeral público en la catedral, presidido por monseñor Miralles, y un

recorrido previo por el centro de la ciudad, en el que el cortejo iría acompañado por las más altas autoridades, la Guardia Urbana con indumentaria fúnebre y la parafernalia propia de uno de los grandes. *Así se hará, y no se hable más*, cerró el arzobispo, quien abandonó bruscamente el hospital de la Santa Creu, con el cuerpo del arquitecto aún presente.

Sugranyes, Gil Parés y Santaló se miraron, en silencio, y se pusieron manos a la obra. Esa misma tarde, y tras la preceptiva autopsia llevada a cabo por los doctores Bravo Moreno y Trías, el cadáver fue embalsamado con sumo cuidado por el farmacéutico José Basas, quien había patentado un procedimiento, providencialmente denominado *Aeternitas*, que consistía en extraer el aire de la caja de zinc en la que se depositaría el cuerpo, inyectando en su lugar un gas inerte que evitaba la descomposición de la carne.

Gaudí fue amortajado con el hábito negro de la cofradía de Nuestra Señora de los Dolores. En su mano izquierda portaba las cuentas de un rosario cuya cruz fue colocada en el pecho del artista. Su rostro reflejaba una serenidad de la que había carecido durante los últimos años de su vida: quienes lo contemplaron hablarían a sus hijos de un gesto adusto, sabio, que se sublimaba más allá de la muerte. Su fiel Matamala grabó dicha expresión, para la posteridad, en una máscara mortuoria de la que se hicieron dos copias: una, para el Colegio de Arquitectos; otra, para la cripta de la Sagrada Familia.

Esa misma noche, el cuerpo sin vida de Gaudí se introdujo en un sencillo féretro de roble y fue trasladado a la sala de médicos, donde se instaló la capilla ardiente. La multitud, que continuaba agolpándose en los patios y pasillos del hospital de la Santa Creu, fue informada de que no se les permitiría la entrada, pero al día siguiente el féretro del arquitecto recorrería, en procesión, las calles de la ciudad para el funeral, que se celebraría en la catedral de Barcelona. De allí, se dispondría otro cortejo con destino a la Sagrada Familia, en cuya cripta sería enterrado. Muchos optaron entonces por abandonar el recinto, y no pocos comenzaron a apostarse por el recorrido.

Hubo codazos, broncas y más de una detención en la plaza de Sant Jaume y las Ramblas. Los más avispados encontraron el mejor hueco, tirándose literalmente en el suelo y pasando allí la noche: el cálido final de primavera en la Ciudad Condal se convirtió en aliado de quienes se decidieron a guardar vela en los mejores puestos, muchos de los cuales fueron vendidos al mejor postor pocas horas antes de que la comitiva pasara por allí.

A la mañana siguiente, 12 de junio, antes de que el féretro se pusiera en marcha, el obispo Miralles y Gil Parés se turnaron para las sucesivas misas en memoria de Gaudí, solicitadas —y religiosamente abonadas— por distintas organizaciones militares, culturales y filantrópicas de la ciudad. Por expreso deseo de los albaceas, pues así lo había dejado escrito el artista, no se permitieron las coronas de flores, que fueron repartidas entre los pobres de la ciudad. Estos, después, las lanzarían al paso del cortejo fúnebre.

Un sol radiante presidió la jornada en Barcelona. Pocos minutos antes de las cinco de la tarde, una carroza negra, con paredes de cristal y caballos con crespones negros en las bridas entró en el hospital por la calle del Carmen y aparcó en el patio convenientemente desalojado la noche anterior. Joan, el guardia urbano que había custodiado la habitación de Gaudí hasta su muerte, fue el encargado de abrir las puertas para el siniestro cochero, quien entró en la sala envuelto con una capa negra, impertérrito, impecablemente preciso, sin apenas torcer el gesto, pese al calor que lo hacía sudar como un cochinillo al fuego. En su bolsillo aún custodiaba aquel pequeño dragón de madera que encontró en la cama número 19 de la Santa Creu, y que a punto estuvo de caérsele cuando trató de ayudar a dos fornidos camilleros que introdujeron en la carroza el cuerpo de Gaudí. Sobre el féretro de roble, y siguiendo las indicaciones del enterrador, colocaron un paño mortuorio de color púrpura, regalo de la Asociación de Arquitectos de Cataluña, con un ave fénix bordada en el centro.

Todo salió a la perfección, cumpliendo milimétricamente el tiempo previsto, y en quince minutos el portalón del patio se abrió para dejar paso a las autoridades. El barón de Viver, alcalde de Barcelona, acompañado por monseñor Miralles, responsables de la Asociación

de Devotos de San José, de la comandancia de Barcelona y del Colegio de Arquitectos, presidieron el cortejo, al que también se sumaron José María Jujol —considerado, por muchos, el sucesor natural de Gaudí—, Sugranyes, Matamala y Gil Parés, además de Alfonso Trías, el hijo del único vecino de Gaudí en el *Park* Güell. A ambos lados de la carroza, alumnos de la Escuela Superior de Arquitectura portaban hachones encendidos. Rodeándolos, un ejército de guardias urbanos, con el encargo de evitar cualquier altercado: en las últimas semanas, comenzaba a cobrar fuerza el rumor de un posible golpe de Estado contra la dictadura de Primo de Rivera, y toda precaución era poca.

La carroza atravesó el patio y enfiló por la calle del Carmen en dirección a las Ramblas. El cortejo funerario se dirigió, lentamente y envuelto en un respetuoso silencio, hacia la acera central de las Ramblas. Las floristas, cuyos jefes ya habían hecho el negocio del año con la venta de unas coronas que no fueron aceptadas por los albaceas, habían desplegado un camino de crisantemos que guiaba el paso de los caballos y que se convirtió en una alfombra de claveles, rosas y gladiolos lanzados por el pueblo al paso del carruaje. Alguien arrojó, con suma precisión, una única margarita naranja, *La flor de la fuerza, de la energía, de la alegría y la ambición*, que cayó en lo alto del carruaje, justo sobre el lugar donde se encontraba el corazón del fallecido.

En el Gran Teatre del Liceu, una voz entonó un aria dolorosa por el alma del finado, y a partir de ese instante el silencio se transformó en aplausos y gritos, *¡Gaudí, Gaudí!, ¡Es sant!*, por parte de los asistentes. Hacía tiempo que no se veía una multitud semejante congregada en Barcelona sin que mediara causa política o religiosa. La ciudad se había volcado con el recorrido impuesto por las autoridades, sin importar la clase social. Ricos, pobres, aquella tarde todos eran admiradores de Gaudí. En medio del gentío, alguien gritó, y uno de los caballos hizo un derrote, la herradura golpeó contra uno de los adoquines y saltaron chispas. El corcel se encabritó, alzando las patas delanteras y provocando un conato de tumulto entre los asistentes. El palafrenero, impertérrito, tiró con fuerza de las bridas, logrando serenar al animal prácticamente de inmediato.

Las autoridades hicieron uso de la fuerza, y abrieron paso a la comitiva a empellones. Consciente del momento, el arzobispo enunció el salmo 23, que corrió de boca en boca entre los presentes, «El Señor es mi pastor, nada me falta», y así, en respetuosa actitud de oración, prosiguió el desfile hasta la plaza de Sant Jaume, donde el ayuntamiento había preparado una salva de fusiles. Advertido, el cochero trabó los estribos, y las monturas guardaron la compostura durante los tres disparos preceptivos y los aplausos posteriores.

A las seis menos cuarto, treinta minutos después de iniciada la marcha, la carroza con el féretro de Antoni Gaudí penetraba, a través de la porta de Santa Lucía, en la catedral de Barcelona. Las campanas doblaban a muerto en un templo abarrotado, que se quedó pequeño para un gentío que ocupó por completo la plaza de la Seu. El obispo ordenó que las puertas quedaran abiertas e impuso silencio para que todos, los de dentro y los de fuera, pudieran escuchar sus palabras. El coro de la catedral entonó el «Libera me, Domine» al órgano, y el cabildo al completo acompañó al canónigo Bruguera, encargado de la celebración junto a mosén Miralles. Tras las exequias, la comitiva oficial salió por la puerta principal de la catedral, para una última despedida a Gaudí.

Ahora es nuestro turno, susurró Sugranyes a Gil Parés, quien hizo un gesto a los alumnos de la Escuela de Arquitectura para que tomaran en hombros al féretro y, tras recorrer el interior de la catedral, salieran a cumplimentar el último recorrido de Antoni Gaudí por las calles de su Barcelona. Destino: la Sagrada Familia.

Antes de llegar a la puerta del Ángel, dos hombres, uno más joven, el segundo ya entrado en años, se abrieron paso entre el gentío y se colocaron a ambos lados del ataúd, dispuestos a dar el primer relevo a los atribulados estudiantes. Matamala, encargado de la elección de los porteadores, se lanzó hecho una furia para afear la actitud de los dos espontáneos y sacarles de inmediato de la comitiva.

¡Eh, vosotros! ¡Fuera de aquí! ¿Con qué derecho os atrevéis a…?, y no pudo seguir. Al acercarse al hombre maduro, este se dio la vuelta, sacándose la antigua gorra de obra que llevaba en la cabeza. Lo reconoció de inmediato, y ordenó a los dos chicos que

encabezaban el cortejo que dejaran sus puestos a los recién llegados. *Te buscó durante años*, musitó a quien fuera el mejor aprendiz con el que trabajó en la catedral de los pobres, y dirigió la mirada hacia su acompañante, que debía rondar la treintena. *Su nombre es Bernabé*, y Matamala comprendió, sin decir una sola palabra, y ordenó a la comitiva ponerse de nuevo en marcha. *A fin de cuentas,* se dijo, asomando un velo de sombra en el recuerdo, *son de la familia*.

3.
Garrote vil en Montjuic
11 de junio de 1894

Levanta. Es la hora.

Santiago Salvador se apoyó, con muchas dificultades, en su brazo derecho, y trató de incorporarse. Un latigazo lo devolvió al suelo, como un resorte. Había pasado tanto tiempo que a veces olvidaba que se hallaba sujeto por una cadena de hierro, y que cualquier movimiento brusco sería respondido por la polea que lo mantendría arrastrado por el mugriento suelo de las mazmorras del castillo de Montjuic. *Venga, en pie*, rio el carcelero. Ni siquiera en su último día se lo iban a poner fácil, pensó el preso mientras se levantaba, esta vez con más precaución, para que aquel esbirro del poder no volviera a hacer de las suyas y acabara, de nuevo, con sus huesos en la piedra.

Daba igual. En el fondo, daba igual. Sabía que aquella iba a ser la última ocasión en que se levantara del cubículo que durante las últimas semanas se había convertido en su universo. Desde que en enero fuera detenido en Zaragoza, huyendo de la persecución que el Gobierno había desatado contra los autores del atentado en el Liceu, no había salido de esas cuatro paredes oscuras y húmedas salvo para los sucesivos interrogatorios, que siempre tenían lugar en el piso superior. Con el tiempo, había dejado de sentir pavor cada vez que escuchaba unos pasos acercándose, el cerrojo descorriéndose con estrépito y unas enormes manos agarrándole del cuello y transportándole, a patada limpia, a su diario potro de tortura: pese a los puñetazos, los dientes rotos, los huesos astillados, el ojo derecho estallado, aquellos momentos eran los únicos en los que podía

contemplar la luz, sentir el olor del mar, escuchar las gaviotas que se asomaban a los muros del Castell en busca de basura o carroña con la que alimentarse. *Hoy seré vuestra cena*.

Oficialmente, los autores de la masacre ya habían sido detenidos y ajusticiados meses antes. Josep Codina, Mariano Cerezuela y Manuel Archs, tres inocentes que tuvieron la mala suerte de refugiarse en la Tasca de l'Eulalia las noches posteriores al atentado y que fueron detenidos en su interior por los esbirros del gobernador civil Larroca, que hizo de la resolución del caso del Liceu la causa de su vida. Tras la explosión en el teatro, Santiago huyó, pero dejó rastro. Una huella dolorosa, la más dura.

La pista de Eulalia, cuyo cuerpo muerto fue lo primero que contempló una vez desapareció el humo de la deflagración de la bomba. En mitad de la sangre, de los alaridos de los heridos, algunos de ellos despedazados. En mitad del ruido, los silbatos de la Guardia Urbana, el intenso olor a quemado, el fuego. Salvador la contempló, y la euforia que sintió al escuchar la detonación, al sentirse parte de la historia, desapareció cuando se giró a la izquierda y vislumbró el cuerpo muerto de su amada. Otra explosión, esta vez procedente del exterior —el ejército se abrió paso, entre la sangre, los gritos y el fuego, en el teatro—, le sacó de su ensimismamiento, y Salvador tuvo el tiempo justo de unirse a la jauría que trataba de ponerse a salvo antes de que volvieran a cerrarse las puertas, y quién sabe quién saldría con vida entonces. Ella seguro que no lo haría. Y él había huido sin poder despedirse.

Salvador logró escapar en medio de la confusión, y durante semanas se sintió a salvo, refugiado en el desván que anteriormente había pertenecido a Francesco Momo y que, inexplicablemente, no volvió a ser registrado por las autoridades. Los diarios publicaban, con todo lujo de detalles, los más escabrosos, lo ocurrido aquella noche. La bomba que estalló, la que finalmente no llegó a explotar, *¿Qué habrá sido de ti, Pau?*, las historias de cada uno de los muertos, entre los que no se encontraba su amigo.

Tampoco estaba Eulalia. Nada decía la prensa de su mujer, ningún dato sobre su vida, ninguna línea acerca de su condición de dueña de una tasca anarquista en el Born, ni la identidad de su

esposo. Lo que sí afirmaban con rotundidad los diarios era que la policía atraparía, en breve, a los autores de la masacre, y que las autoridades no iban a descansar hasta que fueran juzgados y condenados a muerte. Fusilados, o pasados por el garrote vil, una de las penas más crueles para el reo de cuantas todavía estaban permitidas en una España que sabría reprimir duramente cualquier oposición al régimen vigente. Y todo ello pese a que nadie había sabido aportar descripción alguna de los sospechosos. Tampoco había un listado de espectadores, a quienes no se había podido interrogar en mitad del caos.

Lo que no sabía la prensa, pero sí la policía, era que Eulalia había sido identificada casi de inmediato. Varios de los investigadores pertenecían a «la secreta», y en más de una ocasión habían entrado de incógnito en la tasca, participando en alguno de los cónclaves anarquistas regados con vino y diatribas políticas hasta altas horas de la madrugada. Y la Eulalia no pasaba desapercibida. A partir de ahí, fue sencillo atar cabos, asaltar un par de noches después el local, que permanecía cerrado, sin ningún aviso pegado en la pared, «Cerrado por defunción» o similar, y encontrar a esos tres pobres muertos de hambre escondidos, aterrorizados al ser descubiertos, sin coartada posible, pese a negar, incluso bajo torturas, su participación en el atentado.

El caso se cerró, pero durante las siguientes semanas el gobernador civil de Cataluña ordenó detenciones masivas. Fueron muchos los pobres desgraciados arrancados de las fábricas y encerrados en las mazmorras del Castell, convertido en centro de represión por las autoridades desde los primeros atentados anarquistas. Los torturadores fueron perfeccionando su técnica: les sobraban cuerpos con los que experimentar, arrancando dedos y dientes, sumergiendo a los detenidos en cubas de agua fría hasta casi ahogarles, rociándoles de alquitrán y dejándoles al raso durante horas, sometiéndoles a descargas eléctricas antes de volver a sentarles en la silla, amarrados, para la preceptiva somanta de hostias de todos los días. *Para que no te acostumbres al hotel, que te tratamos demasiado bien para la basura que eres, desgraciao*, que los guardianes tampoco habían leído demasiado y razonar con

ellos las doctrinas de Bakunin, Marx o Engels resultaba demasiado cargante.

A Santiago lo detuvieron en enero, a las afueras de Zaragoza, adonde se había desplazado buscando olvidar Barcelona, a Eulalia, *Como si eso fuera posible*, anhelando regresar a su pueblo de Teruel, pero sin querer implicar a sus padres, que no habían llegado a conocerla. Querían tener dos hijos, y criarlos con los yayos, alejados de la ciudad, en contacto con la tierra. Ya nada sería posible. Cuando se sintió atrapado, intentó pegarse un tiro en la barriga, pero las heridas no fueron mortales. *No sé por qué me obligáis a hacer esto,* protestó levemente el médico que logró devolverle a la vida. *Es un trabajo perdido,* logró escuchar el anarquista. *Salvarle la vida para que después se la arranquéis; Pero lo haremos con arte, doctor*, respondieron los guardias que, una vez comprobaron que Salvador no moriría aquel día, lo trasladaron en carro hasta la Ciudad Condal.

Antes de ser fusilado en el foso de Montjuic, a Codina le hicieron confesar su participación en el atentado, y denunciar a Santiago Salvador como el instigador. Le prometieron una muerte rápida, pero, tras la salva inicial, al soldado se le atascó el arma cuando se disponía a disparar el tiro de gracia, y tuvo que hacerlo a culatazos. Su familia no pudo reconocer su cuerpo cuando se lo entregaron. A fin de cuentas, nadie recuerda a un traidor.

En todo caso, no se pudo decir que Codina traicionara a Salvador. En primer lugar, porque apenas le conocía, y por supuesto no tenía detalle alguno del plan para atentar contra el Liceu. Leyó lo que le dijeron que leyera, firmó lo que le obligaron a firmar. Segundo, porque cuando los tres inocentes fueron fusilados, Santiago ya se encontraba en Montjuic. Desde su celda, pudo oír los disparos, llorar por ellos, sentirse tremendamente culpable. Durante su primer día en el Castell supo, por otro preso común con el que tropezó en el pasillo, uno de ida, el otro de vuelta, de la paliza diaria, que *Llevan unos días contentos, lograron atrapar a los de la Orsini*, y por un instante pensó que la muerte de aquellos tres pobres diablos podría servir para salvar su vida, que pronto le dejarían en paz, que a lo sumo tratarían de sonsacarle algunos nombres, *Tal vez el de Pau*, y

llegó a soñar con ser liberado y regresar a casa de sus padres. Pero la conciencia pudo más.

Porque Santiago Salvador había confesado antes del fusilamiento de Codina, Cerezuela y Archs. Lo había soltado todo sin necesidad de recibir un solo sopapo. Mucho antes de que fusilaran a aquellos tres desgraciados. *Fui yo, sí, yo lo ideé después de la muerte de Paulino Pallás*; *Sí, yo también estuve detrás del golpe contra Martínez Campos*; *Sí, yo también conocí a Francesco Momo, él nos enseñó a utilizar las bombas*, confesó, y su torturador sonrió levemente, se levantó, se sacó el palillo de la boca y se lo clavó directamente en el ojo derecho. *No, no has sido tú, han sido otros tres, y deja de chillar como una chiquilla, coño, ¿qué te has creído?, ¿que todo iba a ser así de fácil?*

Y entonces sí, Santiago conoció el horror, el dolor, la brutalidad más absoluta. Con él, porque sabían que había sido él, la autoridad se ensañó especialmente. No hubo piedad para Salvador, cuyas torturas se llevaron a cabo a primera hora de cada mañana, para que todos los presos lo oyesen bien. Por si acaso alguno de ellos lograba salir con vida cuando las aguas bajasen calmadas y se dictara la misericordiosa amnistía por parte del Gobierno, después de un año de ley marcial en Barcelona. Cientos, miles de detenidos durante aquellos meses, víctimas de las redadas ordenadas, a tiempo y a destiempo, por el gobernador Larroca. Para que no olvidaran qué ocurriría si…

Aquella mañana, a primera hora, casi al tiempo en que Rosetta, la niña loca, daba a luz a un niño que le aseguraron había muerto, y al que una monja puso por nombre Bernabé, el carcelero golpeó la verja del calabozo de Santiago Salvador y, tras gastarle por última vez la broma del condenado que se levanta y es arrastrado de nuevo al suelo de un golpe de cadena, lo agarró del brazo y lo sacó, a rastras, hasta el patio. El reo de muerte subió lentamente las escaleras, y esbozó una sonrisa perdida al notar en su rostro los rayos del sol de junio.

Entreabrió su ojo sano y vio, al fondo, las gradas que lo conducirían al patíbulo, prácticamente en el mismo lugar en el que se celebró el juicio que lo condenó a muerte: *¡Viva la anarquía!*,

recuerda que gritó al escuchar la sentencia, y al desdeñar los intentos de los capellanes del Castell por conseguir que se arrepintiera de sus actos, *Y dar así una oportunidad a tu alma, hijo mío; No soy su hijo; Yo le bautizo en nombre de la libertad*, espetó al cura que, horrorizado, se retiró. Aquella fue la última vez que recibió una paliza.

¡Viva la revolución social!, gritó, ya desde el patíbulo, a los que habían guardado cola desde madrugada para asistir a la ejecución del anarquista. Junto a él, su verdugo, un tal Nicomedes. *No me aprietes mucho, no me hagas daño,* le rogó antes de pronunciar sus últimas frases: *¡Viva la anarquía! ¡Mueran todas las religiones!*, y dejarse hacer.

Nicomedes no falló. Era el mejor en lo suyo. Con parsimonia, sujetó los brazos y las piernas del condenado para que no pudiera moverse más de lo aconsejable. No sería la primera vez que algún reo demasiado impetuoso moría entre horribles dolores, en una ceremonia lenta y angustiosa, por no haberse quedado quieto cuando tocaba. Salvador no opuso resistencia, y el verdugo pudo colocar con solvencia el collar de hierro sobre el cuello del condenado. En uno de sus lados, un grueso tornillo terminado en una bola. Nicomedes fue girando lentamente, con fuerza y determinación, la manivela, apretando el gaznate de Santiago Salvador hasta vencer su resistencia. El sonido del cuello del anarquista al romperse provocó un grito ahogado, varios mareos y algún que otro vómito entre la concurrencia.

Pau no hizo ningún gesto. Simplemente, se caló la gorra de obrero y, una vez el verdugo comprobó que el autor de la bomba del Liceu había muerto, abandonó el Castell de Montjuic junto al resto de los espectadores de aquel macabro espectáculo. Tras varios meses fuera de Barcelona, quiso acompañar, en el último momento, al amigo que una vez le prestó sus zapatos para acudir al funeral del maestro Oriol. Y ahora, o así lo pretendía, tenía que verla a ella.

4.
Volverte a ver

El día después del atentado del Liceu, Pau quiso ver, por última vez, a Rosetta. Lo había intentado, en vano, durante semanas. La chica no quería saber nada de él después de su abrupta despedida, la noche en que Güell los sorprendió, desnudos, en su refugio. El *expòsit* no se lo podía reprochar, *Tal vez fue lo mejor que nos pudo pasar*, se dijo, recordando lo que había ocurrido con casi todos los que habían pasado por su vida. Oriol, empedrado y empalado en la catedral de los pobres; Mercè, en algún lugar de una fosa común, olvidada por todos; Momo, Pallás… *Atraigo la mala suerte*, pensó Pau mientras vencía el miedo a ser descubierto y caminaba con decisión hacia la casa del maestro Gaudí.

Rosetta debía saberlo, tenía derecho a saberlo, y debía ser él quien se lo contase. Tarde, pero debía confesarle que Eulalia había muerto, que él no había sido capaz de hacer estallar la bomba en el Liceu, que todo se había terminado, que lo había echado todo a perder y que ahora era el tiempo de huir, *No sé hasta cuándo, ojalá quisieras venir conmigo*, aunque sabía que la respuesta sería un no rotundo.

Por el camino, Pau repasó una y otra vez las palabras que utilizaría cuando la encontrase, si es que podía volver a hacerlo. La sola posibilidad de haberla perdido para siempre le oprimía el pecho, tanto o más que el riesgo de ser atrapado por una jauría de guardias sedientos de justicia, *Yo mismo lo haría, tantos muertos… es injustificable*, asumió el *expòsit* mientras se detenía para tomar una bocanada de aire y volver a vomitar, por cuarta vez desde que lograra escapar del Liceu y pasar la noche a las afueras, junto al puerto, muy cerca de donde en otro tiempo se resguardaban los *capitanes*. *Si supiesen en qué me he convertido*…

No podía quitarse de la cabeza los cuerpos desmembrados, el intenso olor a quemado, las lágrimas, el miedo, el terrible miedo en los ojos de todos los que abandonaron, junto a él, el teatro tras la explosión. El terror no entendía de clases sociales, solo de preservar las vidas, tan valiosa la del rico como la del pobre, al menos para uno mismo. *Yo no podía más que pensar en ti,* le diría. *Lo siento mucho, lo he estropeado todo. Ahora debo irme, sí, ya sé, siempre acabo marchándome, pero esta vez no tengo más remedio*. Y tal vez ella, entre lágrimas, le rogaría que no se fuera, o que no lo hiciera sin ella, que sería capaz de hablar con su *tiet*, de arrastrarse ante el mismísimo Eusebi Güell para implorar su perdón y su protección para Pau.

Tal vez ella quisiera verle una vez más, se animó antes de saltar al patio interior de la casa y trepar por las tuberías hasta donde suponía la encontraría. Encerrada en su habitación, como solía hacer cuando no estaban juntos, preguntándose qué habría sido de ellos, preguntándose si él estaría entre los muertos del Liceu. Tocó la ventana. Una vez, dos, tres. Pero nadie abrió. Trató de forzarla, pero fue inútil, de modo que desistió. Lo haría de frente, a las claras, se decidió, dirigiéndose a la puerta principal de la vivienda. En ese mismo momento, esta se abrió, y de la misma salió el empresario Güell, quien de inmediato le reconoció, *Eh, tú, ¿qué haces aquí?*, y Pau, de nuevo, tuvo que desaparecer sin poder ver a Rosetta. *Te encontraré, aunque sea lo último que haga*, creyó escuchar antes de doblar la esquina y rogar que aquello se quedara en una amenaza verbal.

Había pasado más de medio año de aquello, y Pau había tenido tiempo de desaprender. Consciente de que, tarde o temprano, alguien podría implicarle en el atentado, el *expòsit* no regresó a las obras de la Sagrada Familia y, como había planeado tantas veces junto a la joven, huyó a través de los Pirineos, hasta llegar a Francia. Esta vez solo. En apenas un mes, logró llegar a París: la Ciudad de la Luz fascinó al joven, que vibró contemplando la belleza de Notre Dame, las grandes avenidas, las islas sorteadas por el Sena y, al fondo, impresionantemente bella, la torre creada por su admirado Gustave Eiffel.

El *expòsit* seguía obsesionado con trabajar en aquel lugar, que ya conocía por las imágenes que le había enseñado el maestro Gaudí, pero sus magníficas aptitudes para trabajar con la madera o la piedra no fueron suficientemente apreciadas por los maestros de obra del ingeniero, quienes explicaron en rudimentario español al chico que allí no había trabajo para él. Ya se disponía a buscar un lugar en el que dormir, aterido de frío y humedad, en uno de los muchos puentes que partían París en dos, cuando uno de ellos, que había creído escuchar «Sagrada Familia» en el atropellado discurso de Pau, se dirigió a él y le habló de las obras de reconstrucción en una de las catedrales más hermosas del norte, a pocos días de camino de allí, donde seguramente podría encontrar trabajo como cantero.

Pau se encontró, a primera hora de la mañana, de frente a la imponente catedral de Ruan. El centro de la ciudad olía a bollos y leche, a baldes de agua lanzados desde los balcones para arrastrar la basura que no se habían llevado las alimañas, a barro y a madera. Ajeno a todo ello, un anciano de barba blanca y gafas oscuras, sentado en un taburete en uno de los laterales del templo, dibujaba, en cortas pinceladas, levantando la mirada una, dos, tres veces, trazando varias líneas cada vez. Trabajaba rápido, no fuese a cambiar la luz y perdiera la capacidad de trasladar al lienzo ese momento justo del día. De cuando en cuando aspiraba con fuerza el tabaco de su pipa, sin dejar de mirar hacia la fachada, una obra maestra del gótico flamígero.

Pau se le acercó en silencio, contemplando a la vez la portada del templo, que inmediatamente le llevó a la fachada del Nacimiento de Barcelona, y el magnífico lienzo que surgía de las manos de aquel hombre.

Parece que la iglesia estuviera atrapada por el fuego, murmuró el *expòsit*. Por un instante, el pintor cesó en su trabajo y, extrañado, miró al joven. *Intento atrapar la luz*, expresó en perfecto castellano. *Eso mismo trata de hacer mi maestro Gaudí en la Sagrada Familia*, respondió Pau. Claude Monet soltó el pincel, dejó de pintar y

preguntó, con auténtica curiosidad, al chico: *¿Gaudí dices? ¿Lo conoces? Quiero saber todo sobre su arte.*

Pau no tardó en encontrar al capataz de las obras y lograr un hueco como trabajador en la catedral de Ruan. Durante los meses siguientes, y hasta que supo de la detención y juicio de los autores del atentado contra el Liceu, el *expòsit* volvió a encontrarse en ocasiones al anciano pintor. Las conversaciones, breves, calaron hondo en el corazón del joven, quien no podía evitar contemplar el rostro de Gaudí reflejado en la mirada y en el arte de Monet. Él también había demostrado una pasión similar, cuando todo era más fácil y el amor, y la política, no habían llegado para arrasarlo todo.

Pau trabajó duro, y pronto los restauradores de Ruan se dieron cuenta de que el *expòsit* dominaba como pocos la textura de las imágenes que adornaban la portada. El joven conocía todos y cada uno de los personajes bíblicos que representaban, y tenía un don especial para saber diferenciar la roca natural de los pastiches que, tras el pavoroso incendio producido décadas atrás, se habían colocado para evitar derrumbes en la seo.

A lo largo del tiempo que Pau permaneció allí, Monet logró culminar varias decenas de los treinta y un cuadros que formaron la colección final. A veces, mientras pintaba, sin dejar de fijar la vista en el lienzo, y entre conversaciones sobre la fugacidad del tiempo o los distintos modos de atrapar una u otra tonalidad, en función de las horas de aquel invierno más oscuro de lo habitual, Monet preguntaba al *expòsit* por el estado de las obras en la Sagrada Familia.

El joven, entonces, dejaba volar su imaginación, y sus recuerdos, y explicaba al maestro impresionista cómo el arte de Gaudí, como el del mismo Monet, se basaba en la observación científica de la realidad, y en la percepción única que sus miradas ofrecían respecto de sus creaciones. Así, le desgranó al anciano pintor el relato de cómo Gaudí buscó, entre los obreros y los vecinos del barrio, algunos de los modelos para componer las diferentes fachadas que formarían parte de la catedral de los pobres, y Monet se quedó impresionado por el uso de la fotografía, y sinceramente admirado al

escuchar cómo el arquitecto acudía, incluso, a los médicos forenses para escudriñar el más mínimo gesto de un músculo.

Os parecéis más de lo que crees, mi señor, respondía el *expòsit*. *Ambos buscáis la perfección, el matiz. Ambos conseguís que el espectador se quede con la boca abierta al contemplaros*, y Monet rio ante la ocurrencia de aquel joven misterioso que, sin embargo, parecía conocerle de toda la vida. *Ojalá todos comprendieran mi arte igual que tú. Muchos piensan que esto lo podría pintar un niño, que solo son trazos, rayas difusas*, rebatía el pintor, quien se quedó de una pieza al escuchar el ingenioso invento del *trencadís*.

Pronto, el tiempo en Ruan tocó a su fin. A comienzos de la primavera, Pau recordó, con nostalgia, todo lo que había dejado atrás. *¿Por qué estaba allí?* Sabía que no quedaba más remedio que huir, pero ¿acaso no había pasado el tiempo suficiente? Al poco llegaron noticias de España, y así el *expòsit* conoció la detención de algunos de los responsables de la bomba en el teatro del Liceu. *No puede ser, si ellos no…*, dijo para sí. Poco después, algunos viajantes procedentes de Cataluña le informaron de que, finalmente, se había dado con el verdadero autor de los hechos, un tal Santiago Salvador, que sería ejecutado antes de comenzar el verano, y Pau entendió que era tiempo de regresar y acompañar a su amigo en el último trance.

La empresa no estaba exenta de riesgos: aún no había transcurrido el tiempo suficiente, y si alguien le reconocía ni siquiera Gaudí podría salvarle. Es más: estaba convencido de que el maestro jamás le perdonaría que hubiera abandonado las obras sin avisar. Y Rosetta… No había pasado un solo instante desde que emprendiera su huida en que no hubiera pensado en ella. Pau, que en el último año había envejecido hasta el punto de no parecerse en nada al joven que partió de una Barcelona en llamas, sabía que no había futuro para él en la ciudad, y mucho menos en la Sagrada Familia. Y, sin embargo, no quería morir sin volver a verla: a su obra, a su amor.

La tarde antes de partir, Pau dejó junto al caballete en el que Monet seguía trasladando la luz de la catedral hasta su lienzo un pequeño sapo, hecho de *trencadís*. El pintor guardó aquel objeto

hasta el último de sus días, en su despacho de la mansión en la que residía en Giverny, y se despidió del joven apoyando su mano en el hombro. Al día siguiente, Pau tomó un vehículo que lo llevó hasta París. De ahí, en tren hasta prácticamente la frontera. A comienzos de junio, el *expòsit* pisó de nuevo las calles de Barcelona, y se informó de la fecha y el lugar donde se llevaría a cabo la ejecución de Santiago Salvador. 11 de junio, Castell de Montjuic. Ocho de la mañana. Allí estaría. Y, después, acudiría a la casa de Gaudí a ver a Rosetta. Aunque tuviera que atravesar a cabezazos la puerta, aunque le estuviera esperando la Guardia Urbana. Aunque todo hubiera cambiado para siempre.

5.
De nuevo en Ramelleres
11 de junio de 1894

El *expòsit* llegó a la acera de Diputació 339 bien entrada la tarde. A diferencia de otras ocasiones, la calle estaba desierta. Apenas un par de mozos atravesando la calle a la carrera, en dirección a la plaza de Tetuán. Los árboles mostraban el esplendor de la primavera, y apenas soplaba el viento. Todo era silencio. Al fondo, la casa de Gaudí. En el tercer piso, cerrada a cal y canto, la ventana desde la que Rosetta solía contemplar la ciudad y aspirar el aroma del mar. *¿Seguirá viviendo aquí?*, se preguntó Pau, que hasta aquel momento no había reparado en que el mundo podría no haberse detenido durante el tiempo en que había huido, viviendo nuevas aventuras, empapándose de cultura y saber, *Y echándote de menos.*

¿Y si Gaudí había sacado a su sobrina de aquella casa como castigo a su pecado? ¿Y si la chica había enloquecido tras su marcha? ¿Y si, simplemente, se habían mudado? *No me cuadra, el maestro no es de cambios bruscos*, se dijo, evitando pensar cualquier otra posibilidad, como la de que *Haya conocido a otro, tal vez hasta se haya casado, eso es, un matrimonio pactado entre Güell y Gaudí para salvar su honra perdida*, porque ella jamás querría a otro hombre que no fuese él, *Pero una cosa es el amor y otra la fama*. Y si se ha ido, *Por Dios, ¿dónde encontrarla? Tengo que verla, aunque sea lo último que haga*.

Anochecía cuando Pau descubrió la silueta de uno de los sirvientes cargando unos bultos. Lo siguió con la mirada, hasta que comprobó que se encontraba con un basurero de la zona, con el que intercambió unas breves palabras, unas monedas y adiós, y pensó

en alcanzar a aquel hombre y preguntarle, pero pronto desechó la idea. Tenía que dar la cara: después de tantas huidas, era lo mínimo que debía exigirse.

El sonido de unos caballos golpeando el suelo de piedra le hizo girar la vista, y contempló un carruaje deteniéndose frente a la casa de Gaudí. Instintivamente, Pau se refugió tras unos arbustos: habría reconocido el coche de Eusebi Güell en cualquier lugar del mundo, de modo que decidió esperar acontecimientos agazapado. Al poco, se abrieron las puertas de la casa y el empresario salió con rapidez, mirando hacia ambos lados, antes de introducirse en el vehículo. *Algo oculta*, pensó el *expòsit*. Sin embargo, el carruaje no se movió de la entrada. Tampoco Pau, quien aguardó en su escondrijo, incapaz de tomar decisión alguna.

Era noche cerrada cuando la puerta de los Gaudí volvió a abrirse, y un individuo bajito, algo grueso, con bigote, sombrero y un enorme bolso salió de la misma. En ese instante, el portalón del coche de Güell se abrió, y Pau pudo ver la mano del industrial tomando el capazo y ayudando a entrar a su invitado. Entonces sí, el carruaje dio la vuelta y salió en dirección al centro, pasando por delante de los arbustos donde se refugiaba el *expòsit*.

¿Y ahora qué?, se preguntó Pau. La calle continuaba desierta, y a esas horas le resultaría muy fácil trepar por la pared hasta alcanzar la habitación de Rosetta. Si fuera necesario, abriría la ventana a patadas. Sí, sería relativamente sencillo llegar hasta donde se encontraba ella, pensó dando la espalda a la puerta, sin dejar de observar al coche de caballos que, enfilando la calle Tetuán, descendía hacia la *ciutat vella*. Comenzó a caer una débil lluvia, y Pau no lo pensó, y echó a correr, dejando atrás, una vez más, la casa donde Rosetta dormía, bajo los efectos de los calmantes que le había recetado el doctor antes de subirse al carruaje de Güell y llevarse al hijo del *expòsit*.

El coche dobló por la derecha por la vía Letra N, que así se llamaba según el Plan Cerdá, aunque todos en Barcelona la conocían como carrer de les Corts. Una gran avenida, la más larga de España, que separaba la ciudad antigua del Eixample y que con el tiempo se convertiría en una de las principales arterias de la vida, y de la

muerte, en la Ciudad Condal. Dejó atrás Urquinaona, y se dirigió hacia plaza Catalunya. De ahí, cruzando la Rambla, hasta el *carrer* del Bonsuccés. Pau aminoró la marcha para no terminar de alcanzar el carruaje, y un súbito viento congelado se le metió en los huesos. Conocía perfectamente aquellas calles, que habían sido su casa durante muchos, demasiados años.

El estupor se transformó en terror cuando, caminando a una distancia prudencial de los caballos, observó que estos se detenían delante de la puerta del convento de las hermanas de la caridad de la calle de les Ramelleres. El corazón le dio un vuelco al ver cómo, bajo la fina capa de lluvia, el mismo hombre que había salido de casa de Gaudí bajaba con un capazo entre los brazos y entraba al interior del edificio. Se acercó todo lo que pudo, sin ser visto, y casi creyó escuchar el llanto de un bebé y el ruido del torno girando. Al momento, aquel hombre subió al carruaje que, esta vez sí, desapareció a toda velocidad.

Comenzaba a llover con fuerza, la última tormenta de la primavera de aquel año, en la noche de San Bernabé. Totalmente empapado, en mitad de la plaza, Pau era incapaz de moverse, y mucho menos de comprender. ¿Qué acababa de pasar? ¿Por qué Güell había salido de casa de Gaudí con un bebé, que un hombre había entregado a las mismas monjas que, durante años, le rompieron la vida? ¿De quién…?

No, no puede ser, ¡no puede ser!, gritó bajo la atenta mirada de las nubes frente a les Ramelleres, *Pero entonces*…, pensó mientras se refugiaba de la lluvia en un portal cercano, y en un campanario próximo repicaban las once de la noche. Haciendo cuentas, no cabía duda alguna. ¡Cómo había podido ser tan tonto!

¿Qué hago? Ahora, ¿qué hago?, rugió para sí Pau, cuyo primer impulso fue acudir a golpear la puerta del convento. *¡Abrid, abrid de una vez, ese es mi hijo!*, quiso gritar, pero el instinto, por una vez, le ordenó detenerse. Las monjas llamarían de inmediato a la Guardia Urbana, y a buen seguro que pasaría aquella noche entre rejas. No sería difícil que alguien le reconociera, atara cabos y, no le cabía duda alguna, hombres como Güell estarían esperando el momento para acabar con él. Y a ver cómo demonios explicaba lo que en su

mente y en su corazón resultaba tan evidente: *Aquel es mi hijo, el mío y el de Rosetta. Quiero verla, ¿dónde está? ¿Dónde está? ¿Por qué?*, se repitió, enloquecido, y se encontró tirando piedras contra la fachada del cenobio hasta que vio cómo una ventana se iluminaba. Y salió huyendo de nuevo de aquel lugar, jurándose regresar, en cuanto fuera posible, para recuperar aquel niño, o aquella niña, que les habían arrebatado.

Y odiando profundamente a Güell por entregarlo a esas monjas, *Precisamente a esas*, y maldiciendo al mismísimo Gaudí por no haber hecho nada por evitarlo. *Malditos seáis todos, ¡malditos!*, lanzó un grito, ahogado por el aguacero. Y no pudo evitar pensar en la Mercè, y en lo que tuvo que sentir cuando no le quedó más remedio que abandonarle a él mismo en un torno. La historia, cruel, volvía a repetirse*. Ella era pobre y no tuvo elección*, se convenció Pau, pero Gaudí… ¿Y Rosetta? *¿Qué sabría de todo esto Rosetta?* Demasiadas preguntas rebotando, como la lluvia, en su cabeza, demasiadas cosas que comprender, y que ordenar. Demasiadas cuentas que saldar.

Esa criatura sí que tendrá padre, se juró Pau antes de desaparecer en mitad de la tormenta y arriesgarse a pasar la noche en el último lugar donde, estaba convencido, nadie iría a buscarle.

6.
Expiaré vuestros pecados
Verano-otoño de 1894

Si continúa así, maestro, acabará por matarse de hambre. Hágame caso, coma más y mejor. El doctor Pere Santaló había sido llamado por el servicio de Gaudí, después de que este se negara sistemáticamente a probar más bocado que un pedazo de pan y pequeños sorbos de agua. El maestro no hizo caso a nadie, no explicó por qué ni aceptó razonamiento alguno: el suyo sería un ayuno extremo, que a punto estuvo de llevárselo por delante.

El arquitecto vivía embargado por una profunda tristeza: tras perder a su bebé, Rosetta se encerró en su habitación, sin querer ver ni hablar con nadie, y pasaba las horas golpeando las paredes, arrancando las cortinas y revolcándose por el suelo. A diferencia de su tío, la niña, *Que ya no soy una niña, ya nunca podré ser una niña, ni podré tener a mi niño, mi niño…*, la joven era un pozo sin fondo: comía de todo, y a todas horas, insaciable, creyendo en su locura, *Ahora sí, ahora sí estoy loca, pobre niña estúpida, oligofrénica, loca*, que si engordaba lo suficiente tal vez podría volver a pensar que seguía embarazada y que su pequeño, *Mi estrella*, continuaría a su lado para siempre.

La enfermedad apenas concedía respiro a Rosetta: únicamente al atardecer, cuando el sol se colaba, antes de despedirse, un día más, entre las ventanas, la joven abría una rendija para sentir el aroma del mar, su mar, e imaginar que caminaba por la playa, que caminaba con los pies descalzos por la playa. La paz apenas duraba unos minutos. Después, regresaba el intenso vacío en el estómago, y la joven se lanzaba hacia el cordel que sujetaba la campana con la

que llamaba al servicio, pidiendo, exigiendo, clamando más comida que llevarse a la boca, más huecos por rellenar, como si eso fuera posible, *Dónde te fuiste, por qué no estás aquí, conmigo*, gritaba al aire, buscando a Pau en el silencio. *Tal vez si supieras que perdimos a nuestro niño…*

Rosetta comía desaforadamente. Lo hacía con las manos, pues el servicio concluyó que resultaría letal dejar un cuchillo a su alcance. No andaban desencaminados: no sería la primera ni la última vez que la joven intentara acabar con su vida, *Yo ya no tengo vida, mi vida era él*, dijo entre lágrimas en aquella ocasión en que estuvo a punto de lograrlo, y solo la intervención, en el último momento, de su *tiet* evitó que se rajara el abdomen por la misma cicatriz que le recordaría, hasta el último de sus días, que había tenido una vida creciendo dentro de sí. Los médicos que visitaron a Rosetta, enviados por Eusebi Güell, trataron de convencer a Gaudí de que la mejor opción, *Para todos*, era ingresar a su sobrina en una residencia para enfermos mentales, pero el genio de Reus se negó en redondo. Lo haría durante años, hasta que no quedó más remedio, *No pienso volver a encerrarla*, y durante mucho tiempo no hubo más que hablar.

Del otro lado, los problemas en la Sagrada Familia no hacían sino incrementarse. La huida de Pau, *Qué habrás hecho*, unida a los conflictos con la diócesis por la propiedad del templo, y el notable descenso en los donativos para su construcción, hicieron mella en el ánimo del arquitecto, que asumió para sí la responsabilidad de los problemas de unos y los pecados de otros. Una mañana, antes de salir de la misa matutina en el oratorio de San Felipe Neri, hizo una promesa ante la imagen del Cristo. Se sacrificaría por Rosetta, por Pau, por el pequeño que no vio la luz del nuevo día, por todas y cada una de las lágrimas de los pobres que venían a cobijarse a las faldas del templo, y que los Devotos de San José querían expulsar. Llevaría un ayuno estricto para experimentar el dolor, la angustia, las llagas del mismo Cristo y de los sufrientes. Y a fe que cumplió su palabra, mientras el cuerpo le acompañó.

A mitad del verano, la salud de Gaudí se había deteriorado hasta el extremo de la inanición, y las fuerzas le abandonaron por

completo. Por primera vez en su vida, dejó de acudir a su cita diaria con la Sagrada Familia. El caos se apoderó de la casa familiar. El abuelo Francesc, con un más que incipiente problema de memoria, se olvidaba de quién era, buscaba a su hijo y a su nieta en el desván, en los armarios, en el cuarto de la leña. Gaudí, postrado en su camastro, entre la consciencia y el sueño, deliraba llamando a todos sus fantasmas y repitiendo de forma enfermiza los salmos del pueblo de Israel. Rosetta continuaba encerrada en vida en su habitación, comiendo hasta hartarse, vomitando después y volviendo tragar sin descanso. Una tarde perdió el conocimiento y solo a última hora el ama de llaves, ante el extraño silencio que se apoderó de la estancia, se atrevió a entrar. Su decisión salvó la vida de la joven, que fue trasladada al hospital de inmediato, víctima de una grave dispepsia. Rosetta jamás se lo perdonó.

En estas, Eusebi Güell tomó las riendas de la casa, y de la vida de los Gaudí. Al no poder convencer al arquitecto de que cesara en su ayuno, y temeroso de que buena parte de las obras emprendidas, de los contratos firmados, acabaran cancelándose, el empresario envió un mensaje urgente al doctor Torras i Bagés. El sacerdote, buen conocedor de la obra de Gaudí y que, como él, defendía un catalanismo ilustrado, una nación catalana católica —*Cataluña será cristiana, o no será*, solía decir—, vivía relativamente cerca del hogar del arquitecto. En cuanto supo de su enfermedad, se acercó a acompañar a su amigo. Durante días, no se separó de este, ni de noche ni de día. Dormía en una hamaca situada junto a la cama de Gaudí, y se prometió sacar al genio de su postración más pronto que tarde.

Torras i Bagés hizo saber a Gaudí que comería lo mismo que él, y así logró que el arquitecto comenzara a tomar unas sopas y algo de pan, aunque siguió negándose a probar carne, pescado o huevos. Durante las semanas que duró su ayuno, adelgazó cerca de veinte kilos, y cuando quiso volver a levantarse, las piernas no le respondían. Intentó tomar cuaderno y lápiz, pero los dedos no tenían la fuerza suficiente para mantener el pulso. Entonces, su amigo le sacudió con un argumento definitivo: *Aunque el ayuno es símbolo de sacrificio, y tu vida, amigo mío, está marcada por el*

mayor de ellos, el de la entrega de tu arte al servicio de Dios, has de saber que el acto más heroico es alcanzar la vida eterna. ¡Pero no has de tener prisa en llegar a ella! Aún te queda mucho por hacer antes de abandonarse a la voluntad de Dios, y no a la tuya. Y lo que Dios quiere es que concluyas tu obra, para mayor gloria suya.

Todo está, entonces, en manos de Dios, dijo Gaudí, y pidió a Torras i Bagés que le ayudara a levantarse. Su vida, ya estaba claro, tenía una misión divina, y él tenía la obligación de desarrollar todos sus talentos y dedicarlos por entero al Creador. En pobreza, castidad y obediencia, trabajando sin denuedo por el reino. Ese mediodía, el arquitecto, el cura y el empresario almorzaron con delicia, juntos, y a los pocos días, Gaudí regresó a su rutina, y a las obras, con más fuerza que nunca.

Durante aquellos meses, el arquitecto se dedicó en cuerpo y alma a terminar de componer la fachada del Nacimiento. Una tarea hercúlea, que tras la marcha de Pau había quedado huérfana de apoyos, por lo que Gaudí decidió confiar todos los secretos de la misma a Llorenç Matamala. Este, como siempre, siguió los designios del maestro con suma fidelidad, cada paso, cada orla, cada capitel. Con todo, Gaudí sentía que algo fallaba. Todo era preciso, pulcro, perfecto, y tenía alma, *su* alma. Pero faltaba el pedazo de corazón, de agresividad, de humana imperfección, de rotundidad, de quien había sido su mejor aprendiz.

Por eso, y aunque se había prometido no volver a aquel lugar, al cabo de algún tiempo Gaudí avisó a Güell de que deseaba regresar a su finca. El empresario se encontraba de viaje en tierras del marqués de Comillas y no podría acompañarle, pero puso a su disposición el mejor de sus coches, que lo recogió en la explanada de la Sagrada Familia a última hora de la tarde. El arquitecto pasó primero por su casa, entró en su habitación y, con cuidado, descorrió el cabecero de su camastro, descubriendo un pequeño agujero en la pared. En su interior, junto a algunas cartas olvidadas, y una pequeña navaja oxidada que había pertenecido a Pau, se encontraba la copia de la llave que Güell le había entregado después de descubrir, con horror,

los cuerpos desnudos del *expòsit* y de Rosetta. Tomó ambos objetos, los envolvió en un pañuelo blanco y los guardó en sus bolsillos.

Con cierta imprudencia, muy extraña en él, Gaudí se acercó hasta la puerta donde se refugiaba su sobrina. *Pequeña, ¿estás ahí?*, pero no halló respuesta, *Debo hacer una visita, me gustaría que me acompañaras*, y Rosetta a punto estuvo de salir de su escondrijo en el armario y decir: *Sí, tiet, te acompaño*, pero lo cierto era que la niña no quería volver a ver a nadie en su vida. Que nadie sintiera lástima por ella, ni amor, ni ternura, ni recuerdos. Así que Rosetta se mordió los labios hasta sangrar, y su *tiet* suspiró un *Como quieras, no tardaré, te quiero, pequeña*, y solo tras escuchar los pasos desaparecer por las escaleras y el ruido de los cascos de los caballos al alejarse pudo romper a llorar, *Tal vez quería llevarme a ver el mar*.

7.
Una grieta en la pared
Barcelona y periferias, 1894-1898

No pudo verla. No pudo volver a hablar con ella. Solo en un par de ocasiones acertó a atisbar su figura a través de la ventana, o subiéndose a un carruaje para acudir a misa, para después dar un paseo por la ciudad en un domingo de primavera. Por más que lo intentó, a Pau le fue imposible encontrarse con Rosetta, tocar su piel, escuchar su voz. Tenía muchas preguntas, y también una necesidad enorme de pedir perdón, de explicar, de saber y hacer saber. Pero resultó una empresa inútil.

Tras el embarazo de la joven, y el ayuno extremo del maestro, Eusebi Güell trazó una sutil pero férrea línea de protección en torno a la familia de Gaudí. No iba a permitir que nadie volviera a perturbar el genio del arquitecto, ni que los proyectos de toda una vida se vieran frustrados, de modo que, desde el momento en que el arquitecto salió de su trance, el empresario se ocupó de proteger y custodiar a su familia. El abuelo Francesc, cada vez más hundido en el abismo del olvido, tuvo una atención personalizada, continuos paseos y las visitas de los mejores doctores de Europa. Aquella era una enfermedad desconocida, para la que no existía más diagnóstico que el de un anciano que, simplemente, iba perdiendo las huellas de su paso por la tierra sin que nadie pudiera hacer nada por evitarlo, más que tratarle con el mayor cariño del mundo.

Rosetta, después de unos meses de absoluta dejadez, había consentido salir algunas horas al día de su habitación. Incluso comenzó a comer los domingos junto a su *tiet* y el abuelo, hasta alcanzar cierta normalidad en el trato, aunque el dolor que sentía

continuaba resultando inasumible para la joven, que tuvo que aceptar la exigencia de Güell de dejar de vestir luto, *No es bueno para nadie, desata las habladurías y ya bastante tenemos con tu inaceptable comportamiento de los últimos tiempos*, zanjó, con dureza, el empresario, cuando la niña —*Sí, parece que para algunos siempre seré una niña, una pobre niña perdida y loca*— hizo un amago de queja, tratando de explicar su desgarro. No hubo caso: la fama, la compostura, la dignidad de la estirpe y su legado eran infinitamente más importantes que un bebé muerto al que *Jamás llegarás a conocer, si tú supieras lo que he tenido que hacer por ti, lo que he arriesgado por volver a darte una oportunidad*.

Güell no era un mal hombre, más bien al contrario. Gracias a su mecenazgo, Barcelona sería recordada durante siglos. Era generoso, elegante, educado… Simplemente, se veía en la obligación de custodiar aquel tesoro para la humanidad que era Gaudí, y ello implicaba proteger a su familia. Fue durante aquellos meses cuando el empresario comenzó a proponer a su patrocinado la construcción de la Colonia Güell, una urbanización de lujo en plena naturaleza, en Santa Coloma de Cervelló, no lejos del centro de Barcelona, donde el artista y sus seres queridos vivirían en un oasis de paz y tranquilidad. Un rincón más propio de los mecenas del Renacimiento que de la España que iba sobreviviendo a sí misma con dificultad, y que veía, cada vez con mayor preocupación, las noticias provenientes de Cuba y del resto de las colonias, amenazadas por la creciente influencia de Estados Unidos.

Como muchos de los florecientes empresarios de la época, parte de los más prósperos negocios de Güell provenían del Nuevo Mundo, aunque, en su caso, la mayoría de ellos eran herencia de su padre. A diferencia de Joan Güell, quien amasó buena parte de su fortuna como esclavista en Cuba, Eusebi había optado por instalar sus empresas en Cataluña. *Hay que traer la riqueza a nuestras calles, volver a convertir Barcelona, España, Europa, en un lugar para las artes, las ciencias, el conocimiento, la fe*, proclamaba Güell, quien tras su matrimonio con la hija de Comillas también había heredado la vocación pública transformadora de su familia política, pero con

control. Los cambios debían venir como siempre habían llegado, desde arriba hacia abajo.

Por ello, y aunque admitía la bondad de algunos avances en las reivindicaciones del mundo obrero, Güell jamás vio con buenos ojos el desarrollo de los movimientos socialista y anarquista. *Los quiero lejos de mi vida, no quiero que se mezclen con los míos*. Quizá por ello, y por la sincera admiración que sentía hacia Antoni Gaudí, al empresario le dolió más que a nadie comprobar cómo Rosetta había perdido la cabeza, y la honra, por un desharrapado que no tenía dónde caerse muerto y que, además, había cedido a las tentaciones más radicales del anarcosindicalismo. Y se conjuró para evitar que Pau, el aprendiz de Gaudí, el que había traicionado su confianza abandonándole en mitad del naufragio de la Sagrada Familia, dejando embarazada a su sobrina y tejiendo un velo de sospecha sobre su participación en el atentado del Teatre del Liceu, volviera a acercarse a aquella familia.

Güell nunca confesó a Gaudí que él se encontraba aquella noche contemplando el *Guillermo Tell* de Rossini cuando tuvo lugar la tragedia. Muy pronto se puso a salvo y pudo abandonar sin problemas el teatro, sin un solo rasguño: su palco tenía una puerta privada y la deflagración se produjo justo al otro lado de donde se encontraba, junto a su esposa, en una de las pocas salidas del matrimonio en mitad de los negocios y el cuidado de la decena de hijos que Dios les había concedido. Antes de marcharse, creyó ver entre la multitud a Pau, el *expòsit*, en pie, sin poder moverse, contemplando el horror y la muerte provocados por el estallido de las bombas. *Pero qué…,* murmuró antes de ser desalojado del Liceu. *Pero qué hace este aquí, si no tiene dónde caerse muerto*, continuó pensando mientras el coche familiar les dejaba, sanos y salvos, en su palacio. Para ellos, solo había sido un susto.

Güell jamás tuvo dudas de que la repentina desaparición del aprendiz del artista estaba directamente relacionada con el atentado en el Liceu. Cuando fue informado del embarazo de Rosetta, la rabia se transformó en odio, y se juró que si volvía a encontrarse con Pau utilizaría toda su influencia, todo su poder, para acabar con él. Debió hacerlo la mañana siguiente a la explosión, cuando estuvo a punto

de atraparlo mientras escapaba en las cercanías de la casa del maestro*. La próxima vez no fallaré.* Habría de proceder con astucia, pues cualquier error supondría una ruptura imposible de recomponer para Gaudí, y el artista y su obra eran lo más importante. Solo lo haría si se daba la oportunidad: *Si alguna vez le da por regresar, no escapará. Ese desagradecido no volverá a hacer daño a mi familia*. No parecía probable que sucediera, pero si lo hacía, él estaría preparado.

Inesperadamente, ocurrió. Pau regresó a Barcelona, e intentó ver a Rosetta. Durante días, los informadores del futuro conde de Güell observaron movimientos de una misma persona en los alrededores de la casa de Gaudí. Un joven, que se desplazaba con facilidad por la zona, y que siempre lograba escabullirse al sentirse observado. *Conoce perfectamente la ciudad y sus recovecos, siempre encuentra el modo de perdernos de vista*, se quejaba amargamente el jefe del equipo contratado por el empresario para la protección del artista y su familia, *Ha nacido en las calles, las ha visto cambiar*, respondía Güell, y ordenaba redoblar la seguridad. *Pero sin que os vean*, advertía con severidad: los auténticos protectores solo hacían bien su trabajo en secreto, observando sin ser vistos, como las estatuas que Gaudí continuaba erigiendo, con la colaboración de Matamala, sobre los bocetos y las imágenes realizadas junto al *expòsit*, en el taller ubicado junto a la Sagrada Familia. Hasta que finalmente fueran destinados a su emplazamiento definitivo, los modelos descansaban en un almacén, ubicado junto a la que debía ser fachada de la Gloria, al otro extremo del Nacimiento, y que a los pocos años acabaría convirtiéndose en la sede de las *escolas* de la Sagrada Familia, un lugar que Gaudí quiso construir para dotar de educación formal a los hijos de los obreros y a los muchos que, tras la catastrófica pérdida de las últimas colonias en Cuba, regresaron, arrasados, a España.

Pau no tardó en advertir que le seguían. Más aún: que alguien había tejido una red de protección sobre Rosetta y Gaudí, y que le sería realmente complicado acercarse a ellos. Paradójicamente, la vigilancia que Güell parecía haber extremado en torno a ellos había supuesto una relajación en el cuidado de otras de sus propiedades,

mucho más expuestas a los ladrones más avezados. Y el *expòsit* había sido uno de los mejores. Hay cosas que no se olvidan, y la necesidad agudiza el ingenio. A las pocas semanas de llegar a Barcelona, Pau confirmó que le resultaría francamente difícil ganarse la vida en aquella ciudad: los lugares donde podría demostrar su maestría estaban repletos de rostros conocidos, que no dudarían en informar del regreso del hijo pródigo de Gaudí. Y aquella identidad ya no le pertenecía.

Además, si algo le habían enseñado las muchas cicatrices con que le había obsequiado la vida, era que no volvería a ser criado de nadie, de modo que, guardándose adecuadamente de ser reconocido, el *expòsit* acabó aceptando trabajos en los arrabales y en las pequeñas localidades que iban creciendo en las periferias de Barcelona, al otro lado de la montaña sagrada, y a las que el ojo depredador del negocio todavía no había alcanzado.

Con el tiempo, Pau llegó a prosperar, construyendo y, sobre todo, proyectando, pequeñas casas a las faldas de la montaña. Jamás había estudiado arquitectura, pero se había empapado del mejor. Todas las edificaciones, por modestas que fueran, contaban con algo que las hacía únicas, y Pau siempre dejaba su impronta en cada una de ellas. Ya fuera en uno de los picaportes, en la salida de humos o en la verja que separaba las fincas colindantes, cada una de las construcciones tenía algo único, la «marca Roger», como la llamaban los albañiles llegados a las afueras de la Ciudad Condal de los distintos rincones de España y a los que, de tanto en tanto, el *expòsit* contrataba para las obras. Muchos de ellos acabaron por instalarse en los pueblos que contribuían a engrandecer.

Y es que Pau no era Pau para sus obreros, sino el maestro Roger, un hombre que no dudaba en trabajar como el que más, colocando ladrillos, resecando el cañizo para las techumbres, cargando sacos, empujando a los borricos para que subieran a lo alto del monte los troncos de árboles que, por las antiguas leyes medievales, cada ciudadano tenía permiso para cortar y con ellos hacer su hogar. *Un home del poble*, de quien apenas se sabía nada. Un hombre sin pasado, y sin dueño.

Algunas noches, cuando el trabajo y el cansancio se lo permitían, Pau regresaba a lo alto de la montaña, desde donde se divisaba la nueva Barcelona, con la impresionante Sagrada Familia presidiendo la salida al mar. Aspiraba el aroma de los pinos, que se mezclaban con la sal traída por la brisa marítima, y no podía evitar un guiño de nostalgia. Y el compromiso de no cejar en el empeño de encontrar a Rosetta.

Aunque Güell había cambiado la cerradura de su futuro palacio a las faldas del Carmel, el *expòsit* sabía perfectamente por dónde entrar sin ser visto, y ya había pasado más de una noche en vela, entre lágrimas, contemplando los dibujos de Rosetta, los proyectos que comenzó a soñar junto al maestro Gaudí y que jamás verían la luz —al menos, no con su nombre junto al del genio de Reus—, y soñando con los ojos bien abiertos, no fueran a descubrirle, que algún día llevaría hasta aquel lugar a su hijo.

Porque aquel palacio, para el *expòsit*, se había convertido a sus ojos —y también, aunque él todavía no lo sabía, a los de Gaudí— en un santuario, un rincón desde el que adorar la vida que podría haber sido y que, ahora sí, estaba convencido de que jamás tendría. Habían pasado algunos años desde que subiera allí por última vez con Rosetta, pero, tras cruzar la verja de hierba y descender por los intrincados pasadizos de las caballerizas, Pau tuvo la sensación de poder detener el tiempo, empujar hacia atrás las manecillas del reloj y llegar hasta el momento en que todo cambió para siempre. Y hacer las cosas de otra manera. O huir, atreverse a huir, *Y hoy estaríamos los tres juntos*. Su pequeño, que ahora debía rondar los cuatro años, retozando por los jardines, mientras su madre pintaba sentada en el suelo bocetos de amaneceres y él, recostado sobre su regazo —quién sabe si quizá albergando otra criatura—, observaba cómo las torres de la Sagrada Familia seguían elevándose hacia el cielo, el mar al fondo y un futuro por delante.

Una noche, pocos meses después de regresar a Barcelona, mientras contemplaba los dibujos perdidos de Rosetta, Pau escuchó un sonido seco y se escondió entre las sombras: alguien había entrado en el palacio. Abriendo el cerrojo, que no había sido forzado, y dirigiéndose lentamente, pero con una seguridad pasmosa, hasta

su santuario. *Conoce perfectamente este lugar*, debió pensar el *expòsit* mientras se escondía, acurrucado, en una de las esquinas, rogando no ser visto, aunque *Si es Güell, acompañado de sus esbirros, estoy perdido*. Otro cerrojo se abrió, y Pau reconoció, sin dudas, *Lo habría hecho con los ojos cerrados*, la figura, alta y extremadamente delgada, del gran Antoni Gaudí.

Instintivamente, quiso acercarse, tocar su espalda, abrazarle, arrojarse a sus pies y rogarle poder ver una vez más a su sobrina, preguntarle: *Cómo es que tienes a tu nieto encerrado en una casa para huérfanos, en «esa» casa para huérfanos*, implorar que lo sacara de allí, *Y yo me lo llevaré, lejos, no tendrá que volver a verle, a vernos, si no quiere, que no le faltará de nada, pero déjeme sacarlo de ese lugar*, y jurarle, con sangre si era preciso, que *Nadie nunca sabrá nada, el chico no merece ser culpable de nuestras cargas*, pero no dijo nada.

Se quedó ahí, acurrucado, contemplando la tenue luz de una vela sobre el rostro cansado del genial arquitecto. Observando sus manos fuertes, marcadas por la piedra y el sol, temblorosas mientras acercaba a sus ojos ennegrecidos los mismos dibujos que él mismo había tenido entre las suyas hacía pocos instantes. El mismo dolor, la misma culpabilidad, *Aquel hombre no podía saber todo lo que había ocurrido*, pensó el *expòsit* al advertir dos lágrimas en los ojos del artista, y temblando con él, apenas a tres metros de distancia y no podía levantarse y proponer una explicación que ambos merecían.

Con infinito cuidado, Gaudí dejó los bocetos en el altar en que se había convertido aquella estancia y con lentitud se aproximó hasta la pared. Una vez allí, apretó con destreza uno de los ladrillos, abriéndose una pequeña trampilla, donde el arquitecto depositó un objeto que se había sacado del bolsillo del gabán, envuelto en un pequeño trapo blanco. *Déu meu*, musitó el genio de Reus, accionando de nuevo el resorte, que volvió a cerrarse, dejando el muro totalmente liso, antes de dirigir una última mirada y desaparecer entre las sombras. Era imposible encontrar aquel escondrijo: al propio Pau, que lo había visto con sus propios ojos, le costó unos minutos hallar la rendija que permitía pulsar el mecanismo de apertura.

Clic, plac, un golpe seco abrió la ranura, y el *expòsit* introdujo en ella su mano derecha. Unos pocos tesoros, que acompañaban la biografía del arquitecto: un saquito de calderero, un rosario de la Virgen de Montserrat, pedazos de una carta rota hacía demasiados años, un broche triangular con la forma de una escuadra y un cartabón, un dibujo con la firma tan dolorosa como reconocible, *Rosetta, Tarragona, 1885*, y un pañuelo blanco que Pau desenvolvió sin prisa y cuyo contenido se le escurrió entre las manos.

Allí estaba, después de tantos años, oxidado y romo, el único objeto que conectaba al joven con un pasado que nunca le había pertenecido. *Será para él, cuando pueda llevármelo a casa*, se prometió mientras abandonaba el palacio de los Güell, acariciando con la mano el interior de su bolsillo, volviendo a sentir suya aquella navaja, recuerdo de su padre, herencia para su hijo. *Tengo que afilarla*, pensó mientras contemplaba el amanecer en lo alto de la montaña, antes de regresar a los trabajos. *Maestro Roger, buenos días, estábamos esperándole*. *Buenos días, ¿comenzamos?*

8.
Pau y Bernabé
Barcelona, junio de 1899

Hola, sí, no tengas miedo, ten. ¿Te gusta? Se llama chocolate, ¿no lo habías probado nunca? No te preocupes, si quieres te traeré todo el del mundo. ¿Cómo te llamas? Yo me llamo Pau.

Aquel día, Bernabé cumplía cinco años, aunque ni él ni Pau lo sabían con certeza. El pequeño jugaba, como el resto de chicos al cuidado —es una forma de hablar— de las monjas de les Ramelleres, en las plazas, los parques, entre los coches de caballos, subiéndose a las montañas de arena o los bloques de piedra desperdigados por el Eixample. El mundo era su patio de recreo, como había sido el del *expòsit*. Él también lo era, o al menos se sentía así. Abandonado, maltratado y, por tanto, con el derecho a endurecerse, con la obligación de hacerse mayor, de ser un hombre. Pocas semanas antes, uno de los internos mayores le había pasado una colilla de tabaco encendida, y Bernabé inspiró profundamente. *¡Qué asco, casi me muero!*, pero volvió a hacerlo días después, aunque al rato tuviera que esconderse tras unos setos para vomitar hasta las tripas, *No puedo decir que no, voy a ser fuerte*, se decía el pequeño, sin terminar de comprender qué significaba aquello.

No necesitaba a nadie, tenía todo lo que necesitaba. Un catre donde dormir, algo de comida, *Y si me falta, ya me encargaré yo* de acudir a la Boquería y esconder alguna manzana entre sus harapos sin que Cosme, el frutero bonachón del mercado, se diera cuenta. O mirando hacia otro lado, *Pobre chico, bastante tiene con lo suyo*, pensaría mientras se atusaba el bigote y se agachaba para no tener que perseguir al pequeño. Nunca podría atraparle, *Maldita espalda*, y

si lo hacía de nada le serviría un pellizco, o un bofetón, *El hambre es el arma más poderosa que existe*, sonrió con nostalgia el hombre, recolocando las piezas para que no se notara el hueco. Porque una cosa era dejar que te robaran una manzana y otra muy distinta que alguien se diera cuenta y pensara que su puesto era una barra libre para todos aquellos pequeños desharrapados.

Bernabé vivía libre, sin atender a nada ni a nadie. Respetaba a sus mayores, especialmente a aquellos que podían hacerle daño. Y vaya si lo hacían: él, por el momento, había tenido suerte, pero alguno de sus compañeros de catre ya había sufrido en sus carnes las iras de quienes pensaban que los más pequeños eran *sus chavales*, y presentaban, más de uno con orgullo, una raja en la mejilla, un ojo morado, un brazo roto, una oreja mordida, un diente mellado… En cuanto a las monjas, el niño aprendió muy pronto qué debía hacer. En primer lugar, asistir a misa todos los días. Con el tiempo supo atender a los oficios con los ojos cerrados, en actitud de oración y, lo que era más importante, sin roncar, en un duermevela que nadie descubría y hacía que las religiosas le regalaran algún dulce de vez en cuando, o un pedazo más de pan rancio que al resto, *Un alma ganada para Nuestro Señor, quizás tengas vocación, pequeño*, y él sonreía, y se dejaba acariciar el pelo, *Mejor eso que los capones o las bofetadas*, sabiendo que no, que *Ni de broma me van a ver a mí siendo cura*. En segundo lugar, obedecer a la primera cuando la cosa se ponía tiesa. Finalmente, saber estar en el lugar oportuno cuando tocaba. Y lo que era más importante, que no te encontraran en el sitio inadecuado en el momento equivocado.

Bernabé aprendía rápido. A vestirse, a esconder bien su pastilla de jabón para que no se la birlaran los mayores, a no meterse en líos y a observar. Porque el niño hablaba poco, pero abría bien los ojos, y su memoria era prodigiosa: no olvidaba ningún detalle, por pequeño que fuese, de la gente con la que se cruzaba, no fuera a necesitarlo en algún momento. De Cosme, el hombre que se dejaba robar la fruta *Solo por mí*; de la madre superiora, que cada mes organizaba visitas al hospicio a las que asistían matrimonios de bien,

ya entrados en años, buscando al hijo que no pudieron tener, y que días antes escogía con cuidado a los candidatos, *Yo no me dejaré atrapar*, y justo esos días sabía escabullirse para que la despistada anciana no le entregara el parche amarillo con el que más tarde reconocía a los elegidos para dar un paso adelante y *Venid, que hay unos señores que quieren conoceros*; a los obreros que cada mañana arrastraban sus pies cansados hacia su trabajo; a las mujeres que plantaban sus puestos de flores, o se apoyaban al llegar la noche en las farolas de la Rambla; o a aquel hombre que, desde hacía algún tiempo, le saludaba por las calles y que, aquel día, le había ofrecido chocolate.

Bernabé, me llamo Bernabé, dudó el chico, bajando la mirada ante los ojos abiertos de aquel hombre*. Bueno, así me llama la hermana Rosario, que fue quien me encontró.*

Bernabé… ¡Bernabé es un nombre estupendo!, respondió Pau, sonriendo con franqueza ante la ocurrencia de quien le puso aquel nombre, sin duda, él sí que lo sabía, tan acertadamente. *¿Sabes que la torre más alta de la Sagrada Familia, la que avanza más rápidamente, es la dedicada a san Bernabé?*

No, no lo sabía. *Eso*, Bernabé, no lo sabía, pensó el niño mientras masticaba aquella onza de chocolate. *¡Qué rico está!*, pensó, tratando de que el desconocido no se diera cuenta del placer que le producía aquel regalo, no fuera a pensar que *Me vas a comprar con unas chucherías*.

¿Qué quiere?, preguntó, cortante, el pequeño. Pau se sorprendió ante la actitud, entre agresiva y precavida, de su hijo, pero no tardó en recordar que él mismo habría reaccionado exactamente así hacía algunos años. *Ahora la gente no es tan mala*, o eso quiso pensar, *En mis tiempos, los hombres del puerto me hubieran arrancado la lengua de haberles contestado así*, pero concluyó que estaba bien que el pequeño marcara distancias desde el principio. A fin de cuentas, él no era más que otro extraño en un mundo extraño, duro y sin salidas.

¿Sabes, Bernabé? Yo también nací y crecí en este lugar, con esas monjas, confesó. El niño se sentó a su lado, cruzó las piernas sobre

sus rodillas y escuchó, atentamente, la primera de las muchas historias que, a lo largo de los meses, le contó aquel señor, *Me llaman Oriol, pero tú puedes llamarme Pau, aunque no se lo digas a las hermanas. Alguna debe acordarse todavía de mí*.

Cada semana, sin fecha concreta, Pau paseaba con Bernabé por la Rambla, junto a Santa María del Pi, en alguno de los descampados del Eixample, alrededor de los muelles. No hacía falta quedar en sitio alguno, ni a una hora o día determinados —el pequeño tampoco sabía cómo contar las horas, aunque nunca faltaba al desayuno, la cena, o la misa, y jamás encontró la puerta del convento cerrada—: siempre terminaban por encontrarse.

Él le contaba historias del convento, de cómo era la vida en las calles de Barcelona cuando era pequeño, de los *capitanes* y de la magia de las floristas, *Algún día te contaré la historia de la Mercè*; *¿Quién era la Mercè?*, preguntaba el pequeño, y Pau tenía que morderse la lengua para no responder: *Tu abuela, cariño, tu abuela. La Reina de les Taronges*, pero sí que le contaba lo que era *La flor de la fuerza, de la energía, de la alegría y la ambición. Esta es la flor del triunfo, nen*, una tarde en que paseaban alrededor de los puestos de flores en la avenida que llevaba hasta el mar.

Con el paso de los días, Bernabé terminó por aceptar la presencia de aquel hombre en su vida, y le reveló alguno de sus secretos, sus lugares favoritos de la ciudad, el baldosín que cojeaba en uno de los extremos de la sala donde dormía, y en el que a veces depositaba alguno de sus tesoros. Preguntaba, y mucho, por la torre de San Bernabé. *Una noche te llevaré a verla, pero eso sí que no se lo puedes decir a nadie, nunca*, y Bernabé prometió guardar silencio para siempre. *Será nuestro secreto*; *Hecho*. Le caía bien aquel tipo, Oriol, o Pau, o como demonios se llamase.

Un sábado de primavera, Pau y Bernabé se encontraron en lo alto de la montaña, muy cerca de la construcción que Güell parecía haber dejado a medias, desde donde *Se ve toda la ciudad, mira*. Y el pequeño contemplaba embelesado la urbe que crecía entre el mar y la montaña, el humo de los barcos que partían del puerto hasta donde se perdía la vista, más allá de la costa del Mediterráneo, y el sol regando de luz las calles, los edificios, las grúas de la

construcción. En el centro, radiante, el esqueleto de la Sagrada Familia, elevándose, sobre todo, y sobre todos. *¿Ves aquella torre, la más alta? Sí, esa, a la derecha. Esa es, esa será, cuando la terminen, la torre de San Bernabé*; *Mi torre*, pensó el pequeño *expòsit*; *Me encantaría verla por dentro*, pidió el niño, y Pau sonrió, acarició su pelo, y respondió: *Pronto, muy pronto, hijo mío.*

Y, mientras contemplaban la ciudad infinita, sentados en el césped del Carmel, Pau comenzó a llorar. Por primera vez, en mucho tiempo, de alegría. Hijo mío. Bernabé, que no sabía qué hacer, le tomó de la mano, y juntos siguieron mirando al horizonte. *Ojalá fueras mi padre*, acertó a decir, al cabo de un rato. *Pero yo no estoy llorando, es que se me ha metido algo en el ojo*, se dijo Pau sacudiéndose la cara con la manga al advertir una lágrima cayendo por su rostro.

Toma esa rama, Bernabé, dijo al cabo de unos minutos, cuando pudo recobrar el aliento, y la palabra, y logró frenar el temblor de su mano mientras sacaba aquella vieja navaja, ahora menos oxidada, ahora más afilada. *Te voy a enseñar a sacar el alma de las cosas*.

9.
En la cripta de Oriol
12 de junio de 1926

La comitiva popular, ya sin las egregias figuras episcopales, políticas o militares, continuó su desfile, tal y como había solicitado Gaudí en sus últimas voluntades. Santaló, Gil Parés y Sugranyes se encargaron de que todo, o casi todo, discurriera según los deseos del artista. Así, cargado a hombros por ocho personas, obreros de la Sagrada Familia, que se intercambiaban por turnos cada doscientos cincuenta metros, el féretro llegó hasta plaza Catalunya, para enfilar por el paseo de Gracia y la calle Caspe hasta el paseo de San Juan, bajo la atenta mirada de los vecinos del Eixample cuyas casas Gaudí había contribuido a engrandecer. De allí, a la explanada del templo, donde aguardaba una multitud nunca vista hasta la fecha en Barcelona para un funeral.

Cristianos, masones, anarquistas, nacionalistas, republicanos, amantes del arte, pobres, pueblo… Todos estaban allí. Algunos, entre lágrimas. Otros, aplaudiendo al paso del féretro. Los hombres, del mayor de los grandes de España al menor de los miserables, portaban crespones negros repartidos anónimamente, y se descubrían la cabeza en señal de respeto. Las mujeres, por su parte, ocultaban la mirada como muestra de pesar, excepto las esposas de los trabajadores, y las floristas, que continuaban regando de pétalos el recorrido del féretro. Gaudí se hubiera sentido tremendamente orgulloso de que su vida acabara así, junto al pueblo, aunque su natural timidez le hubiera impedido disfrutar de aquel momento. Su vida era su obra, y la mirada del mundo respecto a ella. Y el fulgor de la creación que podría contribuir a plasmar, con ese don que se le

había otorgado al nacer y cuyos talentos había desarrollado hasta límites insospechados.

Era un genio, el más grande que haya pisado la tierra, le susurró Pau a Bernabé en uno de los relevos, mientras se retiraban a ambos lados del féretro y se colocaban justo detrás de familiares lejanos, que nadie, y mucho menos ellos, conocía, *Si ellos supieran*, justo al lado de Matamala, Sugranyes y Jujol, quien sería designado, con toda probabilidad, sucesor del maestro al frente de las obras. Nadie dijo nada: la mirada del escultor jefe de la Sagrada Familia bastó para entender que un artista de las formas no se equivoca cuando reconoce a alguien. Y el puesto de los dos desconocidos en el funeral de Gaudí era ese.

A lo largo de los años, el *expòsit* había mostrado a su hijo las claves del pensamiento, y del arte, del gran Antoni Gaudí, *Él me enseñó a ver más allá de la madera, de los pedazos rotos, de la piedra. Me hizo contemplar el interior de los objetos para sacar de ellos lo que contenían, ya fueran monstruos mitológicos, flores o esculturas humanas. Sin su mirada no habría podido hacer nada*, confesó a Bernabé mientras alzaba la mirada hacia las torres a medio terminar de la fachada del Nacimiento, por donde entraría el féretro hasta la explanada central. El último responso tendría lugar al aire libre, contemplando la luz que, en el futuro, desbordaría a lo largo y ancho de todas las paredes del templo, de todas sus columnas helicoidales, de las vidrieras que, por el momento, solo estaban en los planos de Gaudí, en aquel dibujo de Rosetta, *Ay, Rosetta*…, y en la cabeza de Pau.

A la izquierda, majestuosa, se erigía la torre de San Bernabé, la única que el maestro pudo ver concluida en vida, y que había logrado recorrer a través de doscientos veinticinco peldaños de escalera en forma de caracol, dividida en dos tramos, para asomarse a un balcón que, en secreto, había diseñado para que su sobrina Rosetta pudiera ver el mar, y que la niña jamás logró recorrer, *Esta noche subiremos hasta allá y te contaré una historia*, prometió en silencio Pau volviendo la mirada hacia su hijo.

La comitiva penetró en la explanada de la Sagrada Familia, y los portadores del féretro, entre los que se encontraban ellos,

depositaron la caja en un túmulo preparado para la ocasión. Durante unos segundos, Pau se quedó paralizado, y su mirada se cruzó con la de Matamala, que le vino a confirmar que *Sí, es el mismo lugar* desde el que una grúa se había desprendido de sus poleas provocando un derrumbe que sepultó a Roger Oriol hacía tantos años que casi nadie lo recordaba. El *expòsit* reprimió como pudo la emoción y cerró los ojos mientras se retiraba a la izquierda, lamentando no creer en dios alguno para poder rezar por el alma del capataz, *Si hay vida más allá, seguro que se encontrará con él, maestro, espero que no se sientan demasiado decepcionados conmigo*.

La ceremonia se celebró bajo un emocionado silencio, únicamente roto al final por los golpeteos, rítmicos, de los canteros de Montjuic, que quisieron rendir un último homenaje al hombre que hizo de su roca la más codiciada entre los arquitectos del planeta, y que acompañaron los últimos compases del *Réquiem* de Tomás Luis de Victoria, con las voces del Orfeó Català. El sol fue apagándose al otro lado de la montaña, ofreciendo una última luz anaranjada y ocre a las incipientes paredes del templo, señalando el último camino de Gaudí hasta la cripta.

Antoni Gaudí, al cel sia, podía leerse en la sencilla losa de piedra que cubrió la fosa tras el entierro*. Gaudí, sea al cielo*, y aquella noche, en lo más parecido a un funeral de Estado desde el entierro de Jacinto Verdaguer dos décadas atrás —lo que son las cosas, un mismo 12 de junio, en esa ocasión de 1902—, nadie dudaba de que el arquitecto de Dios era un santo. Gaudí fue sepultado a la izquierda del altar de la cripta, en la capilla dedicada a la Virgen del Carmen. Alzando la mirada, una imagen esculpida de la Anunciación a María. En el suelo, un impresionante mosaico de estilo romano.

Pocos metros más allá, en la capilla de Cristo en la cruz, la tumba de Josep María Bocabella, uno de los inspiradores del templo. Al otro lado, oculta y olvidada por todos, una lápida con una fecha de nacimiento y de muerte, y un minúsculo broche, con la forma de un dragón, de cuya boca surgía una especie de piña de hierro. Muy similar a la que Pau había podido contemplar, a la entrada del féretro por el Nacimiento, en la capilla de la Virgen del Rosario, con el

anarquista y la meretriz. Matamala había hecho un buen trabajo, *Aunque yo hubiera…,* pensó el *expòsit*, quien nada más finalizar la ceremonia quiso salir, sin ser visto, junto a Bernabé. No quería dar explicaciones a nadie. No fue posible.

Creo que debemos hablar, le abordó, firme y educado, el doctor Santaló a la salida del templo, presentándose como el albacea del maestro Gaudí. *¿Le viene bien mañana? Si le parece, podemos encontrarnos en mi despacho*, añadió, tendiéndole un tarjetón con sus señas. *¿A las once? Bien, le espero. Buenas noches*, culminó, elegante y preciso, casi sin esperar el asentimiento, con un movimiento de cabeza, de Pau. *Una última cosa,* añadió, sin darse la vuelta. *Venga con su hijo. Creo que sería conveniente que asistiera*.

10.
Una ciudad, de nuevo, envuelta en llamas
Barcelona, 1900-1904

La ciudad, el mundo, se habían vuelto definitivamente locos. El cambio de siglo había traído consigo alarmas catastrofistas, casi apocalípticas, sobre el presente y el futuro. El «maldito siglo XX» llegaba con augurios de guerras mundiales, pobreza, prisas, ruido y contaminación. La vida se había convertido en una inmensa cadena de montaje, con Barcelona como eje y motor de entrada, y de salida. Hombres, mujeres y niños llegaban hasta allí, se establecían, malvivían, morían o se marchaban, en un constante ir y venir de almas, proyectos y esperanzas perdidas, cuyas ilusiones se pegaban como una lapa en la memoria de quienes jamás habían salido de su calle, todo lo más asomados a un mar que desde milenios atrás únicamente había sabido mirar hacia Levante.

Algunas de las profecías se habían cumplido, con toda la crudeza posible, y salpicaban las orillas de puertos como el de la Ciudad Condal. Hordas de campesinos huían del campo hacia las ciudades, llamados por la fiebre de la industria y azuzados por el hambre y la miseria. Al otro lado del mundo, se configuraba otra diáspora: la de los perdedores de los restos del Imperio. A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, más de medio millón de hombres habían llegado a Cuba o a Filipinas para defender los últimos territorios españoles en el Nuevo Mundo donde vaya que sí que se ponía el sol. Casi la mitad de ellos, procedentes de Cataluña, hijos de sirvientes y trabajadores de los grandes empresarios, que sustentaban buena parte de su fortuna en los negocios de trata de esclavos, café o

industria textil, y que obligaban a las colonias a asumir buena parte del excedente de la producción.

El desastre del 98 provocó la expulsión de buena parte de los criollos que, durante décadas, habían trabajado y creado una familia en las islas del Caribe. Muchos de ellos abandonaron hacienda, animales, mujer e hijos en las colonias, pero la mayoría se embarcó, junto a decenas de miles de españoles de segunda o tercera generación, con destino a la metrópoli del imperio perdido.

España había sido expulsada de América, y decenas de miles de rostros emprendieron el camino de regreso, en inmensos barcos desde La Habana, pero también desde Puerto Rico, Guam o Filipinas, en dirección a la península, haciendo el recorrido inverso al que, cuatro siglos antes, había llevado la corona y la cruz a los confines del mundo. Derrotados, agotados y sin futuro, muchos de ellos desembarcaron en puertos como el de Barcelona, sin más patrimonio que su apellido, y pequeñas rentas en el caso de los más afortunados, que les sirvieron para intentar establecerse en una Barcelona que en nada se parecía a la ciudad medieval que habían conocido siendo niños. Otros, los más, españoles que nunca habían pisado España, extranjeros en una tierra que no reconocían como suya y que les recibió con hostilidad: allí ya había demasiados pobres, demasiada hambre, suficiente mierda.

Del puerto fueron expulsados a las calles, y de ahí a la montaña. Muchos de los nuevos habitantes de los pueblos situados al otro lado de la montaña, con los que acabó encontrándose «el maestro Oriol», procedían de los barcos provenientes de América. Allí se unieron a otros inmigrantes, atraídos por los sueños de la prosperidad catalana desde todos los rincones de España, algunos de los cuales tardaron años en ver el mar, pese a que se encontraba apenas unos kilómetros más allá.

Poblaciones pequeñas, que poco a poco fueron creciendo, acogiendo a todo el que llegaba sin hacer demasiadas preguntas, no fueran a enterarse de la respuesta: pobreza, desamparo, hambre. Y la desdicha agudiza el ingenio, de modo que aquellos hombres que no habían conocido más tierra que la del Nuevo Mundo se afanaron

en labrar la de la Vieja Europa. Otros lograban descender, no sin esfuerzo, hacia la gran ciudad y sus alrededores, para trabajar de sol a sol en los altos hornos o en las empresas textiles o químicas que comenzaban a florecer. Trabajando, sin saberlo, para los mismos que durante décadas habían explotado a los suyos en la otra mitad de la Tierra.

La pobreza también exacerbó a los líderes de los movimientos obreros, que, tras la represión ordenada después de la masacre del Liceu, habían vivido un período de relativa tranquilidad, para respiro de los empresarios. El desastre de Cuba, unido a un creciente sentimiento de orgullo catalán frente a la llegada masiva de mano de obra procedente del resto de España y las Américas, vino a resucitar la lucha obrera, perseguida y cercenada durante la última década del siglo XIX.

Anarquistas y sindicalistas se hicieron seguidores de las corrientes más extremas del socialismo que surgía en la Rusia zarista, donde los bolcheviques comenzaban a propugnar la alianza de la clase obrera con el campesinado, hasta ahora mundos enfrentados, para derribar a la burguesía. El concepto de «dictadura del proletariado» empezó a manifestarse en las mismas tabernas que años atrás habían albergado los sueños libertarios, y Bakunin y Marx regresaron a ser lecturas obligadas para todo aquel que sabía leer. En Londres comenzaba a escucharse el nombre de un tal Lenin, uno de los ideólogos del nuevo movimiento.

Paralelamente, la pugna entre republicanos y catalanistas hizo emerger nuevas formas de lucha, en esta ocasión por la patria, frente al centralismo opresor de Madrid. A diferencia de la izquierda radical, la derecha nacionalista hundía sus raíces en la burguesía catalana, ávida de recuperar su poder tras el desastre de las colonias. Ambos mundos, el burgués catalanista y el anarcobolchevique, coincidieron en la violencia como vehículo para llevar a cabo sus fines. Y Barcelona volvió a convertirse en la ciudad de las bombas. A diferencia de lo ocurrido en los noventa, la organización de los atentados era mucho más precisa, y ya no dependía de la inteligencia, valentía o temeridad de un pequeño comando.

Entre los partidarios de la violencia de extrema izquierda, la cadena de mando era tan larga que casi nadie sabía realmente quién había sido el responsable final de esta o aquella explosión, mientras que los terroristas catalanistas daban un paso más allá a la hora de refinar sus procedimientos y utilizaban a mendigos o niños de la calle para colocar los artefactos. Muchos de ellos, atrapados *in fraganti* por las autoridades, eran incapaces de saber quiénes les habían contratado. La confusión era aprovechada por unos y por otros para, según el momento, cargar las culpas de los atentados al rival político de turno.

La estrategia de los republicanos lerrouxistas era diferente: los objetivos no eran tanto los poderes públicos cuanto sus enemigos de partidos carlistas, cuyos mítines reventaban con pequeños artefactos o, simplemente, a tiro limpio. Barcelona, durante aquellos años y hasta la Semana Trágica, vivió prácticamente a diario tiroteos entre facciones rivales que acababan con varios heridos y cargas policiales sin ton ni son: al final, nadie acabó sabiendo contra quién luchaba.

Uno de los pocos amigos de Bernabé en aquellos años, Marc, un niño algo mayor que él, fue una de las primeras víctimas de aquella locura. El pequeño, igual de avispado que el hijo del *expòsit*, pero menos precavido, fue captado por uno de esos grupos una tarde en la que las pequeñas ratas callejeras daban patadas a una pelota que ellos mismos habían confeccionado con trapos y pedazos de papel atados a una cuerda, y que se deshilachaba a cada rato. Lo hacían toscamente, de manera muy diferente a como habían visto jugar, subiéndose a lo alto de la verja de los frontones y clubes sociales de la Barcelona burguesa, o en los colegios para niños ricos que comenzaban a proliferar en el Eixample.

Bernabé solía colocarse de guardameta y levantaba una montaña de piedras a ambos lados para delimitar la portería, que movía a cada rato para que esta fuera más pequeña, *Y yo el mejor portero del mundo, no entra ni una*. Marc era el delantero del equipo, uno de los más fuertes y rápidos, y se abría paso a codazos, patadas y mordiscos entre sus rivales, mucho menos preocupados por la bola de trapo y más por mantener intacta su dentadura.

Jugaban en plazas o mercados, hasta que el guardia de turno o los tenderos les expulsaban para comenzar su trabajo, y cuando eso sucedía buscaban algún descampado no demasiado ocupado por restos de cristales, maderas u hojarasca. A veces, los partidos resultaban auténticos combates y eran pocos los que terminaban la contienda sin un labio roto o un ojo amoratado. El balón, por regla general, acababa destrozado en mil pedazos, hasta la siguiente ocasión. Hasta aquella vez.

Aquella vez, unos hombres elegantemente vestidos, con sombreros y gabardinas grises, se presentaron en el descampado donde los niños de la calle sudaban, se golpeaban y reían hasta la extenuación. Ocuparon un lugar, no demasiado alejado como para observar sin ser vistos, pero tampoco demasiado cercano como para provocar la huida de los chavales. Al cabo de un rato, uno de ellos sacó una esfera de cuero cosido, que aquellos chicos solo habían visto, ocasionalmente, en sus escapadas dominicales a los frontones, y la lanzó al campo de juego. Maravillados, los chicos dijeron *¡Gracias!* a los señores, y se concentraron en la batalla. Al terminar, Marc corrió a devolverles la pelota a aquellos hombres, porque aquellos niños vivían en las calles, no tenían padres ni futuro, pero sí sabían lo que era el agradecimiento. Uno de ellos, el más viejo, indicó con un gesto que no hacía falta, que *Es un regalo, nens*, y con otro llamó para sí al chaval.

Desde entonces, Marc se convirtió en «el chico». El chico que llegaba con unos zapatos casi sin agujeros al hospicio; el chico que regalaba de vez en cuando golosinas a sus compañeros; el chico que comenzó a seguir a aquella persona por orden de sus nuevos amigos, y a informar sobre sus movimientos y rutinas; el chico que entraba en las casas para conseguir alguna información relevante; el chico que, llegado el momento, recibió la orden de colocar una caja de zapatos debajo de unas tablas donde los líderes de Solidaritat Catalana iban a celebrar un mitin, con su líder, Francesc Cambó, a la cabeza.

El chico al que detuvieron y no supo explicar por qué aquella caja llevaba un potente explosivo que estuvo a punto de estallar, provocando una masacre, y que a sus trece años no pudo seguir

demostrando que era un niño. Bernabé vio cómo se lo llevaban detenido. En silencio, sin que nadie le viera, siguió a su amigo hasta las instalaciones de la Guardia Urbana. Acurrucado junto a una de las ventanas del sótano, Bernabé pudo oír los alaridos de su amigo, escuchar los golpes secos contra su cara y su estómago, el sonido de una silla cayendo al suelo con estrépito, y después, nada. No volvió a ver a Marc.

Aquella tarde, Bernabé no regresó al hospicio. Cuando las luces de la ciudad comenzaron a iluminarse, corrió con todas sus fuerzas, del Gòtic a la Rambla, de la Gran Vía al Eixample. Paró a descansar junto a las obras de la Sagrada Familia, que se alzaban, imponentes, frente al frío y la humedad de aquella noche, y contempló la más alta de las torres que seguía creciendo a la derecha de la fachada del Nacimiento, con el balcón a punto de ser rematado, y quiso subir hasta arriba como le había prometido aquel *Oriol, o Pau, o como fuera su nombre*, el día en que él se atrevió a revelar el suyo: Bernabé. Tenía que encontrarle, necesitaba hacerlo.

El chico emprendió de nuevo la carrera, y subió las grandes avenidas del Eixample hasta casi alcanzar el monte del Carmel. Junto a las obras, casi concluidas, de lo que finalmente sería un parque-palacio —Bernabé apenas había aprendido algunas letras—, con varias casas proyectadas, se volvió y recordó que el hombre al que buscaba le había dicho en alguna ocasión que desde allí podían contemplarse las mejores vistas de la ciudad, *Ojalá Marc pudiera verlas*, se dijo, y cayó en la cuenta, porque tenía una memoria prodigiosa, de que el *maestro Oriol, pero tú me puedes llamar Pau*, trabajaba al otro lado de la montaña, construyendo casas para los obreros de Barcelona.

Cuando lo encontró, tiritando de frío, y gritó su nombre, Pau supo que había llegado el momento que llevaba esperando desde que, hacía casi diez años, regresara a Barcelona. *¿Me puedo quedar contigo hoy?*, preguntó el chico. *Y toda la vida, pasa. No tengo mucho, pero todo es tuyo. Siempre lo ha sido*. Aquella noche fue muy larga para los dos, que charlaron hasta quedarse dormidos al alba junto al fuego. Fue la primera de muchas entre padre e hijo, tratando, juntos por primera vez, de encontrar respuestas a las

muchas preguntas que seguían sin poder responderse. Intentando colocar cada pequeña tesela del complicado, y hermoso, *trencadís* en que se había convertido su vida.

11.
Detenida en el tiempo
Barcelona, 1894-1906

Mientras el mundo que había conocido se derrumbaba a su alrededor, en la habitación de Rosetta el tiempo se había detenido. Exactamente, el 12 de junio de 1894. Desde esa noche en que la niña se despertó con un inmenso vacío en su interior, el de su hijo muerto, el de su amor perdido, no había transcurrido un solo segundo en el que no tratara de regresar al momento anterior al último empujón, al llanto que creyó escuchar entre sudores e intensos dolores de parto, a la tensa espera, sangrando, en solitario, sin que nadie hiciera caso a sus gritos, al doctor al que jamás volvió a ver y que le dio la peor noticia que pudiera darse a una mujer: *Tu hijo ha muerto*.

De nada sirvieron los ruegos, los llantos, los pataleos. Fue imposible ver a su bebé, sentirle una vez más, abrazarle por primera y última vez. Pasaron los días, los meses, los años, y Rosetta continuó viva. Muy a su pesar, pues a fe que intentó acabar con todo en varias ocasiones. *Quiero ir con mi niño, me necesita, tengo que ir con él allá donde esté*, rogaba cuando la sorprendían rajándose las venas, tragándose cristales y desgarrándose la garganta. No había respuesta: las ventanas se cerraron con candados especiales, que su *tiet* Gaudí había utilizado en algunos de los grandes palacios que construía en el Eixample, desaparecieron los objetos punzantes, se recubrió toda la habitación con una estructura acolchada para evitar autolesiones. Nadie reparó en aquel reloj del fondo, con el tiempo parado a las ocho y treinta y cinco de la noche, el momento justo en

el que, tal y como recordaba la joven, había dado a luz, y perdido, a su único hijo. *¿Cómo se llama a la madre que pierde a un hijo? ¿Qué soy, huérfana o viuda?* El lenguaje no tenía una palabra para explicar lo que sentía, como si una definición pudiera convertir la realidad en un relato, ponerlo sobre un papel para que nunca hubiera sucedido de verdad.

El reloj se paró, por más que el abuelo Francesc quisiera sacar a su nieta de aquel lugar, por más que Gaudí intentara encontrar algo que volviera a emocionar a la niña. No había nada que hacer, de modo que nada hizo Rosetta. No era ella, entonces, la que salía con su *tiet* cada domingo a misa, y algún fin de semana a pasear por las playas de Tarragona, o largos períodos de descanso en la montaña de Montserrat. No fue Rosetta quien se asomaba a la ventana en las tardes de lluvia, quien comía hasta hartarse y vomitaba y después volvía a introducir en su boca los restos, quien se colocaba, cuando nadie la veía, amplios almohadones en el vientre y susurraba canciones de amor y de cuna a un bebé inexistente.

Rosetta ya no estaba allí. Había volado, más allá de la realidad, a una pequeña casa en las afueras. Con un coqueto jardín, una mecedora, un árbol del que colgaba un diminuto columpio. Con las paredes pintadas de amarillo albero, un huerto en el que crecían tomates y lechugas y, al fondo, un caballete que siempre miraba hacia el mar. La niña, *Que sí, que aquí seguiré siendo una niña para siempre*, dibujaba de pie mientras absorbía el aroma a sal y humedad proveniente de aquel mar de sus amores.

Dibujaba trazos elegantes, elevados, altas montañas de roca curva, que subían y bajaban y se dejaban reinventar por la luz. Dibujaba mientras, sentado a su lado, su *tiet* tomaba notas y daba pequeñas indicaciones sobre los reflejos y las proporciones. Al fondo, un taller, en el que Pau y su pequeño, *Qué lindo eres, cómo estás creciendo, te pareces tanto a tu padre*, hacían surgir de la piedra hermosas criaturas fantásticas sacadas de su imaginación, que decoraban con pedazos de loza de mil colores insertos en un orden que solo ellos entendían, y que cobraban vida cuando su amor les colocaba dos botones de ónice en forma de ojos.

Elefantes, gárgolas, tortugas gigantescas o dragones alados deambulaban, divertidos y juguetones, por el jardín, dejándose acariciar por el hijo, y por la madre, que paseaban cogidos de la mano, felices, hasta que el maestro Gaudí daba una palmada, se levantaba del butacón y se echaba a caminar elevándose sobre el aire, que se iluminaba del color de las luces del atardecer a su paso y que llegaba hasta lo más alto de la Sagrada Familia, cuyas obras, por fin, habían concluido. A una indicación del genio de Reus, los animales, con parsimoniosa obediencia a su buen pastor, pasaban a engrosar el interior del templo, sus fachadas y sus columnas.

La liturgia resultaba perfecta y, además, mucho más barata de lo que los caballeros de la Asociación de Devotos de San José jamás hubieran soñado. En los albores del siglo XX, el templo estaba finalizado, y en su interior se desarrollaban conciertos para el pueblo, ofrendas de luz y color. El Espíritu se aparecía varias horas al día, y lo hacía en forma de animales de distintos colores, según fuera el impacto de la luz en las magníficas vidrieras de vírgenes, santos y poblaciones de todo el mundo: palomas, serpientes, guacamayos, manglares trepaban por sus columnas helicoidales, que se conectaban a través de lianas de piedra, sumamente finas, irrompibles.

En lo alto de la clave de bóveda, una imagen de la Sagrada Familia presidía el complejo, y bastaba alzar la mirada para contemplarlos a ellos: a Pau abrazando con dulzura a Rosetta, que acogía al pequeño en su regazo. La imagen giraba sin cesar mientras se elevaba hasta lo alto y se clavaba en la mirada del niño, *De mi niño*, y entonces algo golpeaba la piedra y todo se resquebrajaba en mil pedazos, primero su rostro, *¿Dónde estás?*, después el de Pau, *¿Por qué os vais?*, finalmente el derrumbe alcanzaba las columnas interiores, la bóveda colapsaba y una montaña de piedras caía a plomo contra el suelo, destrozando la cripta y arrastrándose hasta el exterior, donde, uno a uno, iban cayendo cada uno de los treinta y dos pináculos proyectados.

Apenas resistía, soportado por una enorme tortuga, parte de la estructura de la torre de San Bernabé, desde cuyo balcón un extasiado y enloquecido Gaudí ordenaba en vano a las fuerzas de la

naturaleza que frenasen su ira, *¡Deteneeeos!*, y acababa engullido por un inmenso agujero negro que atravesaba la ciudad y la devoraba por completo.

Siguiente imagen.

Todo se tornaba oscuro, y apenas se escuchaba un leve sonido, *Tic, tac, tic, tac*, de un reloj detenido, colgado en la pared del fondo. Y allí estaba ella, parando el carillón y mirándose de nuevo encerrada en aquella habitación, con un cojín metido dentro de sus ropas, simulando que el pequeño seguía con ella y que nada había cambiado. Aulló.

Los gritos despertaron a Gaudí, que últimamente apenas dormía. Aunque la muerte del doctor Morgades y, especialmente, la llegada al obispado de Barcelona del cardenal Castañas habían significado la total libertad para que el maestro pudiera desarrollar las obras del templo, el arquitecto veía cómo la crisis de Cuba y la llegada de bolsas de pobreza a la ciudad afectaban, y mucho, a los ya de por sí exiguos donativos que entraban a las arcas de la junta constructora. Castañas, con el apoyo de León XIII, logró que el papa renunciara a la mitad del óbolo que anualmente recibía de la Asociación de Devotos de San José, lo que significó un respiro para poder seguir trabajando.

A este paso, nunca estará terminada, se quejaba Gaudí ante los responsables del templo, pese a que había sido él mismo quien había renunciado a «vender» capillas del templo a grandes asociaciones o familias de alto linaje a cambio de sufragar la construcción de la Sagrada Familia. La suya tenía que ser la «catedral del pueblo», y por eso rogó, porfió, y finalmente consiguió, que la curia barcelonesa concediera el derecho de asilo a los menesterosos, que en las noches de lluvia y frío podían albergarse tras las columnas, ya techadas en parte, del complejo.

El arquitecto apenas pasaba tiempo en casa, abrumado como estaba por el desarrollo de las obras de la Sagrada Familia, la aceptación de nuevos y excitantes proyectos y el impulso que Eusebi Güell quería dar al recinto del Carmel que tantos sueños y tantas pesadillas le habían provocado. Fue en aquellos años cuando Gaudí

decidió que no aceptaría más mandatos, salvo los que exigiera su amigo y benefactor, a quien tanto debía, para centrarse en los trabajos del templo del Eixample. Sabía bien que jamás lo vería concluido, pero sí que, al menos, podría dejar planificado para su sucesor *—¿Jujol, Matamala?*, se debatía— todos los pasos a dar para no desvirtuar el sueño. A veces, en mitad de la noche, se despertaba entre sudores y no podía evitar recordar al joven Pau. Una década después de su desaparición, seguía echando de menos la intuición que salía de sus manos, su pasión y fortaleza, *Juntos podríamos haber hecho tantas cosas*, se decía antes de volverse hacia el cajón colocado a la derecha de su camastro, sacar un rosario, ceñirse al muslo el afilado cilicio y arrodillarse junto a la gran cruz que presidía su habitación, hasta prácticamente el amanecer.

Gaudí comía muy poco, y dormía aún menos. Aunque no volvió a consumar un ayuno extremo como entonces, su opción por lo frugal y lo austero en ocasiones rayaba lo enfermizo. Pero el genio lo tenía claro, y optó por una vida de sacrificio y privaciones, *Que el hambre, el frío y la devoción aguzan el ingenio, y tengo una misión que cumplir*, pesara a quien pesase, preocupara a quien preocupase. Dios lo quería, y no había nada más que hablar. Por eso, cuando aquella madrugada le despertaron los gritos de su sobrina, supo que era el momento de tomar decisiones. *Otra vez no, Dios mío*, suspiró, admitiendo que, de nuevo, los fantasmas regresaban para castigar a Rosetta. La medicación que los especialistas enviados por su amigo Güell habían recetado a la joven había vuelto a dejar de hacer efecto, y la pequeña retornaba a sus tenebrosos infiernos.

Durante años, Gaudí se había resistido a sacarla de aquella casa, si bien comprendía que los recuerdos se agolpaban en un espacio tan reducido que acabarían por asfixiarla. Trataba de sacarla a pasear, la forzaba con toda la delicadeza de la que era capaz para que volviera a pintar, le contaba anécdotas sobre la construcción de la Sagrada Familia, *¿Te acuerdas de aquel dibujo, en Tarragona? Lo guardo aquí, cerca de mi corazón, desde entonces. La obra cada vez se parece más a lo que dibujaste, mi niña*, pero ella no respondía, apenas concedía un gesto a su *tiet*. Ya hacía tiempo, tal vez demasiado, que Rosetta les había abandonado.

Por eso, y porque las obras en el Park Güell ya habían tomado velocidad de crucero, Gaudí acabó por aceptar la propuesta de su amigo y compró, por un precio irrisorio, la casa muestra, que había diseñado junto a su ayudante Berenguer, mudándose a lo alto del Carmel. Desde allí, su padre Francesc, que cada vez encontraba más dificultades para reconocerse a sí mismo, tendría todo el espacio del mundo para pasear, sin que las murallas construidas alrededor le permitieran perderse del todo. Allí, tal vez, Rosetta podría volver a encontrar a la niña que fue. Un error, un maldito error. Otro más.

Desde su llegada a la nueva casa, las crisis de su sobrina fueron a más. Al comienzo, tanto Gaudí como Güell se convencieron de que se trataba de un cambio demasiado radical para la pequeña, y de que en pocas semanas todo volvería a una relativa tranquilidad. *Basta con tenerla alejada de las caballerizas*, recordó el empresario a su amigo. *Descuida, me ocupo*; y es que Gaudí había diseñado una escalinata y un juego de columnas que dificultaban el acceso a unas instalaciones que, por expreso deseo del propietario, quedaban clausuradas hasta nueva orden, y colocó en el centro el inmenso dragón que Pau había sacado de la nada y convertido en magia gracias al *trencadís*, como un aviso a visitantes: *Nada os espera más allá, deteneos y regresad sobre vuestros pasos*. La estructura causó un hondo impacto en la crítica y la sociedad barcelonesa, que alabaron, como hacía tiempo no sucedía, la originalidad y la belleza de la solución ideada por el maestro.

Cuando Rosetta, en uno de sus paseos junto al abuelo Francesc y el ama de llaves, descubrió el reptil, lanzó un grito desgarrado, se tumbó en el suelo y trató de abalanzarse contra la escultura para abrazarla y descomponer sus pedazos, *Él tiene que volver a colocarlos, solo él sabe cuál es el orden, seguro que ahora vendrá y todo volverá*, y se golpeó el vientre con fuerza, Gaudí supo que, de nuevo, se había equivocado. Y que no había marcha atrás: había hipotecado su antigua casa para pagar personalmente el jornal de algunos de sus empleados y, en lo tocante al parque, la ciudadanía —y mucho menos Güell— no permitiría que retirase aquel dragón, que rápidamente se convertiría en un símbolo de la ciudad. Aquel

dragón, como la Sagrada Familia, ya no le pertenecía. Tampoco, por más que le desgarrara el alma, el dolor de su sobrina.

Pocos meses después de su llegada al Park Güell, el abuelo Francesc falleció, víctima de una bronconeumonía y de los estragos de su enfermedad degenerativa. Tras el funeral, Eusebi Güell sintió que había llegado el momento de volver a dirigir el rumbo de aquella familia tan querida y, llevándose a un aparte a Gaudí, le conminó a tomar una decisión definitiva sobre su sobrina.

No está bien, sabes que desde aquello no está bien. Ya han pasado más de doce años y Rosetta no da un solo signo de cordura, Antoni.

Lo sé, lo sé, ¿crees que no lo veo? Pero me desgarra el corazón volver a encerrarla, volver a alejarla de mí, bastante ha perdido ya.

Amigo mío, no hay nada que puedas hacer por ella, y lo sabes. Y mientras, tú te debates entre el dolor y la culpa, y evitas entregarte de lleno a tu misión.

Pero es mi familia, Eusebi…

Lo sé, y también es la mía. Os quiero como si fuerais parte de mi linaje. Por eso, precisamente, creo que es la única solución. Has cuidado de tu padre hasta el final, te ocupaste de tu sobrina, y de tantos otros, sin importarte nada más. Ha llegado el momento de que descanses, Antoni, y te centres en aquello que solo de ti depende. Deja que yo me ocupe…

Antoni Gaudí, con los ojos tremendamente pequeños, miró a su amigo, y bajando la cabeza se dio la vuelta, y concedió, elevando la mano mientras se retiraba a descansar, *Tienes razón, siempre has tenido razón*.

Dos semanas después, Rosetta volvía a pasear por las playas de Tarragona. Esta vez, las monjas no pusieron impedimento alguno para que la niña, *Aunque ya no es una niña, estás hecha toda una mujer*, viviera en un apartamento adjunto a la Casa Foixá. *Nosotras cuidaremos de ella, descuide*. Y Güell, que no terminaba de fiarse de la madre superiora, ordenó que un médico visitara todas las semanas a la sobrina de Gaudí, y que un par de novicias se ocuparan de sacarla a pasear todas las tardes, *Le gusta el olor a sal*

en su pelo, y a veces pinta. No se lo impidan. Y recen, recen con ella. Y no la dejen nunca sola.

En su nuevo y último encierro, Rosetta se calmó casi por completo. Y olvidó, o al menos logró que todos pensaran que así era, los horrores de su pasado, los hombres grises, las formas helicoidales, el pinchazo profundo de la pérdida, el dolor incomprensible de aquel niño que nunca tuvo y *¿Dónde estarás?*, paseando por la playa. Los potentes opiáceos recetados por los médicos enviados por Güell hicieron el resto. Rosetta miró a la pared de su estancia y abrió la cajita donde el carillón del reloj marcaba, impasible, *Tic, tac, tic, tac*. Y lo detuvo con un solo dedo. Nadie supo más de ella. O, al menos, ella jamás lo recordaría. El tiempo, su tiempo, al fin, se había detenido. Aunque todavía faltaran seis años para que muriera.

12.
Las letras y la flor de les taronges
Afueras de Barcelona, 1904-1909

Bernabé aprendía deprisa. Poco después de la noche en que huyó del hospicio y empezó a vivir con Pau, el chico comenzó a trabajar las artes del oficio de la construcción. Observaba profundamente, hacía pocas preguntas, cometía pocos errores. En poco tiempo, se había convertido en uno más de la cuadrilla del «maestro Oriol», aunque en casa, *Mi sobrino*, como le había presentado el primer día, le llamaba Pau. *Puedes llamarme papá si quieres*, dejó caer el *expòsit* una mañana de invierno, mientras jugaban a lanzar piedras al río y apostaban por ver quién conseguía que rebotaran más veces en el agua antes de desaparecer, pero a Bernabé le costaría mucho tiempo pronunciar esa palabra. *Papá.*

Pau no era rico, nunca lo sería: lo poco que ganaba con la construcción de las casas a las afueras de Barcelona lo reinvertía en la compra de nuevos materiales o ayudando a los recién llegados. Compró su libertad, logró vivir sin tener un dueño. Todos en aquel rincón conocían su nombre, saludaban al «maestro Oriol» bajando levemente la cabeza cuando lo encontraban en la calle con su «sobrino», y él devolvía el saludo con gesto divertido. El pueblo respondía como siempre había hecho: agradecido, trabajando sin descanso y ofreciendo su hospitalidad. A Pau y a Bernabé nunca les faltó un plato de comida en cualquier hogar, despistados como eran a la hora de organizar las tareas domésticas, *Le hace falta una buena mujer, maestro*, recomendaban las esposas de los obreros, mujeres rudas, agotadas pero felices, mientras servían a la pareja

del puchero porque *En casa somos muchos, ya ve usté, más de diez chiquillos, pero nunca faltará un plato pa usté y pa su chico*, y Pau sonreía, suspiraba y negaba con la cabeza, *No tengo tiempo para eso, señora Eugenia*, y cambiaba de inmediato el tema de conversación, preguntando por la salud de los pequeños, si sabían juntar las letras o hacer las cuentas. Pero allí nadie sabía ni una cosa ni la otra.

Pau no había tenido una educación formal, pero gracias a Oriol y al maestro Gaudí, *Y a Rosetta*, aprendió rápido a leer y escribir. Los números le costaron más, pero a fuerza de observar los cálculos sobre plano, las medidas necesarias para el hormigón, la carga de los obreros, el peso que podía soportar una viga o un contrafuerte, el *expòsit* se transformó pronto en un consumado experto en matemática y trazados. Jamás pisó una escuela, pero sin lugar a duda era el hombre más sabio de todos cuantos se hacinaban en los barrios que crecían al otro lado de la montaña, ajenos al fragor de la batalla que se vivía en la Ciudad Condal.

A cada rato, los obreros o sus mujeres paraban a Pau y a Bernabé para que les explicaran qué ponía en aquel papel que les había llegado, o si el tendero del mercado les había engañado con la poca compra que habían podido hacer. El *expòsit*, con paciencia, trataba de responder a todas y cada una de las preguntas y todos los domingos después de misa —en aquellas barriadas no habían llegado la electricidad, ni el agua, ni un médico, y mucho menos una escuela, pero los vecinos habían construido, con sus propias manos, una pequeña capilla, y pagaban, religiosamente y por adelantado, a un clérigo para que acudiera una vez al mes para celebrar la eucaristía— jugaba con los niños a que escribieran su nombre y se lo aprendieran. *Un hombre sin nombre, y sin firma, no es nadie*, les decía.

Bernabé lo miraba con interés, profundamente, como siempre hacía, pero tuvo que ser su padre quien le preguntó: *¿Quieres aprender a leer y a escribir?*, y al chico se le iluminó la cara y no tuvo necesidad de contestar. Acababa de cumplir diez años, y llevaba la mitad de su vida con aquel hombre, al que ya quería como a nadie. *¿Me enseñarás?*; *Haré lo que pueda, hijo*.

Desde entonces, todas las noches, después del trabajo, Pau y Bernabé se entregaban a la tarea educativa. El chico aprendió rápidamente el abecedario y los números, y en pocas semanas consiguió leer, despacio, masticando cada palabra, saboreando sus significados, deleitándose cuando acababa una frase y la comprendía. Preguntaba constantemente, tal vez demasiado, hasta que el *expòsit* cerraba el libro porque *Mañana será otro día.*

Con todo, antes de dormir, cada noche, el chico practicaba con la navaja de Pau el arte de la talla. Comenzó, como hiciera su padre cuando era niño, afilando los palos que encontraba por el camino, pero pronto se aficionó a las texturas de la madera, y siempre que podía se escapaba a los bosques cercanos en busca del tronco más rugoso, la rama más flexible, el tocón arrancado en mejores condiciones. Y, como sucediera con el *expòsit*, Bernabé descubrió muy pronto que aquella era su pasión.

El chico no tardó en pasar de pulir maderas a sacar de ellas pequeñas figuras, bajo la atenta mirada de su padre, que lo contemplaba orgulloso y hacía pequeñas observaciones: *Ese trazo un poco más fino, ahí está bien. Cuidado con apretar demasiado*. El *expòsit* le confió algunos de sus secretos, y una noche de sábado, después de admitir, con orgullo, que el chico tenía manos precisas y sensibles, le propuso un reto:

Quiero que talles una flor, esta flor, le dijo, entregándole un trozo de madera de tilo, y una flor de *les taronges* que él mismo había confeccionado varios años atrás. *Tienes esta noche y todo el domingo para hacerlo.*

¿Y si lo logro qué?, respondió, desafiante, altanero y divertido, el chaval.

¿Me estás desafiando, nen?

Míralo como quieras.

De acuerdo, concedió Pau. *Dime qué quieres si consigues superar el reto.*

Mmmm, primero vamos a ganar, y luego vemos, ¿te parece?, propuso Bernabé. *Me parece,* respondió el *expòsit*. *Manos a la obra.*

La empresa era ciertamente complicada para un niño de la edad de Bernabé. Pau lo sabía, pero estaba convencido de que su hijo no daría su brazo a torcer sin pelear. También que sabría sacar de aquel pedazo de madera fina y elegante una flor maravillosa. Pero le costaría mucho sudor, tiempo y trabajo.

Para sorpresa de Pau, Bernabé no comenzó a tallar la madera de inmediato, como hubiera hecho él, para quitar asperezas, trozos de corteza o irregularidades: el chico se quedó mirando durante largo tiempo el pedazo de tilo. Le dio vueltas una y otra vez entre las manos, se lo llevó a la nariz y aspiró su aroma. Golpeó en varias ocasiones la madera con sus nudillos y la lanzó al aire para comprobar su peso y textura. Se quedó dormido, acurrucado junto al fuego, con el madero entre sus brazos, y Pau lo llevó en brazos hasta el camastro sin que soltara la pieza.

Cuando Pau despertó al amanecer, Bernabé había desaparecido. Y con él, la navaja, el trozo de madera y su talla de la flor. El *expòsit* sonrió, y pensó que su chico había decidido trabajar en solitario, lejos de las miradas, y de los posibles consejos, de su padre. *Quiere sorprenderme*, se convenció, y por una vez en su vida decidió quedarse en la cama un poco más. Aquel era domingo de misa, y el mosén bien sabía que el «maestro Oriol» había sido muy generoso con la capilla, pero no gustaba de poner el pie en ella. *Un ateo como Dios manda*, pensaba el clérigo cada vez que, al concluir la ceremonia, se cruzaba con el *expòsit*, acompañado por su hijo, paseando y saludando a los vecinos. *Su hijo debería estar bautizado, ¿no cree?*, le dijo en una ocasión. *Padre, tengamos la fiesta en paz. Usted ocúpese de las almas de esta buena gente, que de la de Bernabé ya lo hará él mismo, cuando y como quiera*, respondía Pau, quien en secreto intuía que las monjas habrían debido pasarle por la pila bautismal al poco de encontrarle. Y el clérigo concedía y seguía su camino, sin atreverse a quitarle la razón… y sin ocuparse de las muchas otras almas que, por otro lado, poco tenían que ofrecerle, salvo un plato del puchero que sabía a gloria. *Qué bien cocinan los pobres*, pensaba antes de regresar a su casa rectoral, en el centro de Barcelona, olvidándose de ellos hasta el mes siguiente.

Llegó la hora del almuerzo, y Bernabé seguía sin dar señales de vida*. Sí que se lo está tomando en serio*, pensó Pau mientras se acercaba a visitar a la *señá* Rosario, la viuda con seis nietos recogidos de tres hijas a las que no había vuelto a ver, y le ayudaba a colgar un cuadro, reparar una silla medio rota —*Los domingos también se rompen cosas*— o terminar de martillear unas literas para los pequeños. *¿Hoy no le acompaña Bernabé? Qué pena, los niños se lo pasan muy bien con su sobrino*; *No, hoy tiene sus propios planes,* respondía Pau, negándose cortés pero inútilmente a quedarse a comer, *Es lo menos que puedo hacer para agradecerte*; *No hace falta, y lo sabe*; *Lo sé, y tú también, así que siéntate*, y el *expòsit* obedecía y disfrutaba de una sopa hecha con todo el amor y la imaginación de una mujer que en su tiempo debió de ser muy bella. *De joven, yo vendía flores en la Rambla, ¿sabes? Aquella sí que era una época buena*, y Pau escuchó las historias de la *señá* Rosario imaginando que no era ella, sino la Mercè, quien se las contaba, mientras aguardaba el regreso del nuevo Nen de les Taronges.

Pasó la tarde, y de Bernabé no se sabía nada. Pau comenzó a inquietarse. Por mucho que quisiera dar rienda suelta a su imaginación, por mucha soledad que necesitara para tallar aquella flor, el chico jamás había estado fuera tanto tiempo. Desde su huida del convento y su episodio con los hombres grises. El *expòsit* se sobresaltó: *¿Y si…?* Aunque había pasado mucho tiempo, sabía por experiencia propia que los dueños de las calles no dejaban piezas sueltas, y tal vez alguno de ellos pudo ver a Bernabé la noche en que desapareció su amigo Marc. Al anochecer, Pau no aguantó más mirando las musarañas, así que se puso el sombrero y el viejo abrigo, y subió la montaña.

Pasó por delante del palacio de los Güell sin advertir las mejoras que se implementaban en el lugar que pronto comenzaría a estar habitado por Gaudí y su familia, y descendió con rapidez las calles del Carmel hasta alcanzar el Eixample. Con prudencia, llegó hasta las puertas del convento y preguntó a algunos de los chavales de la calle si habían visto a su hijo. Nadie parecía saber nada. *Tal vez me*

esté preocupando demasiado, seguro que cuando vuelva a casa estará ahí, esperándome, se dijo, imaginando el rostro triunfante de Bernabé al ver a su padre entrar en casa y mostrarle el resultado de todo un día de trabajo. Y emprendió el camino de regreso.

Sin pretenderlo, los pies le llevaron hasta las obras de la Sagrada Familia. Hacía más de diez años que no pisaba aquel lugar: el tiempo había transformado el edificio de manera magistral, y ya podían verse apuntados muchos de los proyectos en los que había participado, colaborando codo con codo, con el maestro Gaudí. Las torres de la fachada del Nacimiento comenzaban a germinar, especialmente la ubicada en el extremo izquierdo, la dedicada a san Bernabé, y Pau se sorprendió al contemplar aquella enorme tortuga, «su» tortuga, soportando el peso de la construcción.

En el friso central, muchas de las figuras se le aparecían, cercanas, propias, emocionantemente suyas, y por primera vez el *expòsit* paseó por los alrededores contemplando la edificación. Durante el tiempo en que trabajó en ella solo se fijaba en los detalles, en las formas de las esculturas antes de que fueran proyectadas, diseñadas o ubicadas en su emplazamiento definitivo, pero nunca tuvo la oportunidad de poner la mirada desde el exterior, como un visitante ajeno a la misma.

En el portal situado más a la derecha de la fachada, Pau concentró la mirada en dos figuras y el corazón le dio un vuelco: allí estaba él, o lo que quedaba de aquel chico, portando una de las fatídicas bombas del Liceu; al lado, tentada también por el diablo, se topó con el rostro de ella. *Rosetta*, murmuró en voz alta el *expòsit*. Era la primera vez que contemplaba aquel conjunto. También, la primera ocasión en que pronunciaba el nombre de su amada desde que la perdiera para siempre. Y Pau no pudo evitar llorar ante la belleza, y el dolor, de aquella imagen.

Así que al final me has encontrado. No podías esperar a que acabara el plazo, ¿no?

Pau se dio la vuelta, enjugó sus lágrimas con el brazo —la oscuridad de la noche se convirtió en indispensable aliada para que el chaval no le viera llorar— y lo descubrió. A su lado. En plena explanada de la Sagrada Familia. Junto a las esculturas de sus

padres. Bernabé sonreía, pícaro, alargando el brazo derecho hacia su padre. En la mano, una pequeña flor, la más hermosa que el *expòsit* había visto en su vida, *Alguien me dijo que si quería saber de verdad cómo se esculpían las cosas, debía visitar este sitio, así que vine*, explicó Bernabé, señalando algunas de las expresiones de floresta presentes en aquella fachada, y que Pau tendría que explicarle con todo lujo de detalles, cuando llegara el momento. *Es un lugar maravilloso, creo que una vez pasé por aquí*. El *expòsit* abrazó a su hijo, se olvidó del miedo que había sentido al no verle aparecer durante todo el día y concedió, maravillado, que aquella flor de *les taronges* era, realmente, muy hermosa.

Quiero aprender a hacerla también en piedra, ¿me enseñarás?, rogó el chico mientras regresaba, junto a su padre, al otro lado de la montaña.

Claro, si ese es tu deseo, hijo, respondió Pau. *¿Era eso lo que querías?*

Bernabé se detuvo, miró al *expòsit* y respondió: *En realidad, lo que de verdad me gustaría es poder ir a la escuela*. *Quiero aprender, tengo muchas ganas de aprender, papá*.

13.
Las escuelas de la Sagrada Familia
Barcelona, 1906-1909

Lo haremos aquí.

Gaudí había tomado una decisión. Lo hizo después de una de sus visitas al campamento en el que se alojaban las familias de los obreros de la Sagrada Familia. Durante años, especialmente después de la muerte de Oriol y la desaparición de Pau, el arquitecto había dejado de pasear por las callejuelas que se abrían entre las cabañas de sus empleados. Las obras habían crecido tanto desde entonces, y eran tantos los hombres que pasaron por ellas, que Gaudí ya no conocía a sus trabajadores por sus nombres. Aquella se había convertido en una gran empresa, la de toda una ciudad.

A lo largo de los últimos doce años, el genio de Reus se había consagrado en cuerpo y alma a la construcción de la basílica. Se encerraba en el obrador desde primera hora de la mañana hasta, en ocasiones, la madrugada. Gaudí se hizo colocar un camastro en una de las oficinas situadas entre la fachada de la Pasión y la de la Gloria, que según sus cálculos todavía tardaría años en estar concluida. *Esto sí que no lo veré*, se decía, afanándose en los trabajos de la puerta del Nacimiento, y dejando por escrito todas y cada una de las indicaciones que, llegado el momento, habrían de cumplir sus sucesores. Muchas noches acababa entregándose al sueño allí. Pocas horas, las justas para no desfallecer, como le sucedía con la comida: su alma y el Espíritu harían el resto. Desde hacía tiempo, tenía todo, *Casi todo*, el templo en la cabeza, de modo que dedicaba más tiempo a diseñar el futuro que a construir el presente. Hasta que los vio.

Aquella tarde de jueves, como había hecho tantas veces con anterioridad, Gaudí paseó por los estrechos caminos que separaban las chabolas de los trabajadores del templo. No había sido una mala idea adquirir el solar anejo a la basílica para cederla a los obreros y sus familias, que sentían como propios el lugar y el objetivo a cumplir, y que contemplaban con orgullo cómo, pese a las dificultades, la catedral de los pobres iba elevándose cada vez más.

Tal y como había augurado, los conflictos laborales apenas penetraron en la pequeña comunidad de la Sagrada Familia. Pocos de ellos, de hecho, recordaban lo sucedido con Pau una década atrás, aunque el aumento del número de trabajadores hizo imposible que todos vivieran en aquel lugar, ya suficientemente hacinado, y en más de una ocasión los operarios acababan borrachos en las tabernas del puerto, faltando al trabajo al día siguiente. En esto, Gaudí era inflexible: dos ausencias sin justificar suponían el despido fulminante. Sin posibilidad de retorno.

En la choza donde había vivido el *expòsit* junto al maestro Oriol se alojaba una familia con cuatro hijos, que recibieron al maestro con alegría, como si fuese su abuelo. Gaudí siempre llevaba caramelos en su manchada levita y los repartía como si de un rey mago se tratara por las calles del barrio. Había llovido aquella mañana, y los zapatos del arquitecto no tardaron en mancharse con el barro y la mierda que recorrían las pequeñas avenidas del complejo. Al menos, él tenía calzado, porque la mayor parte de los pequeños vestían harapos sucios y, por supuesto, corrían por las callejuelas con los pies desnudos. *Esto debe ser un foco de enfermedades*, se dijo mientras sonreía a los pequeños y les contaba historias sobre los «monstruos» que se escondían entre las columnas del templo o les ofrecía una sencilla catequesis sobre el Niño Jesús y la Sagrada Familia de Nazaret.

Aquella fue la primera de una serie de visitas de las que Gaudí salía visiblemente conmovido. Al poco tiempo, ordenó a sus colaboradores trabajar en un nuevo trazado para el pequeño barrio de obreros. Las calles debían estar asfaltadas, y tener luz y agua corriente. Sacando dinero de donde no lo había, Gaudí logró que se fueran construyendo pequeñas edificaciones, de tres alturas, con

sencillas habitaciones, techadas. También, en la esquina de Sardenya, unos urinarios comunitarios, donde los chicos podrían bañarse de vez en cuando y hacer sus necesidades.

Y una escuela. Construiremos una escuela, anunció el arquitecto a los promotores del templo, que hasta el momento habían permitido que el maestro hiciera y deshiciera a su antojo. Pero una escuela… *Una escuela es muy cara, don Antoni*, objetó el representante de la Junta; *Pero estos niños también son hijos de Dios*, clamó Gaudí, sin obtener mucho éxito entre quienes le escuchaban.

Solo el capellán de las obras, mosén Gil Parés, se mostró entusiasmado con la idea y animó a Gaudí a diseñar el proyecto. Lo hizo en secreto, ideando una pequeña estructura sobre la base del obrador donde ya prácticamente vivía. La obra costó nueve mil pesetas, que Gaudí sufragó de su propio bolsillo: hacía pocos meses había culminado la reforma de la Casa Batlló y aceptado el encargo de construir la Casa Milá, una de sus apuestas más arriesgadas y criticadas —en Barcelona se la conocía como «la Pedrera» por la cantidad de agujeros diseñados en los planos—, y no tenía necesidad de guardar dinero para nadie. Tras el entierro de su padre y el ingreso de Rosetta en Tarragona, ambos sufragados por Eusebi Güell, el genio de Reus no se tenía más que a sí mismo. Y a su obra, *Para el bien de Dios*.

Hacía tiempo que no necesitaba gran cosa para sobrevivir: poco quedaba del joven que vestía los mejores trajes de toda Barcelona, se calzaba los botines más caros, regaba sus noches en los mejores restaurantes de la ciudad o se trasladaba de lado a lado en un elegante coche de caballos. Ahora, Gaudí parecía uno más de la cuadrilla de harapientos constructores del templo. Sus ropas, ajadas y mil veces remendadas, *Bien sirven para vestirme, Nuestro Señor nos trajo al mundo desnudos y sin más patrimonio que el alma*, se justificaba ante los miembros de la junta constructora, y solía desplazarse de San Felipe Neri al Park Güell, y de este al obrador, caminando o, todo lo más, compartiendo el tranvía con cientos de ciudadanos cansados, malolientes y enfadados.

Una escuela. Hace falta una escuela. Junto a mosén Parés, quien logró convencer de la bondad de la misión al arzobispo de Barcelona, y obtener de este el aval al proyecto, así como parte del óbolo del obispo, Gaudí animó a parte de los jornaleros a que trabajasen algunas horas más, durante los fines de semana, para alzar las paredes y los techos del complejo. Que sería sencillo, pero especial: «las escuelas parroquiales de la Sagrada Familia» estarían hechas de ladrillo visto y cemento, y constarían de tres pequeñas aulas abovedadas, un vestíbulo y una capilla, además de unos baños anexos porque *La limpieza es casi tan importante como la educación*, clamaba Gaudí. El arquitecto también se empeñó en que la edificación tuviera grandes ventanales para que los chicos pudieran absorber, como las columnas proyectadas en el templo, toda la luz posible. Las paredes, onduladas como el techo exterior, aspiraban a que los niños tuvieran la sensación de embarcarse en una travesía, *La del conocimiento y la fe*, que marcaría de forma indeleble el rumbo de sus vidas.

Al frente del proyecto educativo, Gaudí y Parés colocaron a unos discípulos de María Montessori, cuyas *Case dei Bambini* tenían el mismo espíritu que el proyectado para los hijos de los obreros de la Sagrada Familia. Gaudí también se encargó de diseñar los taburetes, originales, de tres patas de hierro y madera, mientras que su fiel Matamala coronó las estancias con una imponente estatua de san Jorge.

En pocos meses, medio centenar de los chicos de la Sagrada Familia comenzó a estudiar en las *escolas*. Gaudí había previsto hasta el triple de asistentes, de modo que junto al infatigable Parés comenzó un trabajo de información y captación de pequeños entre las parroquias del centro de la capital. Todos los conventos se negaron a dejar marchar a «sus» hijos, y tampoco lo permitieron los hospicios, entre ellos el de Ramelleres, pero a lo largo y ancho de la ciudad corrió como la espuma el anuncio de una escuela, *¡gratuita!*, para niños pobres.

La noticia no tardó en traspasar la montaña y llegar a oídos de Bernabé, quien, con una sonrisa de oreja a oreja, presentó la idea a Pau. El *expòsit* dudó: a fin de cuentas, se trataba de la Sagrada

Familia, se trataba de Gaudí, se trataba de toda su vida, y conociendo al maestro no sería difícil que acabara por fijarse en el chico, *Tiene los ojos de Rosetta y las manos de su abuelo*. Pero no podía romper una promesa y, tras muchas vueltas, accedió a acompañar a Bernabé hasta las puertas del recinto. En el friso de la entrada, un cartel dejaba claro que se trataba de una «escuela para hijos de obreros y personas sin recursos», y Pau, ciertamente, podría haber llevado a su hijo a una escuela, por humilde que fuera. *No estamos en la indigencia*, pensó, pero la mirada de Bernabé acabó por convencerle de que aquel era su sitio.

Entra tú, no me necesitas para esto. Pero quiero que me cuentes todo cada noche, rogó el *expòsit* a su hijo. *Lo haré, papá, descuida*, contestó el chico. *Una última cosa, hijo*; *Dime*; *Si te preguntan…*; *Diré la verdad, que soy un niño huérfano que vive con su tío en un barrio de barracas al otro lado de la montaña*, contestó Bernabé, guiñando un ojo a su padre y corriendo hacia la puerta de entrada. Ilusionado, como un niño con zapatos nuevos. O con zapatos, pues Gaudí había ordenado que todos los alumnos vistieran un sencillo uniforme y que, por supuesto, llevaran calzado.

Los primeros días fueron duros: pese a que Pau había puesto todo su empeño, Bernabé aún leía con dificultad, y sus compañeros de pupitre llevaban ya varios meses de curso. Estudiar resultaba duro, mucho más que cargar piedras o colocar ladrillos, pensaba el chico, que todas las noches regresaba a su casa derrengado y con un intenso dolor de cabeza*. Si quieres dejarlo, no pasa nada, ya has aprendido más de lo que sabría enseñarte*, le decía Pau. *No, es mi sitio*, contestaba, orgulloso, el chaval. Pronto las cosas empezaron a mejorar, y Bernabé consiguió alcanzar el nivel de sus compañeros, que lo acogieron con cariño y le ayudaron en todo lo que pudieron. En breve tiempo, el chico se desveló como un auténtico líder, e hizo lo propio con los más rezagados: en aquella carrera por la educación, podían ganar todos.

Llegó la primavera, y los alumnos empezaron a trabajar en las aulas del exterior, entre los ruidos de las obras de la Sagrada Familia y los juegos de luz que el sol hacía entre las paredes de piedra del templo y de la escuela aneja. Uno de esos días, después de rezar en

San Felipe Neri, y antes de encerrarse en las instalaciones que se había hecho construir en una de las alas del templo para dejar espacio a los alumnos, Gaudí decidió darse un paseo por las escuelas. La mañana era especialmente agradable, y los chicos jugaban con restos de roca que los canteros habían desechado y que, por expreso deseo del arquitecto, no habían acabado en los vertederos, sino que se habían llevado al exterior de las aulas. *Quién sabe, tal vez estemos ante un nuevo Gaudí*, auguraba, entre risas, mosén Parés, mientras el maestro asentía levemente y se mesaba la barba. *Ojalá fuera así*, se decía, sin dejar de pensar en Pau.

Y es que, desde que comenzara el proyecto de las *escolas*, el fantasma del *expòsit* solía aparecérsele en sueños. Lo hacía con suavidad, sin ánimo de cargar sobre su espalda más peso del que ya sentía. Solo en ocasiones, Pau se presentaba furioso en mitad de sus pesadillas y hacía explotar una de aquellas bombas sobre su escuela, o junto a los pilares del templo, que se derrumbaba en segundos, dejando una espesa capa de polvo de la que surgían los fantasmas de Rosetta, Pau, Pepeta Moreu… Entonces, Gaudí se levantaba, envuelto en sudor, y salía del camastro corriendo para comprobar que la estructura seguía firme y que aquella estatua del demonio entregando una bomba Orsini a un joven obrero no se había movido de su ubicación. Y lamentando que, a pesar de la eficiencia de sus colaboradores, jamás había encontrado un genio natural como el del *expòsit*.

Quizá era eso, tal vez Gaudí estaba buscando a Pau en los ojos de los niños que estudiaban, felices y agradecidos, en las *escolas* de la Sagrada Familia. Tal vez, simplemente, quería hacer por aquellos pequeños lo que no había sido capaz de ofrecer al hijo de Rosetta, a la propia chiquilla. Se lo debía. Y esos chicos bastante tenían con haber nacido en tan baja cuna. *Si puedo, haré de ellos hombres de provecho, que cambiarán la tierra, hombres para Dios y para el mundo*, se decía, convencido.

Una generación que pudiera crecer sin el peso del odio que traía la pobreza y la injusticia del modelo económico impuesto por los más poderosos, aquellos que bendecían la obra de Gaudí mientras pisoteaban el mensaje del Resucitado con jornadas laborales

extenuantes, salarios miserables y trabajos insalubres e inseguros, que acarreaban enfermedades y muertes entre los trabajadores y sus familias, y eternizaban el círculo vicioso en el que los pobres siempre serían pobres y los ricos seguirían siéndolo, cada vez más, sin que nadie, y mucho menos él, pudiera evitarlo.

Entretenido en sus pensamientos, Gaudí entró sin avisar en las aulas y comprobó con deleite cómo los estudiantes jugaban con las piedras de Montserrat desechadas por los maestros. La mayoría de ellos apilaban la roca para formar pequeños conjuntos circulares, o jugaban a colocar cantos en vertical, lo más alto posible, y después intentaban retirarlos, uno a uno, con cuidado, sin que se derrumbase la torre.

Unos pocos, los más osados, se habían hecho con un cincel y un martillo y trataban de emular, con evidente torpeza, los trabajos que los canteros adultos llevaban a cabo unos pocos metros más allá. Gaudí desvió la mirada hacia la izquierda, y en ese momento contempló con sorpresa, cómo uno de los niños, ya casi un joven —no tendría más de doce o trece años—, se empleaba, con decisión y eficacia, en la tarea de sacar de la piedra una figura humana. Se acercó con sigilo, para no molestar al artista, y vio despuntar de la roca un par de brazos, la cabeza y el torso de una figura de mujer, y el corazón le dio un vuelco: ¡era su sobrina!

Ahogando las palabras, Gaudí dio dos pasos más, hasta colocarse justo detrás del alumno, que, imperturbable, trataba de esculpir el resto de la figura, y que de tanto en tanto dejaba el martillo en el suelo y, con un pequeño cuchillo, daba forma a las manos, los dedos, la melena de la escultura que pugnaba por salir de la roca. *Esa navaja*, trató de recordar el arquitecto, totalmente perturbado por lo que estaba contemplando, pero sin la más mínima intención de interrumpir el trabajo de aquel chico.

Así permanecieron ambos durante largo rato: uno, ocupado con la piedra; el otro, observando en silencio, hasta que mosén Parés se apercibió de la presencia del maestro Gaudí en las instalaciones y, con alborozo, gritó su nombre: *Alumnos, todos en pie, hoy tenemos una gran visita, ni más ni menos que el insigne Antoni Gaudí, el creador de la Sagrada Familia y el responsable de que esta escuela,*

donde os formáis para ser ciudadanos y cristianos de bien, sea una realidad. ¡En formación!

A la orden del clérigo, Bernabé guardó en el bolsillo de su pantalón la navaja y se dio la vuelta. A su lado, agachado, mirándole, estaba quien probablemente era el mayor artista de todos los tiempos. El chico enrojeció, bajó la cabeza y corrió a ocupar su lugar en la fila, notando cómo el genio de Reus le seguía con la mirada. El arquitecto les dirigió unas sencillas palabras, hablándoles de la importancia del esfuerzo, de la conveniencia de aprovechar las oportunidades y de poner los talentos de cada uno al servicio de la obra de Dios. *Cada uno en el lugar que le corresponda, sin oscuras ambiciones, pero también sin falsas modestias*, subrayó el maestro. *Dios tiene un plan para cada uno de vosotros, y está en vuestras manos decidir si lo aceptáis o no*, finalizó, y Bernabé, que había crecido aprendiendo de memoria las oraciones pero sin preocuparse por entenderlas, empezó a interesarse por ese Creador del que hablaba el maestro. *Qué sabrá ese Dios de mis planes, pero qué maravilla si así fuera*, pensó.

Gaudí concluyó su discurso, los chicos aplaudieron, todos rezaron un avemaría y regresaron a sus trabajos en el patio. *¿Quién es ese?*, le preguntó el arquitecto a mosén Parés, quien por toda respuesta dio un grito y llamó al alumno para que regresase a su lado. *A ver, chaval, el maestro Gaudí quiere conocerte. Preséntate*, y aquella fue la primera vez en que las miradas de ambos se cruzaron. El arquitecto sintió un latigazo recorriéndole el espinazo, *Aquella mirada*, y Bernabé, muerto de la vergüenza, apenas se atrevió a pronunciar su nombre y a decir que *No conocí a mis padres, vivo con mi tío al otro lado de la montaña, él trabaja como obrero en las chozas*, *a lo mejor de ahí me viene el amor por las piedras.*

Bernabé… Gaudí masticó con lentitud las siete letras de su nombre e instintivamente dirigió la mirada hacia la mayor de las atalayas que se elevaban al otro lado de la plaza, *¿Sabías que tu nombre es el mismo que el de aquella torre?*, preguntó al chaval, quien por primera vez se atrevió a mirar, cara a cara, al afamado arquitecto*, Sí, y la verdad es que es preciosa, y la tortuga que soporta las columnas, y*… Parés cortó con un capón la verborrea del

chico: *¡No des lecciones al maestro, chico, no seas insolente!*, pero Gaudí frenó el ímpetu del mosén con el brazo. *No pasa nada, amigo, es un orgullo que el pueblo admire la obra que construimos para Dios Nuestro Señor*. *Y dime, chico*, señaló el arquitecto, volviendo a dirigirse al joven, que no dejaba de mirarse los pies, que estaba temblando y que, por instinto, se había llevado la mano al exterior del bolsillo para comprobar que la navaja que le había regalado su padre seguía allí, *¿qué era lo que estabas haciendo hace un rato? ¿Dónde está esa roca?*

Bernabé miró a Parés, que con un gesto le dio permiso para moverse, y se dirigió hacia el rincón en el que estaba trabajando. Tomó el trozo de piedra con mucho cuidado, la limpió con la manga de su camisa, sopló para retirar el polvo sobrante y se la mostró a unos impresionados mosén y Gaudí. *No está terminada*, se justificó, entre orgulloso y avergonzado. *Ya lo veo, ya, pero aun así es muy hermosa,* concedió el arquitecto. *¿Quién te ha enseñado? ¿Tu tío?* Bernabé asintió con la cabeza, y trató de decir algo, pero el arquitecto cogió la estatua y comenzó a observarla con detenimiento. *¿Y cómo se llama tu tío?*; *Oriol, se llama Oriol. Roger Oriol*, contestó el joven, y Gaudí a punto estuvo de hacer caer la escultura de sus manos.

Enhorabuena, chico, acertó a decir el arquitecto, una vez recompuesto, entregando la escultura a su dueño. *Me gustaría que la terminases, te la compraré con gusto*; *Mi señor,* contestó, con firmeza, Bernabé, *si estoy aquí es gracias a usted. Por supuesto, si la quiere será un honor regalársela*, y Gaudí agradeció el gesto con la cabeza y se dio la vuelta para salir de allí. Al poco, se detuvo y, sin mirar al joven, preguntó: *¿Sabes quién es ella? No,* respondió el joven, titubeando. *Pero a veces me despierto con ese rostro en la mente, se me aparece en sueños, creo*.

Me gustaría conocer a tu tío, si fuera posible, quiso añadir Gaudí, pero ninguna palabra salía de su garganta. Con un movimiento de mano, se despidió de mosén Parés y del chico, y ordenó que todos continuaran con su trabajo. Con toda la compostura de la que pudo hacer gala, el arquitecto llegó hasta su nuevo despacho, en el

interior de las obras, y cerró la puerta. Se sentó en el butacón, abrió unos planos y, solo entonces, comenzó a llorar.

14.
La(s) Semana(s) Trágica(s)
Barcelona, 1906-1909

La revolución había estallado. En las calles, en la ciudad, por todo el país. Una algarada que hundía sus raíces en la miseria de los trabajadores, en el desastre por la pérdida de las colonias en América y en la decisión de los gobernantes de centrarse en nuevos territorios en el norte de África. No sirvió de nada: España no recuperaría jamás su grandeza. Pero sí ardería en llamas durante el siglo que empezaba a despuntar.

Consciente de su debilidad, el Gobierno de Alfonso XIII había logrado una suerte de entendimiento entre liberales y conservadores, que se sucedían alternativamente en el poder, sin que socialistas, republicanos, anarquistas y mucho menos nacionalistas pudieran hacer nada por evitarlo. El reparto de escaños previo a las elecciones hacía de estas una representación teatral, sin función alguna, en la más pura tradición del caciquismo castellano. En Cataluña, la Ley de Jurisdicciones con la que Madrid quiso perseguir los panfletos contrarios al Gobierno y a la nación supuso la creación de Solidaritat Catalana, un colectivo de burgueses catalanistas que arrasó en las elecciones de 1907. Como respuesta a su creciente influencia, surgió Solidaridad Obrera, de carácter marxista y con el apoyo de los republicanos de Lerroux, que, por primera vez, logró aglutinar los deseos de la clase obrera y trabajadora en la región. Lerroux, opuesto frontalmente al giro catalanista de la coalición, arengó a los suyos, que comenzaron a atacar sedes y concentraciones de Solidaritat Catalana. El enfado de los trabajadores de izquierda fue en aumento, y la estabilidad del

país quedó pendiente de un hilo, siempre al borde del estallido de una violencia que, finalmente, explotó durante el verano de 1909.

La gota que colmó el vaso fue el reclutamiento forzoso de reservistas para las campañas en defensa del protectorado español en el Rif, después de que las obras del ferrocarril sufrieran duros ataques por parte de los insurgentes. La Compañía Española de Minas del Rif, en cuyo capital figuraban, entre otros, el conde de Romanones o Eusebi Güell, nombrado el año anterior conde de Güell, pidió amparo a Alfonso XIII, quien ordenó al Gobierno de Antonio Maura llamar a las últimas dotaciones de reservistas, que en gran medida provenían de las clases más desfavorecidas, pues los sectores más acomodados de la población consiguieron librarse de la guerra pagando un canon de seis mil reales, inalcanzable para los más pobres.

Muchos de ellos, además, eran padres de familia, que veían cómo sus mujeres e hijos quedaban absolutamente desguarnecidos ante la más que previsible hecatombe militar que se avecinaba en el desierto africano. De nada sirvió la decisión que tomó el Gobierno ante la presión popular y de la prensa, acordando conceder una pensión de cincuenta céntimos diarios a las esposas e hijos huérfanos de madre de los reservistas movilizados, una cifra irrisoria. Otros muchos, que no habían sido reclutados, acabaron ingresando a filas al acogerse a la otra opción acordada por las autoridades: la fórmula de sustitución, que permitía ceder tu puesto a otro «voluntario», que se presentaba a cambio de una cierta cantidad de dinero. Así, muchos de los miserables fueron a África en nombre de los ricos, y murieron en una guerra que no debía ser la suya. En esta, más de ciento cincuenta reservistas cayeron en el barranco del Lobo, a miles de kilómetros de sus casas.

Las protestas contra el reclutamiento fueron inmediatas: en Madrid, Cádiz o Málaga, las huelgas en las fábricas fueron violentamente reprimidas por el ejército, que tras la aprobación de la Ley de Jurisdicciones gozaba de un poder inédito. En Barcelona, lo que en principio iba a ser una huelga general tolerada por las autoridades acabó desembocando en una sangría de muerte y destrucción que cambió para siempre el destino de la ciudad. Del 26

de julio al 1 de agosto, la Ciudad Condal ardió en llamas: grupos incontrolados, en su mayor parte anarquistas y revolucionarios, surgieron de las periferias de Barcelona y comenzaron a quemar indiscriminadamente las calles y los edificios emblemáticos, con especial querencia hacia los templos; más de ochenta iglesias y conventos ardieron a lo largo de la semana, azuzadas las masas por el sentimiento anticlerical que surgía de lo más hondo de las huestes revolucionarias. Al grito de *¡Abajo la guerra! ¡Que vayan los ricos! ¡Todos o ninguno!*, centenares de soldados se arrancaban las medallas, rosarios y escapularios que les habían entregado las damas de la alta sociedad antes de embarcarse y escapaban del puerto, uniéndose a la revolución popular.

Al comienzo, las turbas se dirigieron a quemar los puestos en los que se cobraban los impuestos, para después tratar de bloquear las líneas de tranvía y ferrocarril. En un primer momento, las autoridades no reaccionaron con dureza, pero a las pocas horas comenzó una batalla, calle a calle, por todos los rincones de Barcelona.

La ciudad quedó bloqueada, sin electricidad, agua o periódicos, e incomunicada con el exterior: se cortaron las líneas de telégrafo y teléfono, y los manifestantes controlaron las entradas y salidas de los trenes. Poco después, el Gobierno decretaba la ley marcial. Una manifestación encabezada por mujeres y niños fue disuelta a tiros en el paseo de Colón, frente al edificio de la Capitanía General. A partir de ese momento, la revuelta se transformó en insurrección. A sangre y fuego.

La primera iglesia en arder fue la de los maristas en el Poble Nou. Después, siguieron muchas otras. En Sabadell, Badalona y otras poblaciones del extrarradio, se llegó a proclamar la República, y grupos descontrolados —ninguno de los partidos defensores de los trabajadores quiso asumir el control de la revuelta— tomaron las fábricas de armas y entregaron munición a la población. Hombres, jóvenes y niños, armados hasta los dientes, salieron a las calles a pelear por sus derechos, alzaron barricadas y se dispusieron al enfrentamiento directo con el ejército. Antes, provocaron el infierno.

Los templos ardían por todas partes; curas y monjas eran hostigados, perseguidos, tiroteados. Imágenes de santos y vírgenes caían de los altares y pasaban a formar parte de las inmensas piras, junto a los bancos, los cuadros, los tapices y las casullas, que se elevaban al cielo de Barcelona. *¡Muerte al clero! ¡Muerte al empresario! ¡Muerte al opresor! ¡Justicia!*, se oía clamar por las calles, en mitad del ruido ensordecedor de los disparos de uno y otro bando. El ejército, ahora sí, se empleó con dureza, y pronto arrinconó a los insurgentes en los barrios de Horta y San Andrés. Más de diez mil efectivos de las fuerzas armadas utilizaron toda su fuerza para acabar con cualquier conato de rebelión. Muy pocos se salvaron de la muerte, la detención o el destierro. Bernabé fue uno de ellos.

Su barriada fue una de las primeras en alzarse contra el reclutamiento forzoso, y muchos de sus amigos, ya adolescentes, salieron en las primeras horas hacia la ciudad, armados con palos, navajas y todo lo que encontraron a su paso. Bernabé, enardecido por los cánticos de los hijos de los trabajadores, se unió a ellos, y todos marcharon con decisión hacia Barcelona. En la ciudad, la tensión era evidente, y la noticia de la muerte de los ciento cincuenta compañeros soliviantó los ánimos hasta el punto de pasar de las palabras a los hechos. Tras la del Poble Nou, fueron muchas más las iglesias devoradas por el fuego, en una liturgia de confusión y violencia a la que muchos se sumaron sin pensar.

Bernabé dudó si unirse a los violentos. Ganas no le faltaban: por más que hubiera alcanzado cierta tranquilidad en su vida, por más que esta le hubiera sonreído con un padre dedicado y unas clases en las *escolas* de la Sagrada Familia donde podía desarrollar plenamente todas sus capacidades, todos sus sueños, el chico se sentía parte de esa calle que gritaba, miembro de ese ejército de desharrapados que clamaba por tierra, trabajo y libertad, y que no se resignaba a deslomarse cada día para que los de siempre se enriquecieran cada vez más, y mucho menos a morir en nombre de los principios, y de la vida, de los que jamás dormirían en el barro. El calor asfixiante de aquel verano en Barcelona agudizó el cansancio

de una clase obrera que veía cómo, después de varios años de lucha, sus derechos volvían ser pisoteados.

Y Bernabé, sin saber bien cómo, se sentía parte de aquellos dos mundos, en mitad de un frente al que nadie le había invitado y que, sin embargo, era más suyo que de nadie. Jamás sería un hombre rico, pero lucharía por no regresar a la miseria en la que nació y creció. Su padre le había enseñado a trabajar duro, a no pensar que había algo imposible, y las clases en la Sagrada Familia le habían confirmado en la idea de que la mayor de las barreras era la que uno mismo se ponía. *El límite está más allá del mar*, había oído decir al maestro Gaudí en una de sus cada vez más asiduas visitas a la escuela, en las que casi siempre dejaba un gesto, un guiño o un momento de contemplación para las piezas que trabajaba el chico.

Como prometió, Bernabé acabó regalando al arquitecto la escultura de la mujer salida de la piedra, y lo había hecho sin terminar de sacarla del todo, porque en el fondo el chico sabía que nunca llegaría a conocer la historia de aquel rostro que se le aparecía en sueños. Gaudí agradeció vivamente el regalo, y lo custodió durante años en su obrador, como una reliquia, como un enigma por resolver. Porque jamás fue capaz de preguntar a aquel chico de dónde venía, quiénes eran sus padres o si podría conocer a su tío, el tal Roger Oriol. Más allá de eso, *El chaval tiene potencial, me recuerda a…*; *Sí, a mí también*, respondía, diligente, Matamala, que pasó a ocuparse de Bernabé durante las clases de escultura que, aprovechando los materiales de la Sagrada Familia, se impartían algunas tardes.

Tiene madera de aprendiz, se decía el jefe de escultores al ver crecer a Bernabé, al contemplar la fuerza de sus manos, la agilidad de los dedos y el fervor, casi religioso, que sentía al llegar el momento de escoger una nueva piedra que tallar. Aquello no podía ser innato, no al menos sin que alguien le hubiera contagiado el amor por el martillo y el cincel, la dulzura con la que tomaba para sí la arcilla mojada y la convertía en pequeños caballos, dientes de león o garras de grifo, *De dónde demonios sacará esas imágenes*, se devanaba los sesos Matamala, que, a diferencia de Gaudí, jamás tuvo la más mínima sospecha de quién podría ser este chico.

Aunque el colaborador del genio de Reus nunca supo que su sobrina se había quedado embarazada, ni mucho menos que había perdido a su hijo, ni que aquel niño muerto era fruto de una relación con el *expòsit*. *El hijo de Pau, no podría ser otro*, se convenció; *¿Por qué está aquí, qué habrá sido de su padre?*, se preguntaba mientras contemplaba cómo agitaba, con precisión de manual, los utensilios para quebrar la piedra y descubrir su verdadera forma.

Pau no supo que Bernabé formaba parte de las algaradas hasta bastante después, cuando de regreso de un viaje a Teruel para colaborar con Pablo Monguió, maestro modernista, discípulo de Gaudí y de Domènech, en la construcción de tres edificios en el centro de la villa, comprobó que su hijo llevaba varios días sin pasar por la casa. Preguntó a los vecinos, pero nadie le había visto. Eran muchos los hombres que faltaban en el barrio, y más aún los que no se presentaron al día siguiente a trabajar. *¿No se ha enterado? La ciudad arde*, le respondió la *señá* Rosario, uno de cuyos nietos había pasado a engrosar la lista de los fallecidos en el Rif. *Malditos bastardos, me lo han matao*, se lamentaba mientras explicaba, con pelos y señales, a su incrédulo interlocutor lo ocurrido durante la última semana.

Presa del nerviosismo, Pau corrió a lo alto de la montaña, y desde allí contempló cómo la *señá* Rosario no había exagerado ni un milímetro en su relato: Barcelona estaba ardiendo por los cuatro costados. *La historia está condenada a repetirse*, barruntó, tal vez pensando en las algaradas que vivió en carne propia varios años atrás, tal vez sintiendo que había transmitido el veneno, «la maldición» de su estirpe a su propio hijo, quizá convencido de que, por más que lucharan, los pobres siempre acabarían ardiendo en el infierno, fuera en la eternidad o durante el tiempo que penaran en esta tierra.

Con la mirada, Pau fue repasando los planos de la ciudad que había memorizado cuando era un adolescente y jugaba con Rosetta —*¿Dónde estarás? Te necesito tanto, te necesita tanto*— a conquistar las ramblas y los solares, y pudo hacerse una idea de la magnitud de la tragedia. ¿Por dónde buscar? Los restos del fuego parecían conducir a las afueras, y Pau se encaminó, sorteando todos

los controles de la guardia y el ejército, hacia el barrio de San Andrés. Allí, estaba convencido, lo encontraría. No lo hizo.

Cuando llegó a San Andrés, las últimas llamas ardían libremente, sin nadie que las azuzara. Las calles habían transformado el ruido ensordecedor de la violencia vivida días atrás en un rotundo silencio, más propio de un desierto, o de un cementerio, que era lo que parecía aquello. Decenas de cuerpos desperdigados por el suelo, baleados, pasados a cuchillo, desangrados, con el horror impreso en la mirada, paralizados mientras trataban de escapar de la represión ordenada por el Gobierno. De allí no saldría nadie con vida o sin grilletes, era la consigna que se cumplió a rajatabla.

Pau fue recorriendo, abrumado, los restos de la batalla, mientras los bomberos lograban acceder, destrozando las barricadas, a iglesias, conventos y escuelas eclesiásticas, tratando de salvar lo que pudieran de las garras del fuego o los derrumbes. Buscaba a Bernabé en los rostros de los muertos, y no pudo evitar una sensación de alivio al comprobar que su hijo, al menos, no se encontraba allí. Quién sabe si en las morgues, o en las fosas comunes, con un poco de suerte habría dado con sus huesos en los calabozos a la espera de juicio y condena a muerte o al exilio. *La vida es lo único que pueden arrebatarnos, lucha, hijo mío, aguanta*, se dijo, confiando en poder encontrarlo con vida. Aunque fuera lo último que hiciera en la suya. Aunque tuviera que arrastrarse bajo los pies de Gaudí, o del todopoderoso conde de Güell, suplicando clemencia, o un intercambio, *Mi vida por la suya, habéis vencido, he hecho todo lo que he podido. Y ya no puedo más*.

Llegó la noche, y el día siguiente, y por primera vez en una semana trágica la ciudad pareció recobrar cierta normalidad. Se restableció la luz, y los telégrafos, los trenes comenzaron a circular desde la estació del Nord, y los periódicos, al fin, salieron a la calle. Gracias a ellos, Pau pudo conocer muchos de los detalles de la masacre provocada por grupos de exaltados, la respuesta del ejército, los templos arrasados, las monjas violadas, los curas muertos, las duras promesas de justicia y venganza, la ley marcial y «el prodigio del Eixample». Nadie sabía cómo: si fue por la misma ley que impusieron décadas atrás los *padres del puerto* y que nadie

había derogado, si se trató de la protección divina, o si los pobres acabaron por respetar su propio templo, pero nadie osó tocar las obras de la Sagrada Familia, que no sufrieron un solo rasguño. Ni una pedrada, ni un incendio. Nada.

«El prodigio del Eixample» pronto se convirtió en «el milagro de la Sagrada Familia», y media Barcelona acudió a admirar cómo Gaudí había ordenado volver a las obras, con más brío si cabe, para demostrar que la ciudad seguía viva y sus obreros continuaban trabajando para el verdadero dueño del templo, el Salvador de todos. El arquitecto logró arrancar de Eusebi Güell la promesa, que el prócer trasladó al mismo Alfonso XIII, de no tomar represalias contra los operarios que depusieran su actitud y regresaran al trabajo, y así se hizo. A excepción, claro está, de los líderes de la revuelta, que fueron condenados a muerte por un tribunal militar sin apenas oposición, salvo en el caso del pedagogo Ferrer i Guàrdia, cuya muerte nadie, ni siquiera sus verdugos, logró explicar. A comienzos de agosto, la normalidad regresó a las calles y algunos quisieron pensar que, en realidad, nada había pasado.

El templo, lugar de refugio para muchos, también lo fue para los alumnos de las *escolas*, muchos de los cuales habían participado de las revueltas y que, al comprobar su fracaso, corrieron allí a ocultarse. Gaudí y los responsables de las obras, lejos de delatarles, ordenaron a los chicos quemar sus ropas, tomar un buen baño para eliminar los restos de humo de sus cuerpos y encerrarse en el interior de las aulas hasta que pasara la tormenta. Así lo hicieron. También Bernabé. En las siguientes semanas, el arquitecto blindó la enseñanza en «sus» escuelas, cuyo funcionamiento entendió como una salida a la crisis y a la violencia: había que dar a esos chicos una oportunidad, tal vez la única, la que no pudieron tener sus padres. Eso también era obra de Dios.

Cuando Pau leyó las noticias, miró al cielo, y rezó, por primera vez en años, por su propio «milagro de la Sagrada Familia». No tuvo que llegar hasta el complejo, y mucho menos entrar a preguntar a la escuela. En aquel momento no le preocupaba hacerlo, ni siquiera encontrarse cara a cara con Gaudí, o sufrir la venganza, masticada durante décadas, de Güell: solo era un padre buscando a su hijo

perdido. No hizo falta: a mitad del camino, el *expòsit* vio llegar corriendo, a lo lejos, a Bernabé. *Te hubiera reconocido entre miles*, le susurró mientras se abrazaban; *Cómo se te ocurre*, preguntó al aire, sabiendo que cualquier respuesta que pudiera darle su hijo él mismo la habría pronunciado en su juventud. Estamos condenados a repetir nuestra historia. Y, a veces, también a sobrevivir a ella. *Volvamos a casa, me tienes que contar*; *Yo solo quiero encontrar un buen tronco, padre, y trabajarlo juntos, como cuando era pequeño, ¿te apetece?*; *Más que nada en el mundo, vamos*.

15.
Al final, el mismo mar
Tarragona, 11 de enero de 1912

Se murió. De pena. De soledad. De puro loca. Se le paró el corazón, o eso consignó el médico que certificó su defunción, por un infarto agudo de miocardio. Se le paró el corazón, aunque hacía años que su particular reloj se había detenido. A las ocho y treinta y cinco de la tarde del 11 de junio de 1894. Los vivos tardaron casi dieciocho años en darse cuenta, pero Rosetta había muerto el mismo día que su hijo. No tuvo tiempo de pensar siquiera en su nombre. Seguramente, alguien habría ordenado que tuviera el del santo del día, o el de su *tiet*, sí, seguramente el de su *tiet*. Nunca el de Pau, nunca. Otro amor muerto, perdido en el tiempo. Detenido.

Rosetta murió el 11 de enero de 1912 en Tarragona, en la Casa Foixá, a los treinta y seis años, de un ataque al corazón, o así quedó escrito en su certificado de defunción. O tal vez lo hizo en la casa del maestro Gaudí en el Park Güell, totalmente deteriorada y bajo los efectos del «agua del Carmen», como apuntarían las crónicas del momento. Y es que el alcohol la acompañó durante los últimos años de su vida, nublando y confundiendo sus recuerdos, removidos en su mente como un puzle interminable al que le faltaban varias piezas. O, quizá, falleció víctima de la tuberculosis, a la que era propensa por una salud siempre frágil, como los más próximos quisieron difundir, entre ellos el maestro Gaudí, que también había enfermado el otoño anterior y que había pasado los últimos meses reposando en Puigcerdà, alejado de todos, también de ella, cuyo deterioro no supo ver.

Rosetta murió contemplando cómo el mar seguía yendo y viniendo, dejando las marcas de la espuma y la sal a su paso. Borrando las huellas de los niños que desafiaban al crudo invierno y correteaban por la playa que se adivinaba desde la ventana de su habitación. El suyo, llegó a pensar, jamás pisaría esa arena, jamás rozaría ese mar. Esta vez, las monjas cumplieron, y no se atrevieron a contravenir las generosas indicaciones de Eusebi Güell. La niña —*He vuelto a ser una niña, quiero ser de nuevo una niña, pero ya no tengo tiempo*— era sacada a pasear cada día a la orilla del Mediterráneo, y a veces se detenía en la arena, doblaba las rodillas y cerraba los ojos.

Entonces, las hermanas encargadas de su cuidado aprovechaban para descalzarse y mojar sus pies en el mar. Lo hacían a hurtadillas, no fuera a enterarse la madre superiora de que se dejaban llevar por los placeres mundanos. El mar cortaba los dedos de las religiosas, poco acostumbradas a que su piel tocara el agua helada, *Bendito pecado*; *No se lo diremos a nadie, ¿verdad?*, y Rosetta no contestaba. *No está aquí, la pobre, qué pena me da*, y en verdad que así era; *Dicen que se volvió loca, que su familia la ha encerrado aquí, que es gente poderosa y con dinero y que esconde un secreto,* susurraba una religiosa, la más joven, la que a veces estaba a cargo del torno y la tienda donde las monjitas vendían dulces a las gentes del pueblo. *Que dicen cada cosa, si yo te contara; Calla, calla, que la prudencia y el silencio son nuestras principales armas*, reconvenía la otra hermana, más mayor y con menos propensión a la cháchara. *Pero qué bien sienta quitarse los zapatos y las medias de tanto en tanto, ¿eh?*; *No se lo diremos a nadie*; *No, a nadie*, y Rosetta miraba sin mirar al horizonte, mientras con las manos mezclaba la arena mojada con otra algo más seca, creando pequeñas columnas, como estalagmitas, como las torres que su *tiet* construía en otra realidad, muy alejada a la suya.

En la suya, en la que la vida se había detenido hacía casi dieciocho años, Rosetta paseaba por otra playa, por otro mar, mucho más claro, donde las olas golpeaban con dulzura los muros de la iglesia que su *tiet* estaba construyendo para ella. Las olas, que mecían a su dragón de mil colores; a su niño, que dormía, feliz,

despreocupado, *Nada te pasará a mi lado*, reposando en su costado. Mientras, Pau creaba de sus manos nuevos artificios para la fachada del Nacimiento: guirnaldas, flores de color naranja, manifiestos comunistas, bombas como piñas que al estallar soltaban virutas de mil colores a través de las esquirlas. El maestro, desde una barca mecida por el ronroneo del mar, daba instrucciones a los obreros como un director de orquesta, y de las torres, infinitas, puntiagudas como ella las había dibujado siendo una niña, frágiles y hermosas, surgían trompetas y arcángeles, aves del paraíso, corderos y faisanes. La sinfonía era perfecta. Sonrió, y pudo descansar.

Cuando las hermanas regresaron junto a ella, el mar había diluido con suavidad la pequeña construcción que Rosetta edificaba, en silencio, con una parte de arena mojada y otra seca. En algún momento, la joven había estirado las piernas, y el agua penetró por sus enaguas, mojándolas por completo, mezclándose con la tierra roja de la playa. La luz de la tarde dio un tono cobrizo a las faldas empapadas de Rosetta, *Parece que sangrara*, dijo la monja más joven, alterada; *Es el efecto del mar*, reconvino la más mayor; *Vamos a levantarla*. Mas no hubo forma.

Rosetta sangraba, se retorcía, gemía con dolores de parto. El mar que mecía sus deslavazados recuerdos comenzó a rugir con la tormenta que se avecinaba. El embate de las olas la reventó por dentro, haciendo desaparecer todo a su alrededor. Sus lágrimas se mezclaban con el agua salada y embravecida, que arrasó, con un solo golpe de mar, toda la Sagrada Familia. Nada quedaba de las torres, que cayeron sin oponer resistencia. Nada de la fachada, con los animales, que fueron cobrando vida momentos antes de ahogarse, entre aullidos, en el fondo de la tempestad, desapareciendo entre remolinos y tifones.

Nada de la barca desde la que su *tiet* dirigía las operaciones, engullida por las olas, sin piedad. Nada de Pau, ni un grito desbocado, de nuevo un adiós sin despedidas, mientras ella, la pobre niña loca, se desangraba entre alaridos, agudos pinchazos, sudores fríos y un pitido insoportable explotando en sus tímpanos, a la deriva en una tabla de papel en la que iba desapareciendo el dibujo que había regalado al gran maestro Gaudí cuando apenas

tenía tres años, su madre había muerto y habían cesado los golpeteos al piano de su padre. Y en sus brazos, su niño, *Mi estrella*, se iba desvaneciendo, *Mi niño de arena* que se deshacía entre sus dedos, se mezclaba con el mar y con la sangre y nadie escuchaba el grito final, el rugido, y después, nada, ojos cerrados. Adiós.

Vamos, mi niña, despierta, acompasó, con dulzura, la religiosa más mayor. *Que no se mueve, hermana,* advirtió, evidentemente asustada, la monja más joven. *Ay, cómo se nos haya muerto aquí*; *¡No digas tonterías!*, respondió la más veterana, zarandeando el cuerpo de Rosetta, que seguía sentada, erguida, mirando sin mirar más allá del mar, y que se deshizo como un juguete roto entre las manos de las hermanas. *Virgen santa*, acertó a decir la religiosa, arrodillada, sujetando entre sus brazos el cuerpo muerto de la sobrina del gran Antoni Gaudí. La más joven, gritando, echó a correr en dirección al pueblo. Sus lamentos llamaron la atención de varios vecinos: un chico tomó su bicicleta y se lanzó a buscar al médico al dispensario, mientras la otra cargaba el fardo muerto de Rosetta hasta la Casa Foixá, donde otras hermanas tuvieron tiempo de lavar, revestir y limpiar a la mujer antes de que el zagal encontrase al galeno y lo convenciera de acudir primero a la playa, *Aquí no hay nadie, chico, no me hagas perder el tiempo*, y después al convento, donde no le costó demasiado certificar la muerte de Rosa Egea Gaudí.

La madre superiora hizo llegar el mensaje, a través de un telegrama, al conde de Güell, quien se dirigió, de inmediato, hasta Tarragona. Todo estaba preparado: las religiosas, tras hacer desaparecer los restos de arena del cuerpo, habían hecho bien su último trabajo. La niña parecía un ángel, vestida completamente de blanco, con el rictus sereno, en paz: Eusebi Güell no recordaba haberla visto tan tranquila en vida. A su alrededor, toda la comunidad rezaba los preceptivos salmos, e incluso alguna plañidera del pueblo se había acercado hasta el cenobio para presentar sus respetos y llorar por el alma de la mujer, que a sus treinta y seis años, por fin, podría descansar. Ya no habría hombres grises, ya no habría miradas perdidas, ni raptos de locura. Ya no habría amor, ya no habría pérdidas. Ya no habría nada.

Tan solo quedaba informar del deceso al maestro Gaudí. *Yo me encargo*, dijo, con solemnidad, el empresario. *Que todo quede dispuesto para su traslado al Park Güell, si es posible a lo largo del día de hoy. A lo sumo, de mañana*, ordenó. *No reparen en gastos*, y la madre superiora agachó la cabeza, alargó el brazo y escondió una leve sonrisa al comprobar que el fajo de billetes que le había entregado el conde era suficiente para llevar a cabo todo el proceso sin demora. Mucho más que suficiente.

Entrada la tarde, Eusebi Güell tocó con los nudillos la puerta del despacho que Antoni Gaudí se había hecho construir en el interior de la Sagrada Familia. La conversación fue corta, y el empresario salió a los pocos minutos en dirección a San Felipe Neri, donde tendría lugar el funeral por el alma de la sobrina del genio de Reus. Por expreso deseo de Gaudí, el entierro sería en el cementerio del Poble Nou, junto a los padres y hermanos del arquitecto, *Así podrá ver siempre el mar*, musitó Gaudí, que esperó a que Güell saliera de su despacho para derrumbarse, rezar y llorar amargamente por la que había sido su hija.

A los pocos minutos, Antoni Gaudí salió de su obrador y pidió a Matamala que llamara a un coche, *Tengo algo que hacer, regreso pronto*. Mientras llegaba la montura, el maestro se asomó a la ventana de las escuelas. Pocos días antes, uno de sus alumnos más queridos, Bernabé, les había dejado*. Ya te hemos enseñado todo lo que debes saber, ahora has de seguir tu rumbo*, solía decir mosén Parés a todos los que remataban los estudios en el momento de la despedida. En su mano derecha, el arquitecto llevaba consigo la escultura que el chico le había regalado, y en la que, claramente, había adivinado el rostro de su sobrina.

Llegó el coche, y Gaudí ordenó, con sequedad, el camino a seguir. Una vez en el Park Güell, el maestro recorrió los antiguos caminos, escondidos detrás de la escalinata, hasta llegar a las caballerizas. Sacó su llave del bolsillo, abrió la puerta y se dirigió hacia la pared, donde golpeó con precisión uno de los ladrillos, que se movió ligeramente, abriendo la compuesta secreta. El arquitecto alargó la mano y sacó de su interior un pequeño papel, doblado en varias partes. *Rosetta, Tarragona, 1885*, y comenzó a temblar. Tanto,

que el papel cayó de sus manos, dejando entrever el magnífico dibujo de su pequeña sobrina: *Mi niña, dónde estarás, todo esto es tuyo, tendría que haber sido tuyo*, gimió el artista, antes de volver a doblar, con sumo cuidado, aquella joya, y colocarla en el bolsillo interior de su levita. No advirtió que, entre los tesoros escondidos en aquel agujero, ya no se encontraba la navaja de Pau. Tampoco importaba.

Antes de salir, Gaudí volvió la mirada y contempló, con una mezcla de pasión, pesadumbre e ira, la roca de la que aquel chico había hecho surgir un par de brazos, la cabeza y el torso de su sobrina y, sin poder reprimirse, la golpeó con fuerza. Se arrepintió al instante, pero ya era tarde: la estatua se rompió en mil pedazos al contacto con el suelo. Arrodillado, el arquitecto supo que no podría recomponerla, y automáticamente pensó en la fragilidad de la vida. Y sintió una enorme y extraña paz. *En este mundo, el feliz siempre es el otro*, se dijo, conformándose, y cerrando, con llave, la estancia.

Antoni Gaudí no volvería a abrir esa puerta.

Tras el funeral, Llorenç Matamala hizo que un muchacho se acercara hasta una de las barriadas que se alzaban al otro lado de la montaña, y buscara *Al maestro Oriol, Roger Oriol*. Esa noche, Pau, entre lágrimas, le contó a Bernabé la historia de su familia. Le contó sus orígenes, *Los mismos, me temo, que los tuyos*, cómo había conocido a Rosetta y cómo se habían amado con locura.

Le explicó cómo el amor y el arte les habían unido para siempre y cuáles habían sido todos los sueños que dejaron por cumplir. También las razones para su separación. No ahorró un solo detalle: las obras en la Sagrada Familia, el anarquismo, la bomba, la huida a Francia, el regreso. Le dijo que su madre olía a flores y a pintura, que siempre tenía las manos llenas de pintura. Que amaba sin medir a los suyos, y que *No habrá día, mientras viva, en que no piense en ella*.

Y, juntos, prometieron no olvidarla. *Mamá, te querré siempre*, dijeron ambos, sintiéndose más huérfanos, y más unidos, que nunca.

16.
El testamento de Gaudí
Barcelona, 13 de junio de 1926

El doctor Santaló tenía su despacho en plena Rambla de Barcelona, entre las iglesias de Santa Anna y de Belén. Quien fuera uno de los últimos amigos de Gaudí solía comenzar el día rezando en la primera de ellas, una de las parroquias más antiguas de la Ciudad Condal, construida en 1177 y que fue sede de la Orden del Santo Sepulcro de Jerusalén. Como todos los templos del priorato, en sus tiempos había contado con una reliquia procedente de Tierra Santa, que alguien hizo desaparecer y que nadie echaba de menos.

La historia había hecho mella en la construcción del edificio, primero capilla, después iglesia con monasterio adjunto, finalmente oratorio. Su planta románica había sido especialmente enriquecida durante el gótico, con un impresionante claustro por el que Santaló transitaba, rezando, leyendo, o simplemente hablando consigo mismo, algunas mañanas, antes de dirigirse a su despacho. Su casa, situada en la calle Conde del Asalto, junto al palacio de los Güell, distaba apenas unos pasos. El mundo quedaba reducido a la distancia que podía recorrer con la vista: *Las piernas ya comienzan a fallarme*, se decía con sorna, consciente de las dificultades de la edad y la enfermedad.

Aquella mañana, después de asistir a misa en Santa Anna, Santaló se dirigió hacia su oficina caminando con dificultad. Con lentitud, apoyándose a cada rato en la pared. El médico de cabecera de Gaudí había sido operado de la próstata pocos días antes de la muerte del artista y, aunque los galenos se lo habían desaconsejado,

había firmado su alta voluntaria para hacerse cargo de todo lo referente a la herencia de su amigo, quien le había nombrado uno de sus albaceas testamentarios. Acudir al entierro del arquitecto supuso para Santaló un auténtico suplicio, pero sentía que debía acompañar en su paseo final al maestro, con quien había compartido confidencias y consejos en tantas ocasiones. Aquella, pensó, sería la última.

Cuando finalmente llegó a la puerta de su despacho, ellos ya estaban allí. *Han llegado ustedes pronto*, saludó ajustándose el sombrero; *Podemos volver más tarde, si lo desea,* respondió el *expòsit*; *Por favor. Entren, entren, están en su casa*.

No era frecuente que Pau y Bernabé bajaran a la ciudad. Mucho menos al centro, repleto de recuerdos, poblado de fantasmas: Ramelleres, la plaza Real, el Liceu, las vendedoras de flores… *¿Conocen Barcelona?*, preguntó, retóricamente, el albacea de Gaudí; *Es imposible hacerlo del todo, cambia a cada rato. Cuando yo nací, la mitad de estas calles ni siquiera existían*, explicó Pau; *No sabe cómo le comprendo, querido amigo*, respondió Santaló, invitando a sus visitantes a tomar asiento en el despacho.

Seré breve, arrancó Santaló, carraspeando, una vez Pau y Bernabé estuvieron acomodados. *Como seguramente sabrán, el maestro Gaudí, a quien Dios tenga en su gloria, sufrió unas fuertes fiebres en 1911, que le obligaron a ingresar, durante unos meses, en Puigcerdà. En mi opinión, tendría que haber permanecido allí más tiempo, pero el agravamiento de la enfermedad y la posterior muerte de su sobrina hicieron que adelantara su regreso. No volvió a ser el mismo: aquella chica era la única familia que le quedaba*.

El abogado hizo una pausa, y suspiró, *Pobre chiquilla*, mientras Pau notaba cómo a su hijo se le erizaban los vellos de la piel. Él mismo trató de mantener la compostura, pero no resultaba fácil. Desde que se enteraron por la prensa del fatal accidente de Gaudí, todos los recuerdos olvidados durante décadas habían vuelto a brotar, como un torrente, sin freno. Bernabé ya era un hombre, y supo templar sus ánimos. Solo después de salir del despacho sacó de su bolsillo un pañuelo y se tocó levemente el labio inferior,

comprobando cómo lo había mordido con tanta fuerza que había llegado a sangrar.

Bien, retomó Santaló. *Regresando al tema que nos ocupa, les diré que en 1911, durante su convalecencia en Puigcerdà, y temiendo que hubiera llegado la hora de su muerte, Antoni Gaudí hizo testamento. Un testamento que ratificó el pasado año, y que, si no hay objeción, elevaremos a público ante notario en las próximas semanas. Pueden verlo si lo desean*, les ofreció el albacea de Gaudí, entregando a Pau un legajo del Ministerio de Gracia y Justicia, firmado por el jefe del Registro General de Actos de Última Voluntad, a la sazón Manuel Azaña Díaz.

Según constaba en el mismo, el arquitecto había legado todos sus bienes en favor de las obras de la Sagrada Familia. Se trataba de una cantidad respetable, aunque Gaudí no era millonario: desde hacía años, se había consagrado a la construcción del templo, desdeñando otras propuestas arquitectónicas, y dedicando buena parte de sus ahorros a mantener vivas unas obras que, en caso contrario, hubieran quedado paralizadas. Catalunya, como España, igual que el resto de Europa, vivía en plena recesión tras la pérdida de las colonias y la Gran Guerra que asoló el continente unos pocos años antes, y las donaciones para el templo expiatorio eran mínimas, casi inexistentes. *De algún modo, Gaudí salvó las obras*, señaló Santaló mientras dejaba que Pau y Bernabé echaran un vistazo al escrito. Tres mil pesetas en dos cuentas, unas acciones en un pantano y la casa en el Park Güell. *Nos gustaría visitarla, ¿sería posible?*, pidió el *expòsit*. *No veo por qué no,* respondió el albacea. *Es un recinto precioso, mágico me atrevería a decir. Estoy seguro de que les encantará*. *Seguro*.

No sé si estarán al tanto de las cuestiones legales, continuó el doctor una vez que Pau le devolvió el original del testamento de Gaudí, *pero, además del destino de los bienes materiales del maestro, existe un documento de últimas voluntades cuya existencia, por expreso deseo del finado, únicamente conocemos los albaceas de su testamento*. Así, el doctor explicó a los dos hombres que el genio de Reus había dispuesto la entrega de algunos objetos, acompañados de breves escritos, *A modo de instrucciones de uso, si*

se me permite la expresión, que no formaban parte, estrictamente, del acto de transmisión jurídico.

Si no estoy mal informado, usted es Pau, Pau Oriol, sobrino de Roger Oriol, quien trabajó en las obras de la Sagrada Familia hasta su muerte, en 1891, inquirió el albacea. *Sí, lo soy*, confirmó el *expòsit*. *Y él es mi hijo Bernabé*. Santaló asintió con la cabeza, apuntando en un papel mientras susurraba su nombre, *Bernabé*… *Bien, bien, bien. El caso es que don Antoni quiso, desde nuestros encuentros en Puigcerdà, que usted, que ustedes, tuvieran esto*, les dijo, entregándoles un pequeño paquete, con el ruego de que descubrieran su contenido una vez salieran del edificio. *Lo entenderán todo, estoy seguro de ello. Además, por expreso deseo del finado, mi labor debía limitarse a hacerles entrega de este, digamos, detalle, del maestro Gaudí*.

Supongo que las explicaciones estarán en su interior, se adelantó Bernabé; *Estoy convencido de ello, querido amigo*, fue la respuesta de Santaló, quien, tras un rato en pie, sintió cómo le fallaban las piernas y tuvo que recostarse en el sillón de su despacho, al otro lado de la mesa. *No es nada, no es nada, estoy convaleciente de una pequeña complicación quirúrgica, nada más*, se justificó, tras agradecer a sus invitados que se hubieran levantado con prontitud para evitar que cayera al suelo.

Creo que debemos irnos, concluyó Pau después de comprobar que el médico había recuperado el aliento; *Muchas gracias por habernos recibido, profesor*, se despidió Bernabé. Estaban a punto de salir del despacho cuando Santaló volvió a dirigirse a ellos: *Fue realmente difícil dar con ustedes. Todos en Barcelona le daban por muerto*, dijo, señalando a Pau. *Me alegro sinceramente de que no sea así. De usted, querido amigo, simplemente no conocíamos su existencia, aunque ayer el maestro Matamala dio fe de sus identidades*, terminó, dejando en el aire decenas de preguntas que le gustaría haber formulado: *¿Quiénes sois, por qué Gaudí pensó en vosotros desde siempre, qué secreto se llevó el viejo a la tumba?* Y especialmente: *¿Qué esconderá esa llave?* Pero no dijo nada: había prometido a su amigo Gaudí cumplir sus últimas voluntades a

rajatabla, sin dejar nada en el aire. Ahora, por fin, podía respirar en paz.

Pau y Bernabé salieron del despacho y caminaron Ramblas abajo en silencio, en dirección al monumento a Colón, que la ciudad había inaugurado con motivo de la Exposición Universal de 1888. Desde su atalaya, el descubridor señalaba el mar, hacia el Oriente, en dirección opuesta a la que tomó para llegar hasta el Nuevo Mundo. Varios metros abajo, desde el suelo, padre e hijo pensaban, con ironía, cómo a veces el destino te lleva sin rumbo fijo. Te bandea y te dirige sin que seas capaz de controlar tus impulsos y tu vida. Aunque siempre tienes la oportunidad de encontrar el camino de regreso, o en eso consiste la vida.

Tras dejar atrás al marino, pasearon por la orilla del mar, en dirección a la Ciudadela. Al pasar por el Born, Pau señaló con la cabeza a Bernabé, *Vamos por aquí*, y juntos recorrieron las calles intrincadas del barrio hasta llegar al lugar donde, una vez, hacía demasiado tiempo, se ubicó la Tasca de l'Eulalia.

Hacía años que no pasaba por aquí, confesó el *expòsit*. En aquel lugar, que durante años mantuvo la fachada del establecimiento, arrasado por las cargas policiales de 1894 y el olvido posterior, había vuelto a bullir la vida. Otra tasca, la Taberna del Born, había abierto sus puertas hacía unos años, con semejante clientela a la que sus añorados Santiago Salvador y Eulalia manejaron con presteza hasta su triste final. Padre e hijo ocuparon una mesa libre y pidieron al tabernero una jarra de buen vino, agua y algo de comer. Bernabé apenas probaba el alcohol, y Pau hacía tiempo que no pisaba una cantina, *Pero la ocasión lo merece, ¿no crees?*

Antes de abrir el paquete que Santaló les había entregado, Pau brindó por la Mercè, la Reina de les Taronges, como había escuchado tantas veces en otra vida, y Bernabé hizo lo propio, mojándose los labios y sintiendo un ligero escozor en el inferior. Tras desplegar el papel que lo envolvía, padre e hijo encontraron una pequeña lata de conservas, un papel doblado en varios trozos y una llave. Alargada, con tres dientes en el extremo, y un dragón, «su» dragón, en la empuñadura.

Pau tomó la llave entre sus manos, con delicadeza, como si se tratara de un tesoro que pudiera romperse si no lo trataba con sumo cuidado, *¿Qué puerta abrirás?*, se preguntó, mientras su hijo cogía el papel, lo desdoblaba con mimo, apartando el polvo oculto durante años de un soplido, y comenzaba a leer:

Puigcerdà, 1911

Estimado Pau, maestro Oriol:

Desconozco si alguna vez podrás leer esta carta. Si lo haces, me alegraré doblemente. En primer lugar, porque significará que sigues con vida. En segundo lugar, porque yo ya estaré reunido con Dios Nuestro Señor.

Hay tantas cosas que quisiera haber compartido contigo, que me hubiera gustado decirte, pero resultó imposible. Quiera el buen Dios que puedas leer esta breve explicación, y que te resulte útil, para ti, y para los tuyos. Aunque me temo que llega demasiado tarde para ella.

Como sabrás, Rosetta siempre fue una niña frágil. Genial, mágica, especial, pero propensa a las depresiones y la enfermedad. Siempre estuvo falta de cariño, y eso es algo que no me perdonaré jamás. Te prometo, Pau, que traté de darle todo el amor del que fui capaz, al igual que intenté hacerlo contigo. Pero, como en tu caso, sé que no lo logré.

Os descubrí aquella noche en el palacete de los Güell. Escuché vuestra voz en la cripta. Y enfurecí. No supe decírtelo, no supe comportarme como el padre que ella merecía. Tampoco supe comprender lo que había entre vosotros: no está entre mis virtudes, por más que lo he intentado, la vida familiar. Pero he querido, con pasión, con locura, y sé que pude hacer algo más por vosotros.

Desapareciste aquella noche, después de la bomba del Liceu, y durante años me he torturado pensando si no hubiera

sido capaz de evitar que… Ni siquiera sé si fuiste tú. Solo sé que huiste, y que ella no lo soportó. Desde entonces, no es la misma. Nunca volverá a ser la misma.

Desde aquella noche, algo cambió para siempre, querido Pau. Y yo no pude hacer nada por evitarlo, más que asumir en mi cuerpo los pecados y los dolores de mis seres queridos y mortificarme por su salvación. Porque creo, Pau, y lo hago firmemente, en la infinita bondad y misericordia de Dios Nuestro Señor. Yo ya no tengo oportunidad para cambiar las cosas, y me temo que Rosetta hace tiempo que transita en una existencia ajena a la de los vivos.

Tuvisteis un hijo, Pau. Un hijo fruto de vuestro amor y de mi egoísmo. Me dejé llevar por quienes me sugirieron, con razón, que aquello destruiría todo por lo que habíamos luchado. ¿Recuerdas cuando te enseñé la técnica del trencadís, querido Pau? Nadie hubiera podido recomponer mi reputación en caso de que alguien supiera, alguna vez, que aquello ocurrió.

Y, sin embargo, durante años lloré amargamente, en la soledad de mi jergón, por ti, por ella, por aquel niño perdido. Aquel niño que murió, o eso me dijeron, la noche de San Bernabé del año 1894. Aquel niño que siempre consideraré mi nieto, el hijo de mi sobrina querida y del mejor de mis aprendices, a quien quise, y quiero —no sé si sigues con vida, y esa esperanza es la que me obliga a escribirte estas líneas—. Aquel niño fruto de un amor que no entendí, y que murió sin su padre, y sin su madre.

Porque ¿murió, Pau? ¿Lo sabes? ¿Murió, o ni siquiera supiste de su existencia? ¿Nadie te dijo nunca que Rosetta estaba embarazada? ¿Huiste por eso, o por temor a mi reacción? ¿Escapaste por la bomba del Liceu o por nuestra incomprensión? Ojalá algún día, en esta vida o en la otra,

podamos encontrarnos, quisiera hacerte tantas preguntas, necesito tantas respuestas…

Años después de tu desaparición, querido Pau —y te lo puedo confesar ahora, en mi lecho de muerte—, en memoria tuya, volví a recorrer las calles donde se alojaban los obreros de la Sagrada Familia. Como hacíamos Rosetta y yo cada jueves para encontrarnos contigo y con Roger, a quien Dios tenga en su gloria. Allí vivían niños y niñas sin formación, sin la más mínima oportunidad de labrarse su propio futuro, sin saber leer o escribir. Chicos iguales a ti cuando nos conocimos. Y, te confieso, quise enmendar con ellos lo que no pude hacer contigo: darles lo que a ti no pude darte, devolverles lo mucho que te debo. Porque son muchas las cosas que te adeudo, querido niño mío. Lo que pude enseñarte no compensa, ni en una mínima parte, lo que tú me ofreciste a mí.

Decidí abrir unas escuelas, amigo Pau, para que los hijos de los obreros y todos los niños necesitados de Barcelona pudieran encontrar refugio, un lugar cálido, limpio, ropa digna y una mínima educación. No entendía que la catedral de los pobres que habíamos empezado a construir juntos —ojalá estés vivo, ojalá puedas visitar en algún momento la fachada del Nacimiento, ojalá puedas ver tu imagen en aquella estatua, tu arte en buena parte de las esculturas, ¿recuerdas lo difícil que nos lo pusieron cuando quisimos afrontar la belleza humana en toda su crudeza? Nadie entendía mis ideas como tú—, no entendía, como te digo, que no tuviera un espacio, real, más allá de la piedra, para los preferidos del Señor.

Me costó, no te lo voy a negar. Un buen dinero, esfuerzo, y la tarea de convencer a los patronos de la obra. Pero lo logramos. Gracias a mosén Parés, conseguimos abrir tres aulas junto a la fachada de la Pasión, muy cerca de la casa que compartías con Roger Oriol. Fueron años intensos, de crisis, de

ausencia de donativos, de mucha dureza en las calles, qué te voy a contar que no hayas vivido en tus carnes. Siempre pensé en ti: imaginaba que en algún momento aparecerías y todo volvería a ser como antes; no he vuelto a encontrar un aprendiz que supiera, mejor incluso que yo mismo, lo que pasaba por mi alma a la hora de diseñar una planta, elevar un muro, adornar un contrafuerte…, hasta que apareció él.

En cuanto lo vi, inmediatamente pensé en ti. No fue difícil atar cabos. En silencio, sin contárselo a nadie, aunque mi fiel Matamala siempre sospechó lo mismo que yo. ¿Acaso había sido engañado? ¿Acaso aquel niño no murió la noche de San Bernabé? Cuando le vi esculpir, con tu navaja, porque estoy convencido de que se trataba de tu navaja —que había desaparecido, quién sabe cómo, de un lugar secreto, cuya llave ahora te entregaré—, cuando contemplé cómo sacaba de aquella piedra el rostro de Rosetta, mi corazón dio un salto de alegría. ¿Podría ser él? Cuando pregunté su nombre, y me respondió, Bernabé, Bernabé Oriol, estuve a punto de caer al suelo de la impresión. Aquel chico debía ser tu hijo, querido Pau, vuestro hijo. El tuyo y el de Rosetta. El mismo niño que murió, o eso me dijeron, aquella noche.

Como hiciste tú, aquel chico desapareció de mi vida, también después de que las calles se inundaran de fuego y de muerte, después de que el dragón pasara sobrevolando por la ciudad y la arrasara. Igual que cuando te fuiste, la historia siempre está condenada a repetirse, por más que juremos que hemos aprendido de ella. Es falso: nunca nos cansamos de tropezar contra la misma piedra. Tal vez por ello mi empeño en sacar de la roca nuevas formas. Tal vez por ello me vi reflejado en ti, me vi reflejado en él.

Desapareció, como tú, y el tiempo y estas fiebres que probablemente acaben con mi vida, me llevan a pensar que

todo fue una fantasía, retazos de deseos incumplidos, de sueños que deambulaban perdidos por mi mente y que mi locura quiso unir, darle sentido, para darme sentido a mí mismo. Y a la obra que ansío que algún día puedas conocer a fondo. No sabes cuánto espero que esto no sea una locura, que tú seas tú, que Bernabé sea él, y que sigáis vivos, y juntos. No sabes cuánto deseo que puedas, que podáis, leer esta carta.

Rosetta ya no está entre nosotros. Sigue viva, pero no es ella. Ella sí que murió la noche en que dio a luz a un bebé muerto, o eso fue lo que me dijeron. Mi buen amigo Eusebi Güell se encargó de todo. Como siempre. De manera eficaz y conveniente. Nunca le estaré suficientemente agradecido. Sin él, Antoni Gaudí no hubiera pasado de ser un vulgar aparejador al servicio de los proyectos de otros, y eso con suerte. Desde hace un tiempo, Rosetta vive en Tarragona, en la casa de monjas donde ya estuvo ingresada. Te hemos hablado de ella. Cerca del mar, como siempre quiso. Si muero ahora, y ella continúa con vida, si tú consigues leer esta carta, y quieres, tienes mi permiso para visitarla. Aunque no lo necesitas: es tu mujer, o lo fue, ya no sé ni lo que me digo.

Ella también es la razón por la que te escribo, con la inútil esperanza de que puedas, de que podáis, leer esto. Junto a esas líneas, encontrarás una llave. ¿Recuerdas? Es una de las que ideamos en una de aquellas tardes en el obrador, entre diseños de fachadas, selecciones de modelos para las estatuas del Nacimiento y charlas sobre política, y sobre la fe. Ojalá te hubiera podido entregar mi don más preciado, pero la fe es algo que no puedo regalarte yo. Solo mostrarte que sin ti, y sin ella, no habría podido elevar al cielo esas torres.

La Sagrada Familia continuará tras mi muerte, o al menos eso espero. Yo no la veré concluida; me gustaría pensar que

tú, o que Bernabé, en el caso de que sigáis vivos, en el caso de que todo esto no sea una pura invención, pudierais verla finalizada. Si tú, o Bernabé, deseáis trabajar en las obras, se os será concedido trabajo de inmediato. Junto a estas hojas encontrarás un aval, firmado por mí, que podéis usar en cualquier momento. Tú conoces mi sueño. Si esto no es una locura, por favor, transmíteselo a mi nieto: sus manos son, no te ofendas, si cabe más valiosas que las tuyas, e infinitamente mejores que las de este pobre viejo que ya no sabe qué más escribirte.

La llave. Eso es, la llave. Es una llave única, pues abre dos puertas. Es la única copia, ni siquiera Güell tiene la suya. Por un lado, te permitirá entrar en las caballerizas del Park Güell, hasta el lugar que tan bien conoces. Allí está todo: los dibujos de Rosetta, mis diseños… Al fondo de la pared, hay un ladrillo que sobresale mínimamente. Golpéalo y se abrirá un orificio, allí encontrarás algunos objetos. Son todos tuyos, excepto una carta rota en mil pedazos que, te lo ruego, has de quemar si consigues llegar hasta allí. Aunque esa navaja que vi en manos de Bernabé, si es que de verdad era él, me hace pensar que puede que conozcas ese lugar. En todo caso, te pertenece, os pertenece.

Esa llave también abre otra puerta, que muy pocos conocen. La ordené construir el día en que Bernabé apareció en las escuelas. Si es que se trata de él, siento las locuras de este pobre anciano, pero quiero pensar que tú hubieras hecho lo mismo. Esta llave abre una puerta situada en uno de los rincones de la torre de San Bernabé, la que está más avanzada. Sabrás reconocerla, si no recuerdas los planos —espero que no sea el caso—: en sus columnas verás una gran tortuga, uno de tus diseños. Lamento de veras que nadie pueda conocer jamás que tú fuiste una de mis inspiraciones.

Ojalá pudiera, también, hacerte justicia en eso.

Si logras abrirla, verás una escalera de caracol, que asciende docenas de escalones —hace poco los subí por última vez, el físico ya no me acompaña— hasta llegar a una balconada. Puedes subir siempre que lo desees, siempre que queráis: será vuestra torre. Desde el balcón, al atardecer, la ciudad se vuelve rojiza, traspasada por el fuego. Por las mañanas, la luz, entre amarilla y verdosa, penetra a borbotones. Con el tiempo, todo el templo se iluminará así. Desde allí, querido Pau, se ve el mar como nunca lo has podido imaginar. Tan cerca que podrías tocarlo con la mano. Si miras a la izquierda, además, podrás ver el Carmel, y te acordarás de ella. Si lo haces a la derecha, contemplarás el mar: Dios quiera que ella pueda seguir mirándolo también desde una orilla cercana.

Termino: no sé si llegarás, si llegaréis, a leer esta carta. Ni siquiera tengo claro si finalmente se la entregaré al doctor Santaló, o si todo es una locura y acabaré rompiéndola en mil pedazos. Con todo, confío en que sabrás recomponer los trocitos de esta historia, y darle forma, aportarle un sentido que yo no supe encontrar. Me faltan piezas, Pau, y estoy viejo para seguir persiguiendo fantasmas. Ojalá estés vivo, ojalá todo sea cierto, ojalá no llegue tarde para esto. Traté de escribir a Rosetta, intenté contarle lo que pasa por mi corazón, mi esperanza de que su hijo siga vivo…, pero no pude hacerlo. Tampoco en este momento he podido. Dudo que ella pudiera entenderlo. Pero tal vez merecería la oportunidad de conocer la verdad. Si es que esta es la verdad, y no una imaginación de un pobre viejo que no sabe más que construir edificios y querer mal a quienes le quieren. En este mundo, el feliz siempre es el otro. Ojalá puedas serlo tú.

Perdona todo el mal que pude hacerte. Y, si puedes,

termina lo bueno que pude empezar a hacer.

Siempre tuyo,

Antoni Gaudí

Bernabé cerró la nota con cuidado y la dobló en los mismos pliegues, tal y como se la habían entregado. Cruzó los ojos con los de su padre: ambos estaban envueltos en lágrimas.

Paladearon en silencio, hasta que no quedó una gota, la jarra de vino. Apenas probaron bocado, pese a que ya había pasado el mediodía. Pau alzó la mano, pidió la cuenta, y tras abonarla salieron a las calles de Barcelona. La brisa del mar les acariciaba con suavidad. La sal se les colaba entre los párpados, y aprovecharon para frotárselos. Los hombres no lloran, y menos en aquella ciudad tan hermosa como dura para personas como ellos.

Durante todo el día, pasearon por las calles que les vieron crecer, sufrir, hacerse fuertes y estar a punto de morir. Entre susurros, Pau fue contándole a Bernabé algunas de las anécdotas de su vida, sus años recorriendo las esquinas azotadas por los *capitanes* y los hombres del puerto, los mercados, la mujer que siempre le ofrecía flores, los amigos que conoció y perdió, las avenidas que fueron surgiendo al albur del Plan Cerdá y los campos que se convirtieron en asfalto, los vertederos donde encontraba trozos de madera, metales viejos, inspiración… Su hijo escuchaba con atención, deseoso de saber, sintiéndose reflejado por todo lo vivido: ninguno de los dos era ya un niño, pero era ahora cuando, al fin, estaban comenzando a reconocerse.

Debemos ir. Quiero subir a mi torre, resolvió, con firmeza. *Está atardeciendo, no tenemos tiempo que perder*, contestó su padre mirando al cielo, que comenzaba a rasgarse con rayos rojizos.

Llegaron a las puertas de la Sagrada Familia mientras el sol empezaba a querer ocultarse al otro lado de la montaña. Todavía era de día, aunque en las obras no había nadie: tras la muerte de Gaudí, la junta constructora había decretado una semana de luto, mientras se retiraba a deliberar cómo demonios continuarían con aquel esqueleto de piedra inacabado, sin apenas fondos y en mitad de una profunda crisis económica. Los guardeses de la finca deambulaban

por el recinto, mientras aguardaban el relevo nocturno junto a la cripta, el único lugar que realmente alguien podría molestarse en vigilar. Nadie se acercaría por la zona a esas horas.

Por aquí, mira, ahí está, dijo Pau, señalando a Bernabé el pilar central de la torre que llevaba su nombre, soportada por una gran tortuga. Acercándose lentamente, el *expòsit* posó ambas manos sobre el gran galápago de piedra, *Volvemos a encontrarnos, amiga*, susurró, mientras pensaba que todo el mundo debía tener el derecho de poder tocar las esculturas, acercarse a ellas, tratar de escuchar sus gemidos, sus deseos, mal que pesara a los restauradores y directores de museos, que impedían con saña que el público se acercase a ellas. *El hombre comenzó a esculpir para poder tocar aquello que imaginaba, es un sinsentido no poder hacerlo*, se dijo mientras se incorporaba y acompañaba a su hijo hacia el interior del edificio, rodeando la torre que llevaba su nombre.

Allí no había nadie. Tan solo una puerta de madera, convenientemente oculta para pasar desapercibida en mitad de la procelosa decoración ideada por Gaudí, y que cedió, sin apenas presión, cuando Pau la empujó con la mano. Una enorme escalera de caracol esperaba a padre e hijo. *Ve, ve, yo te sigo*, señaló el *expòsit* a Bernabé, dejándole el paso expedito. Él caminaba más lento, y le esperaban setenta y cinco escalones intrincados, resbaladizos, sin apenas luz, aunque las saeteras que Gaudí había diseñado permitían que, pese al atardecer, no fuera preciso utilizar un candil.

Cuando Pau llegó hasta su hijo, este le aguardaba impaciente, *Otra puerta*. *Esta vez sí*, respondió el *expòsit*, sacando de su bolsillo la llave que les había entregado el doctor Santaló, y haciéndola girar, con un crujido, una, dos, tres vueltas, hasta que el mecanismo cedió y, ante ellos… *Más escaleras*, respondió Bernabé encogiéndose de hombros. *Ahora, con cuidado, hijo, que aquí apenas se ve nada*, advirtió el *expòsit*. Casi a ciegas, tanteando con las manos las paredes de piedra que iban rodeando los escalones, húmedos, fríos, resbaladizos, *Debe hacer años que nadie pisa este lugar*, dijo Bernabé. Pau, entretanto, seguía mirando al suelo, contando

escalones, mientras se iba agachando poco a poco: aquella torre se iba estrechando cada vez más, engulléndoles en la más absoluta oscuridad: en esa zona de San Bernabé no había ventanal alguno.

Ciento cincuenta escalones más allá, de nuevo le aguardaba su hijo. *Espero que esa llave sirva también para esta puerta*, susurró a su padre, quien se la entregó mientras trataba de recuperar el aliento. Un nuevo crujido, una, dos, tres vueltas y *Sí, se abre, ahí se ve luz; Ve, ve, yo te sigo.*

La oscuridad se desvaneció de repente, dejando paso a la luz rojiza del anochecer barcelonés. Frente a ellos, un pequeño balcón abovedado, que prácticamente no se distinguía desde el exterior. Desde allí, padre e hijo podían ver Barcelona al completo sin ser vistos. *El maestro no engañaba*, musitó Bernabé, con lágrimas en los ojos, mientras contemplaba toda la ciudad, dejándose bañar por la última luz del día. Pau apoyó su mano en el hombro de su hijo y, recuperando el aliento, asintió. Durante unos minutos, ambos admiraron la belleza del mar plateado, los edificios oscureciéndose, la ciudad nocturna que empezaba a despertar, encendiendo sus luces en las zonas ricas, apagándose en los suburbios: apenas unas fogatas permanecían encendidas hacia el fondo de la inmensidad. No hacía frío, pero padre e hijo estaban temblando de la emoción: toda Barcelona se hallaba, esa noche, a sus pies.

El sonido de la urbe les envolvía desde su privilegiada atalaya: Gaudí había diseñado varios huecos a lo largo de la torre, con la intención de convertir las dieciocho almenas proyectadas en un grandioso órgano, que resonara por toda Barcelona, y de ahí, al cielo, pero el efecto que ahora producía era radicalmente el contrario: eran ellos quienes podían escuchar los latidos de la Ciudad Condal, los llantos de los niños, el ruido de los coches, los timbres de los tranvías, los gritos de los hombres que regresaban cansados, y enfadados, a sus mujeres, y el silencio. La sinfonía se apagó, y se hizo de noche, sin que ellos se dieran cuenta. La luna se hizo cargo de la situación y apareció, blanca y redonda como un queso, volviendo a iluminar las obras de la Sagrada Familia.

Si alguien nos viera, pensaría que se trata de un fantasma, acertó a decir Bernabé, sin dejar de mirar al mar, *¿Tú crees que nos seguirá*

viendo desde allí?, y Pau no contestó, aunque sabía perfectamente de lo que hablaba su hijo. *Sí, seguro que sí,* dijo para sí, imaginando a Rosetta, unos kilómetros más allá, unos años atrás, contemplando el mismo mar, la misma luna, pensando si ellos seguían con vida, *Bajemos, se nos ha hecho tarde*, demasiado tarde. *Ve con cuidado, yo te sigo*.

Antes de llegar a la primera de las puertas, Pau se detuvo, *¿Qué pasa?*, preguntó su hijo; *Nada, nada, sigue adelante, yo te alcanzo*, respondió el *expòsit*. *La luna nos dará buena luz, iré con cuidado, espérame abajo, tu padre ya es un viejo, voy a ir más despacio*, y Bernabé obedeció sin hacer preguntas. Siempre había sido así entre ellos, a veces no era necesario nada más.

Cuando dejó de escuchar las pisadas de su hijo, Pau sacó del bolsillo de la chaqueta una pequeña caja de latón, de esas que vendían en los ultramarinos que algunos de los aventureros que regresaron, casi arruinados, de las colonias habían puesto en el Eixample, y la abrió. En su interior, un papel doblado en varios trozos, que el *expòsit* volvió a contemplar, entre lágrimas, sabiendo que se trataba de una despedida: *Rosetta, Tarragona, 1885*, y un dibujo tosco, pero perfectamente reconocible, *Aún no sé cómo pudiste hacerlo, si eras una niña, si pudieras verlo, si alguien alguna vez lo viera*. Pau dobló de nuevo el primer boceto de la Sagrada Familia surgido de la imaginación de la pobre niña loca, de su amada niña loca, muerta y viva para siempre en su recuerdo, y en el del hijo al que jamás pudo conocer, y lo colocó con sumo cuidado al fondo de la cajita de latón. *Se acabó, ya no habrá más*, se prometió Pau poniendo sobre el dibujo su vieja navaja oxidada, y dejando el objeto, ya cerrado, junto a uno de los escalones. *Aquí es donde debe estar*, se convenció, y salió de allí, cerrando la puerta a su paso.

Bernabé le esperaba en el primero de los descansillos de la escalera de caracol, *Alguien tiene que abrir esta puerta*, dijo sonriendo a su padre. *¿Todo bien?*; *Todo bien*, respondió Pau, abriendo y cerrando la última de las puertas y guardando la ganzúa en su bolsillo, y en su memoria. Años después, antes de morir, el *expòsit* relató a su hijo el secreto escondido al final de la escalera y,

aunque ambos planearon volver a contemplar aquel paisaje, siquiera por última vez, ya era tarde: la llave había desaparecido.

Al cabo de un tiempo, Bernabé volvió a trabajar en las obras: no hizo falta utilizar el escrito firmado por el maestro Gaudí, pero él tampoco pudo cumplir el sueño de su padre. Tras la Guerra Civil, todos los planos del genio de Reus ardieron, y con ellos buena parte del templo, especialmente las puertas de madera, que fueron reemplazadas por otras, más robustas, con distintas cerraduras, y el relato pasó de padre a hijo, y de este a los suyos. Habrían de transcurrir muchos años antes de que alguien lograra subir a la torre de San Bernabé y tropezar, de casualidad, con una pequeña caja de latón, con un pequeño secreto que, cosas del azar, acabó en la basura al día siguiente. Pero esa sí que es otra historia.

La ciudad seguiría su ritmo, y la catedral de los pobres, el suyo: *Algún día, hijo mío, la veremos terminada*, soñó Pau mientras padre e hijo se alejaban del templo, camino del Park Güell: todavía debían abrir una última puerta, *Voy a contarte la historia de tu madre*.

Desde el balcón de San Bernabé

A modo de agradecimiento

La primera vez que visité la Sagrada Familia era apenas un adolescente; Barcelona estaba envuelta en zanjas, preparándose a la carrera para las Olimpiadas del 92, y pocos prestaban la atención que merecía y que hoy, afortunadamente, tiene la magnífica obra de Antoni Gaudí.

Durante aquellos días de verano, conocí a un chico, vecino de la zona, con el suficiente ingenio y temeridad como para saltarse las verjas de las obras y colarse algunas tardes en el templo, que acabó convirtiéndose en su particular «casa del árbol». El lugar perfecto para perderse e imaginar nuevas vidas, otras identidades, y soñar mirando el juego de colores, el sol y el mar desde un balcón escondido de la torre de San Bernabé, con un litro de cerveza y un paquete de tabaco. Fue él quien me habló de los 225 escalones en dos tramos, de las saeteras, del sonido proveniente de la ciudad, de la luz del sol reflejándose en el mar al atardecer.

Xavi, que así se llamaba aquel chico, acabó estudiando Historia del Arte y, con el paso de los años, se convirtió en uno de los mejores guías que muestran el maravilloso templo de Gaudí a los millones de turistas que cada año viajan a Barcelona y que encuentran en la Sagrada Familia mucho más que un edificio enigmático y de una belleza abrumadora. Juegos de luces, miradas del cielo al suelo, esculturas ocultas, secretos indescifrables de la icónica construcción… Gracias a Xavi, algunos de ellos forman parte de estas páginas. Otros quedan para futuras historias, tal vez en el fondo de viejas latas de latón escondidas en huecos de escaleras olvidadas y cerradas con llaves perdidas hace demasiado tiempo.

Hablar de Gaudí y de su universo sigue siendo una temeridad, mucho más para alguien que, habiendo vivido, y amado, en Barcelona, no pertenece vitalmente al «universo Gaudí», pero que sí ha admirado la vida y la obra del genio de Reus. Ahora que se aproxima el centenario de su muerte, tal vez estemos más cerca que nunca de su beatificación. Aunque su arte ya ha pasado a la posteridad.

Pau, Bernabé, Eulalia o el magnífico Roger Oriol —su personaje merecía más, mucho más— son protagonistas sacados de la imaginación del autor. Pero sus rostros, sus miradas, sus historias pretenden ser un reflejo de la Barcelona que rompía sus cadenas medievales y trataba de nacer a un nuevo mundo, en mitad del caos, la pobreza y la lucha por la libertad. Porque Barcelona es, sin duda, una de las grandes protagonistas de esta novela. Otros, como el propio Gaudí, Rosetta, Pepeta Moreu, Eusebi Güell, Matamala, mosén Gil Parés o el doctor Santaló fueron personas reales, de carne y hueso, cuyas vicisitudes he intentado recrear de la manera más fiel posible, tratando de encontrar los finos hilos que unen mi historia con la Historia. Creo haberlo conseguido. En todo caso, mis disculpas de antemano a los posibles afectados.

Esta novela no hubiera podido ver la luz sin los continuos desvelos de Andrés Torbado Quiñones, Mónica Liberman, Berenice Galaz y Mercedes Pacheco. A ellos, mi agradecimiento eterno por sus medidas precisiones a mi texto, por la paciencia ante los continuos cambios en la trama y, sobre todo, por su insistencia en que continuara escribiendo. Sin su «presión», hoy no estarías leyendo estas páginas.

Antoni Gaudí soñaba una Sagrada Familia abierta a los pobres, mirando al cielo y al mar, con una profunda visión trascendente pero accesible a todos, todos, todos. Porque sin pobres no hay Iglesia, aunque algunos se empeñen en ocultarlos convenientemente para que no molesten a las puertas de templos magníficos como este. Hoy que vivimos tiempos de amenazas a la convivencia, sin parangón en los últimos noventa años, la mirada al espectacular templo barcelonés y, desde él, a los hombres y mujeres que vivieron, sufrieron, amaron y murieron en estas décadas tal vez nos pueda

ofrecer, si no soluciones, sí esperanzas para un futuro que se asoma estremecedor.

Porque la belleza, el amor y la justicia son las únicas armas que salvarán el mundo.

Esta es una novela de tiempos muertos, de momentos arrancados al sueño y a los mil devaneos del día a día. Son páginas escritas mientras jugaba con el pequeño Diego al ajedrez, daba patadas a un balón o escuchaba embelesado cómo leía alguno de estos párrafos por detrás de mis hombros a sus seis infinitos años. Dicen que un escritor no puede crear algo mágico siendo feliz; espero que estas letras contribuyan a desmentir la máxima.

Pero si hay que elegir, prefiero, sin dudarlo, esta ansiada felicidad.

Table of Contents

Primera parte
- 1. Un tranvía llamado muerte
- 2. Pau, el expòsit
- 3. Rosetta
- 4. El cementerio del mar
- 5. Yo seré tu padre
- 6. El ejército de pequeños miserables
- 7. La agonía
- 8. El sobrino del capataz
- 9. Un hogar en el Eixample
- 10. Mirando al Mediterráneo
- 11. De caza
- 12. El gran arquitecto
- 13. Un tronco de madera de tilo

Segunda parte
- 1. Una sombra en los tejados
- 2. El hijo del dragón
- 3. Un dragón de trencadís
- 4. En el parque
- 5. Y en el paraíso estabas tú
- 6. Los escalones de San Bernabé
- 7. Matar, de nuevo, al padre
- 8. Sabré encontrarte
- 9. Una noche en la taberna
- 10. La tumba del dragón
- 11. La ciudad de las bombas
- 12. Un callejero del universo
- 13. La venganza de Jerez
- 14. El Nacimiento
- 15. Dos vidas compartidas
- 16. Una explosión fallida
- 17. El fin de la inocencia

18. Una secreta venganza
Tercera parte
1. No estarás sola
2. Un funeral sin flores
3. Garrote vil en Montjuic
4. Volverte a ver
5. De nuevo en Ramelleres
6. Expiaré vuestros pecados
7. Una grieta en la pared
8. Pau y Bernabé
9. En la cripta de Oriol
10. Una ciudad, de nuevo, envuelta en llamas
11. Detenida en el tiempo
12. Las letras y la flor de les taronges
13. Las escuelas de la Sagrada Familia
14. La(s) Semana(s) Trágica(s)
15. Al final, el mismo mar
16. El testamento de Gaudí
Desde el balcón de San Bernabé